CONFERENCIAS APOLOGÉTICAS

por

Mons. CARLOS GIBIER

Obispo de Versalles

CONFERENCIAS APOLOGÉTICAS

por Mons, CARLOS GIBIER, Obispo de Versalles

VI

LA IGLESIA Y SU OBRA

VOLUMEN I

LA CONSTITUCIÓN DE LA IGLESIA

TRADUCCIÓN DE LA VIGÉSIMA EDICIÓN FRANCESA POR EL

DR. MODESTO H. VILLAESCUSA

EDITORIAL LITÚRGICA ESPAÑOLA, S. A

SUCESORES DE JUAN GILI

CORTES, 581 - BARCELONA

1926

ban los acontecimientos de la hora actual. Al lector no le costará trabajo comprobar que nuestras previsiones y nuestros temores de ayer se han convertido en las dolorosas realidades de hoy, y podrá seguir la marcha invasora de la impiedad contemporánea. Quizás hubiéramos debido modificar nuestro trabajo suprimiendo los detalles ya envejecidos y revistiéndolos de los colores de actualidad; pero semejante refundición de nuestras conferencias nos hubiera exigido horas, días y semanas de que no podemos disponer. Un cura de una gran parroquia no se pertenece; es la presa que devora diariamente el ministerio parroquial, y si quiere defender su rebaño contra el mal y contra los malos, no tiene un minuto que perder. Absorbido por las ocupaciones necesarias, debe negarse a las simplemente útiles. Por otra parte, se nos ha dicho y repetido que nuestras conferencias sobre la IGLESIA Y SU OBRA *respondían a las preguntas y necesidades de la hora actual, que serían muy bien acogidas por el clero y los seglares, y que nuestros siete volúmenes precedentes serían para ellas una recomendación suficiente para el público serio que desee leernos. Me he dejado persuadir por estas frases de aliento, y pongo confiado en las manos de los católicos esta nueva obra que tiene la única ambición de llevar a las almas sinceras un poco de luz y un poco de consuelo. Así los sacerdotes como los fieles, en vista de las objeciones que se nos hacen y de las luchas que nos imponen, tenemos hoy más que nunca necesidad de instruirnos y aguerrirnos. Estudiando*

la Santa Iglesia Católica, plegue a Dios que experimentemos el orgullo de pertenecerle y la necesidad de defenderla. Fuera de ella, ¿qué queda en pie? Ella es el arca santa en la que deben guarecerse las almas que anhelan su salvación y los pueblos que desean vivir.

Orleáns, Pascua de Resurrección, 23 de Abril de 1905

CARLOS GIBIER

Cura de San Paterno.

I

CONFERENCIAS PRELIMINARES

CONFERENCIA PRIMERA

Los que no pudieron seguirnos

Señores:

Hace tres años que hacemos juntos una obra de la más alta importancia, una obra de iluminación por la palabra, una obra de arrastramiento por el ejemplo. Hemos estudiado sucesivamente a Dios y su obra y a Jesucristo y su obra. Estos grandes asuntos tenían bien merecido todo el tiempo y todo el cuidado que le hemos concedido. Razón tuve en hablaros de ellos, y vosotros, al venir al pie de esta cátedra para estudiarlos, hicisteis un acto que entraña doble utilidad: habéis ampliado en vosotros la ciencia religiosa, y habéis ejercido en torno vuestro un verdadero apostolado.

¿Por qué centenares y centenares de hombres no pudieron unirse a vosotros por verse privados del domingo? Contemplo el mundo obrero que me rodea, y veo por lo menos sesenta hombres de cada ciento que trabajan siete días cada semana. Protesto contra seme-

jante estado social, que no es otra cosa que la esclavitud organizada y la servidumbre obligatoria e inevitable. He protestado ya muchas veces, y vuelvo a protestar. O'Connell decía a los irlandeses: "Hay que hablar siempre, escribir siempre, pedir siempre, asociarse siempre, guerrear siempre hasta que se consiga el fin propuesto y quede satisfecha la justicia." Esto es lo que hago, y esto no dejaré de hacerlo nunca. Y a vosotros, hombres de buen sentido, hombres de corazón, hombres de fe que me escucháis, os invito a hacer lo mismo que yo. ¿Pensáis en ello, señores? Hace tres años que viajamos juntos, que nos encontramos en este templo, y hay cerca de nosotros centenares de hombres que no pueden seguirnos, que no tienen tiempo, que se ven privados de la libertad del domingo. Esto es una injusticia social irritante; es una barbarie que deshonra nuestra civilización; es un crimen público que pone a nuestra sociedad en estado permanente de pecado mortal. Y lo pruebo.

I. El domingo es necesario al cuerpo.

Si las masas entregadas a los trabajos de la agricultura y de las artes mecánicas, es decir, las cuatro quintas partes por lo menos de la población, se ven privadas del domingo, ¿qué falta para hacerlas descender a la condición de los esclavos de la antigüedad? Condenar al pueblo a un trabajo seguido, es restablecer el paganismo, el orden de cosas antiguo, que permitía a unos cuantos millones de ciudadanos descansar todos los días de su vida a expensas de las diecinueve vigésimas partes de sus semejantes convertidos en bestias de carga... Y aun las bestias de carga no siempre trabajan. La Compañía de Omnibus de París da a sus

caballos un día de descanso cada cinco días de trabajo, según creo. Nuestro siglo niega a muchos hombres lo que concede al animal; a riesgo de parecer exagerado, declaro que eso es una crueldad sin nombre. Señores, Dios sólo dió al hombre las fuerzas justas para trabajar seis días. Y si el hombre no conforma su vida con esta ley providencial, gastará infaliblemente su cuerpo antes de hora. Ahora bien, el hombre no tiene el derecho de abusar de sus fuerzas, y la sociedad no tiene el derecho de despilfarrar las fuerzas del hombre, ni de triturar con un trabajo excesivo la máquina humana.

Notad, por otra parte, que cuando digo que el descanso semanal es absolutamente necesario al cuerpo, no entiendo por ello un descanso cualquiera, por ejemplo, el descanso de la inacción, o, con mayor razón aún, el descanso del desorden, sino el descanso religioso, y, por consiguiente, el descanso del domingo, del día del Señor. El hombre no podría descansar como una máquina que cesa de marchar o como un animal que come y duerme. El hombre no es un animal ni una máquina. Su cuerpo no reposa cuando su alma está agobiada. Necesario al cuerpo,

II. El domingo es necesario al alma.

¿En qué queréis que se convierta el hombre que trabaja los siete días de la semana? ¿Cómo queréis que comprenda la dignidad de su ser un hombre que no dispone de un día a la semana, y a veces, ni de uno al mes, para reflexionar sobre ella? ¿Cómo queréis que no se materialice el hombre que todos los días, sin descanso y sin excepción, continúa adherido, atado y, por decirlo así, identificado con la tierra o con la herra-

mienta por el trabajo? Durante la semana está como sumergido en su sudor. ¡Ah, por favor, dejadle salir el domingo de ese horno, dejadle que vuelva a tomar posesión de sí mismo, a *realzarse* a sus propios ojos, dejad que descanse su cuerpo y al propio tiempo que haga funcionar algo su alma! Por favor, no permitáis que se embrutezca con un trabajo sin interrupción. Dejadle respirar por el lado del cielo.

Permitid que se instruya en sus derechos, en sus deberes, en sus destinos. Le habéis dado en la escuela primaria algunos conocimientos puramente humanos; pero sabéis muy bien que esto no basta. En vano multiplicaréis vuestras escuelas y colegios; en vano haréis chorrear la instrucción por las calles; la barbarie no hará más que imperar al convertirse en instruída, si la ciencia religiosa no viene a corregir y completar la ciencia profana. Nada se ha visto en la historia, en la geografía, en la estadística, si no se ha visto esto. En la escuela, en el taller, en las calles, en el periódico, no oye el pueblo más que la palabra del hombre. Tiene necesidad de la palabra de Dios. Pues bien, el domingo, en la iglesia, al pie de la cátedra de la verdad, es donde el pueblo se instruye verdadera y substancialmente, es donde el dogma todo entero, y la moral toda entera, pasando ante sus ojos y entrando por sus oídos, se incrustan en su cabeza y en su corazón. Permitid que se eleve; permitid que se instruya.

Permitid que se ponga en contacto con Dios *por medio de la oración*. El rico que nada en la abundancia, fácilmente cree que puede prescindir de Dios, y tiene la tentación de tratar a la Providencia como una cantidad despreciable. El pueblo, sin cesar aguijoneado por la necesidad, y amenazado con la privación, siente cada vez más la necesidad de hacer intervenir en

su vida la potencia divina. Permitid que venga a la iglesia. Dejad que se ponga en contacto con Dios, que su oración se eleve a las alturas, que desciendan sobre su cabeza las bendiciones de lo alto... Al médico, al abogado, al sabio, les parece que no deben nada a Dios, que todo se lo deben a su esfuerzo personal. Pero el artesano, el agricultor... labra, siembra, riega, modela. Y luego... espera. Espera que el sol y la lluvia vengan a hacer germinar la espiga y a madurar el racimo. Dejadlos venir a la iglesia; dejadlos que se pongan en contacto con el Amo del sol y de la lluvia; dejadlos que se eleve su oración y desciendan sobre su cabeza las bendiciones de lo alto.

El domingo es necesario al alma. Sin domingo no hay oración, ni instrucción religiosa, ni vida espiritual y moral. Sin domingo no hay familia.

III. El domingo es necesario a la familia.

¡Ah, cuánto habría que decir aquí! Con el pretexto mentiroso de hacerle libre, se ha esclavizado indignamente al pueblo quitándole el domingo, se le ha robado la salud del cuerpo, la dignidad del alma, las alegrías de la familia. Ved ese obrero que durante la semana se dirige muy temprano al trabajo y regresa de él muy tarde. Apenas tiene tiempo para abrazar a sus hijos. Está privado de toda vida de familia. Concededle, pues, un día para que, al despertarse sus hijos, que apenas le han visto durante una semana, puedan arrojarse a sus brazos; un día para que vaya con ellos a oir misa en su parroquia; un día para que descanse con los hijos; en una palabra, un día en que ese padre, esa madre, esos hijos tengan realmente tiempo para verse, para hablarse, para amarse... Por todas partes oigo

murmullos y declamaciones contra las desmoralización de las clases populares. Pues bien, declaro que esos murmullos, esas declamaciones no son justos ni razonables. Hemos constituído un estado social en el cual el pueblo, privado de su domingo, se halla, por este mismo hecho, privado de la vida de familia. Hemos constituído un estado social en el cual el pueblo carece de hogar y de altar. Esto es lo que hay de más desmoralizador. Y luego, he aquí todavía otra cosa. El domingo no sólo es la pieza maestra de la vida moral y de la vida de familia, sino también la pieza maestra de la sociedad.

IV. El domingo es necesario a la sociedad.

Para hacerla vivir. Me explicaré. El obrero, que carece de rentas, no vive más que de su trabajo; así, pues, si el trabajo le falta, no puede vivir; la miseria entra en su casa. Luego la falta de trabajo, el descanso obligatorio, que es uno de los males de la hora presente, reconoce muchas causas, y, entre otras, la sobreproducción, o el exceso de producción, consecuencia de la supresión del descanso semanal. Se produce demasiado. Si se respetase el domingo, se produciría menos, el trabajo sería más abundante, el descanso por falta de trabajo más raro, el obrero más feliz, y la sociedad más próspera y tranquila. El domingo es necesario a la sociedad para hacerla vivir, y también y sobre todo,

Para solidarizarla. Si los diferentes matices sociales no se dan cita el domingo alrededor de los altares, ¿en dónde podrán reunirse, armonizarse, fundirse en una sola familia de hermanos? Yo no veo más que la iglesia y el cementerio para reunir las masas humanas. Pero el cementerio no une ni iguala más que los

tos. La iglesia es la única escuela de fraternidad los vivos. Cuando la mayoría de un pueblo ha dido el hábito de reunirse, de cada siete días, uno la iglesia, ya sabéis a dónde va a parar. Las clases modadas concurren a las reuniones de negocios placeres, en las que aprenden a engrosar sus capiy a multiplicar sus goces. Las clases pobres van taberna o al club, en donde aprenden a completar embrutecimiento moral y físico y a maldecir su dición y las condiciones superiores. Y estos dos blos enemigos, que no quisieron encontrarse en la ción y en el amor, se encuentran en la incredulidad el odio... Y los hombres cesan de ser hermanos bajo, porque cesaron de adorar al Padre que está arriba.

¡Cosa lamentable! Parece que hay en nuestra sodad algo así como una conspiración general contra domingo, en la cual entran a veces católicos inconentes y culpables. Damas piadosas hacen trabajar costureras el domingo. Cristianos que oyen misa, gan a sus obreros la libertad de oirla.

Señores, en nombre de la religión, en nombre de la ticia natural, en nombre de los intereses materiales morales, en nombre de la familia y de la sociedad, clamo el domingo. Lo reclamo para todos, porque dos tienen derecho a él. Sé que en ciertas administraones hay dificultades; pero sé también que esas ditades no son invencibles, y que, aumentando el pernal y disminuyendo los dividendos, se llegaría a dar muchos de sus empleados la libertad de sus domin-. Así, pues, señores, manos a la obra. Libertemos clase obrera de la servidumbre del trabajo no inrrumpido. Si no lo hacemos, todos nuestros proyectos reforma no serán más que sueños, todos nuestros

deseos se desvanecerán como el humo, todos nuestros gemidos no conducirán a nada. Si no lo hacemos, el Evangelio no volverá a tomar posesión del mundo, y la violación pública de la ley divina hallará un eco terrible en nuestra sociedad descristianizada. Os ruego que trabajéis conmigo en la restauración del domingo.

Así sea.

CONFERENCIA SEGUNDA

Los que no quisieron seguirnos

1.° LOS IRRECONCILIABLES

SEÑORES:

Hace tres años que viajamos juntos, y hemos comprobado dolorosamente que centenares y centenares de hombres no han podido seguirnos. Esclavos de un trabajo seguido, vense privados de la libertad sagrada del domingo. Hay en esto un atentado público contra la ley divina, contra la dignidad humana, contra la seguridad social. He protestado vigorosamente, y hasta que se consiga el fin propuesto y el derecho quede satisfecho, continuaré protestando.

Ahora, después de deplorar la ausencia de los que no han podido seguirnos, comprobaremos la ausencia de los que no han querido unirse a nosotros. En esta categoría, por desgracia muy numerosa, distingo varios grupos: primeramente el de los que odian la ver-

dad religiosa, a los cuales podríamos llamar los inaccesibles, los irreductibles, los irreconciliables.

I. Hay hombres que odian la religión.

En algunos es pura *ignorancia*. Una mala educación recibida en la familia o en la escuela, falseó su espíritu y pervirtió su juicio. Dominados por prejuicios invencibles, consideran el catolicismo como un culto dañino, que importa combatir y aniquilar a cualquier precio. Por ejemplo, se les ha hecho entender que el catolicismo es opuesto a la ciencia. Es esta una idea estúpida y pueril, fácil de destruir radicalmente, y que experimentalmente acaba de recibir esta semana un solemne mentís en la persona y con la muerte de Pasteur, a la vez gran cristiano y gran sabio. Sí, la idea del desacuerdo entre la religión y la ciencia, es una idea estúpida y pueril. Pero semejante idea es el argumento capital que invocan contra el dogma cristiano los librepensadores, y buen número de nuestros contemporáneos, partiendo de esta idea archifalsa, alimentan con relación al catolicismo sentimientos de la más viva hostilidad.

En otros, el *espíritu de partido* engendra el espíritu irreligioso. Se imaginan que se ven obligados a abandonar la Iglesia por una opinión política, y piensan que odian el Evangelio por amor a la república. No quieren entender que la religión, por su misma naturaleza, se eleva por encima de las tempestades políticas, por encima de los partidos, que es necesaria a todos los regímenes, y que se adapta maravillosamente a todas las formas honestas que puede revestir el poder público. ¡Cuántos hombres son hoy en día irreligiosos, ya por fanatismo científico, ya por fanatismo político, bien por ignorancia, bien por espíritu de partido!

Añadid a esto las pasiones que enardecen el corazón y le hacen detestar, a la vez que la verdad, la virtud; la virtud porque molesta, la verdad porque impone la virtud. Hay muchos jóvenes a los cuales podríamos decir: "No eres religioso porque no eres casto, y no eres casto porque la castidad es una virtud, y una virtud que exige sacrificios. Odias la religión porque la religión te predica deberes que repugnan a tu sentido depravado." La irreligión no procede siempre del corazón y de los sentidos, pero con frecuencia procede de ellos.

Esto es demasiado cierto. Hay entre nosotros irreconciliables, hombres que, por ignorancia y mala educación, por pasión, por espíritu de partido, odian la religión. La idea de Dios los llena de furor; la vista de un creyente los exaspera. Reclaman para ellos la libertad de blasfemar, y de buen grado niegan a los otros la libertad de adorar y orar. No entran en la iglesia, y, si pudieran, impedirían de buen grado que los demás entrasen en ella. Desde que se trata de aterrorizar a los tímidos o de oprimir a los que practican, siempre están dispuestos. Intentad convencerlos, y como el personaje que hace hablar Aristófanes en la comedia antigua, os contestarán: "Aunque me hayas convencido, no me persuadirás."

Señores, nada tiene de extraño que esos hombres no nos hayan seguido en el viaje que hace tres años hacemos juntos. Así debía ser. En la obra de evangelización que he emprendido y que llevo al cabo de acuerdo con vosotros, me dirijo a la libertad humana, y nunca me propuse vencer las voluntades irreductibles... Pero ¿qué debemos hacer con esos hombres que son nuestros contemporáneos, nuestros vecinos, nuestros amigos, y quizás nuestros parientes?

II. Hay que evitar tres peligros.

1.º *El peligro del desprecio.* Apartemos de nuestro espíritu y de nuestro corazón todo lo que de cerca o de lejos se parezca a menosprecio del enemigo. Los adversarios de la religión son ya demasiado dignos de lástima para que añadamos la injuria a la desgracia. Somos cristianos, y nuestra fe nos enseña dos cosas: 1.ª el precio sagrado de las almas; las revoluciones sublimes que la gracia se complace a veces en obrar en corazones que parecen malditos. ¿Por ventura no vemos esto en cada página de la historia? ¿Acaso no lo vemos cada día? La misericordia de Dios no es limitada. Para atraer las almas más rebeldes, posee ella secretos que escapan a nuestro análisis, a nuestras previsiones, a nuestras investigaciones. La era de las convicciones no está cerrada, y si, en este siglo y a esta hora, hay cristianos que caen, hay también pecadores que se levantan e incrédulos que vuelven a la luz.

No despreciemos a nadie. El desprecio no sirve para nada. es un signo de debilidad, no un signo de fuerza. La prensa, con sus hábitos de polémica llevada al extremo, ha contribuído mucho a deformar en gran manera el espíritu de amenidad y de respeto, a embotar el sentido de la moderación y de las conveniencias. Reaccionemos contra estas propensiones. Pongamos la bondad al servicio de la verdad, y un lenguaje sin acritud sea en nosotros la expresión de un alma sin amargura. Dios es paciente porque es eterno. Nosotros los hombres somos impacientes porque no vivimos más que un día. Los enemigos de nuestra fe se engañan; quizás son culpables, pero seguramente son desgraciados, y en todo caso son hermanos nues-

tros. Evitemos caer, con relación a ellos, en la tentación del menosprecio. Evitemos

2.º *El peligro del temor.* Nosotros los católicos olvidamos a veces demasiado el valor de nuestra causa y la majestad de nuestra bandera. Olvidamos con frecuencia que hace ya diecinueve siglos que nuestra bandera flota al viento y que nuestra causa es inmortal. Nuestra bandera no data de ayer. Plantóla en el Calvario Jesucristo, la regó con su sangre, la cubrió de púrpura con sus méritos. Durante tres siglos, los apóstoles y los mártires la pasearon por las catacumbas, ante los tribunales, en los anfiteatros; la hicieron flotar libremente al aire, y un día llevóla el viento a la cima del Capitolio. Se la ha visto en la mano de Constantino, de Carlomagno, de San Luis, de Juana de Arço, en la mano de los grandes capitanes y de los grandes libertadores. Se la ha visto en las manos de los doctores y de los más hermosos genios del linaje humano; en la mano de los justos y de los santos, que son los más elevados representantes de la raza humana. ¡Qué bandera la que marcha a nuestro frente! Un gran pueblo la sigue, una gran causa la precede. Es la causa de la verdad y el bien, la causa de la justicia y de la caridad, la causa de Dios y de las almas, la causa del Evangelio y de la civilización, la causa del tiempo y de la Eternidad.

... Changarnier estaba en Argelia, paseando nuestra bandera por las tribus árabes. Sólo contaba con un puñado de hombres, cuando de repente se ve envuelto por enemigos veinte veces más numerosos. Reúne a su escasa tropa y le dice: "Amigos míos, son 10.000 y vosotros 500. Bien veis que la partida es igual." Y los

árabes fueron dispersados. La bandera es la causa que triunfa del número estupefacto e impotente.

Así es, señores, como debemos hacer respetar nuestra bandera y hacer valer nuestra causa. Somos católicos; pues tengamos conciencia de la verdad que profesamos y del derecho que nos asiste. Nuestra fe tiene enemigos. Esto debe ser, porque es santa. Esos enemigos son sinceros o de mala fe. Dios los juzgará. En cuanto a nosotros, evitemos con relación a ellos sucumbir a la tentación del menosprecio y a la tentación del temor. Evitemos

3.° *El peligro de la abdicación.* Procuremos ilustrarlos hablándoles, enternecerlos amándolos, convertirlos orando por ellos. Esto no basta.

No basta orar en el santuario, mientras el hacha se abate sobre las puertas del templo. Orar sin obrar es una abdicación. Los impíos decididos no son muchos, pero son audaces. Hay que defender a los débiles y defendernos a nosotros mismos contra las empresas de la impiedad. Debemos hacer nuestra la divisa del caballero que tomó por emblema las olas encrespadas con estas tres palabras: "*Turbant sed extollunt,* destruyen, pero acercan al cielo." La lucha duplica nuestras fuerzas y decuplica nuestros méritos... y como ese fruto, tanto más sabroso cuanto más difícil de alcanzar en escabrosa roca, las conquistas de nuestra fe serán tanto más hermosas cuanto más caras nos cuesten. El apóstol San Pablo decía a los primeros fieles: "Todavía no habéis resistido hasta verter sangre." Lo mismo os digo, y os ruego que pongáis al servicio de la causa religiosa, no vuestra sangre, que nadie reclama, sino vuestra palabra, vuestro ejemplo, la elocuencia de vuestras virtudes y la atracción de vuestro apostolado.

Los resultados obtenidos en estos tres años, no deben desalentarnos. A pesar del estado social desmoralizador en que vivimos, y que priva a la mitad de los hombres el descanso dominical; a pesar de la invencible obstinación de una minoría rebelde, a la que ninguna palabra puede convencer, hemos podido cada domingo agrupar en torno de nuestro púlpito centenares de hombres para ofrecerles el beneficio de la doctrina religiosa y de la plegaria colectiva. Estamos en el caso de repetir aquí las palabras de Drouot la noche de la batalla de Hondschoote, al reprocharle que trataba de proseguir la lucha con soldados fatigados: "Tropas victoriosas—dijo—no necesitan descanso." Así también nosotros, señores, descansemos con nuevos trabajos de nuestras primeras campañas evangelizadoras.

Así sea.

CONFERENCIA TERCERA

Los que no quisieron seguirnos

2.º Los ciegos

SEÑORES:

Hace tres años que viajamos juntos. Muchos no han podido, y otros no han querido, seguirnos. Entre estos últimos, os he señalado los irreconciliables, los que están invenciblemente apartados de la religión por pasión, por espíritu de partido y por ignorancia. Debo señalaros hoy otra categoría que se sustrae a los esfuerzos de nuestro celo: los ciegos, es decir, los que no comprenden la capital importancia y la actualidad palpitante de la obra que perseguimos. No supieron discernir hasta aquí la necesidad de la idea religiosa, la necesidad de la instrucción religiosa, la necesidad de las asambleas religiosas. Quisiera poneros en condiciones de ilustrarlos.

I. La necesidad de la idea religiosa.

Somos un pueblo enfermo. El que no lo vea así, es ciego, tres veces ciego. El sensualismo se desborda, y marchita hasta el candor de la infancia. La juventud está animada de un aliento de independencia y de insubordinación que espanta a los padres. Debilítanse los caracteres. La criminalidad aumenta anualmente en proporciones aterradoras. Nuestra población decrece. El antagonismo social está en estado agudo. Somos un pueblo enfermo. Todos comprueban la evidencia del fenómeno.

Muchos no ven la causa ni el remedio. Muchos no comprenden la necesidad de la idea religiosa. ¿Qué es la religión en un pueblo?

1.º Ante todas cosas, un *muro* que lo protege contra la invasión del mal. He visitado a Suiza y recorrido los Alpes. Allá, las aldeas prósperas se extienden alegremente por el flanco de las montañas, y por encima de las aldeas, bosques de pinos suficientemente espesos y fuertes para soportar el peso de la nieve y detener los aludes. Si los aldeanos tuvieran la desdichada idea de cortar los pinos, destruirían en cierto modo los cimientos que sustentan sus mansiones, y llegaría un día en que la nieve, el hielo, las rocas, descendiendo de las cumbres, invadirían sus jardines, senderos y cabañas, inundarían sus establos y lecherías. y llenarían de tierra sus más sólidas habitaciones. Esto sería la ruina, la devastación y la muerte. ¿Qué es, pues, lo que hace el Consejo federal de Suiza? Planta pinos y prohibe tocar los que existen. En Suiza, el pino es un muro contra las fuerzas naturales. Abriga, protege,

salva las aldeas... Así también, en un pueblo, los principios religiosos son el muro que contiene el desbordamiento de las pasiones. Si hay hombres imprevisores y ciegos que no lo ven así, no encuentro palabras suficientemente fuertes para calificar a tan extravagantes criaturas, pues los juzgo tan estúpidos como el aldeano de los Alpes que, habiendo abatido el bosque de abetos, ve desaparecer al paso del alud casa, capilla, campos y ganados. ¿Qué es la religión para un pueblo? En primer lugar, un muro que lo protege contra la invasión del mal, y luego,

2.º *Una fuente* que lo enriquece de toda clase de bienes. En esa Suiza de que acabo de hablaros, hay montañas majestuosas, que he tenido el placer de contemplar con mis ojos y hollar con mis pies. Pues bien; fijaos en que todo el sistema hidrográfico de la Europa continental tiene un principio determinante en la situación y disposición de estas montañas. Desde las cumbres del San Gotardo descienden ríos inmensos que riegan y fecundan a Europa. Suprimid esos depósitos providenciales, esas fuentes del Rhin, del Ródano, del Danubio, y la Europa se tornará árida, se convertirá en el desierto. Del mismo modo, la religión en un pueblo, es la fuente viva que produce la paz, la virtud, la unión, la felicidad pública... Si, pues, filtrándose por todas partes en ese suelo invisible que se llama el alma de una nación, constituye algo así como la corriente general de ella, todo marcha bien. Pero si, por lo contrario, esta fuente sagrada amenaza con secarse, si mengua, y sobre todo, si se agota, todo marcha mal, todo vacila, todo perece. El cielo conserva todavía su color azul, sus rayos, su claridad; el sol, su fecundidad primera; las montañas, su majestad; las

mismas olas baten las mismas riberas; las mismas brisas orean las flores y las cosechas; las murallas de las ciudades restan intactas; la raza transmite todavía con la sangre los rasgos que la distinguen; guarda aún la lengua sus caracteres y armonía... Pero el alma de ese pueblo está ausente, la fuente está seca, las tradiciones sagradas y las creencias augustas están muertas, y ya no ven vuestros ojos más que el cadáver de un pueblo. La religión en un pueblo es a la vez un muro y una fuente: un muro que lo protege contra la invasión del mal; una fuente que lo enriquece con toda clase de bienes.

Nosotros somos un pueblo enfermo, porque entre nosotros la idea religiosa está en peligro. Esto es la evidencia misma. Muchos hombres no ven esta evidencia; no comprenden la necesidad de la idea religiosa. No comprenden

II. La necesidad de la instrucción religiosa.

Muchos católicos no conocen bien su religión. Ya vemos emerger en la sociedad las víctimas de nuestras escuelas sin Dios, los productos de la escuela neutra. ¿Qué saben ellos en materia de religión? El cristianismo casi les es desconocido. Al lado de ellos, el pueblo, que se gana penosamente el pan con el sudor de su frente, y no oye misa, difícilmente podría dar cuenta de su fe, si es que todavía le queda un resto de ella. Finalmente, muchos hombres instruídos no tienen más que una ciencia religiosa muy rudimentaria. Son industriales y comerciantes muy inteligentes, médicos muy hábiles, hombres de negocios muy experimentados, administradores muy seguros... pero católicos muy incompletos. su fe no es sólida, porque no es ilus-

trada. No la conocen suficientemente para poder defenderla. Es, señores, una gran desgracia semejante insuficiencia de instrucción religiosa en nuestro mundo contemporáneo. No voy a averiguar sus causas; compruebo solamente sus inconvenientes, que acabo de señalar: 1.º El católico que no conoce bien su religión no tiene más que convicciones mal fundadas, vacila, duda; halla objeciones con cuya respuesta no acierta; camina entre tinieblas que le velan los misterios de su religión, y su paso es incierto, porque su antorcha es vacilante. 2.º El católico que no conoce bien su religión, no puede defenderla. Está desarmado. ¿Qué opondrá a los ataques del incrédulo? ¿Injurias? Se le devolverán más crueles todavía. ¿Violencias? Se le pagará con otras peores. ¿La pasión? Nada resuelve. ¿La cólera? Los que se enfadan no tienen razón. Nada más tranquilo que la verdad. Nada más sereno que el derecho. El católico que conoce su religión, es invulnerable e invencible. El más humilde obrero, que tiene una mediana ciencia religiosa, puede confundir todas las perfidias de la impiedad corriente. Su instrucción religiosa es hoy más necesaria que nunca.

Y añado que es fácil de adquirir. El pan está dispuesto. Dios lo amasó con sus manos. No hay más que tomarlo como lo hizo. Dios no puso la verdad religiosa en un pozo; un pozo es obscuro e inaccesible. La verdad religiosa es un astro que ilumina, que irradia en lontananza. Basta abrir la ventana, levantar la cabeza y mirar. Por desgrcia, muchos son los hombres a los cuales pueden aplicarse terriblemente las palabras del Evangelio: "La luz brilló en las tinieblas, y las tinieblas no la comprendieron. La luz visitó la tierra, y la tierra no quiso recibirla." ¡Cuántos hombres hay

que no ven la necesidad de la idea religiosa, la necesidad de la instrucción religiosa! Ni tampoco

III. La necesidad de las asambleas religiosas.

Señores, el hombre es un ser esencialmente sociable. Sus placeres, su instrucción, sus deberes, todo es colectivo en el género humano. Los hombres se aproximan sin cesar en política, en industria, en artes. Se juntan en comicios para nombrar sus representantes y deliberar sobre asuntos públicos; se juntan en exposiciones locales o universales para exponer en ellas las maravillas de la inteligencia humana y los inventos del genio humano; se juntan en conferencias científicas y literarias para desarrollar en ellos el gusto del estudio y la pasión del saber; se juntan para correr caballos, para oir piezas de música y conciertos. Ahora bien, lo que es un derecho, un deber y una necesidad en el orden profano, es también, y todavía más, un derecho, un deber y una necesidad en el orden religioso.

¿Pues qué, se aislaría el hombre, se ocultaría, se desvanecería, ante la idea que debe dominar a todas las demás, ante la expresión del sentimiento que más le honra, ante la cultura de su vida espiritual y moral, tan importante y, en la actualidad, tan amenazada? No, señores, no es posible que la escuela sustituya al templo, ni una cátedra de cálculo o de moral cívica a la cátedra del Evangelio. No es posible calmar las pasiones con axiomas, ni mantener con un poco de arte y de literatura el respeto de la propiedad, el honor de las familias, la seguridad de los Estados, la paz del mundo. El hombre necesita una religión, una religión visible, concreta, pública y social. Obreros, debéis a Dios vuestro pan de cada día; ricos y grandes de la tierra, le debéis vuestra

opulencia. Venid todos a nuestras asambleas religiosas.

Cuando el pobre canta en su miseria, ¿por qué te callas ¡oh rico! en tu opulencia? Cuando un sabio se arrodilla, ¿por qué te obstinas ¡oh joven! en permanecer de pie? Hubo un tiempo ¡oh pueblo! en que tenías un puesto distinguido en nuestros templos; ¿por qué has abandonado este puesto de honor? ¿Qué te ha dado la impiedad para que te fíes de sus promesas? Cuando abandonas ¡oh pueblo! el mostrador, el despacho o el taller, la iglesia es el lugar de tu descanso. Ven a orar, ven a oir la palabra, ven a contemplar el pomposo esplendor de nuestras ceremonias. Ven; aquí es donde uno se eleva, se consuela, se ennoblece; aquí se aprende la resignación, la honradez, el contento de la muerte; aquí hallarás las puertas del cielo. Si nuestros templos no son el paraíso, son por lo menos su vestíbulo.

Son islas de paz en el océano del mundo.
En este umbral de la eternidad se oye desde más lejos
El ruido de la ola que brama.

Así sea.

CONFERENCIA CUARTA

Los que no quisieron seguirnos

3.º Los indolentes

Señores:

Hace tres años que viajamos juntos. Muchos hombres no pudieron seguirnos: son los esclavos del trabajo seguido. Otros muchos no quisieron seguirnos: son los irreconciliables, a los que no es posible llegar, y los ciegos, a los que no es posible ilustrar. Después de estas dos clases de personas, veo otra sobre la cual solicito hoy vuestra atención: son los indolentes, a los que nada puede conmover. Estudiemos:

1.º El fenómeno de la indolencia;
2.º Los resultados de la indolencia.

I. El fenómeno de la indolencia.

En nuestro mundo, que se agita y busca un remedio a sus males, una respuesta a sus preguntas, una solu-

ción a sus inquietudes, hay muchos hombres con el corazón tranquilo, los ojos apagados, cruzados los brazos, semejantes al aldeano que, sentado en la orilla del río, espera que deje de correr.

Duermen. Todo llega al que sabe esperar, dicen. Y como saben que el tiempo jamás pasa tan deprisa como en la cama, se zambullen deliciosamente en ella. Si gritan los centinelas, si bate el tambor, si el cañón ruge, quizás se vuelvan del otro lado, pero no viendo ni luz, ni fuego, dirán beatíficamente: "¿A qué atormentarme? Todo marcha viento en popa. Descansemos hasta que llegue el día." Y, de hecho, descansan hasta que llega el día, y a veces hasta el mediodía; y cuando se despiertan, no es para tomar parte en la lucha, para formar la cadena y salvar la casa que se pierde, para inmolarse en el altar de la religión y de la patria, para defender ardientemente la causa de Dios y de las almas... no, sino simplemente para asistir como espectadores y aficionados a la batalla del bien y del mal, como un abonado del Liceo, o del Español que sigue con sus gemelos las peripecias del drama y el juego de los actores. He ahí la actitud de los indolentes. Duermen, y cuando se han hartado de dormir,

Miran. Nada tan irritante como la gente que os mira cuando pudiera y debiera ayudaros. Imaginaos unos segadores, que hasta la noche no recibirán el jornal, pero que viéndose amenazados por la tempestad, sudan la gota mortal para amontonar las gavillas. ¿Estarían muy contentos que les enviaran obreros, pagados por adelantado, que en vez de ayudarlos, los contemplaran?... Sabéis que Rusia ha hecho una obra gingantesca estableciendo una vía férrea que penetra en el centro de Asia y va del Caspio a Samarcanda. Pues bien, parece que en esos trayectos inmensos,

cuando pasan los trenes, detiénense un momento los asiáticos imperturbables para ver el humo de la locomotora, y luego caen al punto en su inmovilidad impenetrable. Esos nómadas, a los que nada conmueve, ven pasar los trenes, y continúan viviendo y circulando como si nada existiese. Ni siquiera sienten la tentación de subir al tren para dirigirlo y servirse de él. ¿Es que no hay en nuestra patria muchos asiáticos que, en vez de subir al tren, de lanzarse a la máquina, de conducirlo todo hacia las alturas de Dios, se contentan con mirar? Después de dormir, miran, y después de mirar el tren que pasa y el mundo que se les escapa, *Se abstienen* de emitir un voto, una palabra, un acto para contener el mal y promover el bien.

Hoy en día hay que *hablar* de viva voz o por la prensa. El público se va con el que le habla. ¡Cuántos silenciosos entre nosotros! Donde los malos siembran a manos llenas, apenas arrojamos nosotros algunas semillas, muy raquíticas y muy pronto arrebatadas por el viento. Cuando ellos regalan la mala prensa, el perverso pasto, vendemos nosotros el pan de vida. Prodigan ellos y vierten a la redonda el vino de la irreligión popular y de la corrupción vergonzosa, en tanto que a nosotros nos falta el valor, y aun el pensamiento, de propagar la hoja amiga, que instruye, que conmueve, que consuela. Poseemos nosotros la idea verdadera, la idea redentora, la idea evangélica... pero está afónica en nuestra conciencia, muda en nuestros labios; es como si no existiera.

Hoy en día hay que *votar.* El poder pertenece a las mayorías, y las mayorías proceden de quien las nombra. ¡Cuántos abstencionistas entre vosotros! No quieren salir de su morada para elegir mandatarios dignos y capaces de representarlos. Permanecen en su casa, y

preparan un triumfo fácil y cierto a los enemigos del orden social y religioso.

Hoy en día hay que *obrar*. El porvenir pertenece a los que tienen convicciones y valor para hacer que prevalezcan. ¡Cuántos indiferentes entre nosotros! No se los ve, en nuestros templos, en nuestras solemnes plegarias, en nuestras grandes asambleas religiosas, dar el ejemplo de la fe, y oponer la liga de las santas creencias, a las conjuraciones del infierno. Se borran de la vida civil y de la vida cristiana, y lo más que hacen es verter sobre las ruinas sociales y religiosas algunas lágrimas estériles y pasajeras. Y no les llevemos con demasiada frecuencia noticias poco tranquilizadoras, porque si los importunáis con vuestros llamamientos y advertencias, os dirán como el tebano Arquias, quien, habiendo recibido un mensaje urgente, exclamó poniéndolo debajo de la almohada: "¡Los asuntos serios, para mañana!"

Y basta ya, señores. Habéis comprobado el fenómeno de la indolencia. Permitid que os indique ahora

II. Los resultados de la indolencia.

1.° *En el orden religioso.* El católico indolente carece de valor. Es un cristiano de gabinete, un miembro honorario más que un miembro activo en la sociedad religiosa. Se parece al soldado que tiene su número, su uniforme y sus armas, pero que, en tiempo de guerra, se queda en el cuartel o se oculta en la tienda. Con semejantes soldados la derrota es segura, y con semejantes soldados, perece la religión.

Y perece, en primer lugar, en el alma y en la vida del que tan poco valor le da. El católico que condena su fe a la inmobilidad, se expone a matarla por embotamiento. Todo órgano que no funciona, se paraliza; toda facultad que dormita mucho tiempo, se hace impotente. La fe es una fuente que se agota, si no es operante; un sentimiento que se extingue en el alma cuando no respira al exterior, y, a fuerza de guardar la religión cerrada con candado, inerte, adormida, se acaba por hallarla muerta en el corazón.

Añadid a esto que el católico indolente comunica su desaliento y su ejemplo a la comunidad a que pertenece. Todo cristiano, por pequeño que sea, posee aquí bajo valores que deben ser bien administrados, valores que debe poner al servicio de Dios y de sus hermanos. Pues bien, contemplad ese católico indolente. Se niega a pasar de su aposento a la iglesia para glorificar a Jesucristo y edificar a cuantos le rodean. ¿No es esto algo así como una traición? Ya sé que no quiere traicionar, pero su abstención no engaña a nadie, sino que dice a todos que se puede impunemente tratar la religión como una cantidad despreciable. ¿Cómo semejantes ejemplos que socavan el orden religioso, no hallarían eco terrible?

2.° *En el orden social.* ¿Qué necesita nuestra sociedad? *Virtud,* abnegación. Necesita una cruzada de grandes sacrificios y de santas palabras. Necesita un concierto universal de movimientos en el sentido de la propagación del bien y de la reparación del mal. Ahora bien, el católico indolente se calla cuando debería hablar, se oculta cuando debería obrar, se reserva y se mima cuando debería darse. Al prescindir de la religión, compromete la sociedad, cuya más segura salvaguardia es la religión.

¿Qué necesita todavía nuestra sociedad? *Unión*... Unión que debería y podría hacerse en la iglesia,

al pie de los altares; aquí es donde los extremos sociales podrían y deberían encontrarse, para darse el beso de paz y reconciliación. Sin duda alguna que, si todos estuviéramos unidos en el amor de Dios, fácilmente nos uniríamos en el amor fraternal, y no hay escena más hermosa que la que ofrecen los cristianos que oran y cantan juntos bajo la bóveda del templo. Pues bien, el católico indolente se niega a concurrir a esta cita; niega el beso de paz al pie del altar; se niega a concurrir a la unión de todos los miembros de la gran familia nacional bajo la mirada y sobre el corazón de Dios.

En resumen, ¿qué necesita especialmente nuestra sociedad? *El Evangelio*. Cierto día en que Víctor Hugo estaba bien inspirado, decía: "Hay que sembrar de Evangelios nuestras aldeas." Y, en efecto, cuantos más Evangelios leídos y vividos haya en nuestra patria, más vitalidad verdadera se notará en ella. Estamos edificados sobre el Evangelio. Constituímos un soberbio palacio cuyos fundamentos son evangélicos. Estos fundamentos crujen por todas partes. El católico indolente lo sabe, y se niega a hacer la menor reparación. El palacio permanece siempre en pie, pero viene una sacudida, y se convierte en ruinas. El católico indolente no se cuida de ello.

Señores, un aldeano muy avisado, como tuviera que dejar a sus hijos solos en la granja, les dijo: "Si os ocurre algo, no gritéis: "¡Ladrones, ladrones!", porque nadie acudiría, ya que solamente vosotros estaríais en peligro de ser robados; gritad "¡Fuego, fuego!", si queréis que acudan los vecinos, porque el fuego podría quemar todo el pueblo." Hay muchos católicos indolentes que duermen, miran y se abstienen; despertadlos gritando: "¡Fuego, fuego!", es decir, dándoles a entender que

la religión y la sociedad son solidarias, y que los peligros que amenazan el orden religioso, ponen también en peligro el orden social. Despertadlos haciéndoles comprender que los que dormitan al borde del abismo, están destinados a acostarse en el lecho del alud. Despertadlos y decidles que vengan con vosotros a trabajar por la gloria de Dios y la reconstitución de nuestra cristiana patria.

Así sea.

CONFERENCIA QUINTA

Los que no quisieron seguirnos

4.º Los tímidos

SEÑORES:

Hace tres años que viajamos juntos. Muchos hombres no pudieron seguirnos; son los esclavos del trabajo seguido. Otros muchos no quisieron seguirnos: son los irreconciliables, a los que no es posible llegar, los ciegos, a los que no es posible ilustrar, los indolentes, a los que no es posible conmover. Mas todavía hay los tímidos, de los que voy a hablaros en el día de hoy. No tengo la costumbre de ocultar la verdad, y vosotros esperáis de mí que os la diga por entero. Es lo que voy a hacer.

I. Los tímidos son numerosos.

Señores, la intrepidez nos embelesa. Cuando leéis en la historia, que, en Malplaquet, los soldados franceses,

que habían pasado tres días sin comer, arrojan el pan que se les distribuye negándose a comerlo hasta que hubieran vencido, os desafío a que no os estremezcáis; y cuando contempláis, en los anales de ayer, al general Sonís tendido en la nieve en la noche de la sangrienta batalla de Loigny, esperando la muerte que no viene, bañado en su sangre, extasiado en la oración, experimentáis el estremecimiento del entusiasmo. Nada tan hermoso como la intrepidez. Nada tan pequeño, tan envilecedor, tan antipatriótico como el miedo.

Y, cosa notable. En materia de religión, el miedo reina soberanamente. Los tímidos son innumerables. Hablamos de libertad de conciencia, y hay millares de hombres en los cuales no se atreve a manifestarse la conciencia. Tienen miedo de parecer religiosos. Retroceden

Ante la impiedad oficial. De buen grado adorarían a Jesucristo, si pudieran hacerlo durante la noche, al abrigo de malévolas inquisiciones y comprometedoras indiscreciones. Pero en pleno día, ¿es esto posible? Incurrirán en la desgracia de los poderosos, soportarán injustas exclusiones, violentas recriminaciones, medidas vejatorias, que alcanzarán aun a sus hijos. Es demasiado para ellos. Arrían la bandera, se callan, se ocultan, disfrazan sus secretas convicciones con el manto de la hipocresía y la indiferencia, abdican los derechos de su conciencia y de su paternidad, y meten su enseña en el bolsillo. ¡Oh libertad, cuándo dejarás de ser un vano nombre! Y al lado de los que retroceden ante César, he ahí los que retroceden

Ante el blasfemo audaz. Si el cristianismo no supusiera nada, la impiedad no se tomaría el trabajo de negarlo. Pasaría por su lado sin demostrar odio, ni menosprecio, ni orgullo, como se pasa ante un montón

de piedras, que ni siquiera ofrece la arquitectura de unas ruinas. Pero el cristianismo es algo. Habla, discute, alienta al espíritu humano; enlaza la ciencia de los tiempos que pasan con la de los tiempos que comienzan, y se le acusará de todo, salvo de carecer de grandeza y potencia de espíritu. Entonces la impiedad, viendo que no puede confundirlo con argumentos, no dejará de emplear injurias y amenazas, injurias y amenazas que se expresan ora con la palabra, ora con la pluma, armas pérfidas, cuya punta y cuyo filo hallamos por todas partes. Frente a semejantes agresiones, ¡cuántos cristianos se entregan a la molicie y no responden a la blasfemia más que con un silencio tímido y complaciente, murmurando por lo bajo: "Pasa la tempestad; ocultémonos." Y aun algunos, llevando la debilidad hasta la apostasía, añaden: "Aulla la impiedad; aullemos con los lobos." Otros, todavía más tímidos, retroceden ante un peligro menor,

Ante el sarcasmo del mundo. El mundo siente horror de aquellos cuyas prácticas religiosas son una censura viviente de sus costumbres disolutas, y, si no puede desembarazarse de ellos por decretos o blasfemias, procura oprimirlos por el ridículo. Origina una opinión sombría, cuya risa indecente oye el cristiano estallar continuamente sobre su cabeza. ¡Cuántos hombres tienen miedo de esta opinión! ¡Cuántos suprimen sus prácticas religiosas para no desafiar una de esas sonrisas. Entrarían en la iglesia si los tiempos fueran mejores. Verán al párroco antes de morir, pero, durante la vida, prescinden de él. Las cosas de la religión tienen todas sus secretas simpatías, pero no se atreven a manifestarlas. Se avergüenzan de Dios, como en el siglo XVIII fué sorprendido un poeta avergonzándose de su padre. J. B. Rousseau recogía en el teatro los aplausos de la galería. Mostrósele en la multitud un hombre sencillo que le sonreía con amor. Preguntáronle el nombre de aquel desconocido, y contestó que era un colono de sus tierras. El poeta acababa de cometer una gran bajeza, porque aquel hombre era su padre. Señores, muy numerosos son los que se avergüenzan de Dios.

II. ¿Qué hacer?

Sin duda conocéis la estrofa, muy sencilla y hermosa, que un gran cristiano, Luis Veuillot, quiso que se grabase en su tumba:

> Espero en Jesús. En la tierra,
> No me avergoncé de mi fe.
> En el último día ante su Padre,
> No se avergonzará de mí.

Preparémonos un epitafio semejante. Merezcámoslo con una vida valerosamente cristiana. Tengamos

1.° *Una religión que se afirme.* ¿Queréis ejemplos de una religión que se afirme? He aquí algunos. San Luis no se avergonzaba del cilicio que llevaba bajo la coraza en Taillebourg. El conde de Luxemburgo, revestido del escapulario, tapizaba con banderas extranjeras Nuestra Señora de París. Drouot llevaba su rosario en la última batalla del Gran Ejército, y durante la campaña de Rusia, habiendo distinguido Napoleón durante la noche una luz en el campamento, y despachado un oficial para que averiguase lo que era, díjole éste a la vuelta: "Señor, es Drouot que trabaja y ora." Drouot templaba sus fuerzas en la oración; al día siguiente se batía como un león, y respondía a Napoleón que lo felicitaba: "Señor, no temo la pobreza ni la muerte; sólo temo a Dios; he ahí mi

fuerza." He aquí otro ejemplo. Poco después de 1830 reunía Luis Felipe en un banquete todas las notabilidades civiles y militares del reino. Era un viernes y todos los platos eran de carne. A la derecha de la Reina se sentaba el general Brun de Villeret, quien, tan brillante oficial como intrépido cristiano, habíase señalado en todas las guerras del Imperio. En la isla de Lobau, a la cabeza de un puñado de valientes, sin víveres ni socorros, tuvo en jaque durante tres días todos los esfuerzos del enemigo. Como dejara pasar, en aquella comida palaciega, varios platos sin servirse de ellos, mostróle la Reina su asombro. "Señora—respondióle sonriendo,—hoy es viernes y espero que traigan platos de pescado." La Reina quedó confusa, pero el mariscal Soult, que se sentaba frente a ella, procuró sacarla de su apuro y salvar la situación divirtiéndose con su viejo compañero de armas sobre sus escrúpulos asombrosos. "¿Cómo, eso te asombra?—exclamó en alta voz el general Brun.—Tú me conoces bien, y sabes que en mi vida comí carne en viernes, excepto en Lobau, en donde sólo tuve para comer la cabeza de mi caballo." ¡Qué hermosa es esa fe que planta su bandera en todas partes por donde pasa, aun en la mesa de los reyes! Escuchad todavía a Lamoricière, que exclama: "Creería faltar a lo que me debo, si ocultase mi modo de pensar. Es una cobardía ocultar las opiniones, y sin duda alguna, la peor de todas." Así, cierto día en que Thiers le citó para el domingo a las ocho, le respondió: "A las ocho, no, porque el domingo a las ocho, voy a misa." Aquí tenéis otro ejemplo; viene de América, de la república del Ecuador. Al acabar un predicador su sermón en la catedral de Quito, anunció que iba a erigirse una cruz en las puertas de la ciudad, y pidió para llevarla hombres de

buena voluntad. García Moreno, Presidente de la República, desciende el primero de la tribuna, seguido de todos sus ministros, y reclama el honor de recibir sobre sus hombros la preciosa carga. He ahí, señores, lo que llamo yo una religión que se afirma.

Avanzad, pues, a banderas desplegadas, por medio de un mundo en el que los tímidos jamás tienen razón, en el que la última palabra pertenece siempre a los audaces. No os avergoncéis de vuestra fe. No la pongáis jamás bajo el celemín, como una antorcha que os molesta porque os descubre. No parezca nunca que pedís perdón a los hombres porque pertenecéis a Dios. Afirmad vuestras convicciones sin temeridad, pero con firmeza. "¿Por qué vas a confesarte?"—preguntó un soldado a su camarada.—"Por dos razones; escúchalas bien: La primera porque no te importa; la segunda porque me place." Así, pues, si se ataca ante vosotros la fe cristiana, defendedla con vigor. Los que os combaten no os son superiores ni por la posición, ni por las luces. Por otra parte, aun cuando tuvieran sobre vosotros la superioridad del talento o de la riqueza, ¿no tenéis sobre ellos la libertad de vuestras convicciones? Pareced lo que sois, seguid la línea recta y os conquistaréis la estimación de todos. Los mismos que no tendrán el valor de seguiros, se verán obligados a decir: "¡La enhorabuena! ¡He ahí un hombre!" Y los hombres son tan raros en este mundo que claudica por todas partes, que, cuando se encuentran, se empieza por respetarlos, y se acaba por imitarlos. Tened una religión que se afirme, y también

2.° *Una religión que irradie.* Los tímidos son numerosos. Con vuestra palabra y con vuestro ejemplo, ayudadlos a conquistar su libertad. Habiendo sido reducido a prisión un aldeano irlandés por el lord cuyo

colono era, le propuso la libertad a condición de que votara contra O'Connell, el valiente defensor de la patria oprimida. El aldeano vaciló al principio, pero el recuerdo de su familia, de la que era único sostén, le decide a traicionar su conciencia y su fe. Mas, en el momento en que iba a depositar su voto, detiénele su mujer y le grita: "¿Qué vas a hacer, desgraciado? ¡Acuérdate de tu alma y de tu libertad!" Y este grito de una humilde aldeana, impidió que el irlandés faltara a su deber. Señores, cuando veo en torno vuestro tantos bautizados que vacilan, tantas frentes que se humillan, tantas timideces que tiemblan, quisiera veros, animados de un celo inteligente e infatigable, detener el contagio del miedo y propagar el contagio del valor. Quisiera veros, aguerridos ya vosotros, trabajar en aguerrir a vuestros hermanos. Esto no es imposible. Basta quererlo y ensayarlo. Predicadores que al principio hablaban temblando y balbuciendo, acabaron por ser imperturbables. Cambronne, que era un león en el fuego, palidecía al primer cañonazo. Arrojaos al agua, nadaréis. Sed cristianos, y os convertiréis en apóstoles. Y que los ciegos vean gracias a vosotros, y se conmuevan los indolentes, y se serenen y se vigoricen los tímidos, y que, merced a vosotros, renazca en este siglo la fe cristiana con la santa libertad de las almas.

Así sea.

CONFERENCIA SEXTA (1)

Los que no quisieron seguirnos

5.° LOS DESALENTADOS

HERMANOS MÍOS:

La fiesta de Todos los Santos es la fiesta de la esperanza. En primer lugar, encamínanse nuestros pensamientos y nuestras miradas hacia el cielo, hacia esa ciudad bienaventurada en la que triunfan los santos, nuestros hermanos primogénitos, en la que un día deberemos también triunfar con ellos. Aplastados como estamos aquí bajo por el trabajo, por la tentación y por el dolor, nos es grato contemplar la mansión de la paz y repetir con San Agustín: *Illic enim vacabimus!* ¡Oh, qué hermosas vacaciones las vacaciones eternas!

En segundo lugar, la fiesta de Todos los Santos es la fiesta de la esperanza bajo otro aspecto. Reúne en

(1) Esta conferencia fué pronunciada en la Misa mayor de las diez ante toda la parroquia el día de Todos los Santos.

nuestras iglesias los cristianos dispersos; reúne las ovejas en el redil; y al impulsar hacia los altares las multitudes que atestiguan con su influencia la vitalidad creciente del sentimiento religioso, resucita la confianza en el alma del clero y del pueblo. Por cuanto desde hace veinte años tiene que soportar la religión rudas tormentas, hemos visto palidecer en muchos la esperanza, como una estrella oculta por la bruma; hemos visto muchos desalentados. Esto es, y esto no debería ser.

I. Esto es.

Los desalentados son numerosos. Por tres signos los reconoceréis: gimen, maldicen, se eclipsan.

Gimen, y en medio de sus lamentos nunca interrumpidos, repiten sin cesar, como un estribillo lúgubremente sonoro: "¡La desdicha de los tiempos, la desdicha de los tiempos!" Desde que existe la Iglesia, dice en alguna parte Goyau, sus oradores lanzan este grito, sus publicistas lo comentan, sus fieles lo repercuten. Desdicha de los tiempos cuando el Imperio romano trataba de aniquilar a la Iglesia, cuando los Césares de Bizancio o los de Germania querían esclavizarla, cuando se veía desgarrada por el gran Cisma, dislocada por la Pseudo-reforma, y cuando, finalmente, los que se daban por representantes legítimos del siglo XIX, legalizaban el acta de defunción del catolicismo. Hasta la consumación de los siglos, serán desdichados los tiempos, y deberá luchar la Iglesia, y yo no sé en verdad si la vida le es más dura hoy que en los siglos pasados. Si, pues, los desalentados se contentaran con repetir esa monótona melopea de la desdicha de los tiempos, no ocasionarían gran perjuicio. Pero lo peor es que, después de gemir,

Maldicen. No ven más que los vicios del siglo, y desconocen sus nobles y buenas inclinaciones. No saben más que lanzar anatemas contra los hombres y las cosas que los rodean. Son rígidos e inflexibles, no solamente con los enemigos de todo bien, sino con los que pueden estar de buena fe en el error, con los que son más débiles que malos, con los que, teniendo buenas intenciones, son inhábiles para expresarlas y defenderlas, finalmente, con los que no adoptan todas sus ideas y todos sus procedimientos. "Quisieran hacer remontar al Erie las aguas del Niágara," como dice el obispo norteamericano Mons. Yreland; y añade: "No os hagáis caso; seguid vuestro camino con Jesucristo y su verdad." Los desalentados gimen y maldicen, y, en vez de poner manos a la obra para salvar al siglo que se ahoga y hacerle respirar el aire del Evangelio,

Se eclipsan, declarando que no hacen nada porque nada hay que hacer. Digamos mejor que nada se ha hecho todavía, y que todo nos parece terminado, porque no queremos volver a empezar. Los gemidos son estériles y las maldiciones funestas; sólo la acción es fecunda y bendecida por Dios. Un ejército no gana batallas retirándose a sus cuarteles de invierno. ¡Ah, cuántas veces oí que piadosos católicos me hacían esta profecía tan consoladora: "¡Nada conseguiréis!" Primeramente, se engañaron; fueron malos profetas; por la gracia de Dios, nuestros trabajos han producido algún bien. Y luego, ¿es que estamos en la tierra para conseguir algo terrenal? No. Estamos aquí para trabajar mucho, para ganar, merced a una labor muy intensa, una gran recompensa en el cielo. Dios no exige de nadie el triunfo, sino que pide a todos, lo mismo a los fieles que a los sacerdotes, que luchen y obren. El desaliento es censurable: 1.° porque procede

de la desconfianza con relación a Dios; 2.° porque lleva a la inacción y a la esterilidad. Hay cristianos desalentados. Esto es, pero

II. Esto no debería ser.

Permitidme que os trace un programa en tres palabras: confianza, oración, acción.

1.° *Hay que esperar,* y, para esperar, hay que considerar la historia, la actualidad, la patria.

1.° *La historia.* Hace diecinueve siglos que la Iglesia se mueve en la historia. Ved los *odios* que suscita. Todos los males se unen contra ella. Todas las pasiones conspiran para su ruina. Pero ella es la verdad y el bien, porque tiene por enemigos la mentira y el mal. Preguntaron ciertos impíos a Laharpe cuál era su religión. "Soy cristiano—dijo,—porque vosotros no lo sois. Una religión que tiene por enemigos mortales los más mortales enemigos de toda moral, de toda virtud, de todo hombre, es necesariamente amiga de la moral, de la virtud, del linaje humano. Luego es buena." Hace diecinueve siglos que la Iglesia se mueve en la historia. Ved los *beneficios* que difunde. Los esclavos le deben la libertad. Rehabilitó la infancia, devolvió su dignidad a la mujer, hizo del pobre el hermano del rico, creó la verdadera civilización. Sófocles, ese poeta inmortal, fué acusado de demencia por sus hijos, que querían entrar en posesión de sus bienes. Por toda defensa, leyó el poeta a sus jueces su último poema, y el glorioso anciano quedó absuelto. Para defenderse, para confundir a sus acusadores, sólo tiene que hacer la Iglesia una cosa: mostrar sus obras. Hace diecinue-

ve siglos que la Iglesia se mueve en la historia. Ved las *victorias* que ha reportado. En un medio esencialmente móvil, ella no cambia. Inclinada siempre, no cae jamás. Rodeada de ruinas, cubierta de despojos, se desprende de ellos pacientemente, sale de todos los escombros y vuelve a emprender todas sus obras como si nada hubiera ocurrido. Su resistencia corre parejas con su fecundidad. Hija de la Eternidad, procede con mucha calma, y parece decir al tiempo que sus ataques no la asombran, que cuenta con ellos, que, haga lo que haga, no acabará con ella, que es para él de acero, de bronce, de diamante. ¡Oh hombres, para cobrar confianza, contemplad la historia! Contemplad

2.° *La actualidad.* La Iglesia se mueve en la actualidad. ¿Os parece que agoniza? Se dice de alguien que está en agonía cuando se enfrían sus extremidades, cuando se retrasa el movimiento del corazón. Ved la Iglesia. Jamás fueron más calientes sus extremidades, jamás las misiones llevaron tan lejos la expansión de la vida católica. León XIII, durante su pontificado ha creado 150 diócesis. Ved la Iglesia. Jamás latió tan fuertemente su corazón. El débil y diáfano anciano que mora en el Vaticano dirige con mano invencible la nave católica con tal firmeza y rapidez maneja el timón, que ciertos cristianos enfermizos se lamentan de las trepidaciones del navío. La Iglesia vive. Jamás sus extremidades estuvieron tan calientes, jamás su corazón latió tan fuertemente. ¡Oh hombres, para cobrar confianza, contemplad la historia y la actualidad! Contemplad

3.° *La patria.* La Iglesia se mueve en la historia. Se mueve en la actualidad, y a pesar de las tempestades que desde tantos años rugen sobre nuestra cabeza, la Iglesia se mueve en medio de nuestro pueblo. ¿Es que no es esto admirable?

La religión no puede ofrecernos hoy ninguna ventaja humana. No ofrece placeres; los condena. No da dinero; lo pide. No promete honores ni colocaciones; basta que uno se acerque a ella para que se comprometa y arriesgue su posición. Y si ella no atrae al hombre por el polo de la esperanza, tampoco lo coge por el del temor. Sus amenazas no son más que espirituales, y sus leyes no tienen sanción material. Vedla, pues, ahí más desarmada que nunca, mera potencia moral en medio de un mundo que no cree más que en el éxito, y no obedece más que a la fuerza. Pero, cosa notable, se nos traen todos los hijos para que los bauticemos, se nos presentan todos al catecismo, a la confesión, a la primera comunión. Todos los matrimonios que se respetan vienen a buscar la consagración del sacramento. Todos los enfermos expiran recibiendo nuestras bendiciones. Millares de almas sitian nuestros confesonarios y nuestros altares. Todo lo que es inteligente y honrado pisa el pavimento de nuestras iglesias. ¿Pues qué, si no damos nada humano, es que tenemos para dar algo divino? Y pues tantos libertados vienen espontáneamente a decirnos: ¡Oh sacerdote, háblanos, ábrenos tus labios, muéstranos tu corazón, tiéndenos tus manos!, ¿es que en nuestras manos y en nuestros labios reposan la palabra y la gracia de Dios? Sí, nuestro pueblo tiene necesidad de nosotros. Sí, libremente nos reclama, y en el fondo nos bendice.

Y me atrevo a afirmar que nuestra patria no está empedernida. El demonio la trabaja sin duda, pero no la domina sin remisión. Y si Satanás fué expulsado del mundo pagano, en una civilización corrompida, en medio de ídolos triunfantes, de templos consagrados a la impiedad y al desorden, paréceme que es más fácil combatirlo, vencerlo, ponerlo en fuga en nuestra patria,

enteramente templada con las aguas de la gracia, y en donde el signo de la salvación brilla, irradia, en la frente de todos los monumentos, como en la de tantas generaciones bautizadas en la sangre de Jesucristo; en nuestra patria, que envía sus misioneros y sus religiosos a todas las riberas del mundo bárbaro, y que todavía ayer plantaba en Madagascar la bandera de la civilización cristiana. Hay que esperar; pero esto no es bastante. La confianza es un sentimiento que debe exteriorizarse y traducirse por la oración y la acción.

2.° *Hay que orar y obrar. Hay que orar*: 1.° porque la tierra tiene necesidad del cielo. La tierra no es más que una parte del horizonte total; se prolonga y acaba allá arriba. Tiene necesidad del calor y de la lluvia que descienden del firmamento. Tiene necesidad de la asistencia sobrenatural que desciende del paraíso; 2.° para que los santos se interesen por la tierra. Los santos, nuestros hermanos y nuestros amigos, son sensibles a nuestras miserias, y propicios a nuestros anhelos, y su voz, purificada por una nueva vida, transfigurada en la gloria, tiene algo de irresistible para el corazón de Dios. Hay que orar, y también, para que el cielo nos ayude.

Hay que obrar. Dios nada hace sin nosotros. No presta su brazo más que a los que se sirven de los suyos. Y cuando nuestras manos han estado un instante juntas en la oración, quiere que durante todo el día se apliquen a la acción. Después de orar durante diez días en el Cenáculo, precipitáronse los Apóstoles sobre el Imperio romano, y arengaron a los sabios de Atenas en la colina de Marte, a los patricios y senadores de Roma aun en el palacio de los emperadores, a los esclavos en sus cabañas. Y el Imperio romano fué cristia-

nizado. Ahora bien, el siglo presente no es peor que el siglo de Nerón. A esto me diréis que vosotros no sois apóstoles. Pues yo os respondo que debéis serlo, por lo menos en cierta medida. Cada cual aquí bajo tiene su influencia, su irradiación, su esfera de acción más o menos extensa, y cada uno es responsable del reino de Dios y de la salvación de las almas en la medida exacta de su influencia personal y de su irradiación posible. Escuchad, y termino, estas hermosas palabras de Ozanam: "No, las conversiones no se hacen por las leyes, sino por las costumbres, por las conciencias, que es preciso sitiar una por una." Sitiad, pues, una por una las almas de vuestros hermanos, y llegará el día anhelado por vuestros corazones, solicitado por vuestras plegarias, preparado por vuestros esfuerzos, merecido por vuestros sacrificios, en que, en esta iglesia consolada, bajo estas bóvedas regocijadas, veremos acudir cada domingo, como acuden hoy, todos los pecadores convertidos, todos los incrédulos ilustrados, todos los tibios revivificados, todas las ovejas reconquistadas por Jesucristo, el divino y buen Pastor.

Así sea.

CONFERENCIA SEPTIMA

El programa de nuestro cuarto año

SEÑORES:

Hace ya tres años que cada domingo, a las ocho, nos encontramos en esta iglesia. Oramos y cantamos juntos. Hablo y escucháis. ¿Qué pensáis de nuestra institución de la misa de los hombres, que lleva ya tres años de existencia? ¿Cuál será la fisonomía del nuevo período que inauguramos? Arrojemos una mirada sobre lo pasado y otra sobre lo por venir.

I. Una mirada sobre lo pasado.

Hace tres años que hacemos juntos una obra eminentemente útil.

Una obra de *iluminación*. He expuesto a la consideración de vuestras almas Dios y Jesucristo, y os he dicho: Mirad. Habéis mirado esos dos grandes asuntos, y mi palabra, a menudo imperfecta e insuficientemente pre-

parada, jamás os halló distraídos, faltos de atención, descuidados. Muchas veces, al contemplaros desde lo alto de esta cátedra, comprobando la vivacidad de vuestras miradas y el eco que vuestro silencio hacía a mi voz, creí ver que la luz entraba a raudales en vuestras almas, y os llevaba la alegría sensible de la verdad recobrada y paladeada. Señores, el gran mal que pesa sobre la inteligencia contemporánea, no solamente sobre las clases populares, sino también sobre las ilustradas, es la ignorancia religiosa, tanto que si nuestras reuniones dominicales solamente lanzaran algunos rayos de luz en la noche que nos envuelve, el resultado sería ya inmenso. No tenemos una religión que tema mostrarse, ni sea incapaz de demostrarse. Tenemos una religión que dice a todos: "Heme aquí; mírame bien." Y todo hombre de buena voluntad que consienta en mirarla, tarde o temprano queda subyugado, y en el fondo de su corazón, si no en sus labios, acaba por exclamar: Vine, vi y quedé vencido... vencido por el poder de la verdad... Hace tres años que hacemos aquí una obra de iluminación. Y también

Una obra de *transfiguración*. Tenemos un cuerpo, pero por nuestro cuerpo no somos muy superiores a la bestia. Mas tenemos un alma, y por nuestra alma apenas somos algo inferiores al ángel. Seis días de la semana pertenecen al organismo físico, a la acción material y brutal, a la ingrata labor que fatiga nuestros miembros, a los intereses perecederos de la vida presente. He ahí el domingo. Es el día del alma, es el día de la libertad reconquistada, de la dignidad salvada, de la vida moral en posesión de sus derechos. Nuestro cuerpo se sumerge en el reposo, y las cumbres de nuestro ser se desenvuelven en el elemento religioso. Agrupados ante los altares, os ponéis en comunicación, no

con una materia vil y grosera, sino con la pura e incorruptible esencia. Os entregáis al cultivo, no de un suelo avaro, o de una profesión penosa, que os regatea algunos frutos pasajeros, sino de una alma inmortal, que responde a vuestros cuidados haciéndoos gustar los dulces frutos de la sabiduría. En ese santo comercio con Dios, bajo la influencia de la santa palabra, en la refrigeración de la plegaria, en el entusiasmo de los piadosos cánticos, vuestro pensamiento se ilumina, vuestra virtud se purifica y se fortalece, vuestra sensibilidad se desarrolla y se perfecciona, y todo hombre moral se repara y se renueva. Las riquezas, los honores y la ciencia no son cosas que puedan desdeñarse. Mas para la salvación y buena constitución de un pueblo, para vuestra verdadera grandeza, todo ello no vale un acto de virtud, una idea moral, un buen pensamiento, un sentimiento elevado, una generosa resolución, un arranque hacia la verdad y hacia el bien... He ahí los frutos que el domingo cosecha, he ahí el resultado de nuestras reuniones dominicales. Hacemos aquí una obra de iluminación y de transfiguración. Y también

Una obra de *evangelización*. Contad, señores, si podéis, en nuestro mundo contemporáneo, los indiferentes que han perdido aun la noción primera de las verdades religiosas; los tímidos que tienen fe, pero que no se atreven a profesarla; los burlones que aullan con los lobos para ahogar sus remordimientos y salvar su situación y su prestigio; los desalentados y los indolentes que se abstienen de toda práctica y de toda manifestación católica, a pretexto de que nada hay que hacer. Contad y decidme cómo podrían esos hombres ser conducidos de nuevo al Evangelio. ¿Cómo? Por el ejemplo. Señores, al venir cada domingo al pie de esta cátedra, trabajáis sin duda por vosotros, pero trabajáis

también por vuestro prójimo. Vuestra presencia aquí es una predicación; vuestra concurrencia un apostolado. Muchos hombres que todavía no tienen el valor de seguiros, se prometen por lo bajo venir a sentarse muy pronto con vosotros en el banquete de la verdad religiosa. Existe el contagio del mal, y bien sabéis cuán poderoso se muestra en nuestros días. Pero hay también el contagio del bien... y durante tres años, en esta parroquia y en esta ciudad, vuestra presencia alimenta bajo estas bóvedas un foco de buen ejemplo y de evangelización, cuya irradiación ilumina muchas más almas de las que podéis suponer. He ahí lo pasado. Mucho mejor será todavía lo por venir.

II. Una mirada a lo por venir.

Durante cuatro años sucesivos me propongo hablaros *de la Iglesia,* de su constitución, de sus combates, de sus beneficios. La Iglesia... he ahí la cuestión vital, la gran cuestión. En vano nuestro siglo declara con tono de soberbia indiferencia que se mantiene fuera y por encima de las cuestiones religiosas, que lo solicitan y preocupan intereses de muy distinta importancia; por poco que lancemos una mirada atenta al movimiento de las cosas de nuestra época, no tardaremos en ver que la cuestión de la Iglesia está en el fondo de todo. Es objeto de las conversaciones privadas. Es el tema habitual sobre el cual se ejercita la pluma del escritor y del periodista; se agita sin cesar en la tribuna y en los Parlamentos. Ocupa las veladas, y priva del sueño a los más renombrados hombres de Estado. Ella divide el mundo de los espíritus en dos campos perfectamente definidos. Hace diecinueve siglos que vive la Iglesia, vive a nuestra vista, y declara que vivirá hasta

la consumación de los siglos. ¿Cómo no hablar de ella? Eso sería imposible. ¿Suprimirla? Sería un crimen que no podría cometerse. ¿Qué hacer, pues? Hay que empezar por conocerla. Así, durante un año entero, os explicaré su constitución, es decir:

1.° *Su armazón;*
2.° *Su fisonomía;*
3.° *Su palabra;*
4.° *Sus derechos.*

Os hablaré de la Iglesia, y os hablaré de ella *sin desmayos.* Leía yo estos días unas hermosas palabras del viejo O'Connell, el libertador de Irlanda, a un joven escritor francés, Enrique de Riancey. Vedlas aquí: "Joven, sé infatigable en la defensa de Dios y de la religión." Estas palabras constituirán mi regla. Cada domingo subiré a este púlpito como a una brecha, para predicar y defender desde él, la fe olvidada por muchos y combatida por algunos. Hay en nuestro mundo impíos que deliberadamente rechazan la luz; pero son en corto número. La masa de nuestros contemporáneos se compone de escépticos y de indiferentes que hablan de la religión sin conocerla. Los llamo. Arrastrados por nosotros, sacudidos por los acontecimientos, impulsados por la lógica, acabarán por venir; a fuerza de oir hablar, en la prensa y en la calle, de la Iglesia católica, querrán saber qué es, y, antes de condenarla, experimentarán la necesidad de oir sobre ella algunas palabras sinceras y autorizadas. Vengan, pues.

La causa que defendemos *tiene seguro el éxito.* Verdad es que soy poca cosa para defender a la Iglesia y que ocupo en el mundo un puesto insignificante. ¿Cómo me escuchará el mundo que vió pasar a los Após-

toles? Buscad en los anales de la Roma pagana los nombres de Pedro y Pablo. Hacía mucho tiempo que predicaban, cuando se vieron un día englobados en el número de los que Nerón enviaba a la muerte. Pero aquellos oscuros ajusticiados habían reanimado el cadáver infecto del Imperio, creado un pueblo nuevo, fundado una potencia que debía durar tanto como el mundo, y salvar todos los límites respetados por las águilas romanas. Como nació la Iglesia, así vive... inadvertida y presente en todas partes, sin cesar atacada, y sin cesar renaciente, descontando, por entre los dolores de la hora presente, los triunfos ciertos de lo por venir que se prepara, salvando a la vez su propia vida y la vida de toda la porción sana del género humano.

Venid, señores, venid a conocer y amar a la Iglesia. *Apresuraos* a venir. El estudio que os propongo es digno de vosotros. Los mismos incrédulos lo miran con gran interés. Hace no más algunos meses que, en artículos muy notables de la *Revue des Deux Mondes,* escribía Taine: "Hoy como antes, el cristianismo es el órgano espiritual, el gran par de alas indispensables para elevar al hombre por encima de sí mismo, por encima de su vida rastrera y de sus horizontes limitados, para conducirle, por medio de la paciencia, de la resignación y de la esperanza, a la serenidad; para lanzarlo, merced a la templanza, a la pureza y a la bondad, a la abnegación y al sacrificio. Siempre y en todas partes, hace ya diecinueve siglos, tan pronto como esas alas desfallecen, o se rompen, las costumbres públicas y privadas se degradan... el hombre abusa de sí mismo y de los demás... y la sociedad se convierte en una madriguera y en un sitio de maldad... El cristianismo es lo único que nos detiene en nuestra fatal pendiente para contener el insensible deslizamiento por donde, incesantemente y con todo su peso original, retrograda nuestra raza hacia sus bajos fondos... y el viejo Evangelio, cualquiera que sea su presente envoltura, es todavía el mejor auxiliar del instinto social." Comparando luego las tres formas contemporáneas del cristianismo, el protestantismo, las sectas orientales y el catolicismo, no vacila Taine en dar la preferencia al catolicismo. He ahí, señores, las últimas conclusiones de los modernos incrédulos. A sus ojos, la Iglesia no debe desdeñarse. Venid a oir hablar de ella. Apresuraos a venir.

Venid *libre y espontáneamente.* La Iglesia está en plena batalla, en plena tempestad, en plena persecución. Ha llegado para todo noble corazón la hora de agruparse en torno de ella, para levantarle un muro y un abrigo con sus simpatías y sacrificios. El odio que persigue a la Iglesia no debe asombraros; las malas pasiones lo exigen, lo exigirán siempre y lo exigirán aun sobre la ruina de todos los altares. Por otra parte, es muy fácil dirigir contra la institución de Jesucristo todos los perversos apetitos. La Iglesia no es más que una potencia moral; no pone multas, no mete en prisión, no deporta a nadie, ni nadie corre riesgo alguno material no sujetándose a ella. Los enemigos de la Iglesia pueden, sin grandes muestras de valor, golpearla, molestarla, pisotearla. No se venga más que sobreviviendo, y, abofeteada por ellos, está siempre dispuesta a bendecirlos y a colmarlos de bienes. Venid, pues, espontáneamente a agruparos alrededor de ella y aclamar su nombre.

Venid *jovialmente.* Si este siglo muestra una faz hostil a la religión, tiene también una faz luminosa que regocija a los creyentes. Jamás la Iglesia fué tan radicalmente atacada; pero quizás nunca fué tan íntegramente defendida. Jamás ciertos hombres le testimoniaron más desconfianza, pero nunca el corazón de los fie-

les le prodigó más amor. Jamás se vió más desnuda de toda asistencia oficial, pero nunca produjo tantas obras espontáneas de fe, de abnegación, de sacrificio. Se procura quitárselo todo, pero ella conserva su poder sobre las almas y su acción sobre los corazones. Ahora bien, donde están las almas, donde están los corazones, también está la esperanza... Abro hoy ante vosotros, señores, magníficos y consoladores horizontes. Me seguiréis, y Dios bendicirá el llamamiento del pastor y la respuesta de los fieles.

Así sea.

II

EL ARMAZÓN DE LA IGLESIA

CONFERENCIA PRIMERA

El Papa en el Evangelio

SEÑORES:

Entramos hoy en el magnífico asunto que os anuncié el domingo pasado, y durante todo un año estudiaremos la constitución de la Iglesia. Empecemos por presentarla tal cual es, y disequemos una por una todas las piezas que componen su armazón: el papa, los obispos, el clero, las órdenes religiosas, los fieles.

La pieza maestra de este vasto organismo, la cabeza visible de ese grandioso cuerpo, es el Papa. Toda la Iglesia descansando en un solo hombre: he ahí el plan divino. Es sencillo y atrevido. Estudiemos en el Evangelio la creación del Papa.

Pero *¿para qué empezar consultando el Evangelio?* Apreciad al punto la diferencia que existe entre la Iglesia y las sociedades civiles.

Las sociedades civiles eligen sus jefes, y les dan el poder que ellas quieren, pudiendo determinarlo, extender-

lo o restringirlo, con tal que respeten las leyes de la justicia y el interés público. Así, en nuestros días, las sociedades políticas, aun admitiendo la idea de soberanía, procuran sobre todo protegerse contra los caprichos del absolutismo. El espíritu moderno no está completamente tranquilo más que cuando el pueblo representado por sus elegidos toma en sus manos el poder, propone, discute, vota las leyes, dejando tan sólo al jefe del Estado el cuidado de promulgarlas y asegurar la ejecución de ellas. Reinar y no gobernar, he ahí la soberanía ideal de nuestro tiempo.

Regule como bien le parezca el espíritu moderno las atribuciones de los que ejercen el poder; nada tengo que decir. Pero si tratara de aplicar al gobierno de la Iglesia el método que emplea para gobernar las cosas temporales, le diría: ¡Alto!, la Iglesia es una institución positiva que depende de Dios, no de los hombres. Al darle un jefe, no nos consultó Jesucristo sobre la naturaleza del poder que le confirió. Todo lo hizo El solo, como rey, como Dios, sin la intervención de los hombres. Y lo que El hizo, nadie puede destruirlo, ni nadie puede cambiarlo.

Mas ¿cómo saber lo que hizo? Hay que abrir el Evangelio. Abramos, pues, ese libro divino y asistamos a la creación del Papa. Jesucristo instituye al Papa; lo coloca a la cabeza de la Iglesia, imprime sobre su frente algo así como tres rayos imperecederos: la autoridad, la infalibilidad, la inmortalidad. He ahí el Papa en el Evangelio. Es rey, es infalible, es inmortal.

I. Jesucristo da al Papa la autoridad.

Cierto día preguntó Jesucristo a sus discípulos: "¿Quién dicen en el mundo que es el Hijo del hombre?"

Los discípulos le respondieron: "Unos dicen que es Juan Bautista, otros que Elías, otros que Jeremías o cualquier otro profeta."—"Pero vosotros ¿quién decís que soy yo?" Entonces Simón, tomando la palabra, exclamó: "¡Tú eres el Cristo, hijo de Dios vivo!"—"Bienaventurado eres Simón, hijo de Juan—repuso el Salvador;—porque ni la carne, ni la sangre te han revelado lo que acabas de decir, sino mi Padre que está en los cielos. Y te digo que tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y el poder del mal no prevalecerá contra ella. Y te daré las llaves del reino de los cielos, y todo lo que atares en la tierra, atado será en el cielo." He ahí la promesa.

Después de la resurrección, ejecuta Jesucristo lo que había anunciado. Cenando con sus discípulos, se dirige a Simón Pedro y le pregunta por tres veces: "Simón, ¿me amas más que éstos?" Pedro, que después de su caída era muy humilde, no se atreve a compararse a los otros discípulos, y se contenta con responder: "Señor, tú sabes que te amo." Y por dos veces le dice el Señor: "Apacienta mis corderos", y la tercera vez: "Apacienta mis ovejas." Así, pues, Pedro recibe una autoridad plena, soberana, universal. Todo queda puesto bajo su cayado, no sólo los corderos, es decir, los fieles, sino también las ovejas, esto es, los sacerdotes y los obispos, de tal modo que no hay más que un solo rebaño bajo un solo pastor. Preciso es no haber leído jamás el Evangelio, o no comprender su sentido, para discutir la doble primacia de honor y de poder conferida por Jesucristo al Papa, jefe supremo de la Iglesia. A la luz de los textos que acabo de citar, e interpretándolos de conformidad con una tradición diecinueve veces secular, podemos apreciar

El *origen* de la autoridad del Papa. ¿De dónde pro-

viene? ¿De los reyes? No. ¿Del pueblo? No. ¿De los Parlamentos? No. ¿De los obispos? No. Proviene directamente de Jesucristo, cuyo vicario es.

Las *derivaciones* de la autoridad del Papa. Todo deriva de él en la Iglesia. "Era manifiestamente el designio de Jesucristo—dice Bossuet—poner primeramente en uno solo lo que, en la sucesión, quería poner en varios; pero la sucesión no invalida el principio; el primero no pierde su puesto. El poder dado a varios entraña la restricción en su reparto, pero el poder dado a uno solo, y sobre todos sin excepción, entraña la plenitud." El Papa es una fuente que se vierte en los obispos y en los sacerdotes al comunicarles su propia vitalidad para iluminar, santificar y gobernar las almas. Colocado en la cumbre de la jerarquía, lo recibe todo de Jesucristo, y la Iglesia lo recibe todo de él. Apreciemos además

El ejercicio de la autoridad del Papa. La Iglesia enseña, pero el Papa es el doctor supremo. La Iglesia legisla, pero el Papa es legislador supremo. La Iglesia, juzga, pero el Papa es el juez supremo. Ningún concilio puede pronunciar una sentencia válida, si no es aprobada por el Papa, y cuando el Papa ha hablado, todo está concluído. A nadie es permitido juzgar su juicio. No tiene el orgullo del gran rey que decía: "El Estado soy yo"; pero si es verdad que se abstiene de decir: "La Iglesia soy yo", no es menos cierto que todo el edificio de Jesucristo descansa en él como en su piedra fundamental, y que no sería posible descantillarla ni suprimirla, sin conmover o demoler de un solo golpe toda la sociedad católica.

Pero eso es monstruoso, dirán aquí ciertos hombres. Hacéis del Papa un ídolo, y entregáis la sociedad cristiana, atada de pies y manos, a todos los caprichos del absolutismo. Dispensad, señores; el Papa no es un ídolo al que veneramos con los ojos cerrados, ni un príncipe absoluto que hace cuanto quiere. La arbitrariedad y la tiranía invaden fácilmente las sociedades temporales, y vosotros mismos podéis decir si nuestro siglo, que tan altivo se muestra, por lo menos de palabra, no se ha prosternado con frecuencia a los pies de ciertas dictaduras vergonzosas, que permiten toda licencia y confiscan toda libertad. La Iglesia no tiene que temer la ignominia de semejantes servidumbres. Su Cabeza, el Vicario de Jesucristo, tiene todo el poder; pero hay barreras sagradas que no puede salvar, ni salvará jamás. Está ligado por textos precisos de la Escritura, ligado por la tradición, ligado por instituciones puestas por la mano divina, ligado por la ley natural, finalmente, y sobre todo, ligado por una asistencia sobrenatural, que le preserva de todo peligro de error. Al propio tiempo que la autoridad,

II. Jesucristo da al Papa la infalibilidad.

¿Qué quiere decir esto? Aquí, una multitud de hombres que no tienen fe, o no tienen más que una fe mal ilustrada, gritan: "¡Imposible!" Creer que un hombre no puede engañarse, cuando tan bien se conocen las miserias y enfermedades de la naturaleza humana, subleva su buen sentido. No estarían muy lejos de conceder una especie de infalibilidad a la ciencia y al número, pero este privilegio concentrado en uno solo, les parece una enormidad inaceptable. Expliquémonos. El Papa es infalible. ¿Quiere esto decir que es impecable? No. El Papa es un hombre como nosotros. Puede pecar como nosotros. Puede deshonrar su cargo.

Cada día golpea su pecho, y dice con los más humildes cristianos: *Peccavi!* El Papa es infalible. ¿Cuándo? ¿Cuándo expresa un punto de filosofía, de teología, de historia, de ciencia, su opinión privada? No. Cuantas veces se coloca en el terreno científico, o aun en el terreno religioso como un simple particular, puede el Papa engañarse, lo mismo que cualquiera. No es el Papa en cuanto hombre el que creemos infalible, sino el Papa en cuanto es vicario de Jesucristo y jefe de la Iglesia.

Decimos que el Papa es infalible cuando, desde lo alto de su cátedra apostólica, define, para toda la Iglesia un punto de doctrina que interesa a la fe y a las costumbres. Y decimos esto porque está en el Evangelio. ¿Cómo? El Papa es la *piedra* sobre la cual descansa el edificio de Jesucristo, edificio inaccesible al error, y el Papa, seducido por una mentira, ¿podría hacer que se derrumbara este edificio? El Papa tiene el poder *de ligar;* ¿y podría romper los lazos sagrados de la verdad y atarnos con las cadenas del error? ¿sería esto ratificado en el cielo? El Papa, que debe *apacentar* los pastores lo mismo que los fieles, ¿podría darles a todos un alimento envenenado, y conducirlos por malos caminos? Por otra parte, escuchad las palabras formales de Jesucristo a su vicario: "Simón, *he rogado* por ti, a fin de que tu fe no desfallezca; y tú, una vez convertido, confirma a tus hermanos." ¿Lo entendéis? Jesucristo no dice a su vicario que su vida será irreprochable, sino que no desfallecerá su fe. Pedro podrá pecar, pero no por ello perderá el derecho de confirmar a sus hermanos en la fe y en la verdad. Jesucristo oró, y la infalibilidad del Cabeza de la Iglesia salió de esta oración. He ahí lo cierto; de lo contrario, habría que dudar de la veracidad de un Dios, o de la eficacia de su oración.

El Papa es infalible; esto está escrito en el Evangelio con caracteres evidentes.

El hombre se equivoca, pero los labios del Papa, en el terreno oficial de la fe, no se engañan. Jesucristo así lo quiso.

El hombre es inconstante, flota, niega hoy lo que afirmaba ayer, adorará mañana lo que escarnecía ayer; pero el Papa es órgano inmutable de la verdad, que no cambia nunca. Jesucristo así lo quiso.

El hombre está corrompido; tiene el gusto del mal; está dominado por la pasión del mal, por el furor del mal, y habiendo hecho traición a la virtud, altera la verdad, hace que se doblegen los principios, pone las leyes de acuerdo con sus malas costumbres. Esto lo vemos a cada paso en el hombre, pero esto no se verá jamás en el Pontificado. Sea lo que sea personalmente, la Cabeza de la Iglesia guarda puro è incorruptible el depósito de la verdad y de la virtud. Jesucristo así lo quiso.

Y lo quiso por los siglos de los siglos. No por un día, ni por un siglo dió al Papa la autoridad y la infalibilidad, sino por la sucesión de todos los días y de todos los siglos: *Omnibus diebus usque ad consummationem sæculi.*

III. Jesucristo da al Papa la inmortalidad.

Le dijo: "Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia." Ahora bien, el fundamento de una Iglesia inmortal, ¿podría desaparecer? "No—responde excelentemente Bossuet;—lo que había de servir de sostén a una Iglesia eterna, jamás podría tener fin..." Pero ¿ha hecho Jesucristo inmortales a los que eligió aquí bajo para representarle? No. El Papa muere...

Mas, notadlo bien, su primacía no es un privilegio personal. Sobrevive al hombre que desaparece, y pasa enteramente a su sucesor. El Papa ha muerto. ¡Viva el Papa! Quien sucede a Pedro, sucede a su poder. Cosechado por la muerte, Pedro persevera y vive en los que toman la sucesión de su episcopado: *Perseverat Petrus et vivit in successoribus suis.* El hombre dura poco. Es una ola que pasa. Ahora bien, Jesucristo debe durar siempre. La verdad y la virtud deben permanecer por siempre jamás en este mundo. La Iglesia no puede morir. Por consiguiente, se necesita un Papa, se necesitan ciento, se necesitan mil, se necesita una sucesión, una cadena que llegue hasta el fin de los tiempos sin romperse jamás. El Papa es inmortal.

Pero el Papa no es más que un hombre. Todo conspirará contra él, el tiempo, la fatalidad, la fragilidad de las cosas, todas las pasiones, todos los orgullos. Querrán ahogar en sus labios la verdad; le quebrarán los dientes, le cortarán la lengua, para que no hable. ¿Qué importa? Hablará siempre. Jamás nadie ni nada encadenará la verdad en los labios de este ser por pequeño, trémulo y frágil que sea. El Papa es inmortal.

La historia está llena del relato de las brutales agresiones de todos los poderes humanos, y nosotros contemplamos con nuestros ojos el descorazonador espectáculo de las conspiraciones contra el solio de San Pedro. Trono pontificio, tantas veces amenazado y atacado, ¿no acabarás por derrumbarte? Tal es el grito de mi corazón lacerado cada vez que oigo los siniestros rumores de lo pasado y las salvajes imprecaciones de la hora presente. Pero, arrastrado por la historia y por la actualidad a las pendientes del desaliento, me veo súbitamente detenido por las promesas divinas. Abro el Evangelio, y en sus páginas imperecederas, veo apare-

cer al Papa llevando en su frente la triple aureola de la autoridad, de la infalibilidad y de la inmortalidad, y mi alma, consolada, reconfortada, regocijada, hace resonar en todos los ecos el cántico de su fe.

Así sea.

CONFERENCIA SEGUNDA

El Papa en la historia

SEÑORES:

Cierto día, en el Parlamento británico, arrojósele como una injuria al gran O'Connell la palabra *papista*. Irguióse el orador católico, y exclamó: "¡Desgraciado! Crees hacerme una injuria llamándome papista, pero no haces más que honrarme. Soy papista, y me glorio de serlo, porque papista quiere decir que mi fe, por medio de la sucesión no interrumpida de los papas, se remonta hasta Jesucristo, en tanto que la tuya no va más allá de Lutero, de Calvino, de Enrique VIII y de Isabel. Pues bien, sí, soy papista. Pero si tuvieras una chispa de buen sentido, comprenderías que vale más depender, en materia de religión, del papa que del rey, de la tiara que de la corona, del báculo que de la espada, de la sotana que de las faldas, de los concilios que de los parlamentos. ¡Avergüénzate de ti mismo! ¡Avergüénzate de carecer de fe y de talento, y cállate!" Callóse el otro, y fué lo mejor que pudo hacer. También

nosotros, señores, somos papistas, y tenemos el derecho y el deber de enorgullecernos de ello... porque, a la luz del Evangelio, el Papa es una institución divina; lo vimos el domingo pasado. Y hoy vamos a ver a la luz de la historia que el Pontificado es una dinastía incomparable. Sí, la dinastía de los papas es incomparable, ora en sí misma, ora en su irradiación.

I. En sí misma, la dinastía de los Papas es incomparable.

Es una dinastía *no interrumpida* desde hace diecinueve siglos. De buen grado la compararía a esos faros que iluminan nuestras costas, cuya luz, renovada sin cesar, no se extingue nunca y resiste a todas las tempestades. Impetuosa es la Mancha, áspera la Bretaña, terrible el golfo de Gascuña; pero colocamos por allá un faro, es decir, una lámpara potente como de cuatro mil bujías, que se ve desde doce leguas. Para el marino que se guía por las constelaciones, es como un cielo más. Además, el faro es indestructible. La ola no sabe cómo arreglárselas para engullirlo. Ataca, ruge, se desliza, pero con sus terribles y estruendosos golpes, sólo consigue que el faro tiemble y se incline un poco. Mas esto nada tiene de alarmante. He ahí la dinastía de los Papas. Fué emplazada por Jesucristo como faro indestructible por siempre jamás. Jesucristo dijo a Simón: "Hasta aquí te has llamado Simón, hijo de Juan; en adelante te llamarás Pedro. Hasta aquí te has llamado Mastai; te llamarás Pedro. Hasta aquí te has llamado Pecci; te llamarás Pedro. Dejarás los nombres de la tierra, y tomarás los de la eternidad... Pedro, es decir, indestructible, es decir, inmutable, lo que no pasa con el hombre, lo que subsiste como Dios." En efecto, hace ya mil no-

vecientos años que dura la dinastía de los Papas, desafiando las variaciones, las vicisitudes, las interrupciones ordinarias a los poderes temporales. Contaba ya cuatro siglos cuando Clodoveo fundó el imperio de los francos; contaba diez cuando Guillermo el Conquistador estableció en Inglaterra la casa de los anglo-normandos; contaba doce cuando la casa de Habsburgo fué elevada al trono de Alemania; contaba dieciséis cuando la casa de los Romanoff fué llamada al trono de Rusia; contaba dieciocho cuando Bonaparte tomó del altar la corona de los francos y se llamó Napoleón. Explicad, si podéis, esa perpetuidad de la dinastía de los Papas. Su poder fué usurpado por extranjeros, su capital saqueada por invasores, su sede reducida a cenizas por los bárbaros; súbditos turbulentos los redujeron al destierro, los encadenaron, los abofetearon con guante de hierro, los cubrieron de salivazos y de humillaciones, los extrangularon, los ahorcaron, los degollaron. Un vigor desconocido parece animar esa raza de príncipes sagrados. ¿Quiénes son los hombres que componen tan extraña dinastía? ¿De dónde vienen? De todas partes.

Es una dinastía *abierta.* No es rey quien quiere serlo, y aunque sólo sea para regir el principado de Mónaco, hay que agarrarse a la herencia. La sangre hace a los reyes. Pero con los papas no ocurre lo mismo. ¿Quiénes son los excluídos por siempre jamás del Pontificado? ¿Las mujeres? Sí, y si alguien se atreve a hablaros de la papista Juana, decidle, en nombre de todos los que han leído la historia, que es un cuento azul inventado por algunos impíos, para que sirva de regocijo a los estúpidos. Excluídas las mujeres, ¿a quién excluiréis de la dinastía papal? A nadie. Si encontráis en vuestro camino un pobre pastorcito, vestido de andrajos, royendo un trozo de pan negro, guardaos de decirle: "Amigo mío, tú no serás jamás papa," porque podría responderos que, cierto día, uno de sus semejantes subió al trono pontificio, hizo grandes cosas, y se llamó Sixto V. Si encontráis un carpintero que sude sangre y agua para sostener numerosa clientela y enviar a la escuela media docena de chiquillos, no le digáis que no nos dará un papa, porque os recordará al punto que su profesión fué, más de veinte años, la misma que el fundador del Pontificado, y si tiene alguna idea de la historia de la Edad Media, os dirá que a un pobre carpintero toscano debe el mundo uno de sus más santos y gloriosos pontífices, Gregorio VII. Lugartenientes de Dios en la tierra, los papas se reclutan en todas las clases sociales; vienen a veces de la obscuridad más profunda para elevarse al trono más resplandeciente, y su dinastía, que cuenta ya con diecinueve siglos de existencia, es una divina mezcla de grandeza y humildad. Está abierta a todos. Pero ¿cuál es el carácter específico de esos reyes espirituales, de origen tan diverso, sembrados en la gran ruta de la historia?

Es una dinastía *santa.* Los impíos van a buscar en las épocas más tenebrosas de la historia algunas figuras de papas menos dignos de la sublimidad de su misión, y se imaginan que con ello nos ponen en aprieto. Se engañan. Sin duda que en esa larga dinastía que cuenta con 262 pontífices, permitió Dios que se infiltraran algunas raras debilidades. No decimos que la impecabilidad tenga su sede en la cátedra de San Pedro con la soberanía, sino que a la luz de la historia y de la recta razón, sostenemos:

1.° Que las debilidades personales de uno o varios

papas prueban la divinidad de la Iglesia, al mostrárnosla indestructible, independiente de los que la gobiernan, y superior a todas las causas de ruina que acaban con las instituciones humanas;

2.° Que los papas que cometieron faltas, jamás enseñaron a la Iglesia dogmas falsos, ni una moral pervertida;

3.° Que las manchas del Pontificado, como las del sol, son excepcionales, y están anegadas en el esplendor del conjunto;

4.° Que ningún trono del universo sustentó jamás tanta sabiduría, tanta ciencia, tanta virtud; y que en su casi totalidad, la dinastía de los papas se nos aparece inmaculada, radiando santidad, admirable cuando uno la considera en sí misma, prodigiosa, única, cuando la compara. Veámoslo.

II. En su irradiación, la dinastía de los Papas es incomparable.

Ella irradia *sobre las almas,* a las que da la verdad, la gracia de Dios, la salud eterna allá arriba, la santificación aquí bajo. Comparadla con las otras dinastías. La mayor parte de los soberanos no piensan más que en sí mismos, en su estirpe; los más nobles piensan en su patria. ¿Quién piensa en el género humano? Y sobre todo, ¿quién piensa en algo más elevado que los intereses de la hora actual? La última aspiración de los más grandes consiste en pensar en difundir lo que se llama la civilización. Pero ¿quién piensa en las almas? ¿Quién piensa en Dios? ¿Quién piensa en la eternidad? Unicamente el Pontificado. He ahí diecinueve siglos que trabaja en eso. Haced todas las reservas que queráis; nombrad a tal o cual papa que pensara en otra cosa. Aun pensando en otra cosa, pensaba en eso, y la inmensa mayoría de los papas no pensaron más que en eso. Y eso es suficiente para que todo hombre sincero caiga de rodillas ante esa dinastía que, hace ya diecinueve siglos, no tiene más que un objetivo: las almas, y un solo fin: la enseñanza, la purificación, el ennoblecimiento y transfiguración sobrenatural de la raza humana. ¿Diréis que ese fin es demasiado elevado y que elevamos el Pontificado hasta las nubes? No, señores, el alma no es una palabra vana; ocuparse en las almas no es empresa platónica y estéril. Desde el momento en que hay en el hombre algo más que polvo organizado, el que se dirige a la parte superior del ser humano, hace una obra espléndida. Los papas que hacen esto, desde San Pedro a León XIII, merecen ser llamados los más grandes bienhechores del género humano. Por otra parte, ¿es que el sol no ilumina más que las cimas de los montes? ¿No envía también sus rayos a los valles y campiñas, que inunda de luz y de vida? Tal es la dinastía de los Papas.

Ella irradia *sobre el mundo* no menos que sobre las almas. Confesáis fácilmente que la *ley moral* es la salvación de las naciones, y que los pueblos corrompidos son pueblos muertos. Ahora bien, ¿qué hacen los Papas, ha ya diecinueve siglos, sino conservar, predicar, sembrar, proteger, aplicar la moral evangélica? Son infalibles en lo tocante al Decálogo y al Símbolo, y en esto consiste su principal gloria. Jamás sacrificaron ni un sílaba del dogma, ni una letra de la doctrina moral. Gemís bajo el *triunfo de la injusticia* y las derrotas del derecho, que son el gran escándalo de

la historia. Pues bien, ¿qué hacen los Papas, hace ya diecinueve siglos, sino atacar la impiedad y vengar la justicia oprimida? Alabáis los progresos *de las letras, de las ciencias, de las artes.* Pues bien, ¿qué hacen los Papas, hace ya diecinueve siglos, sino trabajar por la difusión de la luz? Son enemigos irreconciliables de la ignorancia. Han escrito libros, han fundado Universidades, han construído monumentos, han alentado la pintura, la escultura, la música. Nosotros no hacemos más que ensayar lo que ellos jamás cesaron de hacer, lo que hicieron antes que nosotros y mejor que nosotros. Id a Roma, y contad sus riquezas artísticas; os veréis obligados a decir que los Papas fueron los grandes artistas de la civilización, en lo que tiene de más noble y delicado. Hombres de este siglo, ¿cuál es aún el objeto de vuestros deseos y el tormento de vuestro pensamiento? ¿Soñáis en *la libertad de los pueblos,* en la emancipación de los débiles, en la ascensión gradual, interrumpida, de las clases laboriosas? Pues bien, ¿qué hacen los Papas, ha ya diecinueve siglos, sino trabajar en esta empresa gigantesca? ¿Por ventura no fueron ellos los que, con toda suavidad, con sus decretos, por sus mandatarios, con su influencia directa o indirecta, hicieron del esclavo un hombre, luego el siervo de la Edad Media, y, finalmente, el ciudadano de los tiempos modernos? ¿Acaso no fueron ellos los que resistieron a los caprichos de los príncipes en favor de la libertad de los pueblos? ¿Es que no fueron ellos los que salvaron a Europa de la dominación musulmana? Más de un vez humillaron la corona de los reyes ante la majestad de la tiara... pero siempre fué en bien del género humano. Sin los Papas, no hubiéramos tenido ni santos obispos, ni santos sacerdotes, ni príncipes ni ministros profundamente cristianos; no hubiéramos tenido una Europa cristiana; seríamos lo que son hoy en día Asia y Africa. Señores, desgarrad la historia, o proclamad muy alto la influencia bienhechora y civilizadora de la dinastía de los Papas.

Mas ¿a qué precio se obtuvieron semejantes resultados? Escuchad las palabras de Gregorio VII: "He amado la justicia y aborrecido la iniquidad; por eso muero en el destierro." La dinastía de los Papas es, desde este punto de vista, todavía incomparable.

Ella irradia *por el dolor.* Los Papas se inmolaron; casi todos ostentan en su frente esa aureola que el dolor añade a la virtud. "Contemplad la lista de los Papas hace ya diecinueve siglos—dice Mons. Bougaud;—hay 261. ¿Cuál de ellos no ha sido cribado, molido?" Y, con la historia en la mano, escribe un capítulo admirable sobre lo que él llama la dinastía sangrienta. A principios de este siglo, cuando los más feroces revolucionarios y los mismos regicidas lamían las botas de Napoleón y mendigaban sus favores; cuando los reyes de Europa temblaban ante aquel conquistador que parecía invencible, hallábase en Roma un papa anciano, enfermo, prisionero, falto de todo auxilio humano, que le dijo atrevidamente: "No debemos, no podemos, no queremos." Así fué desde San Pedro, y así será hasta la consumación de los siglos. Incomparable en sí misma, la dinastía de los Papas es todavía incomparable en su irradiación, que nada limita, ni la persecución misma detiene. Jesucristo lo quiso. Compadeceos, señores, de los que desconocen semejante esplendor, y cantad a Jesucristo al aclamar a su vicario.

Así sea.

CONFERENCIA TERCERA

El Papa en el día de hoy

SEÑORES:

Os he mostrado al Papa en el Evangelio y en la historia, y a la doble luz de los textos sagrados y de los hechos, hemos saludado en el Pontificado una institución divina y una dinastía incomparable. Continuemos nuestro estudio, y veamos juntos lo que es el Papa en el día de hoy. Al comprobar sus consuelos y sus pruebas, comprenderemos mejor lo que espera a la hora presente de nuestra piedad filial.

I. Las consolaciones del Papa.

Proceden del mundo católico, del mundo pagano, y del mismo mundo incrédulo.

El Papa contempla el *mundo católico* y ve en él el despertar de la *fe* en medios que parecían perdidos enteramente para la Iglesia, particularmente en las clases ilustradas, que se libertan cada vez más de los prejui-

cios irreligiosos. Hace ya un siglo que la verdadera ciencia explora las entrañas del globo para sorprender en ellas el secreto de los mundos desaparecidos; escruta los símbolos, los mitos, las tradiciones de las sociedades antiguas; interroga los monumentos y las ruinas... y sus descubrimientos testifican y confirman, con irrecusables testimonios, los relatos de nuestros sagrados libros. Caminamos a una solemne reconciliación de la ciencia y la fe. El Papa ve esto, y ve al propio tiempo un despertar *de la caridad*. La Iglesia católica se ha levantado viva del ataúd en que creía heberla encerrado la incredulidad despreciativa del siglo XVIII, y ha demostrado su vida y su fecundidad con una serie de obras cuya sola enumeración llenaría un discurso. El librepensamiento es estéril, señores; no sirve más que para despoblar el cielo y desembelesar la tierra. La Iglesia sale al paso a todos los dolores, y desafiamos a sus enemigos a que cuenten, si pueden hacerlo, los beneficios que ha sembrado por todos los caminos que recorre el hombre contemporáneo. El Papa ve esto, y ve también en el mundo católico un despertar de la *obediencia*. El Papa no tiene que hacer más que hablar, y del norte al mediodía, del ocaso a la aurora, todos sus hijos se inclinarán con respeto y sumisión. Doctor infalible, detiene con una palabra la expansión de las falsas doctrinas, acelera con una definición el vuelo de la verdad, y con un signo de su mano bienhechora, la paz entra en el redil. Jamás la unión fué más completa, más íntima, más instantánea entre el Pastor y el rebaño. Cuanto más estrechan al Papa sus enemigos, más se estrechan sus hijos en torno suyo. Mas, detrás del mundo católico,

Contempla el Papa el *mundo pagano*. Desde lo alto de esa roca inconmovible en que Jesucristo lo colocó,

lanza a todos los ecos de la tierra y del cielo este grito de su paternidad jamás satisfecha: "¡Almas, siempre almas!" Recuerda a las Iglesias orientales que viven en el cisma, los beneficios de la antigua unidad. Cobija bajo sus alas las nacientes Iglesias de América y de Oceanía, que se han convertido en grandes pueblos. Envía al Japón y a las arenas del Africa intrépidos misioneros, y tomando en sus manos un globo terrestre, sigue por todos los meridianos el movimiento gigantesco de la sociedad que gobierna. Anuncia a los continentes y a las islas el nombre del verdadero Dios, y proclama sobre todas sus playas el Evangelio, y se constituye en sede de todos los pueblos, con intrepidez tanto mayor cuanto cuenta con las promesas divinas para conquistar y con una inmortalidad para esperar. Y entre el mundo católico creyente y el mundo infiel conmovido,

Contempla el Papa *el mundo incrédulo,* que se agita y se preocupa como no lo hizo nunca. ¿De qué se habla en las academias, en los campos, en las escuelas, en los talleres, en las plazas públicas, al oído, en los terrados, en plena luz y en las tinieblas, en las asambleas de los pueblos y en los conventículos secretos. Se habla del Papa. El Papa es un ser prodigioso, que llena el mundo y domina el siglo, y el vigor de los golpes que se le asestan atestigua su vitalidad. ¿Es que veis desencadenarse la impiedad contra la reina que gobierna la Iglesia anglicana, contra el zar que regula los destinos de la Iglesia rusa, contra el patriarca griego que recibe del sultán la investidura de su cargo, o contra el gran rabino que contempla la raza judía tomando por asalto vuestras cajas? No, por cierto. Todos esos jefes de sectas no son inquietados por la impiedad. Pero con el Papa no ocurre lo mismo. Pedro es el enemigo

al cual es preciso vencer, y todo medio es bueno con tal que se logre su exterminio. Sólo hay una palabra que explique semejante guerra al Pontificado. Pedro es el vicario de Dios, simboliza aquí bajo el Evangelio de Jesucristo, la causa de la verdad y el bien, los derechos de la conciencia. Contra él el odio es impotente, pero la guerra es eterna. He ahí el Papa en el día de hoy... y lo que constituye su gloria es ver llegar hasta él, más ardientes y solícitas que nunca, las simpatías del mundo católico, las conversiones del mundo pagano, y los ataques desesperados del mundo de los incrédulos. Como dijo Mistral: "La virtud encuentra su gloria en las persecuciones, como la bandera en sus jirones." Pero semejante gloria cuesta cara. Consideremos

II. Las pruebas del Papa.

Por entre las tempestades de este siglo, sólo hemos visto en el solio de San Pedro pontífices con los ojos arrasados en lágrimas.

El espectáculo que ofrece el linaje humano arranca al Papa gemidos por desgracia muy justificados. Doctrinas desoladoras atacan sin pudor a la Iglesia, a Jesucristo, a Dios mismo, a su palabra, a su ley. Las costumbres descienden al nivel de las doctrinas. Una vez suprimidas las costumbres morales de principios inmutables y sanciones eternas, el hombre no tendrá razón de molestarse, y no se molesta gran cosa. Finalmente, las leyes, en vez de reaccionar contra las costumbres y contra las doctrinas, se rebajan con ellas, y vemos que los códigos se humillan y capitulan. En la vieja Europa que se paganiza, se han dictado leyes para expulsar a Dios de la escuela, se han suprimido las leyes que salvaban el honor del matrimonio cristiano, y

han caído en descenso las leyes que garantizaban al pueblo la libertad del domingo. He ahí, señores, las grandes pruebas del Papa. El, el guardián del Evangelio, asiste impotente a la destrucción del Evangelio, y con voz desconsolada, interpela, advierte, amenaza, suplica, conjura a los sofistas, a los desmoralizadores, a los súbditos y a los príncipes, que con demasiada frecuencia responden a sus gemidos, con su silencio voluntario o con una resistencia declarada. Luego,

Contemplad la *situación personal* del Papa en la hora actual, y adivinad, lo que es fácil, las palpitaciones dolorosas de su alma real y de su paternal corazón. Ya os lo he dicho, queriendo matar a la Iglesia, la impiedad apunta a la cabeza. Y para llegar con más seguridad al Papa en su autoridad espiritual, le ha herido en su realeza temporal. Le ha despojado del trono que los siglos le habían erigido, de suerte que el Papa se nos muestra, como Jesucristo en el Calvario, abandonado y pobre. El se cuida con solicitud de todas las Iglesias; tiene que enviar misioneros a todas partes; pesa sobre él la carga del Colegio cardenalicio y de las grandes Congregaciones romanas encargadas de resolver todas las cuestiones teológicas, canónicas, litúrgicas de todos los países y de todas las lenguas; tiene que conservar y alimentar todas las grandes basílicas de Roma, y el Vaticano con todas las maravillas artísticas que contiene. El presupuesto de un rey no bastaría, y él nada posee. El Pontificado ha hecho a Roma, y quizás mañana, el Papa, recogiendo en los pliegues de su sotana los despojos de su majestad ultrajada, irá a plantar en alguna playa hospitalaria el báculo de su Pontificado, diciendo con el poeta: "Roma ya no es Roma; toda ella está donde yo estoy."

Conclusión.

De las conclusiones y pruebas del Papa, ¿deducimos el miedo y la indolencia? No. Primeramente os pido

1.º *Confianza.* El Papa es invencible, es indesarraigable. Todo puede perecer, excepto él. Tiene palabras de vida eterna. Verdad es que el trono de San Pedro se ve asaltado de horribles tempestades. Pero, en primer lugar, todo fué previsto y predicho; Jesucristo dijo a Pedro que sería cribado; y luego, el Pontificado ha visto muchas otras tormentas. Encontró ante su paso a Nerón, Atila, los Césares de la Edad Media. Siempre fué dura su vida. ¿Qué importan los asaltos de las olas a esa roca? Cuanto más se embravezca el mar, cuanto más se encrespe y ruja enfurecido en torno de ella, más hermosa se presenta en su firmeza, en su granítica estabilidad. Más bella se ofrece en las horas tempestuosas, que en las serenas. Tened confianza, señores; el Papa reclama más de vosotros. Espera, pide

2.º *El amor* de vuestros corazones. ¡Ah, cuántos amigos tiene la Iglesia en los días de triunfo! Pero viene la tempestad, y huye la muchedumbre de las amistades vulgares, y sólo quedan en torno de ella los nobles corazones. Sed de este número. Contemplad al Papa, y decid con Bossuet: "Si te olvido ¡oh Iglesia romana! llegue yo a olvidarme de mí mismo." Contemplad al Papa, y decid con Fenelón: "Iglesia romana, madre y maestra de todas las Iglesias, por siempre jamás serás el objeto de mis cánticos y de mis lirismos de amor." Contemplad al Papa, y decid con Lacordaire: "¡Oh Roma, no te desconocí por haberte visto en una tempestad." Contemplad al Papa, y decid con

Lamoricière: "El Papa es un padre. Este padre me tiende la mano, y yo no tengo corazón para resistirle; por otra parte, la causa del Papa es hoy como siempre la causa de la libertad del mundo." Contemplad al Papa, y haced llegar hasta él vuestras protestas de fe y de amor. Todavía no es esto suficiente; con relación al Soberano Pontífice espoliado y pobre, os pide

3.º *La asistencia filial.* San Luis decía a su hijo: "Querido hijo, no olvides jamás al Papa de Roma; ayúdale en todas sus necesidades." Nuestro siglo, que tan viles cosas ha hecho, las ha hecho también admirables. Se ha acordado de las palabras de San Luis, y bajo los pontificados de Pío IX y de León XIII, hemos visto irlandeses casi muertos de hambre compartir con el Papa el pan de la miseria, pobres chinos rescatados con nuestras limosnas socorrer al Padre común desde que aprendieron a conocerle, árabes del Mediodía y salvajes del Norte conmoverse al relato de sus pruebas y enviarle su ofrenda para aliviarlas. Hemos visto al niño, a la humilde criada, al obrero y al patrono rivalizar en generosidad con él. El Papa ha encontrado en este siglo hijos allí donde los Césares no tienen súbditos, y ha levantado impuestos en los puntos en que la tierra no es más que un estéril glaciar. De todos los puntos del universo le ha llegado la limosna de la asistencia material y la limosna de la oración no interrumpida.

4.º *La oración* es el supremo deber de los católicos para con el Papa. Hay en las oraciones que la cristiandad hace para su Cabeza y con su Cabeza una voz capaz de dominar el ruido de todas las tempestades y de todas las revoluciones. Contemplad al Pontífice de

manos desarmadas y constantemente dirigidas al cielo. El nos invita a sostener sus manos fatigadas, como antes los levitas sostenían las de Aarón sobre la montaña Santa. Responderemos a su llamamiento, y, agrupados en torno del Papa, orando con él, defenderemos en su persona el derecho desconocido, la santidad pisoteada, la justicia postergada y el Evangelio perseguido.

Se ha dicho: *El Papa es un soberano extranjero.* Voy a refutar y explicar esta frase idiota y malvada. ¿El Papa es un soberano extranjero desde el punto de vista temporal? Sí. Pero desde este punto de vista no le obedecen los católicos; reconocen el Estado libre e independiente en las cosas puramente temporales. ¿El Papa es un soberano extranjero desde el punto de vista espiritual? No. Desde el punto de vista espiritual, él Papa tiene por territorio el mundo entero; es nuestro obispo, con el mismo derecho y aun más que nuestros obispos particulares. Es el Padre común de la catolicidad toda entera; es nuestro Padre, y es nuestro derecho, tanto como nuestro deber, tejer en torno de su cabeza una corona filial, que se componga de confianza, de amor, de asistencia, de oración.

Así sea.

CONFERENCIA CUARTA

El Papa en el día de mañana

SEÑORES:

Después de haber estudiado al Papa en el Evangelio y en la historia, hemos visto las consolaciones y pruebas que le aporta la hora presente. Pero mañana, ¿qué será de él? Pregunta interesante, a la cual voy a responder con una certeza y con una probabilidad, con una profecía que excluye todo temor y con una conjetura que alienta toda esperanza. Descorro la cortina de lo por venir.

I. El Papa vivirá en lo por venir. Es esto una certeza.

El Papa tiene promesas de inmortalidad. Creado para la Iglesia, que debe durar siempre, debe durar tanto como ella. Monarca frágil, sacado del género humano, y formado como éste de carne y hueso, el Papa muere, pero su soberano poder no muere. Jesucristo así lo quiso, Jesucristo así lo dijo, y así será. "Cierto día en

que meditaba sobre el Pontificado—dice el P. Monsabré,—creí ver ante mí un mar inmenso agitado por la tempestad. En medio de sus olas tumultuosas, se elevaba una roca cuya escarpada cima sustentaba un edificio espléndido, que se elevaba hasta el cielo lleno de luz y de festivos cánticos. Aparecía erguido y sereno, como si no hubiera en torno suyo más que soledad y silencio, a pesar de que las olas furiosas y mugidoras se precipitaban sobre él con todo su incontrastable empuje, quebrándose sobre sus flancos. Los monstruos del abismo le embestían y caían sofocados en las olas. Las naves de alto bordo lo atacaban por la popa y se sumergían a sus pies. Las águilas y los buitres procuraban despedazarlo con su pico y con sus garras, y su pico y sus garras quedaban ensangrentados. Millones de parásitos se colgaban a sus lados para roerlo, y se desecaban sin poder quitarle nada. Yo estaba conmovido; me parecía que vivía aquella piedra inmóvil. ¿Quién eres—le dije,—quién eres tú, a quién nada conmueve, a quien nada quebranta, a quien nada divide? Y del seno de la roca oí salir de repente estas palabras: "Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella." La inmortalidad del Papa, señores, se arraiga en la palabra divina.

Y *un pasado de diecinueve siglos* ha confirmado la promesa de Jesucristo. El Papa vive, a pesar de que los perseguidores coronados, los bárbaros, los príncipes impíos, las repúblicas sublevadas pasaron por encima de su cuerpo. He ahí una dinastía de príncipes electivos, en número de 261, que por sí sola cuenta ya más miembros que todas las dinastías juntas que reinan hoy en Europa. Esta dinastía desprecia el destierro, porque todos los papas vuelven a Roma muertos o vi-

vos. Esta dinastía desprecia la muerte, porque cuando muere un papa, está seguro de que tendrá sucesor. Esta dinastía desafía la tempestad, porque durará tanto como el tiempo, y aunque el tiempo dure todavía siglos y siglos, el último papa será lo mismo que el segundo y a cien mil años de distancia, el sucesor cierto, legítimo y reconocido de San Pedro. Esta dinastía desafía la persecución; lo demostró en lo pasado: "Quien come carne de papa, muere."—dijo Thiers;—y lo demostrará en lo por venir. Esta dinastía es inmortal. Jesucristo lo dijo, y la historia ha confirmado sus palabras. ¿Lo ponéis en duda? Escuchad sobre este punto a un publicista inglés y protestante, Macaulay: "El Pontificado subsiste, no en estado de decadencia, no como una ruina, sino lleno de vida y de juvenil vigor. Ningún signo indica que esté próximo el término de su supremacía espiritual. Vió el principio de todos los gobiernos y de todos los establecimientos eclesiásticos que existen hoy en día... Era grande y respetado antes que los sajones hubiesen puesto el pie en el suelo de la Gran Bretaña, antes que los francos hubiesen pasado el Rhin, cuando la elocuencia griega florecía aún en Antioquía, cuando los ídolos eran adorados en el templo de la Meca. Podrá, pues, todavía ser grande y respetado, cuando un viajero de Nueva Zelanda se apoye, en medio de vasta soledad, contra un arco roto del puente de Londres, para dibujar las ruinas de San Pablo."

No tengáis miedo, señores. El Papa vivirá en lo futuro. Ignoro qué acontecimientos vendrán a entristecer o regocijar a vuestros más remotos descendientes, pero sí sé que habrá siempre en esta tierra una voz que no podrá ahogar ni el error ni las pasiones, una voz que consolará a los afligidos, que sostendrá a las

víctimas, que abatirá a los verdugos, que llorará sobre las tumbas, y que en medio de los mentís que se lanzarán contra la verdad, de las derrotas de la justicia aplastada, de las agonías del honor y del derecho, sostendrá, por encima de todas las injurias, la verdad, la virtud, el honor, la justicia, la libertad, con aplausos de las almas honradas, consoladas y vengadas. Yo sé que habrá siempre un papa. Ignoro qué pueblos se disputarán la faz de la tierra. Pero, cualesquiera que sean los intereses políticos, su lengua, el color y los rasgos de su rostro, afirmo que habrá siempre entre ellos una lengua común, un amor común, un interés común: la lengua de la Iglesia, el amor del Solio pontificio, el interés del Pontificado. Nuevos pueblos aparecerán en la superficie de la tierra, como esas islas de coral que emergen poco a poco del seno de los mares; el Papa estará allí para bendicirlos y bautizarlos. Pueblos envejecidos se desplomarán por sí mismos y se verán sepultados por el peso de sus faltas; el Papa estará allí para consolarlos y absolverlos. El Papa vivirá en lo por venir. Esto es cierto. Pero voy más allá, señores; he de dirigiros todavía palabras mucho más consoladoras. A una profecía que excluye todo temor, añado una conjetura que alienta la esperanza.

II. El Papa se engrandecerá en lo por venir. Es una probabilidad.

Esta probabilidad se apoya en indicaciones, en fenómenos que no debemos desdeñar. Permitidme que os señale algunos.

En primer lugar, comprobad *la evangelización progresiva del globo*. El Evangelio extiende sus conquistas por las regiones del Africa inexplorada hasta nues-

tros días, como en las islas más salvajes de Oceanía, en el centro del islamismo, como en el seno de la idolatría asiática. Mirad por la parte de los Estados Unidos y del Canadá... Todo un mundo nuevo, un mundo lleno de savia y de vitalidad viene a colocarse bajo el báculo del Papa. Si el espectáculo de la vieja Europa contrista al Papa, el espectáculo de la joven América le tranquiliza, por las cosechas ya magníficas que le ofrece y por las más hermosas todavía que le promete. ¿Veis cómo el Papa se engrandecerá en lo por venir? El mundo todo entero se postrará a sus pies. Algunos segundos bastarán entonces para que la telegrafía sin hilos perfeccionada lleve a todos los puntos del globo las bendiciones del Padre común de todos los fieles. En un instante, el Pontífice infalible enviará su palabra, más allá de los mares y de los océanos, a todo su rebaño, y al impulso de la centella eléctrica, todas las naciones, todas las Iglesias, bendecidas por el Papa, se volverán hacia él, para aclamar, en todos los idiomas, al Pastor universal. El Papa se engrandecerá en lo por venir. Tenemos derecho a creerlo así, al ver cómo actualmente se evangeliza progresivamente el globo y marcha el mundo hacia la unidad católica.

He aquí un fenómeno de otro orden que nos lleva a la misma conclusión, el fenómeno *del militarismo actual,* que toma proporciones en verdad horripilantes. Contempladlo, y decidme si no hay en eso un estado de cosas irregular, anormal, contra natura, un retroceso de la civilización europea. Hoy el efectivo de paz para los Estados europeos pasa de 3 millones de hombres, el efectivo de guerra, de 16 millones de hombres, y los presupuestos militares reunidos, de 3.400 millones anuales, sin contar los 4.000 millones anuales, fruto probable del trabajo útil de esos hormigueros humanos.

Y cuando uno piensa en los formidables inventos de muerte, cada día en aumento, renovados cada día, de que rebosan los arsenales militares, se pregunta si el próximo choque de tantos ejércitos en un mismo campo de batalla no será, más que una guerra de exterminio, una carnicería humana. ¿No tendrán jamás las naciones civilizadas un medio de remediar tan lamentable situación? No faltan congresos de la paz. Pero los congresos de la paz no han hecho fundir una bala menos, ni devuelto a la agricultura un solo soldado. ¿Qué necesitarían las naciones para conciliar sus intereses, para apaciguar sus conflictos, para pacificarlas y unirlas sin recurrir al empleo de la fuerza? Necesitan un árbitro, un árbitro imparcial, superior a todas las competencias, lleno de benevolencia y de caridad para con todos. Este árbitro existe... Es el Papa. Representa en la tierra a Dios, que dijo: "¡La paz sea con vosotros!" Es el órgano de la verdad, de la justicia y del derecho. Su imparcialidad es indiscutible, y pueden aplicársele las palabras que Wellington dijo en 1815 al duque de Richelieu: "Su palabra vale un tratado." Las naciones cristianas, fatigadas de sus armamentos, acabarán por recurrir a él, rogándole que desenlace, en nombre de las verdades superiores de que es guardián y órgano, el drama social que, sin él, no se solucionará más que por la fuerza. ¿Por qué no? Hay derecho a esperarlo. Hay derecho a ver en lo por venir los pueblos, hastiados de la guerra y ávidos de entenderse, agruparse en torno del Padre común como hijos de un mismo padre, y decirle con voz unánime: "¡Oh Padre, Vos que nos amáis a todos por igual, juzgadnos!" Y el Papa, con una palabra de su boca, apaciguará las grandes querellas de las naciones, y las naciones agradecidas se volverán hacia él, para aclamar,

por entre la diversidad de sus intereses, al Pacificador universal. El Papa se engrandecerá en lo por venir; tenemos derecho a creerlo, al comprobar en lo presente las exageraciones de la fuerza armada y la necesidad de un arbitraje internacional.

Termino señalándoos un tercer fenómeno que caracteriza este siglo y exige la intervención cada vez más apremiante del Papa. La *democracia* se desborda. Es una fuerza que nadie contendrá. Pero si nadie puede contener la democracia, todos debemos moderarla, regularla, moralizarla. ¿Quién hará esto? El Papa. El le dirá: "¡Oh pueblo, despójate de la incredulidad que degrada, cree en el Evangelio, que civiliza, comprende mi doctrina y la amarás. Porque yo soy el representante de Jesucristo, y Jesucristo es tu amigo, tu libertador, tu hermano." Sí, señores, he ahí la gran fuerza de lo por venir, el pueblo. Sube cada vez más a la superficie. ¿Habrá que alarmarse por ello? No, con tal que el movimiento ascensional del pueblo no se desvíe, y el pueblo sea lo que debe ser, un buen pueblo. De lo contrario, si se nos fabrica un pueblo ateo, anticristiano, ¡qué porvenir tan desconocido y tan terrible! En resumen; hay que infundir en las entrañas de la democracia una fuerza moral, pacificadora y unitiva, la fuerza evangélica. Ahora bien, el Papa es el órgano oficial, el propagador auténtico, el vulgarizador universal del Evangelio. Luego tiene en sus manos los destinos de lo por venir, y por adelantado, saludo el encuentro de esas dos grandes fuerzas, tan admirablemente hechas para entenderse y armonizarse: la fuerza material y la fuerza moral, la fuerza del número y la fuerza del derecho, la fuerza popular y la fuerza evangélica, la democracia y la Iglesia, el pueblo y el Papa.

Por otra parte, señores, cualquiera que sea el por

venir, sabed que el Pontificado es una institución divina, y que todo lo que es divino, es imperecedero. Todos los Mirabeau del mundo no impedirán que Jesucristo sea Dios, ni la Iglesia sea divina, ni el Papa sea inmortal. La viruela o el desorden se encarga de matar a Mirabeau, y la Providencia de salvar a la Iglesia y a su Cabeza.

Así sea.

CONFERENCIA QUINTA

Los obispos

SEÑORES:

En el armazón de la Iglesia, el Papa es la pieza maestra. Ocupa la cumbre del edificio. Pero no está solo. ¿Cómo podría, si estuviera solo, atender a todas las almas en todos los extremos del espacio? Al lado del Pontificado colocó Jesucristo el Episcopado. Haré que vuestros ojos contemplen dos espectáculos, que ciertamente os interesarán y os instruirán:

1.° Los obispos en la Iglesia;
2.° Los obispos en sus diócesis.

I. Contemplad primeramente a los obispos en la Iglesia.

Podemos considerarlos bajo dos aspectos: por un lado, se adhieren al Papa, del que son inseparables; por otro, están en contacto con el pueblo cristiano, al que son indispensables.

1.° *Los obispos son inseparables del Papa.* Jesucristo los instituyó al propio tiempo que al Papa, a la vez que los subordinaba al Papa. Después de decir a Pedro: "Sobre ti edificaré mi Iglesia," dijo a los Apóstoles: "Id y enseñad a todas las naciones." Por medio del Papa empieza Jesucristo a fundar su Iglesia, y por medio de los obispos la despliega en el espacio. Había dicho a Pedro: "Todo lo que atareis en la tierra, atado será en el cielo," y dice a los Apóstoles: "Todo lo que atareis en la tierra, será atado en el cielo." Son las mismas palabras, pero fueron dichas primeramente a Pedro solo, separado de los Apóstoles, y luego, a los Apóstoles, pero unidos a Pedro. Entre el Papa y los obispos, la unión es indisoluble; Jesucristo lo quiso.

Y, de hecho, hace ya diecinueve siglos que vemos a los obispos asociados a la Cabeza suprema de la Iglesia, como colaboradores obligados, divinamente instituídos y siempre respetados. En vez de eliminar al Episcopado, el Pontificado afirma solemnemente su autoridad y sus derechos, llamándolo en su ayuda para el gobierno de las almas, especialmente en los concilios. Los obispos son inseparables del Papa.

La distancia no importa. Perdido en una aldea de las Montañas Rocosas, o en las selvas sombrías de Nigricia, helado bajo la espesa capa de las nieves perpetuas o quemado por los ardores del sol a lo largo de las costas africanas, el obispo misionero, el vicario apostólico, vuelve sus miradas moribundas hacia Roma, y, separado del resto del mundo, permanece en comunión de fe, de caridad y de vida con el Pontífice romano. Imaginad en Roma una campana suficientemente poderosa para llevar sus vibraciones al mismo tiempo a los cuatro extremos del mundo habitado, y los obispos de todas las regiones, despertados por esta voz repentina,

se detendrán como un solo hombre, y suspendidos todos, boca a boca, y corazón a corazón, de la boca y del corazón del obispo de los obispos, acogerán con docilidad, amor y dicha, la menor palabra del Pontífice romano. Se armonizarán con él, y coordinada su acción con la de él, cada parte tendrá el mismo poder que el todo, cada punto de la circumferencia tendrá la misma vitalidad que el centro. Los obispos son inseparables del Papa.

Los perseguidores nada pueden contra esto. Ya lo intentaron. A fines del siglo XVIII, se propuso al clero de Francia una constitución civil que separaría al obispo del Papa, la rama del tronco. Una estrepitosa división se produjo entonces en la tribu santa. Los constitucionales no conservaron más que un templo vacío, un ministerio despreciado, una palabra impotente, un sacerdocio envilecido... y muy pronto el púlpito que habían usurpado, fué usurpado a su vez por la impiedad, y el altar sacrílego en el que osaban ofrecer la sagrada víctima, convirtióse en el trono de una prostituta. Pero el obispo fiel, despojado de su cruz de oro, tomó la cruz de madera que ha salvado al mundo, y, con ella, salvó la Iglesia de Francia. ¿Qué quedó de aquella gran lucha entre la rebelión contra Roma y la obediencia a Roma? El cisma pereció en el ridículo después de haber vegetado en la impotencia, y en la hora actual, nuestros obispos, invenciblemente fieles al Papa, hallan, en esta gloriosa dependencia, no la servidumbre, sino la libertad y el secreto de la fuerza apostólica que salva las almas y regenera los pueblos. Los obispos son inseparables del Papa, y más de una vez, los poderes civiles, que se lisonjeaban de eligir prelados complacientes, quedaron desagradablemente sorprendidos de la intrepidez de los nuevos elegidos, a los que el óleo santo

había transformado. Luis Felipe decía, a propósito de los obispos que había elegido a causa de su supuesta docilidad: "Apenas han recibido el Espíritu Santo, cuando tienen el diablo en el cuerpo." Y mucho antes que Luis Felipe, un poderoso rey de Inglaterra, Enrique II (1160), experimentaba la misma decepción con relación a Tomás Becket, arzobispo de Cantorbery, y exclamaba lleno de cólera: "¿No habrá nadie en mi reino que me libre de ese cura?" He ahí los obispos en la Iglesia. Unidos al Papa, son invencibles.

2.º *Los obispos son indispensables al pueblo cristiano.* Ellos, uniendo a su sede la más humilde parroquia, la hacen entrar en la vasta ordenación de la Iglesia católica. Los pueblos sin sacerdotes son pueblos sin religión; pero, fuera de los obispos, ¿qué son los sacerdotes sino astros errantes? Si nuestra voz, demasiado poco escuchada, merece serlo, y lo es todavía a veces, es porque hace eco a la voz del obispo, la cual se armoniza con la del Papa. Suprimid el Episcopado, y el pueblo cristiano no será más que un rebaño sin pastor. De ello tenemos una prueba irrefragable en el espectáculo que ofrece el Oriente. ¡Qué Iglesia era antes la Iglesia Oriental! Allí el Verbo encarnado situó su cuna y su cruz. Allí predicaron el Evangelio casi todos los Apóstoles; de las catorce Epístolas escritas por San Pablo, solamente una está dirigida a la Iglesia de Occidente; las otras trece a las Iglesias y a los prelados orientales. Allí corrió la sangre de millones de mártires. Allí los más célebres doctores, Atanasio, Basilio, Crisóstomo, Cirilo de Alejandría, Efrén, Gregorio Nacianceno, resucitaron la lengua griega para ponerla al servicio de la teología católica. Allí los taumaturgos y los anacoretas hicieron resplandecer prodigios asom-

brosos. Allí se celebraron los cuatro primeros Concilios ecuménicos, de los cuales dice San Gregorio que hay que concederles tanta fe como a los cuatro Evangelistas. Allí resplandecían las cuatro cátedras patriarcales, hijas primogénitas de la cátedra apostólica: Antioquía, Alejandría, Jerusalén, Constantinopla. He ahí el Oriente, no según la poesía, sino según la historia. Pues bien, todas esas naciones son al presente heréticas, o cismáticas, o musulmanas; hoy en día son una vergüenza y un obstáculo al mundo civilizado. Comparad lo que fué antes el Oriente y lo que es hoy. ¡Cuánta diferencia! ¿Cómo se ha cambiado en plomo vil el oro puro? ¿Cómo? Los obispos orientales se aislaron del Pontífice romano, perdieron la luz y el calor del Evangelio, y no poseyendo ya la vida, fueron incapaces de dársela a sus pueblos. A las pulsaciones de la vida cristiana, sucedió la atonía de la muerte... He ahí por qué el Oriente no es en la actualidad más que un simulacro de pueblo, una especie de momia vacilante, que la diplomacia rodea de fajas esperando que Inglaterra y Rusia se repartan sus jirones. Los obispos salvan la fe de los pueblos, ocupan en la Iglesia un puesto esencial, son inseparables del Papa e indispensables al pueblo cristiano.

Esto lo veréis más claramente todavía, si pasamos de lo general a lo particular.

II. Contemplad ahora al obispo en su diócesis.

Es *pontífice,* y como tal, alimenta y dirige el culto público, dando a Dios sacerdotes por el sacramento del Orden, soldados a Jesucristo por la confirmación, dignidad y esplendor a la religión por la observancia de las reglas litúrgicas. En el gran movimiento de la

oración católica, el obispo marcha a la cabeza. Como en los conciertos de la tierra se oye a veces, entre cosas admirables, un tenor sublime, que todo lo domina y todo lo arrebata, así también, en la oración de la Iglesia, se distingue la voz del obispo. Mediador entre la tierra y el cielo, une y armoniza los acentos mezclados de los sacerdotes y de los fieles, para llevarlos, vibrantes y simpáticos al corazón de Dios. Es pontífice.

Es también *doctor,* y como tal propone a su pueblo las verdades evangélicas, condena las opiniones contrarias a la fe que se elevan en su diócesis, así como todos los libros y periódicos malos, desde los puntos de vista de la doctrina y de las costumbres, que se publican en su jurisdicción; y no pudiendo bastar por sí solo a la enseñanza de sus diocesanos, les envía sacerdotes prudentemente elegidos y notoriamente aptos para el gran ministerio de la palabra. Es doctor, y su misión de enseñar depende del Papa, no de los poderes civiles; a cada cual su puesto y su misión. El poder civil hace el código, el obispo redacta el catecismo; al poder civil corresponde la dirección de la sociedad temporal, a los obispos la dirección de la sociedad religiosa.

Es *legislador,* y como tal, aplica las leyes generales de la Iglesia y las adapta a las vicisitudes de los tiempos y a las necesidades de los lugares, coordina su legislación con la del romano Pontífice y de los Concilios generales, y dicta reglamentos particulares que se dirigen a los sacerdotes o a los fieles.

Es *príncipe.* Ni una sola parroquia puede ser erigida sin su permiso. Designa los sacerdotes para cada parroquia. Sin duda que la sociedad civil, de concierto en esto con la autoridad eclesiástica, puede tener su parte en el nombramiento de los titulares; pero jamás el obispo podría ser excluído de este acto importante, porque él

es el que da la jurisdicción, y el sacerdote, separado del obispo, no es más que un astro errante. El obispo es el príncipe de su diócesis, y merced a este título, dirige soberanamente lo espiritual y lo temporal de sus parroquias.

Vedle a la cabeza de su pueblo. Es el centinela vigilante que mira a lo lejos, descubre al enemigo, señala su aproximación y lanza los primeros gritos de alarma. Su cabeza, ceñida de la mitra de honor, como de un casco, le distingue en las batallas de la fe. El báculo que empuña reúne como un cetro todo el rebaño en torno suyo y aparta como una espada los lobos rapaces que amenazan al rebaño.

Vedle en su visita pastoral. Visita las más humildes aldeas, y el pastor de cada una de ellas corre a su encuentro. Entra en el templo rústico, cuyo más bello ornamento son las virtudes del pastor y la inocencia del rebaño. Ora en las gradas del altar, luego se levanta, y vuelto hacia el pueblo, habla; ¿y qué dice? Dice lo que el venerable sacerdote que está a su lado no ha cesado de decir hace veinte o treinta años. Explica la ley del cielo y de la tierra, la ley del tiempo y de la eternidad, la ley sin la cual las otras leyes no son más que chismografías de tribuna; la ley que ordena todas las virtudes, proscribe todos los vicios, regula todos los deberes; la ley que hace los buenos soberanos, los buenos súbditos, los buenos maridos, las buenas esposas, los buenos amos, los buenos servidores; la ley, en fin, que salva las almas, las familias y las sociedades. Luego, pregunta. Augusto anciano, dirige a la infancia las preguntas colosales del destino, que hicieron disparatar durante tanto tiempo las más vigorosas inteligencias de la antigüedad, y que la filosofía moderna es incapaz de resolver fuera del Evangelio... Mas esas inteligencias de

diez años, criadas en medio del balido de los rebaños, le dan respuestas firmes, luminosas. El obispo ha visitado a su pueblo; luego se va, atravesando la muchedumbre de los fieles arrodillados para recibir su última bendición, y lo que ha hecho hoy, lo hizo ayer, y lo hará mañana, y seguirá haciéndolo hasta que exhale el último suspiro. A esos hombres, señores, corresponde fundar los Estados y asegurar la felicidad de los pueblos. Razón sobrada tenía el filósofo, por otra parte muy incrédulo, que decía que los obispos habían hecho la patria como las abejas fabrican los panales. ¡Ay! Si el panal puede ser todavía rehecho, creedlo, señores, únicamente los obispos podrán rehacerlo.

Así sea.

CONFERENCIA SEXTA

El clero católico

SEÑORES:

El Papa y los obispos ¿constituyen toda la Iglesia? No. Faltaría algo a la belleza, a la flexibilidad, al poder de la Iglesia, si entre los obispos y el pueblo no hubiese intermediarios. ¿Veis sembradas en la superficie de la tierra esas aglomeraciones humanas que se llaman ciudades, villas, pueblos y aldeas? Como un dedo elevado hacia el cielo, se eleva el campanario por encima de la parroquia sentada a su sombra, y junto a ese campanario, hay un hombre de pie, representante de Dios, servidor de las almas, mandatario del obispo... Es el cura, son sus vicarios, es el clero católico. En la constitución de la Iglesia, el clero tiene un puesto importante, que vamos a estudiar.

1. El clero católico es un clero obediente.

La obediencia es la que gana las batallas. Quinien-

tos mil hombres siguen una bandera y se aprestan a defender las fronteras de la patria. El general en jefe juzga y manda. ¿Juzgará alguien su juicio? ¿Reformará alguien su orden? No. La autoridad militar no está sujeta a inspección. La obediencia militar es ciega. Es condición necesaria de la victoria. Mirad ese joven soldado, impaciente por vengar a su patria. Como el caballo que monta, tan bien descrito por Job, huele también la guerra, *odoratur bellum*. También él golpea la tierra con el pie, y dice: ¡Marcha! *Et dixit*: *vah!* No, espera, le dice su jefe. Y tiene que esperar. Más todavía: se le ordena deshacer el camino y volver atrás. Mas ¿para qué? ¿qué puede haber de común entre la huída y la victoria? Pero hay que obedecer, hay que marchar sin saber a dónde ir: *Exiit nesciens quo iret*. Pero entre él y su jefe supremo hay otros poderes intermediarios. Hay un oficial, que quizás juzgue mejor, al cual le parece falsa la maniobra y mal concebido todo el plan. Por lo menos éste ¿no podrá rehusar la obediencia? No, la hora apremia, hay que obedecer. También él irá sin saber a dónde va: *Exiit nesciens quo iret*. Esta ley de la obediencia militar es inflexible, y en nuestro siglo, tan fecundo en guerras, no conozco más que dos excepciones justificadas por el éxito: la de Soult en Austerlitz y la de Mac-Mahón en Magenta. La rareza de las excepciones testifica la rigidez de la ley, y es notorio que la obediencia es y debe ser ciega en los campos de batalla. En ella descansa la fuerza de las armas.

Pues bien, si tanto admiráis la obediencia de los soldados, ¿por qué os negáis a admirar la obediencia de los sacerdotes? Hay hombres pérfidos que se complacerían actualmente en dividir y desorganizar al clero, esta gran fuerza social, que todavía resta intacta e in-

vulnerable en medio de las destrucciones contemporáneas. Distinguen entre el alto y el bajo clero, y esperan separar los sacerdotes de los obispos. ¡Vana tentativa! El clero católico es un clero obediente, y la cadena que nos liga a nuestros superiores, cadena de libertad, de respeto y de amor, es una cadena irrompible, que resiste igualmente a las mentiras de la seducción que a las amenazas de los perseguidores. Cierto día, en la plenitud de nuestro libre albedrío y en la expansión de nuestra juventud sacerdotal, nos acercamos a nuestros obispos, y pusimos en sus manos venerables nuestras manos recién consagradas. El nos preguntó: "¿Nos prometéis a mí y a mis superiores el respeto y la obediencia?" Y le respondimos: "¡Sí, lo prometo, *promitto!*" El cielo y la tierra nos oyeron, y hasta el último suspiro, cumpliremos nuestro juramento, juramento que brotó de nuestros labios conmovidos en el primer minuto de nuestra vida sacerdotal. Catequistas de niños o doctores del pueblo cristiano ocultos en la obscuridad de un campo, o expuestos a las ávidas miradas de una ciudad, estamos a la disposición de nuestros superiores. En esto consiste nuestra fuerza, nuestra gloria y nuestra felicidad. El clero católico es un clero obediente. No es esto todo. Saludad en nuestra frente otro rayo de luz que nos permite llegar hasta vosotros, tocaros y haceros mucho bien.

II. El clero católico es un clero virgen.

Sí, señores, la Iglesia católica exige de sus ministros la virginidad... Esto es muy atrevido. Les exige que sacrifiquen la más ardiente de las pasiones, que renuncien a la carne y a la sangre, que mueran solos después

de haber vivido solos. Y esto se lo pide, no sólo a algunas almas escogidas, sino a muchedumbres inmensas, a 50.000 hombres en Francia, a 200.000 hombres en Europa, a millones, a millares de millones en diecinueve siglos. Y para pedirles eso, no espera a que los años hayan blanqueado las cabezas... no... se lo pide a jóvenes de veinte años, y no cree presumir demasiado de la fuerza humana al decirles: "Sed castos, sed vírgenes hoy, mañana, siempre." La Iglesia exige la virginidad a sus ministros.

Y me atrevo a asegurar que la obtiene. El clero católico es un clero virgen. Pongo por testigo a todas las almas honradas que lo conocen, que viven con él, que le conceden un respeto justificado y una confianza consciente. Y pongo por testigo a todas las almas perversas que lo maldicen y calumnian, porque no pueden soportar el esplendor de una regularidad que acusa su disolución. Y aun pongo por testigo los raros escándalos que ocurren a veces en la tribu sacerdotal, los cuales no excitarían ni tantos aspavientos ni tanto horror, si no fueran menguadisímas excepciones. Señores, sois severos, sois implacables con el clero... ¡Tanto mejor! Vuestra severidad nos honra. Nos pedís algo más que esa honestidad vulgar que basta para conciliarse la estimación pública de las gentes de mundo, o para asegurar a los sacerdotes cismáticos, a los popes servidores del zar, a los ministros evangélicos del protestantismo el respeto común. Exigís de nosotros una honestidad superior, más que humana, y por ello confesáis que la castidad sacerdotal, de la que tenéis tan alta idea, es una virtud posible, actual, fácil de encontrar en este mundo.

Gracias, pues, sean dadas a la Santa Iglesia, a la energía de sus Papas, a las prescripciones de sus Con-

cilios, a la vigilancia de sus obispos... El clero católico es un clero virgen. Y precisamente el celibato del sacerdote es lo que le permite subir todos los días al altar santo, y tener todos los días en sus manos el cuerpo purísimo de Nuestro Señor Jesucristo, ese cuerpo virgen, nacido de una virgen. El celibato del sacerdote es lo que le permite oir en confesión a los fieles: "No, no—exclama Lacordaire;—el mundo no se engaña. Conduce a nuestros pies niños de dieciséis años; conduce a la madre con la hija, los pesares precoces y los pesares decrépitos, lo que el oído del esposo no oye, lo que el oído del hermano no sabe, lo que el oído del amigo no sospechó jamás." El celibato del sacerdote es el que, preservándole de la ambición, centuplica sus fuerzas para el sacrificio. Por cuanto está exento de la paternidad carnal, reviste ante el pueblo cristiano una paternidad espiritual que le permite amar a todas las almas confiadas a su guarda, pertenecer a todas las edades, a todas las condiciones, a todas las miserias del género humano. El celibato del sacerdote es el que le da una santa libertad para mirar de frente las bajezas de nuestro siglo, para decir la verdad a todo el mundo, para recordar la moral, para pesar los hombres en la misma balanza, para explicar y aplicar las santas leyes del Decálogo. Ligado por la virginidad y transfigurado por ella, el clero católico habita regiones superiores, y sin temor puede descender al pueblo cristiano para hablarle y para hacerle bien. Vedle con las manos en la obra.

III. El clero católico es un clero activo.

¿Cuáles son nuestros medios de acción? En primer lugar, *la palabra;* la palabra hablada y la palabra escri-

ta. Armados de la palabra, hemos revuelto al mundo. Jamás clase social alguna habló tanto, escribió tanto, provocó tanto a la reflexión, a la discusión, ni imprimió una actividad tan grande, tan universal al pensamiento. El sacerdocio posee el arte divino de cautivar constantemente la atención de la multitud, de reunirla en días fijos en torno de su cátedra, de hablarle el lenguaje de la razón y de la virtud, de obtener sin esfuerzos de elocuencia el triunfo de la elocuencia: la convicción y la persuasión. Después, a la palabra añadimos la abnegación, los *beneficios* públicos. Visitamos a los enfermos, acariciamos a los niños, consolamos a los desgraciados. Suprimid de la ciudad de Orleáns el clero y las buenas obras hechas por él, o bajo su inspiración, y a la vista de vuestros hospitales sin sacerdotes y sin religiosas, de vuestros hijos sin catecismo y sin confesión, de vuestros enfermos privados de sacramentos, de vuestras iglesias vacías y asombradas, os estremeceréis de espanto y horror. Si el clero desapareciera de un golpe del seno del pueblo cristiano, produciría un efecto semejante al eclipse repentino del sol al mediodía. Finalmente, a la palabra y a la abnegación, nuestros dos grandes medios de acción, se añade otro menos visible, pero infinitamente más intenso: la *gracia*. El punto de apoyo que en vano buscaba Arquímedes para trasladar el mundo, lo poseemos nosotros. Poseemos la gracia de Dios, y su poder pasa a nuestros labios y a nuestras manos. Hay quien no cree en eso, pero se engañan. Imagínanse que pueden aniquilarnos cerrando nuestra boca, agotando nuestros beneficios, poniéndonos en la imposibilidad de hablar y obrar. Se engañan. Tenemos la oración, el Bautismo, la Penitencia, la Eucaristía, la Cruz. Con esto podemos trabajar cien mil años, y más aún.

¿Cuál es nuestro campo de acción? No es la política, ni la filosofía, ni la ciencia. Son las almas, las familias, las sociedades tomadas por su aspecto más elevado. Tocamos al género humano, no por su superficie, sino en sus últimas profundidades. Respondemos a sus necesidades inmortales; peca, padece y muere; nosotros curamos su pecado, consolamos sus dolores, transfiguramos su muerte. Y lo que es más, con el Evangelio en la mano, asistiendo a las almas, salvamos el honor de las familias, la seguridad de los Estados, la paz del mundo.

Podría continuar, pero ya he dicho lo suficiente para hacer que resplandezca ante vuestros ojos el clero católico. Es un clero obediente, un clero virgen, un clero activo y bienhechor. Dejo a vuestra razón y a vuestra experiencia el cuidado de llenar las lagunas de mi palabra.

Conclusión.

Permitidme tan sólo para terminar que os señale el poder del clero católico, poder que se deduce de lo que acabáis de oir. Somos poderosos,

1.° Porque sabemos obedecer. Sin duda habréis visitado algún gran taller en el que, bajo la acción de una máquina de vapor, millares de rodajes se ponen en movimiento. Entre estos rodajes, los hay muy voluminosos, otros de tamaño mediano, y varios insignificantes en apariencia. Pero todos obedecen al mismo impulso, y los rodajes más modestos encajados en los más fuertes, participan del poder del conjunto, y serían capaces de triturar un hombre como un saco de paja. He ahí el clero católico. El cura más humilde, el más modesto vicario unido a su obispo, y, por medio de

su obispo, al Papa, lleva en sí toda la vitalidad de la Iglesia. Soldada al conjunto, la parte tiene el poder del todo. Somos poderosos,

2.° Porque sabemos abstenernos. Hallamos en la continencia una fuerza íntima y un prestigio externo, que nos permiten emprender y desarrollar obras humanamente imposibles. Somos poderosos,

3.° Porque sabemos obrar. La esfera de nuestra acción toca, por un lado, en el corazón de Dios, y, por otro, llega hasa las más secretas profundidades del hombre.

Somos más poderosos que *la guerra,* porque no destruímos sino que creamos, y nadie, así sea César o Carlomagno, puede arrebatarnos nuestras conquistas. Somos más poderosos que la *política,* porque no decimos más que la verdad, y no dependemos de los acontecimientos. Somos más poderosos que la *prensa,* porque tenemos el relieve, el color, la repetición cotidiana de nuestro pensamiento; tenemos la palabra, la mirada, el gesto, la acción, en una palabra, la vida y todos los sentidos del hombre están abiertos para nosotros. Somos más poderosos que la *ciencia,* porque la ciencia se dirige tan sólo a la inteligencia, en tanto que nosotros nos dirigimos a todas las facultades. Somos más poderosos que la *filosofía,* que plantea problemas, en tanto que nosotros damos soluciones. Somos más poderosos que el teatro, que vive en el mundo ficticio, en tanto que nosotros nos movemos sin cesar en la realidad. Somos más poderosos que la *elocuencia* misma, porque tratamos el aspecto divino del hombre, y alimentamos sus aspiraciones más sublimes, más profundas, más elevadas. ¡Tocamos la conciencia, el alma!

Así sea.

CONFERENCIA SEPTIMA

El clero francés (1)

SEÑORES:

Hemos estudiado sucesivamente el Pontificado, el Episcopado, el Clero católico. Detengámonos hoy ante el clero francés, y veamos juntos los títulos particulares que lo recomiendan a vuestro respeto y a vuestra confianza. Vamos a estudiar su reclutamiento, su nivel intelectual y moral, sus obras, y comprobaréis, señores, que vuestro clero, en vez de deshonraros o amenazaros, es una de las más puras glorias y uno de los mejores resortes de la nación.

I. El reclutamiento del clero francés.

La Iglesia recluta sus sacerdotes de todas las clases sociales, de todas las edades, de todas las condiciones.

(1) Es evidente que todo lo que aquí se dice del clero francés, es aplicable al clero español, sin quitarle una coma, y, en general, a todo el clero católico (N. del T.)

No dice jamás a los ricos y a los nobles: "No quiero más que pobres"; ni a los pobres: "No quiero más que ricos"; ni a los letrados: "Estáis llenos de orgullo"; ni a los ignorantes: "Sois analfabetos; os excluyo por siempre jamás." No; ella dice a todos: "¿Quién siente en el fondo de su alma la abnegación? ¿Quién quiere amar y servir a las almas? ¿Quién quiere combatir los enemigos visibles e invisibles de las almas? ¿Quién quiere morir por salvar las almas? ¡Atrás el orgullo de las clases elevadas y los celos de las clases inferiores! El que quiera hacerse todo de todos para ganarlos todos a Jesucristo, el que sepa apreciar en el fondo de su corazón el precio y la belleza de las almas, ese está llamado al sacerdocio." En derecho, la Iglesia llama al hijo del hombre libre con el hijo del esclavo, para hacer de su santuario el centro común de todas las razas, de su sacerdocio, la representación natural y escogida de todos los intereses sociales, y de su clero, el lazo místico de todas las almas.

Pero, de hecho, la Iglesia de Francia recluta especialmente sus sacerdotes de las clases populares. No hay que escandalizarse de ello. *¿Es que no procedemos todos del pueblo?* En el palacio de las Tullerías, reinando Napoleón III, presentóse un día el marqués de Boissy vestido por modo muy extraño. "Nada tan galante como vuestro vestido."—le dijo el Emperador. "Señor—respondió M. de Boissy,—es el vestido de marqués de mi abuelo. Si todos compareciéramos con el vestido de nuestros abuelos, quedaríamos aturdidos con el ruido de los zuecos." En efecto, aun los cortesanos de Luis XIV tenían antepasados que habían calzado zuecos. Todos, en cuanto somos, no podemos mirar nuestras manos sin encontrar en ellas la huella de la tierra. Todos hemos desenganchado el carro de bue-

yes, los unos por la mañana, los otros al mediodía, los otros por la tarde. No hay que asombrarse, pues, de que la Iglesia reclute en particular sus sacerdotes en las clases populares. Por otra parte, *¿de quién es la culpa?* La culpa es de las clases elevadas que olvidan demasiado que hubo un día en que pagaron largo tributo al altar, y que, gracias a ello, hicieron descender, durante siglos, las bendiciones de Dios sobre sus casas. Recobren, pues, su puesto en el ministerio del altar, y volverán a encontrar el lugar que les corresponde en el orden político y social. También la clase media deben dar algunos de sus hijos, muchos de sus hijos, al clero. La Iglesia se los pide, y los espera. Pero, entre tanto, *¿es algún gran mal* que la Iglesia reclute sus ministros especialmente en las clases populares? En este siglo de democracia a todo trance, ¿no es un designio providencial que vuestros sacerdotes puedan con justicia volverse a los calumniadores y decirles: "Siniestros farsantes, nos acusáis de que desconocemos nuestro tiempo, de que no somos simpáticos a las clases populares. Pues bien, examinad nuestro origen y nuestra vida. ¿De dónde procedemos sino de las entrañas del pueblo? ¿Qué hacemos de la mañana a la noche sino consolar las miserias del pueblo?" La Iglesia de Francia recluta sus sacerdotes entre el pueblo. ¡Tanto mejor! El pueblo da al santuario una sangre pura y generosa, que hubiera hecho en el mundo el magistrado severo consigo mismo, el soldado valeroso, el negociante sin tacha, el labrador y el sabio aptos para sostener, el uno el calor del día, el otro las veladas estudiosas de la noche. Y esa doble sangre, aceptada por la Iglesia, se eleva y transfigura todavía en las pruebas del sacerdocio. La penitencia le fortalece; la castidad lo purifica, el estudio lo disciplina; y veis mezclarse entre

vosotros un clero digno de comprenderos, capaz de amaros, deseoso de haceros bien. Mirad de cerca.

II. El nivel intelectual y moral del clero francés.

1.° *Desde el punto de vista intelectual,* vuestro clero, señores, ocupa un puesto honroso en la nación. En primer lugar, somos los doctores y maestros de la *ciencia religiosa,* y aunque no tuviéramos más que esta ciencia, bastaría para asegurarnos el primer puesto entre los doctores de este mundo. Porque la ciencia de la religión es universal; toca a todo por algún lado. Las aguas del mar bañan por todas partes los continentes; el cristianismo envuelve en una red inmensa la universalidad de las ciencias. Todo el saber humano se refiere a la teología, dice Santo Tomás, *omnes artes ad theologum referuntur.* Y después, la ciencia de la religión es la ciencia esencial. Reemplaza y supera a la filosofía, que plantea más problemas que puede resolver. Enseña a todos, a los ancianos, a los hombres maduros, a los jóvenes y a los niños, las verdades que hay que creer, los deberes que hay que practicar, las fuentes de la gracia en que hay que beber, el origen, el término, el camino. Se trata ahora de la *ciencia profana.* Vuestro clero también dista mucho de ocupar aquí el último puesto. Podría hablaros de lo pasado, y mostraros el clero cultivando dieciséis siglos casi solo las ciencias, las letras y las artes. La historia está llena de nuestras glorias. Pero no hablemos más que de lo presente. ¿Es que hemos dejado escapar de nuestras manos el cetro de la ciencia? En manera alguna. Sin duda que nos queda poco tiempo para dedicarlo a las letras humanas. Pero

En los campos, ¿quién es generalmente el hombre más instruído? ¿Acaso no es el cura?

Mirad nuestras casas de educación, nuestros seminarios, nuestras universidades católicas. Producimos bachilleres a millares, y doctores por centenares, y por modo tan notable triunfamos en la distribución de la ciencia, que nuestros enemigos, para rivalizar con nosotros, casi no encuentran otro medio que suprimirnos.

Contad, si podéis, los sacerdotes sabios que se han distinguido en este siglo, y los libros que hemos publicado. Son innumerables.

Fijaos todavía en esto. Os asombraría si os indicara todos los hombres que, entre los escritores actuales, deben al clero su ciencia, su primera iniciación en la literatura. Julio Lemaitre empezó su carrera en el Seminario menor de Orleáns. Alfonso Daudet fué patrocinado por el P. Alzón, y recibió de él gratuitamente su pensión en el colegio de Nimes. Enrique Maret ofrece repentinos retornos a la enseñanza religiosa que recibió en el Seminario menor de Bourges de quien luego fué Mons. Lagrange. Paul Bourget, aunque alumno de un Instituto, no puede olvidar la fe que le infundió una madre cristiana y el sacerdote de su primera comunión. Ahondad en la vida de casi todos nuestros escritores contemporáneos... y en el fondo de cada una de ellas encontraréis un sacerdote. Casi todos ellos hubieran visto ahogadas en flor sus esperanzas y su genio, si bajo el sayal de un sacerdote no hubieran encontrado el primer Mecenas que protegió su libre vuelo hacia un glorioso destino. No, señores, no tenéis que avergonzaros de vuestro clero. Desde el punto de vista intelectual, es digno de vosotros, y ocupa un puesto honroso en la nación.

2.º *¿Qué es desde el punto de vista moral?* Hay hombres de mala fe que explotan cínicamente los pocos escándalos que se dan en el clero francés. Somos 70.000 sacerdotes en Francia. Los tienen por nada, y pasan en silencio las virtudes del conjunto, pero cuando en la masa del clero claudica un solo sacerdote, hombres pérfidos y hojas nauseabundas extienden la responsabilidad y la vergüenza de un solo individuo a la universalidad del conjunto, exclamando con un impudor cien veces despreciable: "*Ab uno disce omnes,* aprended por un rasgo a conocerlos a todos." Señores, es este el último de los sofismas, y es propio del último de los hombres repetirlo y creerlo. Tanto valdría extender a todo el ejército la traición de un cobarde, hacer a todo el Colegio de Abogados responsable de las mentiras de uno de sus miembros, condenar a los médicos porque uno de ellos haya abusado de su profesión, desterrar, sin coronarlas siquiera de flores, la poesía, la elocuencia y las bellas artes, porque hay líricos licenciosos, palabras corruptoras, estatuas y cuadros que pregonan el vicio y el error. Digamos aquí la simple y evidente verdad. Sin duda que hay algunas manchas en el clero francés; pero esas manchas no son más que una mínima excepción, que hace resaltar el esplendor del conjunto. Hijos de su siglo, colocados en medio de un mundo pervertido, rodeados de malos ejemplos, expuestos en su ministerio mismo a los más grandes peligros, los sacerdotes franceses se ven rara vez tocados del contagio común... y, desde el punto de vista moral, como desde el punto de vista intelectual, merecen ciertamente el respeto y la confianza de todos. Todavía unas palabras sobre

III. Las obras del clero francés.

Hay quien nos censura *porque no hacemos nada.* ¿Tiene esto algún fundamento? Predicamos, catequizamos, confesamos, visitamos a los enfermos, consolamos a los pobres, evangelizamos a los niños, convertimos a los pecadores. ¿Cuándo nos hemos negado a levantarnos por la noche, a llorar con los que lloran, a desenmascarar la impiedad que corrompe las ideas, y las costumbres públicas, a correr a todas partes donde hay miserias que consolar, huérfanos que recoger, servicios que prestar? Franceses, ¿os ha abandonado alguna vez vuestro clero? ¿Es una fuerza inútil y embarazosa? ¿Es un rodaje enmohecido, envejecido, bueno únicamente para lanzarlo al hierro viejo? No. Contad, si podéis, las iglesias que hacemos construir, las escuelas que abrimos, los dolores que suavizamos, las virtudes que nacen a nuestro paso. El día en que Francia dejara de tener sacerdotes, no habría ni las instituciones ni las obras que viven del sacerdocio, y el vacío que quedaría detrás de nosotros sería tan grande que ni siquiera con ruinas podría ser llenado. Es muy restringido el número de los que nos acusan de que nada hacemos, pero son muchos los que nos reprochan de que *hacemos demasiado.* Se complacen en hablar de las usurpaciones del clero. ¡Valiente broma! ¿Es que invadimos el orden público? No. Como ciudadanos, tenemos nuestra pequeña parte en la soberanía nacional, y reivindicamos el derecho, que a todos pertenece, aun a los analfabetos, de aventurar un consejo, cuando lo creemos útil o de formular una crítica, cuando la creemos justa. Pero, como sacerdotes. ¿es que nos ingerimos en el terreno del poder temporal? En manera alguna. Cambiáis de gobierno, de constituciones, de administración municipal; gobernáis a vuestro modo el Estado, la provincia, el municipio; el ejército, la magistratura, la hacienda pública, todo os pertenece, todo depende de vosotros; el clero os deja hacer, y se reduce estrictamente al orden moral y religioso. Esta es su esfera. Aquí es donde él se agita, invade, usurpa. ¡Tanto mejor! Dejad que el clero enseñe, santifique, gobierne las almas; dejadle sembrar el Evangelio en todas las edades, en todas las familias, en todas las condiciones sociales; permitidle que usurpe en el terreno de la ignorancia, de los prejuicios, del vicio, en el terreno cada vez más vasto de la corrupción pública; permitidle que invada las clases ricas para moderarlas y enternecerlas, y las clases populares para apaciguarlas y consolarlas; permitidle obrar y sacrificarse: el mundo irá mucho mejor.

¡Oh clero de mi siglo y de mi patria, puedes levantar tranquilamente la cabeza, y atravesar sereno y sonriente las dificultades de la hora actual! Los malvados desgarran tu vestido e intentan mancillarlo. Pero tú les opones la fuerza serena de tu origen, de tu ciencia, de tu virtud, de tus obras. ¡Marcha, clero francés, y haz el bien sin cansarte nunca! La historia te tributará el más brillante testimonio. Ella dirá que no diste jamás pretexto alguno a las acusaciones de tus enemigos; ella dirá que de toda la tinta vertida sobre tu vestido no quedó ni una mancha sobre tu memoria, ni una sombra sobre tu frente. ¡Marcha, clero de mi siglo y de mi patria; eres digno de Francia y de la Iglesia! ¡Eres digno de tu pasado! Y si lo presente te parece pesado y doloroso, ten paciencia. El porvenir te hará justicia, y vendrá a buscar en tus brazos los tesoros necesarios de la verdad, de la virtud y de la paz.

Así sea.

CONFERENCIA OCTAVA

Las Ordenes religiosas

SEÑORES:

La Iglesia católica es un ejército bien organizado. Tiene jefes, que son el Papa y los Obispos, y el clero parroquial funciona bajo su dirección. Pero en todo ejército, al lado de las tropas regulares, se hallan, por lo general, tropas auxiliares. Así, en la Iglesia católica, mezcladas con el clero, y, como éste, subordinadas al Papa y a los obispos, vemos aparecer las Ordenes religiosas. Vamos a estudiar brevemente su historia en lo pasado y su puesto en lo presente. Es una de las cuestiones más palpitantes de la hora actual.

I. Las Ordenes religiosas en lo pasado.

Son contemporáneas de la Iglesia. Las vemos despuntar desde los orígenes del cristianismo, desarrollarse poco a poco, y tomar, finalmente, posesión del mundo

que edifican con su ejemplo, y penetran con su acción bienhechora y civilizadora.

Vedlas ahí en marcha hacia las cumbres de la perfección evangélica, aceptando la triple disciplina de la obediencia, de la pobreza, de la castidad voluntaria, y con estas alas poderosas, elevándose a alturas que asombran, que desconciertan, que desafían las fuerzas naturales. ¡Saludad a esos hombres de corazón y buena voluntad! Ellos reaccionan contra el orgullo, contra la avaricia, contra la voluptuosidad que nos devoran. Ellos popularizaron el Evangelio traduciéndolo en su vida. Al practicar los consejos, han hecho posible la observancia de los preceptos. Han dado al mundo un gran ejemplo. En todo tiempo buscó el hombre su dicha en las alegrías de la carne. Trituradas por la penitencia, el trabajo y la meditación, las Ordenes religiosas han enseñado al hombre que el secreto de la salud, de la longevidad, y aun de la felicidad temporal, reside en la abstención, no en el goce, en el sacrificio, no en el egoísmo, en la dominación del espíritu sobre la carne, no en la servidumbre del alma a todos los caprichos del cuerpo.

Y así, aferradas a la conquista de la perfección moral, las Ordenes religiosas ejercieron sobre el mundo una acción poderosísima. Protegieron a los peregrinos del Santo Sepulcro, y libertaron a los cristianos cautivos de España y Palestina. Edificaron casas, palacios, albergues, para los huérfanos y para los pobres. Cuidaron a los leprosos. Estos construyeron puentes, desecaron lagos, ofrecieron a los viajeros el auxilio de sus hombros para atravesar ríos y torrentes; aquéllos roturaron bosques, abrieron canales, sanearon llanuras y prodigaron en torno suyo lecciones, ejemplos e instrumentos de trabajo agrícola. Y en tanto que los unos cultivaban la tierra, los otros cultivaban simultáneamente las almas y

salvaban la ciencia. Alemania, Francia, Italia, España, Inglaterra, deben a las Ordenes religiosas las tres octavas partes de ciudades y pueblos florecientes hoy en día. El mundo entero les debe sus bibliotecas. Cuando vemos que esos hombres sin hijos, que toman al género humano por familia, y por posteridad las naciones, abren en ambos hemisferios talleres y escuelas, roturan las selvas milenarias, regularizan los cursos de agua, desecan las landas, conquistan a lagos y mares vastas superficies para entregarlas al cultivo, abren por todas partes rutas al trabajo, a la industria, al comercio, y aseguran por doquiera el progreso de las ciencias, de las letras y de las artes, no hay más remedio que reconocer que los frailes no cegaron la vida, sino que la difundieron, mejoraron y realzaron.

Es un espectáculo incomparable. Hace diecinueve siglos que, bajo todos los climas y en todas las razas, las Ordenes religiosas arrebatan sus hijas a los reyes, para convertirlas en siervas y madres de los pobres; al mundo sus más bellas flores, para difundir su aroma por toda la Iglesia y hacer que gocen de él los indigentes, los humildes, los desgraciados, los desheredados de la fortuna. En vano intentan los protestantes fundar algo análogo a nuestras religiosas Hermanas de la Caridad. Han perdido el tiempo, el dinero y el trabajo, y las Ordenes religiosas militares, hospitalarias, contemplativas, docentes, caritativas, son la especialidad de la Iglesia católica. Han producido millones de santos. Han fundado por millares asilos y santuarios para la miseria, para el estudio, para la virtud, y ocupan en lo pasado un puesto preeminente, que les asegura la admiración y gratitud de todos los espíritus sinceros.

¿Están muertas y enterradas? ¿Es una vegetación por siempre jamás sepultada en los anales de la historia?

No. Lacordaire dijo: "Las encinas y los frailes son eternos." Verdad es. Como las encinas, los frailes echan profundas raíces, y, encorvados un instante por la tormenta, renacen a pesar de las tempestades que quisieron arrancarlos. Son igualmente tenaces en su duración y prontos a revivir. Veámoslo al contemplar

II. Las Ordenes religiosas en lo presente.

Están por todas partes, en las ciudades y en los campos, en los talleres y en las escuelas, en el ejército cuando la bandera ondea contra el enemigo, en las colonias cuando el hambre las devora, en todas partes en que es preciso predicar, civilizar, salvar a los demás y morir para sí. Oran. Gracias a ellos, la oración existe en estado de institución, de fuerza permanente, pública, universalmente reconocida y bendecida por Dios y por los hombres. Cuando la flota de Felipe Augusto, bogando hacia Tierra Santa, fué asaltada en los mares de Sicilia por una horrible tempestad, el Rey reanimaba el valor de sus marineros diciéndoles: "Es media noche. Es la hora en que la comunidad de Claraval se levanta para cantar maitines. Aquellos santos monjes no nos olvidan. Van a apaciguar a Jesucristo, van a rogar por nosotros, y sus oraciones nos salvarán del peligro." Señores, en un mundo como el nuestro, que tanto ha olvidado el lenguaje de la oración, hay todavía actualmente millones de bocas que han hecho el voto de dirigirse al cielo mientras nosotros descansamos y nos entregamos a nuestros negocios y placeres. ¡Tanto mejor! No son bocas ociosas, bocas inútiles. Por la oración unida a la penitencia, las Ordenes religiosas desarman al cielo y protegen a la tierra. ¿Qué hacen todavía? Hablan. Armadas de la espada de la palabra, defienden a Dios, en quien el im-

pío no ve más que un vano nombre; a Jesucristo, en quien los falsos sabios no saludan más que a un hombre; a la Iglesia, en quien los malos políticos persiguen a la que llaman la enemiga irreconciliable de las sociedades modernas. Y, no contentos con defender la fe, la propagan, la llevan a todas las playas de la infidelidad, y hacen retroceder la barbarie ante los esplendores de la civilización cristiana. Saludad, señores, a las Ordenes religiosas. Oran, hablan. Finalmente, se sacrifican. Consuelan todas las miserias, practican todas las virtudes, y toda su ambición consiste en igualar, si es posible, el ardor del celo con la propaganda del vicio, los milagros de la abnegación con los estragos de las calamidades públicas. A todo gemido que lanza un sonido nuevo y reclama una invención de la caridad, prestan atento oído. Espían todos los dolores del género humano, ofrecen pan a todos los que tienen hambre, consuelo a los que lloran, descanso a los que van a morir. Os refiero, señores, un trozo de la historia contemporánea, de esa historia que se desenvuelve ante vosotros, ante vuestros propios ojos, en la Francia actual.

Nada más que en Francia, en nuestros días, cien años después de la gran revolución que todo lo barrió con un soplo y, en apariencia, todo lo desarraigó; tenemos un inmenso y pacífico ejército de 30.000 religiosos y de 130.000 religiosas que, bajo los hábitos más diversos, practican diariamente el sacrificio y la inmolación, los cuales, dice Taine, "son bienhechores por institución, y sujetos al trabajo personal y gratuito, consagrados, por su propia elección, a ocupaciones peligrosas o repugnantes, o, por lo menos, ingratas... y todo gratuitamente, o a precios ínfimos." Hace cien años, en esta noble tierra de Francia, a pesar de innumera-

bles tempestades, las Órdenes religiosas hallaron una vitalidad que eclipsa las glorias de lo pasado, y una popularidad que desafía las eventualidades de lo por venir... Y si llegaran a perecer entre nosotros, perecerían con ellos la religión y la libertad. Cierto día, Atenas, enojada de ver la virtud severa de Arístides, le desterró de sus muros para no oir que le llamaban el Justo. Algunos años después, condenaba a Sócrates a beber la cicuta, y ella misma se condenaba al régimen de los Treinta Tiranos, y elevaba 300 estatuas al que conquistaba sus ciudades, ella, que sólo había tenido una hoja de laurel para coronar al vencedor de Maratón. He ahí la suerte de los pueblos enojados de la justicia y de la virtud. No hay polvo más terrible esparcido sobre la cabeza de un pueblo que la palabra del religioso que se aleja diciendo: "No quisistes obedecer a mis consejos, ni soportar mis ejemplos, ni aceptar mis servicios. ¡Adiós! Voy a prepararme a llorar por ti." Pero esto no será así. Las Ordenes religiosas están remachadas en Francia a la doble cadena de la religión y de la libertad, y el mismo interés nacional está ligado a su existencia.

Fuera de Francia, en los más apartados rincones del mundo, las Ordenes religosas hacen irradiar la influencia francesa. A las Ordenes religiosas debe nuestra patria esa gran clientela católica, que es como una segunda Francia sembrada por todo el globo. En 1860, Fuad Pachá decía al cónsul de Francia en Siria: "No temo las 40.000 bayonetas que tenéis en Damasco. Lo que temo—añadió mostrándole un grupo de religiosos—son los 60 hábitos que veis ahí."—"¿Por qué?"—le preguntó el Cónsul—"Porque esos 60 hábitos hacen germinar a Francia en esta tierra." ¿Lo oís bien, señores? Las

Ordenes religiosas hacen germinar a Francia en el extranjero. En Asia, en Levante, en el Tonkín, en China, en Japón, nuestros misioneros y nuestras religiosas hacen respetar, amar y admirar a Francia. En Africa ocurre lo mismo. Francia irradia en Argel con Mons. Lavigerie, cerca de los lagos ecuatoriales con los Padres Blancos, en Madagascar con los Jesuitas, que sostienen el protectorado francés contra las invasiones de Inglaterra, y aun en Dahomey con el P. Dorgère, que acaba de ser condecorado por haber concluído un tratado que salva nuestro prestigio. Id a América. ¿Por ventura no son las Ordenes religiosas las que han conservado en el Canadá y en los Estados Unidos la religión, las costumbres y la lengua de Francia? Finalmente, nuestros religiosos y nuestras religiosas son los que propagan la influencia francesa en las islas de la Oceanía. He ahí lo que son las Ordenes religiosas en lo presente. Son al propio tiempo uno de los más hermosos florones de nuestra nacionalidad, que hacen brillar a fuera, y una de las más grandes fuerzas de la Iglesia católica, cuyas conquistas aseguran y cuyos beneficios propagan.

¿Comprendéis ahora el frente de batalla que presenta la Iglesia? El Papa dirige el movimiento, y tiene en sus manos un Episcopado celoso y unido. Los obispos, soldados al Papa, gobiernan un clero obediente y abnegado, y nada más que en Francia únense al clero parroquial 150.000 religiosos y religiosas, que son como tropas auxiliares del Episcopado y del Pontificado. Pero esto no es más que el armazón material. Esta grandiosa organización tiene un alma, un principio de acción enteramente especial, una fuerza moral que hace prevalecer la abnegación sobre el interés, el altruísmo sobre el egoísmo, como dice Taine. Volveremos sobre este punto. Pero ahora quería daros una idea general de la estructura

y de la vida de la Iglesia, para tener el derecho de deciros al terminar: "¡Saludad a la Iglesia católica! ¡Es la obra maestra de Dios, la más grande fuerza del mundo, el abrigo del género humano, la esperanza de lo por venir!"

Así sea.

CONFERENCIA NOVENA

Los católicos franceses

SEÑORES:

Después de haber estudiado el Pontificado, el Episcopado, el Clero y las Ordenes religiosas, nos resta estudiar los fieles, que gravitan como un ejército en torno de esta organización central. En la superficie de la tierra se cuentan poco más o menos 250 millones de católicos. No es un número despreciable. Esto explica las palabras de Bonaparte a su embajador cerca de Pío VII: "No olvidéis de tratar al Papa como si tuviera un ejército de 200.000 hombres sobre las armas." Esto explica también las palabras del emperador de Rusia al Congreso de Viena en 1815. La cuestión de precedencia de los embajadores parecía insoluble, por lo que dijo el zar Alejandro: "Desde el punto de vista religioso, el Papa es el jefe de la más grande comunidad cristiana que existe en el mundo. Si yo tuviera el honor de encontrarme con él en una conferencia de

soberanos, no querría otro presidente que el Padre Santo. Mis embajadores harán con sus nuncios lo que yo me enorgullecería de hacer con su persona." Y desde entonces, el Nuncio del Papa, en París y en otras partes, ocupa el primer puesto del cuerpo diplomático... Se cuentan 250 millones de católicos... pero hay dos especies de católicos: fervientes y tibios, practicantes e indiferentes. Hablaremos de unos y otros, y para que nuestro estudio sea más interesante, más preciso y más fructífero, no saldremos de los límites de nuestra patria. Hablemos de los católicos franceses.

I. Los católicos prácticos.

1. Constituyen una gran *porción importante* de la nación. Numéricamente no hay que desdeñarlos, pero su valor moral es todavía superior a su valor numérico.

En las clases acomodadas, el número de seglares, hombres y mujeres, en los cuales es viva la fe, y se traduce en la práctica, es considerable. Ved las obras dirigidas y sostenidas por seglares: escuelas, patronatos, construcciones de iglesias. Sólo para la basílica del Sagrado Corazón de Montmartre se han gastado, en 18 años, 24 millones de francos. Añádase a esta suma el inmenso presupuesto de las Escuelas libres. No es el clero, generalmente reclutado en las familias pobres, el que hace vivir de su bolsillo todas esas obras, sino las limosnas de las clases acomodadas. Afirmo, pues, que semejantes sacrificios suponen y prueban la fe, una fe real, sincera, ya que se traduce por la privación voluntaria y la caridad. Contad ahora las vocaciones que nacen en el suelo de Francia: 50.000 sacerdotes, 30.000 religiosos, 130.000 religiosas. ¿Es que esto no supone en las familias católicas una gran in-

tensidad de vida cristiana? Todas esas vocaciones, ¿de dónde salen sino del mundo seglar? Contad también, si podéis, las comuniones de hombres en Nuestra Señora y en otras partes. Nada parecido existía hace ochenta años; nada parecido, desde el punto de vista de la libertad y de la espontaneidad existió en la antigua Francia. Además, tras la generación que se va, vemos levantarse una generación nueva, una legión de jóvenes cristianos que hacen profesión de poner su virtud bajo la salvaguarda de su fe, y nos prometen, para lo por venir, una reviviscencia de la vida católica. En medio de un pueblo libre, no quieren ser ilotas, y con mano firme sabrán defender su religión, abrigándola bajo la bandera de la libertad común. Esto por lo que se refiere a las clases acomodadas.

En las clases populares, los católicos prácticos son, verdad es, más raros que en las clases ricas. Pero esperad un poco. La luz aparecerá. Los esfuerzos del clero y de los seglares, las obras obreras difundidas por toda Francia, preparan ya un sólido núcleo de obreros cristianos. Bajo la acción destructora de la prensa y de la enseñanza anticristiana, algunos indiferentes se hacen hostiles. Pero todo lo que es francamente honrado se aproxima a Jesucristo. Los cristianos se hacen mejores, y el movimiento de retorno a la verdad religiosa, muy visible en las cumbres de la nación, se dibuja y se acelera en las masas. Los católicos prácticos son ya una porción notable. Además,

2. Forman *una porción creciente* en la nación. Los que hoy practican la religión no obedecen a una simple costumbre tradicional, sino a una convicción viva y personal, de suerte que representan una fuerza moral mucho más grande de lo que indica su proporción numé-

rica. En primer lugar, tienen el mérito de la resistencia; luego, por lo mismo que viven en medio de una opinión hostil a la fe, vense obligados a reaccionar contra el medio ambiente, y a dar, por eso mismo, a su fe un temple más vigoroso. Resistiendo más, siembran en torno suyo una influencia que atrae a la religión las almas nobles y elevadas, que procura a la fe cristiana adhesiones libres y enérgicas. Después de diecinueve siglos, asistimos al fenómeno primitivo de la propagación del cristianismo. El núcleo ferviente y poco difundido de los primeros cristianos transformó el universo. Hoy, los católicos prácticos son todavía la levadura que debe hacer crecer toda la pasta. No estamos en decadencia, sino en transformación. En medio de un mundo que se paganiza, contamos con suficientes cristianos fieles para que los que dejaron de serlo vuelvan a nuestro redil.

Pero ¿es que hay que excluir de la Iglesia católica a los cristianos indiferentes? En manera alguna. De 36 millones de franceses, hay muchos que no son buenos patriotas, que desobedecen los artículos del Código, que murmuran contra la ley y la quebrantan. ¿Los privaréis por ello del título de franceses? De ningún modo. Así también, hay católicos tibios e incompletos, que no se preocupan de las obligaciones de su bautismo, ni de las prescripciones de su religión. ¿Qué debemos pensar de ellos? ¿Hay que negarles el título de católicos? No.

II. Los católicos indiferentes.

Son numerosos en nuestra patria. Haré sobre ellos dos observaciones.

1. Los católicos indiferentes son, *por lo general, más católicos* de lo que aparentan. El bautismo los une a la Iglesia, que los matricula en la sociedad de los hijos de Dios. Tienen la misma fe, por lo menos en cierta medida. Decidme: ¿Cuántos católicos indiferentes hay que, satisfechos del matrimonio civil, se atrevan a construir una nueva familia sin las bendiciones de la Iglesia, que se contenten para el matrimonio con la presencia y legalización del oficial municipal? Hay tan pocos, que podrían contarse. Por consiguiente, esos hombres, en apariencia indiferentes, tienen en el fondo convicciones católicas. ¿Cuántos católicos indiferentes hay que nieguen a sus hijos el bautismo? En nuestra sociedad, es una excepción y una monstruosidad. Por cuanto libremente piden esos hombres el bautismo para su progenie, es que la fe en la eficacia de este sacramento no está radicalmente extinguida en su alma. En nuestros días, vemos católicos, aun muy poco religiosos, que aprecian, buscan, ambicionan para sus hijos el gran beneficio de la educación cristiana. Si esos hombres fueran tan indiferentes, tan incrédulos como se dice, ¿por qué habrían de querer hijos sólidamente cristianos? Cuántos católicos hay que, durante un año entero, se muestran extraños a nuestras solemnidades, que por lo menos no vengan a nuestros templos por Navidad, Pascua o Jueves Santo? Muy pocos. ¿Cuántos hombres hay que, habiendo vivido en la indiferencia, se nieguen a morir en la fe? Su número es muy restringido. Por lo contrario, vemos casi todos los días incrédulos reputados como inconvertibles que aceptan en sus últimos momentos al ministro de la religión; y no solamente lo aceptan sino que lo piden, lo reclaman y se aprovechan de sus oraciones y de sus divinos poderes... De estos indicios, y de muchos otros, es fácil deducir que, generalmente, los católicos indiferentes son más católicos de lo que parecen.

2. Por otra parte, con frecuencia se necesita poco para hacer pasar un católico indiferente, *de su indiferencia a la práctica animosa* y a la afirmación vibrante de la fe. Intentad hacer que un católico tibio e incompleto abjure su fe, y os enviará a paseo. Antes entregará su cabeza que su conciencia y su *Credo*. Siempre admiré un episodio de nuestras guerras de Argelia. Veinte bravos hijos de Francia viéronse de repente cercados por quinientos árabes, que los desarman y hacen brillar las cimitarras sobre sus cabezas. Era preciso rendirse. ¡Jamás! Se les promete la vida, la libertad, los honores de una escolta, si consienten en gritar: ¡Viva Mahoma! Se miran nuestros valientes, y con una mirada, vuelven a ser cristianos. Quizás ni uno solo había rezado desde diez años antes; pero su fe se despierta cuando el honor la provoca, y ni uno solo reniega de Jesucristo; ni uno solo quiere rescatar a ese precio su vida y su libertad. Caen bajo la cimitarra y son degollados hasta el último.

Casi nunca hay necesidad de tan trágica sacudida para despertar la fe en conciencias en que parece extinguida y en las cuales no está más que dormida. ¡Cuántos católicos indiferentes, en esta sola parroquia he visto ya volver a la fe sencilla y sincera de sus primeros años! Ora se debió a una iluminación y a un impulso interior de la gracia que los sacó repentinamente de sus tinieblas y de inveterada indolencia; ora una simple palabra oída al pie del púlpito determinó una conversión definitiva. A veces coloca Dios en su camino el espectáculo elocuente de las virtudes de una esposa y de una hija cristianas, o bien les envía una

cruz, una decepción, un desencanto, y el brevaje de la verdad les es presentado en la copa amarga del dolor, como ocurrió a Chateaubriand cuando dijo: "¡Lloré y creí!" Esto lo vemos todos los días. Pablo es hoy un perseguidor; mañana será un apóstol. Agustín es hoy un librepensador que hace llorar a su madre; mañana será un obispo y un doctor. La Iglesia no desespera. No dice nunca: Es demasiado tarde; nunca pronuncia estas culpables y desapropiadas palabras. Por lo contrario, ama a sus enemigos, porque de un momento a otro, esos enemigos pueden tener necesidad de ella y convertirse en amigos suyos...

He ahí, señores, nuestra línea de conducta. Hay católicos bautizados que se llaman incrédulos y que, en efecto, lo son. Nosotros los amamos, en la esperanza de verlos enmendarse y convertirse. Un joven príncipe, muerto prematura y trágicamente en 1842, el duque de Orleáns, amaba con pasión las artes y protegía a los artistas. "¿Por qué compráis tantos malos cuadros?"—le preguntaron. Y él respondió: "A fin de que quien me los vende, tenga recursos suficientes para hacerlos después mejores." ¿Por qué, se nos dice a veces, amáis tanto a los pecadores? Y respondemos: "Para ofrecerles, en nuestro corazón abierto y en nuestra mano extendida, el medio de enmendarse, convertirse y entrar en el redil de la santa Iglesia."

Sí, señores, lo sé: hay católicos que han dejado de serlo; pero son hombres bautizados, y esto basta a mi corazón cristiano y de sacerdote para que me incline hacia ellos con más amor y les diga con más insistencia: ¡Oh hombres, hermanos y amigos míos; ¿buscáis la luz? Pues bien, el catolicismo es la luz. ¿Amáis el orden, la paz, la libertad? El catolicismo es el orden, la paz, la libertad. ¿Tenéis necesidad de concuelo? El

catolicismo es el consuelo. ¿Habláis de lo por venir? El catolicismo es lo por venir. He ahí mi obra, señores, y he ahí también la vuestra. Sembrad conmigo el Evangelio en el mundo moderno, y, como dice Lacordaire, germinará tarde o temprano, y si no recogemos nosotros la cosecha, por lo menos la habremos preparado para una posteridad más venturosa que la nuestra

Así sea.

III

LA FISONOMIA DE LA IGLESIA

CONFERENCIA PRIMERA

La unidad de gobierno

SEÑORES:

Hemos estudiado la Iglesia y analizado todos los elementos que la componen: el Papa, los Obispos, el Clero, las Ordenes religiosas y los fieles. Pero la Iglesia no es una construcción muerta, inerte, insensible, sino un cuerpo vivo y animado. Tiene un armazón cuyas múltiples piezas os han interesado vivamente. Pero además tiene una fisonomía cuyos rasgos intentaré ahora dibujar. El primer rasgo de la fisonomía de la Iglesia es la unidad.

Vosotros los mortales decís que la unidad es, en todos los órdenes, la nota suprema del genio; que un espíritu poderoso se reconoce en la energía particular con que agrupa en un solo rasgo todas sus ideas. Decís que un gran capitán es el que tiene en su mano todos sus escuadrones y regimientos. Decís que un gran poeta es el que reduce a una pasión central los episodios más variados de su poema, de su tragedia. Ahora bien,

he ahí un capitán más grande que todos los vuestros, un poeta más eminente que los que podríais citarme, un genio ante el cual todos vuestros genios de un día no son más que centellas moribundas. Tal es Jesucristo. El instituyó su Iglesia, y puso en su frente el signo de la unidad.

Va a morir, y exclama: "Padre santo, os encomiendo a los que me habéis confiado; conservadlos a fin de que sean uno como nosotros, a fin de que sean consumidos en la unidad." Y no solamente pide la unidad, sino que la decreta. "Doy mi vida—dice—por mis ovejas. Tengo aún otras ovejas, a las que debo conducir. Oirán mi voz y no habrá más que un solo rebaño y un solo pastor." Llama a la Iglesia su reino, su ciudad, su casa, y afirma que no puede subsistir sin la unidad, porque "todo reino dividido, será desolado; toda ciudad, toda casa dividida, se convertirá en ruinas." Finalmente, para garantizar esta unidad cien veces afirmada y decretada, sabéis lo que hizo: instituyó un poder encargado de dirigir las inteligencias y las voluntades. Creó jefes, a los que dijo: "Como mi Padre me envió, así yo os envío. El que os escucha, a mí me escucha; el que os desprecia, a mí me desprecia." He ahí la obra de Jesucristo, tal como se nos ofrece en cada página del Evangelio, Jesucristo fundó una Iglesia, y quiso ponerle en la frente el signo de la unidad.

Para saber si lo logró, basta abrir los ojos, mirar la Iglesia católica, y comprobar la unidad de gobierno que la caracteriza. Comprobemos y admiremos.

I. Comprobemos.

La unidad de gobierno que caracteriza a la Iglesia católica.

1.° Ved, en primer lugar, *en la parroquia todos los fieles agrupados alrededor del sacerdote*. Esto es el germen inicial de la unidad católica. El sacerdote es el hombre de las almas. Joven todavía, ha renunciado por ellas a las esperanzas y placeres del mundo, y durante largos años, encerróse en una pobre celda del Seminario, pensando, cuando estaba triste, en los moribundos que tranquilizaría un día, en los niños cuya inocencia guardaría, en los corazones quebrantados que consolaría, en los espíritus que iluminaría... Vivió en el trabajo, en la oración, en el silencio, lleno de ese amor sagrado de las almas que le empujaba hacia los altares. Llegó, por fin, la hora del apostolado, y el Obispo untó las manos de ese joven con el óleo santo y perfumado. ¿Habéis visto el solemne momento en que el joven levita, revestido del alba, se adelanta con paso resuelto hacia el altar, y se tiende a lo largo de su cuerpo mortificado a los pies del Obispo, para inmolar por siempre jamás a Dios y a la Iglesia los deseos de la carne? Cuando se levanta, con la frente pálida y los ojos arrasados en lágrimas, no digáis, lamentando su sacrificio: Es una virginidad estéril, no, sino: ¡Qué bodas tan fecundas! ¡qué paternidad tan bella y tan inmensa! ¡Almas, que esperabais este nacimiento espiritual, he ahí el padre que Dios os envía! ¡A vosotros os consagrará su tiempo, sus estudios, sus vigilias, su abnegación, su vida, todo su ser...! Y, en efecto, vedle en medio de su familia parroquial. Comunica a las almas la vida de Dios, la palabra de Dios, la fuerza de Dios, cuyo conducto es. El vaso puede ser de oro, si se llama Bossuet, de plata, si se llama Massillón, de bronce, si se llama Bridaine, o simplemente de tierra. Que sea elocuente, como Crisóstomo y Lacordaire, teólogo, como Tomás de Aquino, erudito, como Belarmino y Petau,

caritativo, como Vicente de Paúl y Belsunce... ¿qué importa? Lo que contiene, lo que transmite, lo que da a las almas, es la pura verdad revelada por Dios. Y si esas almas bautizadas e instruídas llegan a desfallecer, el sacerdote las purifica en el sacramento de la Penitencia, y las une a Dios por la Eucaristía, y ora con ellas, y las sostiene en sus luchas, y las consuela en sus penas, y les muestra el cielo, y no las abandona más que cuando ha depositado su cuerpo en la tierra bendita del cementerio, y a ellas mismas, a esas almas queridas, en el seno paternal de Dios. Tal es, señores, la augusta función del sacerdote. Lleva todas las almas sobre sí mismo, y en el círculo restringido de una parroquia, realiza ya magníficamente la expresión divina: un solo rebaño bajo un solo pastor. Dilatemos ahora el horizonte.

2.° Ved *en la diócesis todos los sacerdotes con sus parroquias agrupados en torno del Obispo*. Es este el segundo grado de la unidad católica. Y aquí unas palabras solamente. Por poderoso que sea el sacerdote, no puede crear otro sacerdote. Muere estéril, y su iglesia muere con él. Sólo el Obispo puede hacer sacerdotes. Esta es la razón de que sea, no sólo un prepósito superior, un jefe jerárquico, sino un generador, un verdadero padre. Tal es, señores, en pocas palabras, la augusta y eminente función del Obispo, único que tiene el poder de hacer sacerdotes; él es el que da a las parroquias una vida duradera y no interrumpida. Lleva en sí todos los sacerdotes, y con todos los sacerdotes, todos los fieles; centraliza en su persona todo su clero y todo su pueblo, y con más amplitud que el cura en su parroquia, realiza en el círculo de su diócesis las palabras de Jesucristo: un solo

rebaño y un solo pastor. Pero todavía no se encierra aquí todo; hay que subir más alto y mirar más lejos.

3.° Ved *en la Iglesia universal todos los Obispos con sus diócesis agrupadas en torno del Papa*. Esta es la cumbre de la gran unidad católica. Sólo el Papa puede hacer obispos, como sólo el obispo puede hacer sacerdotes. Sólo el Papa puede hacer que las diócesis sean inmortales revivificándolas, volviendo a darles una cabeza, un jefe, a la muerte de cada obispo. Los fieles obedecen a sus sacerdotes, los sacerdotes a sus obispos, y todos juntos semejantes a los radios y puntos de una órbita inmensa, reciben el movimiento de un mismo centro, y reconocen el impulso soberado que de él reciben con su respetuosa subordinación. Aquí, en Orleáns, como en las extremidades del globo, nos atenemos a la misma consigna: "¡Roma, Roma!" Allá reside la autoridad soberana, a la cual nadie, ni fiel, ni sacerdote, ni obispo, puede sustraerse sin hacerse semejante a esos astros excéntricos que, por haberse salido de su esfera de atracción, están condenados a describir curvas irregulares y a las espantosas caídas que los pulverizan. Allá es donde el Padre común de la gran familia cristiana, reuniendo en sí todos los fieles, todos los sacerdotes y todos los obispos, realiza a la letra y ejecuta puntualmente el decreto profético de la unidad que trajo Jesucristo: un solo rebaño bajo un solo pastor, *fiet unum ovile et unus pastor*.

Señores, ¿es que no tengo ya derecho a mostraros la fisonomía de la Iglesia, a señalaros la unidad que la caracteriza y a deciros: ¡Hombres de este siglo, hombres curiosos e investigadores, fijaos bien en esto. Notáis un extranjero que pasa, una novela que aparece, una casa que se eleva. Pues bien, he ahí un prodigio contemporáneo y diecinueve veces secular. Dignaos,

pues, deteneros un instante y concederle una mirada. Hemos comprobado; admiremos ahora.

II. Admiremos

La unidad de gobierno que caracteriza a la Iglesia católica.

Esta unidad es lo que de más estrecho, extendido e inmutable existe.

Lo que de más estrecho existe. Decidme, si podéis, dónde existe algo que sea más sencillo y seguro que el gobierno de la Iglesia. Os desafío a que lo encontréis. En Roma mora Pedro por quien Jesucristo oró, y a quien confió el cuidado de sus ovejas y corderos; Pedro, cuya fe confirma constantemente la fe de sus hermanos; Pedro, el juez supremo de todas las controversias, quien, desde el principio, llevó a todas partes sus miradas, dando avisos, intimando órdenes, pronunciando sentencias, atando y desatando las conciencias, y en quien hallamos hoy en día como ayer una regla en nuestras dificultades, una solución en nuestras dudas, un término en la discordia, un puerto en la tempestad. Por medio del Episcopado, la Iglesia romana agrupa en torno suyo a todo el sacerdocio, por el sacerdocio, a los fieles, por los fieles al mundo entero. El haz de las almas y de los corazones descansa en las manos del Pontífice romano. Todos los fieles están en el sacerdote, todos los sacerdotes en el obispo, todos los obispos en el Papa. Todas las almas son recogidas y agrupadas, primeramente en torno del sacerdote en la parroquia, luego en torno del obispo en la diócesis, finalmente, en torno del Papa en la Iglesia universal. Jesucristo dijo a Pedro y a los Apóstoles: "Como mi Padre me ha enviado, así yo os envío." El Papa dice a los obispos:

"Como Jesucristo me ha enviado, así yo os envío." Y el obispo dice a los sacerdotes: "Como el Papa me ha enviado, así yo os envío." Y por cuanto, si el sacerdote flaqueara en su ministerio, sería al punto puesto en entredicho por el obispo, como en caso semejante lo sería el obispo por el Papa, el más humilde cura, en el fondo de nuestros campos, aparece como la Iglesia en persona, y es escuchado como el mismo Jesucristo.

Todo lo que hay de más extenso. Hombres de este siglo, amáis la unidad. Cada pueblo aspira a la unidad en su propio seno, y las naciones dispersas por la superficie del globo propenden a la unidad federativa de sus fuerzas comunes. Ahora bien, esta propensión universal a la unidad, providencialmente secundada por la feliz aplicación de las ciencias físicas, se realiza magníficamente ante vuestros ojos en el catolicismo. La ley de Moisés tenía por círculo el pueblo judío. La ley de Mahoma el pueblo árabe, la ley de Jesucristo todo el género humano: un solo rebaño bajo un solo pastor. Admirad, pues, esa gran Iglesia católica, admiradla con sus 2.000 obispos, sus 200.000 sacerdotes, sus 250 millones de fieles, todos agrupados en torno del 265.° sucesor de San Pedro. Admiradla en su sencilla y grandiosa unidad, en la que todas las razas se reúnen ya, en la que todos los pueblos vendrán a ocupar el puesto que los espera. La unidad de gobierno en la Iglesia es todo lo que hay de más estrecho, todo lo que hay de más extenso.

Todo lo que hay de más inmutable. El menor soplo de las revoluciones se lleva alcaldes, prefectos y reyes. Las más violentas tempestades no pueden nada contra la autoridad impresa en la frente del sacerdote, del obispo, del Papa. El mundo cambia con mucha fre-

cuencia, pero la sagrada jerarquía permanece inquebrantable. Contad los gobiernos, las constituciones políticas, las cartas, los ministerios que se han sucedido en Francia en un siglo. Bonaparte cayó dos veces en los sangrientos campos de batalla, en los cuales ni su genio militar, ni el heroísmo de sus soldados pudieron salvarle. Los Borbones, que le sucedieron en el trono, le sucedieron en el destierro, y la rama segunda no pudo florecer en el tronco del cual había desaparecido la rama primogénita. Después de 1814 y 1815, vinieron 1830, y 1848, y 1850, y 1870. ¡Cuántos cambios inesperados! ¡Cuántos trágicos acontecimientos! ¡Cuántas tempestades! En medio de todos esos cambios, la unidad de la Iglesia se ha mantenido intacta. Ella permanece en pie, como una columna invulnerable por encima de las ruinas universales. Hace ya diecinueve siglos que los poderes humanos emplearon sus fuerzas contra el haz sagrado de la nuestra unidad, sin poder romperlo. No lo romperán jamás.

Y esto dicho, señores, no me calificaréis de demasiado exigente si os pido que cantéis a pleno corazón y plena boca la gran unidad de la Iglesia: *unam sanctam, catholicam et apostolicam Ecclesiam!*

Así sea.

CONFERENCIA SEGUNDA

La unidad de creencia

SEÑORES:

La unidad es el primer rasgo de la fisonomía de la Iglesia. La Iglesia es una en su gobierno. Todas las partes se engranan mutuamente, como los huesos que componen nuestro cuerpo. Todos los fieles están en el sacerdote, todos los sacerdotes en el obispo, todos los obispos en el Papa. Esto es ya admirable. Pero he aquí algo más asombroso. La Iglesia es una en su creencia. El segundo hijo de Carlomagno, Pepino, preguntó a Alcuino: "¿Cómo está colocado el hombre?" Y Alcuino le respondió: "Como una linterna expuesta al viento." En efecto, el hombre es el reino de la inconsistencia y de la inmovilidad, en tanto que la Iglesia en medio de ese torbellino se nos aparece estable, inmóvil, agrupando las almas en torno de una misma creencia. Es este un fenómeno cuyo esplendor y realidad es bueno señalar.

I. Aprobemos la realidad de este fenómeno.

La Iglesia es una en su creencia *a pesar de la realidad de la diversidad de los tiempos.* Simultánea o sucesivamente se ha encontrado con la contradicción del espíritu, con la contradicción de las pasiones, con la contradicción de los hombres de la palabra y de los hombres de la pluma, con la contradicción de los hombres del poder. ¿Qué importa? Su creencia es hoy lo que era hace 1900 años. Remontad el curso de los tiempos, de nuestros días tormentosos a la gran Revolución, de la Revolución al siglo glorioso que vió florecer tan grandes santos y tan hermosos genios, del siglo XVII a la Reforma, de la Reforma a la Edad Media, a los siglos de hierro, a Carlomagno, a los bárbaros, a las grandes persecuciones, a las primeras horas del apostolado... y siempre veréis que es la misma fe reinando en los espíritus y vibrando en los labios. Si vuestros antepasados enterrados en esta iglesia hace ya diecinueve siglos se despertasen repentinamente en el silencio de sus tumbas, y volviesen a ocupar sus puestos en el mundo de los vivos, ¿cuál no sería su asombro? Verían que el tiempo todo lo ha cambiado en esta ciudad: las costumbres, la lengua, las calles, las casas, y no encontrando ni siquiera la vieja iglesia de su bautismo y de sus funerales, dirían: "Entremos en ese nuevo templo que se yergue tan altivo sobre las ruinas del antiguo, y veamos lo que pasa en él. ¡Cómo! He ahí un sacerdote que repite palabra por palabra la doctrina que se nos predicó. He ahí hombres que cantan el símbolo de Nicea que cantábamos también nosotros. Bajo estas bóvedas rejuvenecidas, encontramos palpitante e inalterable la misma fe de los antiguos días. ¡Gloria a Dios! Nuestros descendientes son nuestros fieles herederos, nuestros fieles continuadores, en el terreno religioso. La Iglesia es una en su creencia a pesar de la diversidad de los tiempos."

La Iglesia es una en su creencia *a pesar de la diversidad de los lugares.* Entre los pueblos de la tierra, ¡cuántas diferencias de origen, de temperamento, de lenguaje, de natural, de costumbres, de instituciones civiles y políticas! ¡Qué barrera tan grande constituye, en particular, la lengua nacional! El español no es entendido más que por el español, el inglés por el inglés. Pasad los Pirineos o la Mancha; vuestra palabra expira, así seáis Donoso Cortés o Guillermo Pitt. Se impone la traducción. Pero las traducciones no llegan más que a los literatos, y a pocos más. Mas prestad el oído a los ruidos que os llegan de todos los puntos del globo: el chino, el tártaro, el indio, el salvaje, todos los pueblos instruídos por la Iglesia cantan el mismo símbolo, los mismos preceptos, los mismos sacramentos que la vieja Europa católica. La creencia de la Iglesia es la misma en Roma, en París, en Londres, en Moscú, en Pekín, en Filadelfia. Mañana, trasportada por un vapor, iréis a visitar las playas lejanas de China, y os encontraréis allí con un pueblo absolutamente diferente del vuestro. Pero, en medio de este pueblo, en una humilde capilla, hallaréis algunos neófitos bautizados por nuestros misioneros. Como vosotros, adorarán a Jesucristo; como vosotros, profesarán los doce artículos del símbolo, los diez mandamientos de la ley de Dios, los seis mandamientos de la Iglesia y los siete sacramentos. Y llenos de sorpresa, maravillados de oir vibrar en las extremidades del mundo la fe que resuena en el suelo de la patria, decís: "¡Gloria a Dios! La Iglesia es una en su creencia, a pesar de la diversidad de lugares."

La Iglesia es una en su creencia *a pesar de la diversi-
dad de los espíritus*. Se encuentra la misma fe en los
labios del pobre y en los labios del rico, en los del sabio
y en los del ignorante, en los del rey y en los del pastor.
¿De dónde procedo? ¿a dónde voy? ¿cuál es el objeto
de mi vida? ¿para qué estoy en este mundo? ¿qué em-
pleo debo hacer de mis facultades? Obrero, hermano
mío, ¿no estás aquí bajo más que para forjar los me-
tales, levantar edificios, cavar la tierra, y morir? He
aquí lo que debes saber, si en realidad eres un ser do-
tado de razón. Me dices que, encorvado por el trabajo
y arrastrado por el torbellino de una vida febril y
atormentada, no piensas en ello. Pero te engañas, día
vendrá, un día fatal, en que estas preguntas soberanas:
¿de dónde vengo? ¿a dónde voy?, se presentarán con
toda claridad en tu espíritu. Será el día en que la en-
fermedad inexorable te tenga postrado en el lecho del
dolor, el día en que la muerte quebrante tu corazón
al arrebatarte tus hijos. Hagas lo que hagas, es nece-
sario que sepas por qué estás en el mundo y cuál es
tu destino... Y tú, sabio, abogado, magistrado, médico,
rentista, gran industrial, tampoco sabes nada, si no
conoces tu origen, tus deberes y tu fin último. Señores,
¿quién os dirá todo esto? ¿La filosofía? La desafío a
que haga marchar una aldea en la unidad de la misma
doctrina. Si no puede poner de acuerdo a las inteligen-
cias ilustradas, ¿cómo queréis que se apodere de la
muchedumbre y le dicte un símbolo? Comparadla con
la Iglesia. Bajo su égida y dirección, sabios e ignorantes,
genios poderosos y humildes entendimientos, ancianos
y niños, sacerdotes y seglares, tienen la misma fe,
menos conocida por éstos, más comprendida por aqué-
llos, pero igualmente creída y venerada por todos.
¡Gloria a Dios! La Iglesia es una en su doctrina, a

pesar de la diversidad de los tiempos, a pesar de la
diversidad de los lugares, a pesar de la diversidad de los
espíritus.

Comprobad esto, señores. Una sociedad que abarca
todos los tiempos y todos los lugares, que recluta sus
miembros en las cumbres y en los más ínfimos valles
del orden intelectual, que extiende sobre todos el cetro
reverenciado de una misma doctrina, cetro que todos
besan, humillando su inteligencia, y a veces su genio,
ante esta doctrina, y cantando al unísono y animados
de los mismos sentimientos el mismo *Credo*. *Credo*;
tal es el grito que resuena en las Catacumbas; tal es la
palabra que repiten las páginas elocuentes de San
Agustín, de San Ambrosio, de San Basilio, de San
Crisóstomo; tal es el himno que conmueve las bóvedas
de las basílicas medioevales; tal es la afirmación firme
y convencida que se alza en medio de nuestro siglo
escéptico y voluble; tal es la palabra inmutable que
los siglos transmiten a los siglos, que las generaciones
que se ocultan en la tumba legan a los nuevos reclutas
que se aprestan al combate; tal es la profesión de fe
que atraviesa el mundo encontrando siempre doctores
que la proclamen, santos que la traduzcan, mártires
que la glorifiquen... He ahí, señores, un fenómeno que
vale la pena de estudiarlo. Por cuanto habéis nacido
y vivís en su esplendor, no cautiva vuestra atención;
mas permitidme que os señale sus gloriosas singula-
ridades.

II. Admirad los esplendores de este fenómeno.

Es fácil establecer la *unidad en la ignorancia*. Todo
el paganismo cayó de rodillas ante sus ídolos, y bajo la
triple presión del sacerdocio, de los filósofos y de los

Césares, los paganos embrutecidos adoraban ridículas divinidades. ¿Es esa la unidad de la Iglesia? No, señores. La Iglesia es una en la luz. Sin duda que todos los católicos no pueden apreciar en sus menores detalles el conjunto científico de su doctrina y el vasto aparato de sus prebas; pero ¿es que por ventura exigís que el agricultor al cual ofrecéis productos químicos necesarios a su cultivo, sepa apreciar desde el primer momento sus elementos constitutivos y el conjunto de las demostraciones que explican cómo semejantes productos fueron artificialmente obtenidos? En manera alguna. Le basta saber que esos elementos fueron preparados por hombres competentes. Pues lo mismo ocurre con la ciencia religiosa; basta que posea representantes serios, distinguidos, laboriosos, sabios que la conozcan a fondo y garanticen su valor. Esos representantes se cuentan por millares. El paganismo carecía de reflexión y de enseñanza, y no podía contar con la una ni con la otra. ¿De qué puede servir el raciocinio cuando ni existe sombra alguna de razón? Por lo contrario, en la Iglesia, la razón y la luz son abundantes. Hay en ella millares de filósofos, de teólogos, de controversistas, de apologistas, de autores notables, de sabios, y no solamente de hombres de ciencia, sino de hombres de genio. Si a pesar de esto, saltan a nuestro paso pigmeos que se atreven a decir que la Iglesia quiere detener la marcha del género humano y apagar su brillante espíritu, bastará responderles con las famosas palabras de Thiers al Cuerpo legislativo: "La Iglesia católica jamás impidió pensar más que a los que no estaban hechos para pensar." Fácil es establecer la unidad en la ignorancia, pero no consiste en esto la unidad de la Iglesia. La Iglesia es una en la luz.

Fácil es establecer la *unidad en la corrupción*. Ofreced a los hombres una doctrina religiosa que permita, justifique, consagre, divinice, las pasiones, y los hombres se unirán como un solo hombre para aclamar esta doctrina. ¡Es tan fácil a la inteligencia armonizarse con los malvados instintos del corazón! Pero ¿es esta la unidad de la Iglesia? No, señores. La Iglesia es una en la virtud, en el esfuerzo contra el vicio, en la práctica del bien. Los fundadores de sectas empienzan por sublevar las pasiones; la Iglesia las apacigua. Todos hablan de interés; la Iglesia habla de sacrificios. Invocan la venganza; la Iglesia no predica más que el perdón. Dicen: ¡Goza! La Iglesia dice: ¡Abstente! La Iglesia afirma la unidad e indisolubilidad del lazo conyugal; persigue el pensamiento culpable y el deseo perverso; protege el bien ajeno contra la concupiscencia; declara la guerra a la mentira, al perjurio, a la blasfemia; proclama los derechos de Dios y los deberes del hombre. He ahí el código moral en torno del cual agrupa la adhesión de los fieles... Y lo consigue. ¿Por qué medios? ¿Por la fuerza? De ninguna manera. Admirad conmigo el último carácter de su unidad.

Es fácil establecer la *unidad en la servidumbre.* Llámase Mahoma; flamea la cimitarra sobre un pueblo aterrorizado, y le dice: "¡Cree o muere!" Y se produce la unidad. Pero esto es una obra infame. ¿Es esta la unidad de la Iglesia? No, señores. La Iglesia es una en la libertad. Es una sociedad espiritual. Ni la espada, ni el fuego, ni la prisión, ni el destierro, forman parte de sus instrumentos de apostolado y de celo. La sociedad civil que mata, que incendia, que aprisiona, que destierra, tiene el derecho de hacerlo, porque su deber y su fin consisten en proteger nuestros intereses materiales, nuestra vida física. Pero la Iglesia tiene por misión santificar y salvar nuestras almas... nuestras almas,

¿lo entendéis bien?, y nuestras almas, que son libres, no son accesibles más que a la persuasión. La Iglesia es el reino de la persuasión; por sus pruebas se dirige a la razón, y al corazón por sus obras, y se apodera del universo, no en el sentido de las pasiones, sino en el sentido del sacrificio. La Iglesia es una en la luz, una en la virtud, una en la libertad. Este fenómeno es único en el mundo, y, visto de cerca, atentamente estudiado, no puede dejar de impresionar, iluminar y convertir a todo hombre de buena fe.

Entrad, señores, si no estáis aún en la grande y hermosa unidad católica. Entrad, y haced entrar en ella, otros hombres con vosotros. ¡Cuántos hombres hay en el día de hoy que buscan una doctrina, que recorren la vida sin saber a dónde van, que se desploman aburridos sobre un sillón exclamando: ¿Qué se yo? Tomadlos de la mano, introducidlos en el reino de la unidad.

Así sea.

CONFERENCIA TERCERA (1)

La unidad de vida

SEÑORES:

Jesucristo marcó a su Iglesia con el signo de la unidad. En la Iglesia todo el mundo obedece a las mismas autoridades espirituales: es la unidad de gobierno. Todas las inteligencias se adhieren a las mismas verdades: es la unidad de doctrina. Pero ¿es esto todo? No. Queda una unidad más íntima, más profunda, más substancial: es la unidad de las almas en la misma vida. Escuchad. El asunto es difícil. Procuraré exponéroslo en lenguaje inteligible y límpido, diciéndoos que en la Iglesia todos los católicos tienen la misma vida divina en Jesucristo por medio del Papa y de la Eucaristía.

---

(1) Esta conferencia fué pronunciada el día de la adoración perpetua del Santísimo Sacramento.

I. Todos los católicos tienen la misma vida divina en Jesucristo.

Procedamos por orden. *El género humano es uno en un triple lazo.* Imaginad entre los hombres todas las diversidades que queráis. Los unos habitan en la vieja Europa, los otros en las islas de la Oceanía; aquéllos vivían hace ya cuarenta siglos, éstos son nuestros contemporáneos; los más son diferentes de los otros por el color del rostro, por la lengua, por los intereses, por la edad, por la condición social. Pero todos esos hombres están unidos por un triple lazo; por el lazo de la sangre, por el lazo de la razón, por el lazo de la virtud. Por el lazo de la sangre... ya, que todos procedemos del mismo tronco, todos tenemos el mismo origen. Por el lazo de la razón... ya que vuestro axioma es mi axioma, mi ley es vuestra ley; es el mismo rayo de luz que ilumina a todo hombre venido a este mundo. Por el lazo de la virtud... ya que la justicia y la caridad son dos virtudes universales que unen entre sí las diversas personalidades humanas. He ahí, señores, la idea humanitaria. Los hombres están unidos a los hombres por el triple e indisoluble lazo de la sangre, la razón, la virtud. ¿Es esta la idea católica? Sí, es esta, pero también algo más.

Seguidme. *La Iglesia es una en un triple lazo.* Contemplad los 250 millones de católicos esparcidos por la superficie de la tierra con los 20 mil millones que los predieron en el transcurso de diecinueve siglos. Son hombres, y, como tales, unidos por el triple lazo de la sangre, de la razón, de la virtud. Pero hay algo más y mejor. Están más íntimamente unidos todavía por el triple lazo de la subordinación, de la doctrina y de

la vida. Por el lazo de la subordinación... ya que todos obedecen a los mismos pastores. Por el lazo de la doctrina... ya que todos profesan las mismas verdades... Por el lazo de la vida. ¿Qué quiere decir esto? Aquí es donde os ruego que me prestéis todo vuestra atención.

Procurad entenderme. *Todos los católicos tienen la misma vida divina en Jesucristo.* Jesucristo dijo: "He venido para que los hombres tengan la misma vida, y para que la tengan más abundante." Pero ¿qué vida? La suya propia, que no es otra que la vida divina. ¿Cómo? ¿Jesucristo nos comunica la vida divina? ¿Es esto posible? Sí. Oidle: "Yo soy la viña, y vosotros los sarmientos. Así como el sarmiento no da fruto si no está unido a la cepa de la cual recibe la vida, así también, fuera de mí nada podéis producir. Si alguien, pues, guarda mis palabras, mi Padre y yo vendremos a él, y haremos en él nuestra morada." He ahí por qué nos presenta San Juan a Jesucristo como un viajero, con los cabellos mojados por la lluvia, que llama a la puerta de nuestro corazón diciéndonos: "Quiero comer contigo; ábreme." Y he ahí por qué exclama San Pablo con acento sublime: "No soy yo el que vive, sino que Jesucristo vive en mí." Y considerando a todos los fieles animados de la vida de Jesucristo, el mismo Apóstol proclama con una sola frase la gran unidad de la Iglesia: *Multi unum corpus sumus, et membra de membro*: Somos un solo cuerpo, y los unos miembros de los otros." Esto es, que el catolicismo no es, como una secta o una escuela, una colección de hombres yuxtapuestos, sin otro lazo que una analogía de pensamiento y relaciones de convención. El catolicismo es un cuerpo; está regido, animado e informado por Jesucristo, y todos los cristianos, llegados de todos los puntos del espacio y de la duración, se encuentran, se to-

can, se compenetran en la unidad de la misma vida, de la vida divina de Jesucristo.

Mas para hallar la vida, estamos obligados a salir de nosotros mismos. Vamos a beber la vida física en el seno de la naturaleza, la vida intelectual en el seno de la sociedad, la vida sobrenatural en el seno de la Iglesia. En la Iglesia reside Jesucristo hasta la consumación de los siglos. Expliquemos este misterio, esta adorable realidad. Todos los católicos tienen la misma vida divina en Jesucristo.

II. Por medio del Papa y de la Eucaristía.

¿Cuáles son en el cuerpo humano los dos puntos sagrados a donde afluye la vida y de donde la vida emana? La cabeza y el corazón. Pues del mismo modo, en la Iglesia hay una cabeza y un corazón; hay el Papa y la Eucaristía, el Papa, representante de Jesucristo, y la Eucaristía, permanencia de Jesucristo. En las cumbres radiantes del Vaticano, una fuente de luz; en las profundidades sagradas del Tabernáculo, una fuente de amor; y en el uno y en el otro, jamás separados, y absolutamente inseparables, la fuente completa, inagotable, de la vida divina.

1.° *El Papa es la cabeza de la Iglesia.*

En el Papa puso Jesucristo *su palabra.* Si el ruido de las teorías contrarias os importuna; si un libro nuevo aplaudido por el mundo inquieta vuestra fe; si, contemporáneos de Arrio, de Lutero, de Jansenio, queréis saber lo que hay que creer en punto a la divinidad de Jesucristo, a la confesión y a la gracia; si, atormentados en la hora presente por la cuestión social, buscáis de buena fe una luz, una solución, una palabra

decisiva... id al Papa. Señores, hay economistas, y aun personas no cristianas, que se ven obligados a reconocer que desde las cumbres del Vaticano brotan relámpagos, iluminaciones, muy dignas de atención. Allí, en el Papa, puso Jesucristo su palabra.

En él puso también *su autoridad,* pues le dijo: "Todo lo que ligares o desligares en la tierra, ligado o desligado será en el cielo. Como mi Padre me envió, así yo te envío. Confirma a tus hermanos en la fe." Toda la autoridad de Jesucristo reside en el Papa, y de aquí que sólo el Papa puede dar sacerdotes y obispos al Oriente y al Occidente. Los poderes del sacerdocio vienen de Jesucristo por el Papa. Finalmente, con su palabra y su autoridad,

Jesucristo puso en el Papa *su fuerza,* la fuerza que sostiene a la Iglesia, que impide que las naciones católicas desfallezcan en la herejía o en el cisma, que hace los episcopados invencibles. ¿Por qué murieron en los tiempos antiguos? ¿Por qué las grandes Iglesias de Alejandría, de Antioquía, de Constantinopla cubren con sus despojos el suelo de la historia? Porque no estaban suficientemente unidas al Papa. ¿Por qué en el siglo XVI, los episcopados de Inglaterra y de una parte de Alemania se derrumbaron? Porque no estaban suficientemente unidos al Papa. El Papa es la cabeza de la Iglesia. En él reside la palabra, la autoridad, la fuerza de Jesucristo. El es la primera fuente de la vida divina. Pero hay otra fuente, menos visible, pero más profunda y no menos real.

2.° *La Eucaristía es el corazón de la Iglesia.*

Me diréis: ¡Bien oculto está! Sí, sin duda; pero ¿es que mi corazón no está bien oculto en el fondo de mi pecho, oculto, sí, pero caliente y vivificando todo

el cuerpo? Pues así está Jesucristo en el Altar Santo. Es una fuente. Por lo general, las fuentes son profundas e invisibles. ¡Id a la fuente de la vida divina!

¿Vacila vuestra fe? Id a la Eucaristía. "Aunque toda la tierra abjurara de Jesucristo—decía Ozanam,—hay en la comunión tal poder de convicción, que me haría desafiar la incredulidad de toda la tierra." ¡Id a la Eucaristía! "Hay que empezar por ella—decía Augusto Nicolás.—Si no tenéis toda la fe, en ella la beberéis." No querríais morir sin recibirla. Pues bien, si tenéis suficiente fe para recibirla en la hora de la muerte, tenéis más fe de la que se necesita para recibirla durante la vida.

¿Vacila vuestra virtud? ¡Id a la Eucaristía! Las pasiones más tempetuosas se apaciguan a la entrada del Príncipe de la Paz. El es el alimento de los elegidos, el vino que hace germinar vírgenes, que engendra la castidad de las almas. "La persona que comulga bien—dice San Vicente de Paúl,—todo lo hace bien." Y San Pablo había dicho ya: "Todo lo puedo en Aquel que me fortalece." ¡Cuán inconsecuentes somos! Sentimos el mal en nosotros, y nos lamentamos de ello. El mal está en nuestra alma y en nuestra carne. Turba nuestro sueño infantil, se apodera de nuestra adolescencia, atormenta nuestra edad madura, juega con los cabellos blancos del anciano. Contra este enemigo encarnizado, que toma todas las formas, tenemos armas; tenemos recursos... pero vacilamos en servirnos de ellos. ¡Ah, Dios nos juzgará de todo esto!

Diréis a Dios: Señor, oí decir que la religión no era más que una fantasmagoría piadosa, sin consistencia. Y Dios os responderá: ¿La examinaste?

Diréis a Dios: Señor, numerosos eran los que se burlaban de vuestros sacramentos y los descuidaban,

numerosos los que pasaban por delante de la Eucaristía moviendo la cabeza. Y Dios os responderá: ¿Está la sabiduría constituída por el número?

Diréis a Dios: Señor, apenas tenía tiempo. Y Dios os responderá: ¡Ah, cuánto tiempo pasado en fruslerías, en aprender canciones peligrosas, en leer libros frívolos, en sostener conversaciones frívolas!

Diréis a Dios: Señor, carecía de estudios. Y Dios os responderá: Pero tenías sacerdotes. Por otra parte, no se necesita mucho estudio para comprender que debemos obedecer a Dios cuando habla, y no debemos rechazarlo cuando se da.

¡Id a la Eucaristía! Jóvenes, creed en la autoridad de la experiencia, en los cabellos blancos de vuestro padre, en las suaves virtudes que practica, en los generosos sacrificios que se impone por vosotros. En el altar se eleva el espíritu, se purifica el corazón, se forma el natural, y el hombre es verdaderamente hombre y se muestra digno de serlo. Cristianos maduros por la edad, creed en la primera comunión de vuestro hijo, en la piedad de vuestra esposa y vuestra hija. En el altar se abrirán vuestros ojos, se disiparán vuestras dudas, hallaréis un apoyo en los desfallecimientos de vuestra voluntad y un bálsamo para las heridas de vuestro corazón.

Hay ciertamente entre vosotros, señores, algunos que hace ya mucho tiempo que viven alejados de la Eucaristía. Diríase que el camino que a ella los conduce está suprimido, o no se encuentra. Pero el camino existe y es fácil de hallar. Hace algunos años que unos leñadores que descuajaban un bosque, descubrieron los restos de una calzada romana, por la cual, las legiones victoriosas de Julio César pasearon por la Galia las águilas imperiales. Conozco una ruta más

hermosa que la ruta romana; está en el fondo de vuestro corazón. Hay que restaurarla, a fin de que Jesucristo vuelva a tomar posesión de un corazón que está hecho para El y debe vivir de El.

Así sea.

CONFERENCIA CUARTA

La santidad de la Iglesia

1.° Las fuentes de la santidad en la Iglesia

Señores:

El primer rasgo de la fisonomía de la Iglesia es la unidad; el segundo la santidad. La unidad, signo divino, impresiona al espíritu y llega a convencerlo. La santidad, signo no menos divino y más popular, toca a los corazones y los persuade sin esfuerzo. Incrédulos que resistían a todos los argumentos, no pudieron resistir después de visitar una casa de Hermanitas de los pobres. En la guerra de Sucesión americana, protestantes heridos en el campo de batalla y cuidados por Hermanas de la Caridad declaraban querer morir en la religión de las Hermanas. Pues bien, señores, la Iglesia fué marcada con el gran signo de Dios para todos los corazones, con el signo de la santidad. Ella posee las fuentes de la santidad; es su guardiana y dispensadora.

I. Jesucristo es la fuente de la santidad. La Iglesia guarda su divina presencia.

No es empresa fácil ver con claridad y subir animosamente las cumbres de la santidad, de la perfección moral. Tres cosas son para ello necesarias: una luz que nos guíe, ejemplos que nos atraigan, una fuerza que nos impulse. ¿En dónde hallarlas? En Jesucristo.

Jesucristo es el órgano de la perfección moral. Preguntadle sobre Dios y sobre el hombre, sobre la vida y sobre la muerte, sobre el tiempo y sobre la eternidad, sobre el bien y sobre el mal, sobre el derecho y sobre el deber, sobre los preceptos y sobre los consejos, y Jesucristo os responderá. Hace diecinueve siglos que viene respondiendo, y su respuesta es tan clara, tan vibrante hoy en día como lo fué antes a lo largo de los caminos y en las aldeas de Judea y Galilea. Los siglos deletrean página por página el Evangelio; no leéis en él más que una palabra, y leeréis mil; vuestros hijos, más atrevidos, penetrarán más su sentido. Jesucristo es el órgano de la perfección moral, y a la palabra que guía añade el ejemplo que atrae.

Jesucristo es el tipo de la perfección moral. Su santidad no tiene precedente, ni comparación, ni sombras, y cuando la lengua intenta expresar la impresión producida por el espectáculo de semejante modelo, cuando quiere calificar a Jesucristo, no dice: Es un genio, es un ángel, es un héroe, es un santo, sino que pronuncia una palabra, palabra que sólo aplica a Jesucristo: Es la santidad misma. La humildad, la obediencia, la pureza, el amor de Dios, la caridad paternal, la abnegación, todas las virtudes están en Jesucristo

como en un océano sin límites, sin riberas. Sueña uno en imitarle, pero sin esperanza de igualarlo. Se estremece el corazón, se doblan las rodillas, se reverencia, se ama, se adora. Jesucristo es el tipo de la perfección moral, y de El emana, con la palabra que guía y el ejemplo que atrae, la pureza que impulsa y arrastra hacia las cumbres.

Jesucristo es el motor de la perfección moral. ¡Oh hombres, queréis ser castos, queréis hacer que reine en vuestra vida la imparcial e incorruptible justicia, queréis inmolar el interés y la pasión en el altar del deber, queréis hacer grandes sacrificios... tanto mejor! Pero debéis confesar también que, por lo general, vuestra naturaleza se reconoce impotente y vencida. Soñáis con escalar los consejos y caéis por debajo de los preceptos. Os agotáis en vagos deseos, en inútiles aspiraciones, y acabáis por contentaros con una virtud mediocre, igual a vuestra fuerza, pero inferior a vuestra conciencia. ¿Por ventura os falta algo? Sí, os falta un motor. Os falta una mano que os arrastre, que os impulse, que os lleve. Os falta Jesucristo, que es, no sólo el órgano y el modelo, sino también el motor de la perfección moral, que es la fuente de la santidad.

Y esto es tan verdadero, señores, que la misma impiedad vese obligada a reconocerlo. Después de flagelar a Jesucristo, en cuatrocientas cincuenta páginas, el mismo Renán, espantado de sus propias blasfemias, exclama: "Cualesquiera que sean los fenómenos inesperados de lo por venir, Jesucristo jamás será superado. Su culto se renovará sin cesar. Sus dolores enternecerán las mejores almas. Todos los siglos proclamarán que,

entre todos los hijos de los hombres, no hay ninguno más grande que Jesús."

Esto es claro; Jesucristo es la fuente de la santidad. Pero salta a la vista una pregunta. ¿En dónde está esta fuente? ¿En dónde encontrar a Jesucristo? No basta saber que hay una fuente; hay que saber también cómo podemos ponernos en relación con ella. Y si Jesucristo desaparece a nuestros ojos en la lejanía de los siglos y en la lejanía de los cielos, ¿de qué nos servirá? ¿En dónde está, pues? ¿Cuál es la sociedad que guarda su divina presencia y puede relacionarnos con El?

¿Será esto racionalismo? Los mejores racionalistas, cuando encuentran a Jesús en la historia, le hacen una reverencia, y creen hacer mucho proclamándole gran filósofo. Pues bien, señores, permitidme que os pregunte: cuando se os diga que Jesucristo es igual o superior que Platón, ¿de qué os servirá esto? ¿Por ventura el recuerdo y los escritos de Platón tienen la menor influencia sobre la marcha de la moralidad, sobre la ascensión del género humano hacia el bien, sobre la formación de la santidad en las almas? Evidentemente que no. Por consiguiente, colocar a Jesucristo al lado o por encima de Platón, es, no solamente disminuirlo, sino aniquilarlo.

¿En dónde se guarda a Jesucristo? ¿En el protestantismo? Por desgracia, la mitad de los protestantes no creen ya en la divinidad de Jesucristo, y los otros, habiendo truncado su doctrina y sus sacramentos, no tienen con él más que comunicaciones incompletas e insignificantes... ¿Queréis poneros en relación con la fuente de la santidad, con Jesucristo? Dirigíos a la Iglesia católica, única que guarda su divina presencia, y distribuye además sus divinas influencias.

II. Jesucristo es la fuente de la santidad. La Iglesia distribuye sus divinas influencias.

La Iglesia es la que hace resplandecer en el mundo *los ejemplos de Jesucristo*. En primer lugar, nos enseña que, fuera de El, no hay salvación. Luego, acercando a nosotros tan divino modelo, nos habla sin cesar, con penetrante elocuencia, de sus infinitas perfecciones. Nos pone constantemente en presencia de todas las circunstancias de su vida y de todos los signos sagrados que nos recuerdan sus virtudes, su amor y sus beneficios. Del mismo modo que la tierra gira en torno del sol, así también durante todo el año la gran familia católica gravita en torno de Jesucristo, le contempla bajo todos sus aspectos, le estudia desde su nacimiento a su ascensión, y diseca, si se me permite hablar así, todos los detalles de su persona, de su vida y de su muerte. Esto hace la Iglesia: presenta a Jesucristo a todas las edades, a todas las condiciones sociales, a todos los estados del alma, y dice: "¡Mirad e imitad!" Y por cuanto Jesucristo fué a la vez virgen, solitario, doctor, profeta, mártir, sacerdote y pontífice por excelencia, la Iglesia forma sobre este divino modelo las almas escogidas que buscan el secreto de la virginidad, de la soledad, de las profecías, del martirio, del apostolado, de la abnegación, y les dice además: "¿Queréis ser perfectos? ¡Mirad e imitad!"

La Iglesia predica a todos *la doctrina total de Jesucristo*.

Digo la doctrina total porque, fuera de la Iglesia, la palabra de Jesucristo queda siempre más o menos truncada: se toma algo de ella y se deja algo de ella.

Pero la Iglesia, antes consentirá en perderlo todo, que en sacrificar una coma del Evangelio. Antes que quitar una palabra de su símbolo, la que expresa la consubstancialidad del Verbo, consintió en perder los innumerables adeptos de las sectas arrianas. Antes que transigir sobre la procesión del Espíritu Santo, sacrificó sus más antiguas conquistas de Oriente. Antes que atentar contra la indisolubilidad del matrimonio, soportó la venganza de Enrique VIII y la deserción de Inglaterra. Y antes que sancionar ciertos errores modernos, afronta el choque de los prejuicios coligados contra ella. La popularidad no significa nada para ella; la verdad lo significa todo. Y tiene razón. El cielo y la tierra pasarán, pero la palabra de Jesucristo no pasará.

Así, pues, siempre que el mundo quiera acercarse a la perfección moral, veráse obligado a buscar en los labios de la Iglesia la verdadera doctrina de Jesucristo. ¿Por ventura no la sienten ya los espíritus cansados e inquietos? ¿Es que no hay, en la hora actual, una multitud de escritores que, hastiados del positivismo, avergonzados del naturalismo, vuelven inconscientemente los ojos del lado de la vieja Iglesia católica romana, y parece que le dicen: ¡Ea, háblanos! Explícanos las verdades ocultas en el Evangelio. El mundo no tiene doctrina alguna que darnos. Enséñanos la doctrina de Jesucristo. ¿Acaso no hay actualmente economistas que, sin ser cristianos, experimentan la necesidad de estrechar la mano del sacerdote para resolver con él la cuestión social? ¿No habéis visto recientemente a León Say y a Julio Simón ir en busca del abate Garnier para constituir una liga en pro del descanso dominical? ¿Es que no leisteis ayer, escritas por la pluma de Anatolio

Leroy-Beaulieu, frases como estas: "Nos vemos arrastrados en todas las cosas a la misma conclusión: nada verdadero y eficaz, nada sólido y durable existe para nuestra sociedad democrática fuera del Evangelio, fuera del espíritu cristiano y de la fraternidad cristiana." La Iglesia es la que da la doctrina, es decir, la luz. Más todavía: la Iglesia distribuye la fuerza.

La Iglesia ofrece a las almas *los sacramentos de Jesucristo*. No os riáis de los sacramentos, señores. En apariencia son poca cosa estos signos materiales y sensibles, pero en realidad producen grandes efectos. Son instrumentos y vehículos de la fuerza divina. ¿Qué es la pólvora? Algunos granos de salitre que el pico de un pájaro puede triturar. Esto no obstante, la pólvora hace volar las piedras en pedazos, destroza y rechaza los más sólidos batallones. ¿Qué es el vapor? Un poco de agua calentada. Esto no obstante, el vapor es una fuerza incalculable cuyo descubrimiento cambió la faz del mundo. ¿Qué es la electricidad? Un misterioso estremecimiento de moléculas. Esto no obstante, la electricidad es uno de los más poderosos y fecundos agentes de que puede disponer el hombre. ¿Qué es la palanca? La palanca, según la pintoresca definición de Lacordaire, no es más que un trozo de madera muerta puesta sobre otro trozo de madera muerta. Esto no obstante, la palanca es una máquina dotada de tal fuerza, que el gran Arquímides no vacilaba en afirmar que trasladaría de lugar el mundo, si se le daba una palanca y un punto de apoyo. ¿Qué es, finalmente, la elocuencia? Una palabra, es decir, un movimiento del aire. Esto no obstante, la palabra, cuando es apasionada, trastorna al mundo. Pues bien, ¿qué es un sacramento? Poca cosa a los ojos del cuerpo: una palabra, un poco de agua, un poco de

aceite, una pequeña hostia. Esto no obstante, en esa poca cosa hay la gracia de Jesucristo, la fuerza de Dios. Mas esos sacramentos ¿quién los guarda sino la Iglesia? Decís: No es posible ser santo. Dispensadme; he ahí la Iglesia que viene a vosotros; os engendra para una vida nueva merced al bautismo; os provee de la fuerza del Espíritu Santo por medio de la confirmación. ¿Estáis heridos? ¿Caéis en las arduas pendientes del deber? Un sacramento os cura y os realza. ¿Sentís que desfallecen vuestras fuerzas? La Iglesia os ofrece en el altar a Jesucristo inmolado y la vida misma de Jesús. Jesucristo es la fuente misma de la santidad, y la Iglesia nos pone en comunicación directa e incesante con Jesucristo. ¡Vayamos a Jesucristo; vayamos a la Iglesia que nos conduce a Jesucristo!

Así sea.

CONFERENCIA QUINTA

La santidad de la Iglesia

2.° LAS MANIFESTACIONES DE LA SANTIDAD DE LA IGLESIA

SEÑORES:

El segundo rasgo de la fisonomía de la Iglesia es la santidad. La Iglesia es santa, porque posee las fuentes de la perfección moral y la distribuye a las almas. Mas no solamente hallamos en ella la savia de la santidad, sino también las manifestaciones visibles, los frutos sabrosos de la santidad. Sobre este asunto, voy a sentar un hecho y a resolver una objeción.

I. La Iglesia produce frutos de santidad.

He ahí el hecho.

"Ningún sabio—dice Voltaire—tuvo la menor influencia en las costumbres de la calle que habitaba, pero Jesucristo influye sobre el mundo entero." En efecto, ha

transformado las almas. ¡Qué diferencia entre el hombre del paganismo y el hombre del cristianismo! A pesar de todas nuestras miserias morales, que nadie puede negar, y que afectan a nuestra libertad y a nuestra debilidad nativa, somos sabios, ángeles, santos, si nos comparamos con lo que era el hombre antes de Jesucristo. El hombre regenerado por el bautismo, convertido en hijo de Dios y de la Iglesia, el hombre cristiano comprende que debe ser virtuoso, humilde, caritativo, casto; y si no lo es, sabe que su fe le condena, que se levanta ante él como un testigo acusador, y afila en su conciencia el aguijón del remordimiento. No siempre es santo, pero es llamado a serlo, y trabaja sin cesar para serlo, y a veces lo logra, por lo menos en cierta medida. La Iglesia ha levantado el nivel de la moralidad general, y para demostraros que es santa, bastaría señalaros los ejemplos innumerables de fidelidad conyugal, de amistad fraternal, de tierna abnegación, de respetuosa obediencia, de caridad universal que se renuevan hace ya diecinueve siglos en las familias, en las ciudades, en los Estados que la Iglesia cobija bajo sus alas. Pero todavía tenemos algo mejor.

Entrad conmigo en el dominio de las vocaciones reservadas y de las virtudes heroicas, y prestad un poco de atención.

¿En donde hallaréis un hombre que abrace por última vez a su anciano padre, a su anciana madre, a sus hermanos, a sus hermanas, a sus amigos, al suelo bendito de la patria, un hombre que ahogue los suspiros en su corazón, mil veces roto por los dolores de la separación, un hombre que va a desafiar las tempestades del océano y a desembarcar a tres mil leguas de su casa, en una tierra desconocida, en donde le esperan las bestias salvajes, los torrentes desbordados, las montañas

inaccesibles, las llanuras áridas y secas, la insalubridad de un clima nuevo, los salvajes más peligrosos aún que el clima, más feroces que le fieras; el hambre, la sed, el miedo, y, más que todo eso, el aislamiento, es decir, todos los males en uno solo? ¿En dónde hallaréis este hombre? ¿Por ventura no lo hallaréis en la Iglesia católica?

¿En dónde hallaréis la virginidad? ¡Respeto a la virginidad, señores! Los mismos emperadores romanos, que atropellaban todas las grandezas de la tierra bajo las ruedas de su carro, se detenían para dar paso a las vestales. ¿En dónde hallaréis vírgenes? ¿En dónde hallaréis un sacerdote virgen? ¿En dónde hallaréis millares de religiosos y religiosas que viven como ángeles en una carne semejante a la nuestra? ¿En dónde hallaréis esto? ¿Acaso no lo hallaréis en la Iglesia católica? ¿En dónde hallamos mujeres que se desprendan de todo, aun de su apellido, y que se pertenezcan tan poco, que todos los desgraciados, todos los degradados, tengan el derecho de llamarlas hermanas? ¿En dónde hallaremos ese servicio gratuito y popular del dolor, de la verdad, de la educación, de la enfermedad, de la muerte, por medio de las Ordenes penitentes, de las Ordenes apostólicas, de las Ordenanzas docentes, de las Ordenes hospitalarias? ¿En dónde hallaremos, y esto hace ya diecinueve siglos, millares y millares de almas que se comprometan libremente, con votos públicos, solemnes, irrevocables, a no tener otro esposo que un esposo invisible, Jesucristo, desnudo sobre su desnuda cruz; a no poseer aquí bajo ni casa, ni tierras, ni siquiera el hábito que las cubre; a renunciar a su propia voluntad? ¿En dónde están esas almas, esas legiones de almas? En la Iglesia católica, y solamente en ella.

¿Negáis la santidad de la Iglesia? Pues bien, los frutos de esta santidad penden sobre vuestra cabeza y caen en vuestras manos. ¡Ah, los impíos comprueban también con espanto esta divina fecundidad de la Iglesia, y, reconociendo que no pueden luchar contra ella en el terreno de la grandeza moral, parece que dicen: "Entre vosotros los católicos y nosotros los librepensadores, no existe la igualdad; para acabar con vuestros beneficios, no existe más que un medio: encadenaros; y todavía con vuestras manos atadas al muro, no estamos seguros de que no sean más largas que las nuestras." No tengáis miedo, señores. Atada, impotente, inmóvil, la Iglesia será siempre santa, y la virtud brotará de ella como un aroma que se quiso encerrar en ella, y que, condensado por el obstáculo, se escapa por todos sus poros, más suave y más violento; como una fuente sellada, cuyas aguas brotan hasta el cielo. Hace ya diecinueve siglos que germina en ella el apostolado, el martirio, la virginidad, la abnegación, la inmolación, virtudes, en una palabra, que sólo se dan en ella.

Hace ya diecinueve siglos que produce santos. Una ilustre romana, hija de Escipión el Grande, y madre de los Gracos, viendo que una de sus amigas hacía ostentación de sus alhajas, mostróle con un gesto sus hijos, que llevaban ya sobre su frente y su mirada la majestad de su raza, y le dijo: "He aquí mis ornamentos y mis más ricas alhajas." Pues bien, hay una madre que puede, con mucho mejor título, pronunciar las palabras que el orgullo puso en la boca de Cornelia... ¡la Iglesia Católica! Su aderezo, sus alhajas, son esos millares de almas heroicas, de nobles corazones, que componen su diadema, y vienen de siglo en siglo a aumentar su gloria. Por depravado que haya sido el mundo en ciertas horas, le ha dado siempre la Iglesia

santas: Cecilia, Agata, Inés y tantas otras en medio de los podridos despojos del Imperio romano... Genoveva, Radegunda, Clotilde y tantas otras entre las pasiones efervescentes de los bárbaros... Rosa de Lima en las vírgenes selvas de América... Francisco de Sales, Juana de Chantal, Vicente de Paúl en nuestros tiempos modernos. Y ahora, dirigiéndome al cisma, a la herejía, al librepensamiento, puedo decirle: "Os doy millones, os doy el genio, os doy virtudes humanas, os doy la honestidad natural, pero haced un corazón de santo. Ni siquiera lo intentaréis, porque sabéis muy bien que esta obra es obra reservada a la Iglesia católica, que saca su fecundidad del corazón mismo de Jesús."

El hecho, señores, es resplandeciente de evidencia. La Iglsia produce frutos de santidad. Pero aquí oigo decir que

II. No todo es santo en la Iglesia.

Es la objeción que debemos resolver.

Hubo, y hay todavía manchas y enfermedades en la Iglesia. En el curso de su larga vida, ¡cuántos pontífices y sacerdotes indignos de la tiara, de la mitra, del sacerdocio! ¡cuántos monasterios manchados! Y en el vulgar rebaño de los fieles, ¡cuánta barbarie, cuántos desórdenes vergonzosos, que son contradicción del Evangelio! Ya en los que componen la Iglesia, ya en los que la gobiernan, ¡cuántos escándalos, que son la negación de su supuesta santidad!

Como veis, señores, no atenúo la objeción; la pongo de relieve, para medir mejor mis fuerzas con ella. Respondamos.

1.° No todo es santo en la Iglesia. Verdad es. Pero

no es lícito, a causa de algunas manchas *individuales, negar el esplendor del conjunto.* Los enemigos de la Iglesia exageran el mal y callan el bien. ¿Es eso justo? Por algunos papas que fueron inferiores a su misión, olvidan la larga sucesión de los pontífices que honraron la cátedra de San Pedro con su prudencia y santidad. ¿Es eso justo? Por algunos centenares de obispos o de sacerdotes infieles a su vocación, olvidan los millares de almas generosas que fueron gloria del episcopado y del sacerdocio. ¿Es eso justo? Por una o dos épocas de decadencia en la vida monástica, olvidan los beneficios, las virtudes, los sacrificios de las Ordenes religiosas en el curso de la historia. ¿Es eso justo? Por un siglo de tinieblas y relajación, olvidan siglos de luz y de heroísmo en la vida del catolicismo. ¿Es eso justo? Seamos equitativos, señores, y si hay sombras en la frente de la Iglesia, na vayamos a negar el carácter de santidad que Dios grabó en ella. Del mismo modo que las hierbas de un campo no impiden que sea rico y fértil, así también, los desfallecimientos de los católicos no impiden que la Iglesia sea y deba ser llamada santa.

2.° No todo es santo en la Iglesia. Verdad es. Pero ¿de quién es la culpa? *¿Es la Iglesia responsable* de las debilidades de sus miembros? No. La Iglesia nos ayuda, no nos obliga. Invita a todos sus hijos a la perfección, les ofrece para ello todos los medios, no los hace perfectos a pesar de ellos. Por otra parte, la veis arrastrar detrás de ella débiles, enfermos, que no puede abandonar; sostener en sus brazos pecadores que caen sin cesar, y que sin cesar levanta; conservar en su seno muertos que no siempre logran resucitar, y difunden parcialmente sobre sus blancas vestiduras las

tinieblas de su culpable vida. La Iglesia respeta la libertad. Toma al hombre como Dios lo hizo, como las pasiones lo deforman, y trabaja lo indecible para rehacerlo. Y con frecuencia lo logra. Si no ha podido prevenir el mal, lo repara, y hace tres cosas que señalo a vuestra consideración y que le merecen una gratitud eterna.

Corrige los abusos y *se resucita a sí misma.* Tiene el privilegio único de sacar de su seno una vitalidad constantemente nueva. Es algo así como un árbol vigoroso, cuya madera, cuya corteza, están constantemente vivificadas por una savia incorruptible. En medio de las espesas ramas que coronan el tronco, a la sombra del follaje y de los frutos, donde se dan cita las oleadas de la vida, hay aquí y allá trozos que se secan y se pudren... ¿Qué importa? Se desencadenará una tormenta sobre la cabeza del rey de la selva; vientos furiosos agitarán su copiosa cabellera; lo que ya no tiene vida, caerá a sus pies, pero él, orgulloso de verse saneado, reverdecerá y fructificará más que nunca. Esa es la historia de la Iglesia hace ya diecinueve siglos. Cuando tiene necesidad, se reforma, resucita por sí misma. Pero hace algo mejor aún; borra las faltas de sus hijos; *resucita* las almas. Intentadlo, potentados de la espada, de la riqueza o de la ciencia; intentad convertir un hombre, hacer un hombre humilde y casto, un hombre que combata su orgullo y sus sentidos, y que, como prueba o como medio de su conversión, confiese a vuestros pies los errores de la vida. ¿Podréis hacerlo? ¿lo habéis hecho alguna vez? Jamás. Pues bien, lo que los reyes, los filósofos no pueden obtener, el más obscuro de los hombres lo logra en nombre de Jesucristo. Ve almas manchadas de miseria llegar hasta él, ponerse a sus pies, confesar ingenuamente sus faltas, y

levantarse perdonadas y transfiguradas. La Iglesia resucita las almas. Pero su poder va más allá todavía. Detiene las decadencias, *resucita los pueblos*. Generalmente, cuando un pueblo llegado a la cumbre de la civilización comienza a descender, su caída no se detiene. Cae, y por sí mismo no se levanta. Pero si ese pueblo vuelve resueltamente a la Iglesia, y acepta su doctrina y sus santas leyes, se detiene en su decadencia, y rápidamente remonta el abismo en que cayó. La Iglesia es santa, señores. Vuelva la patria a la Iglesia, y revivirá; de lo contrario—dice Lacordaire,—"Francia no será más que un león muerto, que será arrastrado, con la cuerda al cuello, a las gemonías de la historia." Semejantes presagios no se realizarán. Son contrarios a nuestra fe y a nuestro patriotismo. Francia y la Iglesia están hechas para entenderse, para amarse, para sostenerse mutuamente.

Así sea.

CONFERENCIA SEXTA

La catolicidad de la Iglesia

SEÑORES:

La Iglesia es una, la Iglesia es santa. Esto bastaría para reconocerla y saludar su divinidad. Pero Dios le ha dado otros dos caracteres que sellan su fisonomía con esplendor incomparable: la catolicidad, es decir, la universalidad en el espacio, y la apostolicidad, esto es, la universalidad en el tiempo.

1.° La universalidad es el signo de la verdad.

2.° ¿En dónde está la universalidad?

Tales son las dos cuestiones que van a ofrecerse a nuestro examen.

I. La universalidad es el signo de la verdad.

Quiero decir con esto que toda sociedad religiosa que se cree en posesión de la verdad, debe necesariamente proponerse, y, en cierta medida, conseguir la universalidad.

El carácter propio *de la verdad* consiste en ser ambiciosa y conquistadora. No recuerdo ahora qué capitán de la historia antigua o de la historia moderna, llegó con su ejército, después de sangrientas victorias, a la ribera de un mar profundo. Montado en su caballo, penetró en el agua, mas luego, deshaciendo el camino, se acercó a sus soldados y les dijo: "¡Ya lo veis; únicamente el mar me detiene!" Pues bien, la verdad no acepta abstáculo alguno ni reconoce la menor barrera, ni el mar, ni la montaña, ni el desierto. Si hay una sociedad que tenga el depósito de la verdad, fácil será reconocerla. Batirá sus riberas, o mejor dicho, no querrá aceptarlas. Las almas, todas las almas, estén donde estén, habiten donde habiten, constituirán su imperio. Trabajará para conquistarlas todas; pertenece a la esencia de la verdad difundirse como la luz, extenderse sin cesar por todas partes. La universalidad es el signo de la verdad. Esto debe ser así.

Por ventura ¿no tienen *todos los hombres* derecho a la verdad? Casi no conozco palabras más despreciables que estas palabras de Renán: "Componiéndose el género humano de algunos individuos excepcionales... con tal que ese pequeño número pueda desenvolverse libremente, no se preocupará gran cosa de la manera como el resto se eleve hasta Dios." Fijaos bien en esto, hombres del pueblo, obreros, proletarios, densas muchedumbres de trabajadores: ¡la verdad no es para vosotros! ¡solamente pertenece a unos pocos individuos excepcionales! Esto es sencillamente abominable. La verdad es para todos los hombres. Tienen necesidad de ella. Tienen derecho a ella. Oigo decir de ciertos sabios que son pozos de ciencia. Pues bien, es preciso ser un pozo, es preciso ser un astro, un sol, que distribuya a todos y por todas partes el calor y la luz Y toda

sociedad religiosa que no sea esto, que no se dirija más que a la parte escogida, a una época, a un pueblo, a un grupo, halla su condenación en su exclusivismo. Si no está cortada para todo el género humano, no es la verdad. Porque, lo repito, todos los hombres tienen derecho a la verdad.

Dios la quiere para todos. Ved como se conduce en el orden físico. Hace brillar el sol sobre todos. Ilumina a las águilas que se ciernen sobre la cumbre de las montañas y a los pájaros obscuros que cantan a su Creador en la sombra de una espiga de trigo. Creó los menores átomos con el mismo cuidado que las estrellas, y la brizna de yerba recibe, como el cedro, el rocío que cae de sus manos. Pues bien, Dios, que es tan liberal en el orden natural, ¿sería avaro y parcial en el orden moral y religioso? No. Y si se tomó el trabajo de fundar una sociedad para la conservación y propagación de la verdad, ¿sería esta sociedad privilegio de una casta o de un pueblo, de un continente o de un hemisferio? No. Escuchad a Jesucristo. Entre las frases pronunciadas por El, todas las cuales son como lingotes de oro, hay dos que me arroban, una de ellas pronunciada al principio de su misión, y otra al final de ésta. Al comenzar su misión, dijo: "Traigo la verdad, y quiero que llegue a todos, aun a los que han sido olvidados hasta aquí, pero que constituyen la mayor parte, es decir, a los pequeños, a los pobres, al pueblo: *pauperes evangelizantur!*" Al final de su misión, antes de remontarse a los cielos, mostrando con su dedo soberano el mundo a los Apóstoles, les dijo: "Os dejo la verdad; id y llevadla al universo entero; anunciadla a toda criatura: *prædicate Evangelium omni creaturæ.*"

Esto es clarísimo. La universalidad es el signo de la verdad. Toda sociedad religiosa que no posea en sí

misma una fuerza de expansión universal, que se detenga en un pequeño rincón de la tierra, en un repliegue del terreno, detrás de la espada y de la bandera de un pueblo; toda Iglesia que no tenga ni la ambición ni el valor de salvar a todos los hombres, de iluminarlos, de santificarlos, no es más que una caricatura de la Iglesia de Jesucristo; no es la verdadera Iglesia.

Y aquí salta a la vista una cuestión, a la cual es preciso responder.

II. En dónde está la universalidad?

Quiero decir: ¿en dónde está la sociedad religiosa dispuesta a conquistar el mundo por el apostolado, y organizada para conseguir esta conquista?

¿En dónde está la universalidad? Está en el *budismo* o en el *bramanismo?* No. ¿Qué hace China por la verdad? Veo que asesina a nuestros misioneros, pero no veo que piense en enviarnos los suyos. Tenemos en Francia libertad de cultos. ¿Por qué el gran Lama del Tibet no nos envía sus apóstoles? ¿Quién le impide iniciarnos en las ideas de Buda? Verdad es que, en estos últimos tiempos, el budismo está de moda, y que ciertos estragados han intentado instalarlo en París. Pero todo eso es pura comedia, sin gloria y sin efecto sobre el linaje humano, por lo cual merece a lo más una mención en la prensa callejera.

¿En dónde está la universalidad? ¿En el *mahometismo?* Llegado seiscientos años después de Jesucristo, Mahoma se dedicó a minar el catolicismo. Ya conocéis su procedimiento. Jesucristo había dicho: "Id y enseñad a todas las naciones." Mahoma dijo también: "Id"; pero escuchad lo que sigue: "y subyugad a todas

las naciones." Hizo un llamamiento, no a la palabra, sino a la cimitarra, y encargó a sus legiones que, profundizando sus ataques, grabaran el Corán en el corazón del género humano. Hizo que sus escuadrones divulgaran su palabra. Esto es un método, pero no es el método de la verdad. Ante Mahoma, callóse por un momento el mundo, pero no es este el silencio de la verdad aceptada y gustada, sino el silencio del esclavo, el silencio del vencido, un silencio deshonroso y abyecto, un silencio que significa la servidumbre y la muerte. Pasemos de largo. Aquí no está la verdad, porque aquí no hay apostolado que se apodere del mundo por el poder de la persuación y de la caridad.

¿En dónde está la universalidad? ¿En el *cisma griego?* No. Hace ya setecientos años que el cisma griego se separó de la Iglesia romana, y esta rama desgajada languidece sin retoños. Atacada de esterilidad, perdió la gracia de la expansión. ¿Qué es la Iglesia rusa? Alguien lo ha dicho: "Una fundación hiperbórea, que se sostiene por el frío a que su aislamiento la ha reducido, semejante a esos cuerpos inanimados que se conservan congelándose, pero, que ni aumentan ni se mueven. Fundación enteramente local, no subsiste más que en el círculo trazado por una espada cuya empuñadura está en San Peterburgo y cuya punta no rebasa los límites del imperio moscovita. El cisma griego es el cristianismo en estado de petrificación, no el cristianismo marchando, por medio del apostolado, a la conquista del mundo."

¿En dónde está la universalidad? *¿En el protestantismo* quizás? El protestantismo no es como el cisma griego. Escribe, imprime, difunde libros a profusión, y aun envía misioneros que se cobijan bajo el pabellón británico.

Pero, en primer lugar, ese apostolado del protestantismo no es muy meritorio. No hay gran mérito en enviar biblias al martirio, o en predicar el Evangelio cuando uno tiene tras de sí para defenderse la poderosa Inglaterra.

En segundo lugar, el apostolado protestante no conduce a nada. La Biblia mutilada por los que la distribuyen, es con frecuencia profanada por los que la reciben. Los letrados ven en ella lo que quieren, y los analfabetos no ven nada. La esterilidad de las misiones protestantes es un hecho notorio.

Finalmente, el protestantismo, como carece de organización central, no tiene unidad. Al lado de la Biblia no hay ninguna autoridad que la guarde y la explique; por otra parte, cada protestante constituye en cierto modo una secta aparte, y cada secta trabaja por su propia cuenta. La universalidad no existe, o, por lo menos, careciendo de cohesión, no existe más que en estado de confusión.

¿En dónde está la universalidad? ¿En el *racionalismo?* No. Los racionalistas se complacen en burlarse de nuestros misioneros, que van a dejarse matar a las avanzadas de la cristiandad, y, con su pluma homicida, extirpan del alma del pobre pueblo las últimas reliquias de la fe y de la confianza en Dios. En cuanto a verter su sangre por la verdad, no es asunto que les compete. "Esos espíritus—dice Lacordaire—son demasiado cautos y demasiado ingeniosos para aspirar a semejante gloria en provecho de la verdad. Tiempo será de ocuparse en ellos en la próxima vacante de la Academia. Estamos suficientemente bien educados para ofrecerles otra cosa que una rama de laurel, y ellos la merecen sin contradicción."

¿En dónde está, pues, la universalidad? ¿En la

francmasonería? En efecto, la francmasonería tiene una apariencia de universalidad. Está organizada, y tiende sus mallas sobre el mundo entero.

Pero la francmasonería es un bloque enharinado, que no me tranquiliza mucho. Se oculta en antros, lo cual es mala señal. Amo la luz, señores, y si uno tiene una doctrina aceptable, no ha de molestarse porque se la hagan conocer.

La masonería, por otra parte, se vería muy embarazada para explicarnos su doctrina. Carece de ella. No es más que una negación, y una negación tan profunda, que llega hasta minar el dogma fundamental de la existencia de Dios. No se alimenta al hombre con negaciones. La masonería nada puede ofrecer a la inteligencia humana, nada sino dudas, blasfemias y odios. No es ciertamente el sol espléndido elevado sobre la cabeza del género humano, sino la noche en la cual los viajeros extraviados chocan, se magullan, se desesperan.

¿En dónde está la universalidad verdadera, radiante, bienhechora? En el catolicismo. Os lo demostraré el domingo.

Así sea.

CONFERENCIA SEPTIMA

La catolicidad de la Iglesia *(Conclusión)*

SEÑORES:

La universalidad es el signo de la verdad. ¿En dónde está la universalidad? En la Iglesia católica. Su nombre mismo la revela, y por un resto de pudor, ninguna secta ha intentado usurpar este nombre incomunicable. La Iglesia romana es católica, es decir, universal en el espacio, y este nombre glorioso es justificado por ella en lo pasado y en lo presente. Es lo que vamos a demostrar al punto.

I. La expansión de la Iglesia en lo pasado.

Cuando una sociedad aspira a conquistar el espacio, encuentra ante sí tres grandes obstáculos que la estrechan y la rechazan hacia su cuna: los territorios, las razas, las nacionalidades. Los territorios... llanuras inhabitables, contornos de mares, cadenas de monta-

ñas; aquí la zona templada, allá la zona tórrida, más allá la glacial; lado por lado, climas de los cuales uno sonríe y otro llora y se estremece. ¿Cómo universalizarse en una tierra tan diversificada? Luego, vienen las razas, es decir, la división del género humano por la palabra y por la sangre. ¿Cómo entenderse de una raza a otra cuando los idiomas no son los mismos? ¿Cómo hacer vivir juntos, en la misma fe, y bajo la misma jerarquía, múltiples razas, en las cuales las influencias climatéricas modificaron el color de la carne, las funciones del organismo, y aun el natural de ellas? Finalmente, las nacionalidades. Queréis penetrar un pueblo. Os opone sus ideas, sus creencias, sus costumbres, sus tradiciones, sus leyes, su organización política y social.

Ante tales obstáculos, la ambición ha intentado realizar sus sueños de hegemonía, de fusión, de dominación universal. Los más activos conquistadores fracasaron. Alejandro, engañado por el silencio de la tierra absorta, avanzó hasta las orillas del Indo; no tuvo tiempo de atravesarlo; los clamores de los pueblos que creía haber dominado por siempre jamás, le obligaron a retroceder. Roma, triste y desengañada, tuvo que detenerse con el infortunado Varo en las llanuras germanas. Carlos V, en cuyo imperio no se ponía el sol, asistió al reparto de su inmenso imperio. El más grande capitán de los tiempos modernos, al resplandor del incendio que provocó en el corazón de Rusia, por medio de los cadáveres helados de sus soldados, volvió triste y confuso del país inhospitalario que traicionaba su fortuna y su genio. Hoy, a nuestros ojos, sólo mantiene Inglaterra su imperio concediendo la autonomía a provincias enteras, tales como

Australia y Canadá. Ningún poder humano realiza la universalidad.

Pero existe una sociedad religiosa que ha triunfado de los territorios, de las razas, de las nacionalidades: la Iglesia católica. Ha invadido todos los territorios; ha irradiado de un polo a otro polo; ha desafiado las distancias y atravesado los mares; se ha desplegado en todas las zonas y bajo todas las latitudes. Mirad su marcha por el mundo entero. De un vuelo, de un salto, invade todo el mundo romano. y esto a pesar de las diez persecuciones y de asombrosos obstáculos. Cuando Constantino sube al trono, el mapa de la Iglesia católica iguala, cuando no lo rebasa, el mapa del Imperio romano. Después, en un segundo vuelo, invade todo el Norte y todo el Occidente; las famosas islas británicas, Inglaterra, Escocia, Irlanda, que el águila de los Césares no pudo domar, y las inmensas selvas germanas y escandinavas que parecían inaccesibles e impenetrables. Finalmente, en el tercer salto, se vuelve hacia el Oriente, pasa el cabo de Buena Esperanza con Vasco de Gama, desciende a la América con Cristóbal Colón, y funda cristiandades en China y Japón.

Encuentra en su camino el límite de las razas, y triunfa igualmente de él. Procedente de la raza más reconcentrada y menos expansiva del viejo mundo, la raza judía, empieza por someter las razas griega y latina, y después de reducir estas razas famosas, con los dos brazos extendidos hacia Roma y Bizancio, espera a pie firme los bárbaros. Victoriosa de las razas bárbaras, de las razas del Norte y del Mediodía, de las razas de Oriente y Occidente, penetra en medio de las razas salvajes, y desde las orillas del Plata a los lagos y montañas del Canadá, halla el medio de hacerse amar y consolidar su imperio.

Finalmente, he ahí las nacionalidades que oponen a la Iglesia sus fronteras, sus prejuicios, sus intereses, sus leyes, sus constituciones políticas y sociales. ¿Qué importa? Ella no tiene ni repugnancia, ni antipatía, ni preferencia por tal gobierno o tal pueblo, y bautiza igualmente a los francos de Clodoveo que a los visigodos de Alarico, a los lombardos de Alboino, a los húngaros de San Esteban y a los rusos de Wladimiro, como a los griegos de Corinto y de Bizancio, a los judíos de Jerusalén y a los romanos de todo el Imperio; evangeliza con el mismo ardor y el mismo éxito, así a las naciones gloriosas como a las obscuras, lo mismo a las naciones que mueren que a las naciones que nacen, a las monarquías que a las repúblicas; respeta todas las nacionalidades, infunde en todas ellas sus leyes, su moral, su vida, y acepta todas las constituciones políticas a las cuales adapta maravillosamente su constitución divina.

He ahí, señores, en la medida en que estas cosas pueden decirse en pocos minutos, la expansión de la Iglesia en lo pasado. ¿Es esto todo? No. Comprobemos ahora

II. La expansión de la Iglesia en lo presente.

Unica entre todas las sociedades religiosas, tiene la catolicidad local. ¿En dónde no se encuentra hoy en día? Se distribuye, sin dividirse, en todas las partes del mundo y en todas las riberas del océano. Desde lo alto de su cátedra inmutable, el Padre de 250 millones de hombres dispersos por toda la tierra, eleva la voz que enseña, y es creído, nombra obispos, y son

recibidos, promulga una ley, y es venerada, pronuncia un juicio, y a él se someten, ordena ceremonias, y son practicadas. La distancia, la configuración, el clima, la diversidad de lenguas e intereses, nada altera la majestad que manda y la obediencia que cumple lo mandado. Un anciano desarmado extiende su cetro más lejos que Alejandro y César. Luis XIV decía a Felipe de Anjou: "Hijo mío, ya no hay Pirineos." Pero siempre ha habido Pirineos. Para la Iglesia, en cambio no hay Pirineos, y en verdad, literalmente, el sol no se pone nunca en su Imperio. Tiene la catolicidad local.

Tiene también la catolicidad numérica. No sólo no es igualada por ninguna secta en el número de sus adeptos, sino que si se reunieran los 41 millones de griegos cismáticos que vegetan en Oriente y los 57 millones de protestantes que viven en Europa y en América, harían un total de 98 millones contra 250 millones de católicos. Más del doble. Y si se modifica esta estadística es en beneficio nuestro... porque, desde hace dos siglos, la Iglesia ha visto doblar el número de sus hijos, y cada día gana terreno en este punto.

Tiene la catolicidad progresiva. Las sectas decrecen; la Iglesia aumenta y se extiende. Se enriquece con las pérdidas y despojos de sus rivales, v. g., de una multitud de sabios y de las más nobles almas de Inglaterra que vuelven, merced a la ciencia y al precio de los más grandes sacrificios, a la verdad total. Donde es libre, gana terreno; donde no lo es, padece, pero también se extiende. Impulsa hasta las extremidades del globo las legiones pacíficas y conquistadoras de un apostolado que no se detiene ante ningún obstáculo, que no se espanta por ninguna barbarie, que no se descorazona por ninguna distancia, y que nunca se dice: Basta. No podréis negar, señores, la catolicidad de la

Iglesia. Vive entre vosotros, sale de vosotros; vuestros hermanos de patria y de familia, en el momento en que hablo, cubren con su voz y sus virtudes, y riegan con su sangre y sus sudores, todos los puntos del mundo. Tiene la catolicidad local, la numérica, la progresiva.

Verdad es que experimenta aquí o allá derrotas, disminuciones. Pero repara con gloriosas conquistas esas pérdidas puramente locales y momentáneas. Es la historia de todo su pasado, y es también la historia de su presente y de su porvenir. Perseguida en la vieja Europa, la Iglesia dice a sus perseguidores: "¿No me queréis? Está bien. Tomo mi cruz y mi bastón de viaje, y os dejo que enterréis los pueblos que quieran morir. Me esperan en el Japón, en las dos Américas, en Australia, en el centro de Africa, en las islas lejanas de la Oceanía. Tengo allí esperanzas sin límites, capaces de consolarme de todos los abandonos, y sabed, que si la gloria de las sociedades humanas está adherida a un mismo suelo y puede acabar, la mía cambia de lugar y es inmortal." Sí, señores, esto es así. Explosiones de conversiones en los países heréticos, cismáticos e infieles compensarán las apostasías engendradas entre nosotros por la enseñanza irreligiosa. Expulsados de Francia, nuestros religiosos y nuestras religiosas, irán a llevar a otros países la semilla del Evangelio, y de ella saldrán para la Iglesia católica nuevas e inesperadas cosechas. Esta expansión de la Iglesia en la hora actual es un fenómeno que cautiva aun a los indiferentes. Estos mismos días, en la *Revue des Deux Mondes*, Anatolio Leroy-Beaulieu mostrábase maravillado. Nos muestra al Papa, en una ventana del Vaticano, con los ojos fijos en los mundos recién nacidos a la fe, contemplándolos con enterne-

cimiento y poniendo involuntariamente en ellos las esperanzas frustradas por sus hermanos mayores de Occidente. Nos muestra, como una herencia prometida a la Iglesia y destinada a pertenecerle, el mundo anglosajón, el mundo hispanoamericano, el mundo eslavo, el mundo africano, el mundo asiático. "¡Qué horizontes tan amplios!—exclama.—¡Qué campos de recolección para quien contempla el mundo desde lo alto de la linterna de la cúpula vaticana, como un dominio prometido al Apóstol! Porque si todos los pueblos deben rejuvenecerse y civilizarse, no puede ser de otra suerte que por el bautismo y el Evangelio." ¡Saludad, señores, la expansión de la Iglesia en lo pasado y en lo presente! ¡Saludad su expansión en lo por venir!

La Iglesia está en todas partes, y en todas partes la misma, inmensa en su difusión y fuerte en su vida concentrada.

Los filósofos materialistas y positivistas de este siglo quieren hechos. Los hechos, dicen, son los únicos elementos sólidos de la ciencia. Pues bien, acabo de colocar ante su vista un hecho colosal, un hecho material y geográfico, el hecho de la Iglesia invadiendo el globo, a pesar de todos los obstáculos y por el solo poder de la persuasión.

1.° No puede decirse que la Iglesia no haya sido jamás atacada, que haya nacido en la púrpura y haya vivido sin trabas. Todos los obstáculos se han levantado contra ella.

2.° Esto no obstante, ha triunfado, y ha tomado posesión del universo.

3.° ¿Cómo ha ocurrido esto? Ella carece de ejército, de armada, de todo lo que constituye aquí bajo la fuerza material de los imperios.

Una conclusión se impone. Luego posee algo que no es humano. Su catolicidad prueba su divinidad. Creo que es difícil o un espíritu sincero evitar la rigidez de esta conclusión.

Así sea.

CONFERENCIA OCTAVA

La apostolicidad de la Iglesia

SEÑORES:

Nos resta estudiar el cuarto y último rasgo de la fisonomía de la Iglesia: la apostolicidad, es decir, la universalidad en el tiempo. Es evidente que toda Iglesia que se dice verdadera y de institución divina debe remontarse a los Apóstoles, por los Apóstoles a Jesucristo, por Jesucristo a los Profetas, por los Profetas a los Patriarcas y al origen mismo del mundo. Conocéis las profundas palabras de un anciano egipcio a Solón: "Solón, Solón, con todo vuestro genio, vosotros los griegos no sois más que niños, porque no tenéis la sabiduría blanqueada por los años." La antigüedad es el signo de la verdad. La verdadera religión es tan vieja como el género humano. Tal es la Iglesia católica romana. De ello nos convenceremos: 1.° Contemplándola; 2.° Comparándola con las Iglesias rivales.

I. Contemplemos la Iglesia católica romana.

Tiene la catolicidad y la antigüedad; se remonta a los Apóstoles; se remonta al origen mismo del mundo.

La apostolicidad brilla como el sol. Pregunto a un niño: ¿Por qué tienes la seguridad de estar bajo la dirección de los pastores instituídos por Jesucristo? Y me responde: Tengo la seguridad de estar bajo la dirección de los pastores instituídos por Jesucristo, porque el señor Cura de nuestra parroquia recibió sus poderes del Sr. Obispo, y el Sr. Obispo fué instituído por N. S. Padre el Papa, Cabeza de la Iglesia, Vicario de Jesucristo y sucesor de San Pedro. En efecto, León XIII nos conduce a Pío IX, Pío IX a Gregorio XVI, Gregorio XVI a León XII, y así hasta el Apóstol, al cual dijo el Señor: "Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia." De León XIII, gloriosamente reinante, a Pedro divinamente instituído, en el transcurso de diecinueve siglos, y en una sucesión de 259 pontífices, el hilo genealógico no se ha roto ni un solo momento, la serie de los pastores legítimos no ha experimentado ni una sola solución de continuidad. No es más difícil trazar la lista de los pontífices romanos de León XIII a San Pedro que la de nuestros gobernantes, de la república contemporánea a los Borbones, a los Valois, a los Capetos, a los Carlovingios, a Clodoveo.

¡Qué historia la nuestra, señores, y cuán orgullosos debemos mostrarnos de nuestro título de católicos, cuando vemos desarrollarse en el curso de las edades, la larga cadena que nos une a los Apóstoles! La historia, que tantas y tan espantosas catástrofes, y tantas muertes memorables, ha registrado, no ha podido escribir hasta aquí de la Iglesia más que páginas de vida. Sucumbió

el Imperio romano, y los bárbaros se repartieron sus despojos. Renovados ellos mismos por la penetración de una influencia civilizadora, los bárbaros desaparecieron a su vez en el crisol de las nuevas nacionalidades. Bizancio se desvaneció al soplo emponzoñado del islamismo, y el islamismo muere. Nacionalidades vigorosas que pometían una larga vida, han sido suprimidas del mapa del mundo. Lo pasado está lleno de funerales. Las sociedades más vivientes han descendido a esos mudos abismos en que duermen las cosas finitas. Una sola sociedad permanece indefectible, llevando en su seno cubierto de llagas, una vida jamás interrumpida, la Iglesia católica. Cuando se la creía muerta, renacía, y renacía siempre la misma, refiriéndose a los Apóstoles, y continuando su misión, predicando su doctrina, ejerciendo sus poderes. Así como la vida de las otras sociedades se compone de fases móviles que con frecuencia desnaturalizan su fisonomía original, la suya progresa, sin que se altere ninguno de los rasgos que la caracterizan. Remontad la corriente de los años, desde León XIII hasta San Pedro, deteneos en cada período notable de la historia, considerad bien la Iglesia: ninguna intermitencia en su vida, ninguna revolución en su gobierno, ningún cambio en su fisonomía. Es siempre la misma que era en el momento en que salió, con el corazón lleno de esperanza, de los brazos de Jesucristo resucitado. Es siempre la Iglesia apostólica.

¿Qué digo? ¿La Iglesia apostólica? Es la Iglesia que se remonta al origen mismo del mundo. Tiene un pasado anterior en cuarenta siglos a su cuna. Por los Profetas y los Patriarcas se preexiste a sí misma, retrograda en la antigüedad, se une a la cuna del género humano. Sociedad única, se desarrolla antes de su mismo nacimiento. De León XIII, se remonta sin interrupción

hasta San Pedro; de éste, por medio de los pontífices que se sucedieron bajo la antigua Ley, llega hasta Aarón y Moisés, y de éstos, a los Patriarcas y al origen del hombre y de las cosas. ¡Qué sucesión! ¡Qué encadenamiento tan maravilloso! ¡Qué convicción de verdad! El carácter esencial de la vida consiste en preceder a todo, a fin de poder engendrarlo todo. Pues bien, nuestra Iglesia, nuestra religión católica, no sólo se remonta a los Apóstoles, sino que tan antigua como la tierra en que fué plantada, hunde sus raíces en la sociedad judía, en la sociedad patriarcal, en la cuna del género humano. Nuestra Iglesia, nuestra religión, señores, es un bloque, es una estatua majestuosa que no puede separarse de su pedestal, es decir, de los cuarenta siglos que la preceden, que la sostienen, que la preparan. Tiene la apostolicidad. Tiene la antigüedad. Luego es la verdad. Luego es divina. Y ahora, para que esta conclusión nos aparezca más evidente todavía,

II. Comparemos la Iglesia católica romana con las Iglesias rivales.

Dijo Bossuet: "El carácter imborrable de todas las sectas consiste en que siempre podremos señalar su comienzo y el punto de interrupción con una marca tan precisa que nunca podrán negarla. Basta reducirlas a su origen. Ninguna puede remontarse sin interrupción a Jesucristo; el punto de ruptura sangra siempre, y el carácter de novación, que todas las sectas llevan constantemente en su frente, las hará siempre conocibles." He ahí lo que es dicisivo contra las Iglesias rivales y en favor de la Iglesia católica.

Griegos cismáticos, ¿de dónde venís? ¿De los Apóstoles? No. Sois hijos de Focio; no nacisteis en el siglo

I, sino en el IX; nacisteis en un acto de rebelión contra la primacía del Papa; y al propio tiempo que rehusabais vuestra obediencia a Roma, Roma os retiraba sus poderes. El punto de ruptura sangra todavía, y, registrado por la historia imparcial, prueba que no sois la Iglesia apostólica.

Anglicanos, ¿de dónde venís? ¿De los Apostóles? No. Sois hijos de Enrique VIII y de Isabel. No nacisteis en el siglo I, sino en el siglo XVI; sois hijos de un rey adúltero y de una reina que bañaba en sangre sus manos deshonradas. En hora de todos conocida, proclamóse Enrique VIII jefe de la religión, haciendo de los obispos los papas de Inglaterra, para convertirse en papa de ellos. Se separó de la primacía romana; el punto de ruptura sangra todavía, y, registrado por la historia imparcial, prueba que la Iglesia anglicana no es apostólica.

Luteranos y calvinistas, ¿de dónde venís? ¿De los Apóstoles? No. Sois hijos de Lutero y de Calvino. Nacisteis en el siglo XVI de esos dos orgullos reunidos. Lutero quema en la plaza pública de Witemberg la bula de León X que le condenaba, rompe con aquella Iglesia romana que le había hecho cristiano y sacerdote bajo la doble relación de la dependencia jerárgica y de la unidad de creencias. "Al principio me quedé sólo."—dice Lutero.—"Al empezar, rompimos con el mundo entero"—dice Calvino. Luego no descienden de los Apóstoles, ningún lazo los une a los Apóstoles. Os complaceréis, señores, en escuchar la respuesta saladísima que un campesino saboyano dió a un ministro protestante: "Vuestro protestantismo—le dijo—dista mucho de ser apostólico. Es más joven que nuestros quesos." En efecto, Lutero y Calvino tienen el vicio capital de carecer de antepasados, de haberse separado violentamente, en una hora dada, del viejo tronco del cristianismo. El punto de ruptura sangra siempre, y, resgistrado por la historia imparcial, prueba que el protestantismo no es la Iglesia apostólica.

Esto es clarísimo. Ni los herejes de los primeros siglos, Marción, Donato, Novaciano, ni los padres del cisma griego pueden borrar el título de su novación y la data de su intrusión. Nadie ignora que los apóstoles de las Iglesias protestantes no se llaman ni Pedro, ni Pablo, ni Juan, sino Lutero, Calvino, Zwinglio, Enrique VIII, que el nombre de sus fundadores nada tiene de apostólico, que la data de estas diferentes sectas no pertenece a la antigüedad cristiana, sino a los tiempos modernos. Es igualmente notorio que entre el día en que Jesucristo eligió a sus Apóstoles y aquel en que Lutero se dijo apóstol de Jesucristo, hay un abismo de mil quinientos años que sería preciso llenar para unir las doctrinas entre sí y reanudar la cadena de los Pastores.

Y ahora comparemos. Al lado de nuestra Iglesia, manifiestamente apostólica, que ofrece al mundo el espectáculo de una vida diecinueve veces secular y, ello no obstante, siempre joven, se levantan las Iglesias rivales que acabo de indicaros. Hacen en apariencia gran papel en esta tierra; ocupan un gran puesto; son idénticas a las ideas, a los intereses, a las pasiones, a la política de pueblos ilustres. Como se ha dicho, "la bandera de la libre Inglaterra, la espada del César germano y del zar del norte las cubren con su sombra, y tienen a su servicio el triple poder del oro que todo lo compra, la fuerza que todo lo rompe, la diplomacia que todo lo disuelve." Verdad es, pero ellas no viven, o, por lo menos, no viven más que una vida mecánica, oficial y puramente externa. No tienen en sí mismas la vida divina, sino una vida humana. ¿Por qué? Porque

nacieron de los hombres. Enrique VIII e Isabel, Lutero y Alberto de Brandeburgo, Focio y Pedro el Grande las engendraron en una orgía de sangre y de lujuria. No son apostólicas. En esto consiste su irremediable debilidad, su vicio original.

La verdadera Iglesia de Jesucristo, señores, es la vuestra, es la Iglesia romana. Es una, santa, católica y apostólica. Os he mostrado los rasgos de su rostro. Cantad su unidad, su santidad, su catolicidad, su apostolicidad.

Así sea.

CONFERENCIA NOVENA

Las falsas Iglesias

SEÑORES:

Conocemos ya los rasgos de la fisonomía de la Iglesia: unidad, santidad, catolicidad, apostolicidad; en adelante, fácil os será juzgar y apreciar en su justo valor las diferentes sociedades religiosas que pretenden llamarse divinamente instituídas. Como hay moneda falsa, hay también Iglesias falsas; fácilmente las reconoceremos estudiándolas en sus fundadores, en sus principios y en sus resultados.

I. Los fundadores de las Iglesias falsas.

No voy a relataros, señores, pues sería un trabajo inútil e ingrato, la historia de todos los fundadores de sectas. Sólo diré algunas palabras sobre los principales. Una simple mirada a su persona, os ilustrará ya sobre su obra.

Abrid la historia del siglo IX de vuestra era, trasladaos a Constantinopla, y hallaréis allí un obispo, un patriarca llamado Focio. ¿Quién fué este hombre? Fué el espíritu más grande y el hombre más sabio de su tiempo; pero también el más perfecto hipócrita, pues obraba como perfecto criminal y hablaba como un santo. Con intrigas cuya relación os causaría horror, preparó la ruptura de la unidad, y dos siglos después de él, en 1054, un hombre, que le era inferior por el talento y le superaba por el vicio, consumó el cisma, en la iglesia de Santa Sofía, en medio de un conciliábulo corrompido; llámase este Miguel Cerulario. Estos personajes orientales son poco interesantes. Dejémoslos dormir en su memoria sin honor, y vengamos al siglo XVI.

Lutero, hombre de talento, orador, escritor, hombre de palabra y de acción, pero hombre hipócrita y disoluto. En ocho días se somete al Papa como vicario de Jesucristo, le llama luego anticristo, y quema públicamente su bula. Blasfemador, niega la libertad del hombre, y hace a Dios autor de todos los pecados. Corruptor de la moral cristiana, enseña, desde lo alto de la cátedra, el adulterio en términos repulsivos, y declara al landgrave de Hesse, en una consulta dogmática, que puede tener dos mujeres. Grosero, impúdico y sacrílego, usa un lenguaje tabernario, inmundo, seduce y corrompe a una virgen consagrada a Dios. "¿En dónde le encuentro?—dice Lacordaire.—No ya en el hogar sagrado de la tienda cenobítica, sino al abrigo de una casa vulgar, con los pies extendidos hacia un fuego doméstico, con una mujer al lado. El, dos veces consagrado virgen por la unción del sacerdocio y por los juramentos del claustro; él, que había sido convertido en Cristo por la Iglesia, y no había hallado a la Iglesia suficientemente pura para él; hele ahí amancebado, no solo. Su palabra rompió las puertas de los viejos conventos de Germania, y sacó de la tumba todas las codicias de la carne. Todo ese genio, todo ese corazón, toda esa elocuencia, toda esa fuerza de alma, todos esos planes de reforma, condujeron, no al diluvio, sino al casamiento universal." Señores, si yo fuera protestante, no me sentiría orgulloso de ver que mi fe religiosa procedía de un antepasado que se llamaba Martín Lutero.

Calvino, el segundo padre del protestantismo, era francés. Nacido en Noyón, estudió griego en la Universidad de Orleáns, y murió en Ginebra. No vale mucho más que Lutero, a quien exalta como a un profeta, y a quien tilda de error. Tan despiadado con los hombres que no piensan igual que él, como con los textos bíblicos que le molestan, tortura la Escritura y saca de ella sentidos impíos, al propio tiempo que condena a la hoguera a Miguel Servet, cuyas ideas sobre la Trinidad no estaban de acuerdo con las suyas.

Finalmente, Enrique VIII de Inglaterra rompe con la Iglesia romana, porque la Iglesia romana condena su divorcio adúltero, se casa sucesivamente con siete mujeres, repudia a las unas y condena a muerte a las otras, inunda en sangre su reino, después de llenar de ella su casa, y se muestra el más corrompido y cruel de los reyes de Inglaterra, por confesión de los mismos ingleses. En suma; si yo fuera anglicano, no me sentiría orgulloso de que mi fe religiosa dependiera de un príncipe extraviado por las pasiones que perdieron a Salomón y a tantos otros reyes igualmente disolutos. Si no tuviera la dicha de ser católico, me sentiría inclinado a serlo, nada más que lanzando una mirada superficial a los fundadores de las falsas iglesias. Si queréis, entremos más a fondo en este asunto, juzguemos del

árbol por sus raíces y por sus frutos, las falsas Iglesias por sus principios y sus resultados.

II. Los principios de las falsas Iglesias.

¿Cuál fué el principio del cisma? La independencia con relación al Pontífice romano. En el siglo XI, el patriarca de Constantinopla se separa de Roma. En el siglo XVII, el patriarca de Moscú se separa del patriarca de Constantinopla, y rompe el débil lazo que unía a la Iglesia rusa con la Iglesia griega. Pero, por haber querido desligarse del Papa, estas dos Iglesias fueron al punto castigadas, pues cayeron bajo el yugo cruel y humillante de los turcos, y bajo el yugo despótico del zar de Rusia. La Iglesia griega estaba poblada de monasterios florecientes, y se redujo a la esterilidad; respiraba el aroma de las vírgenes, y exhala el olor pestilente de la corrupción; conoció en otro tiempo la libertad de los hijos de Dios, y soporta hoy en día los ultrajes de la más dura servidumbre. Es pobre en ideas, pobre en hombres, pobre en virtudes. Su pasado la condena, su presente la deshonra. ¡Oh irrisión! La cruz desmantelada se cobija tras el sucesor de Mahoma, y un sultán instituye y juzga a los patriarcas griegos. ¿Es posible que una Iglesia que se llama cristiana descienda tan bajo? En cuanto a la Iglesia rusa, también ella fué potente y próspera en otro tiempo; tuvo sus santos y sus mártires; en ella fué bautizada Santa Olga; en ella predicó San Wladimiro; pero una vez separada de Roma, cayó bajo los pies de la autoridad civil. En 1702, Pedro el Grande suprimió el patriarcado, y, golpeándose el pecho, dijo a su pueblo: "¡He aquí vuestro patriarca!" ¡Ah, desdichado del que no quiera ser gobernado por San Pedro! Cuando se ha roto con el

Padre común, el amo no está lejos... Ya no es el vicario de Jesucristo, San Gregorio o San León, Julio II o León X, Benedicto XIV o León XIII... sino Pedro I, Mahometo, Catalina II, Nicolás o Alejandro. Por haber sucudido el yugo de la autoridad legítima, se cae en las últimas vergüenzas de la servidumbre. He ahí la historia de las Iglesias cismáticas.

Y ahora preguntemos: ¿cuál es el principio de la herejía? El libre examen. La herejía dice: "¡La Biblia, la Biblia! Nada más que la Biblia interpretada por la razón individual." Este principio lisonjea el orgullo, pero lleva muy lejos; lleva a la anarquía. En efecto, ¡cuántas dificultades inextricables en la Biblia! Dificultades históricas, lingüísticas, gramaticales, lógicas. Entender la Biblia... ¡qué trabajo tan inmenso! ¿Estáis en condiciones de hacerlo? Y si podéis hacerlo, podrán hacerlo la mujer, el niño, el obrero? ¿Pues qué, habría entregado Dios a los hombres, a los pequeños, a los pobres, a los obreros, a los campesinos, un libro cuya inteligencia exige indispensablemente el estudio del latín, del griego, del hebreo, de las ciencias más difíciles? ¿Cómo queréis que el género humano, abandonado a sí mismo, se sirva únicamente de la Biblia? Por eso el hombre no se sirve en modo alguno de ella. Armados del libre examen, cada cual ve en las Escrituras lo que en ellas quiere ver. "Cada cual se forma para sí mismo un tribunal—dice Bossuet,—en el que se hace árbitro de sus creencias. Y aun cuando parezca que los novadores quisieron refrenar los espíritus, encerrándolos en los límites de las Sagradas Escrituras, como esto exigía la condición de que cada fiel sería intérprete de ella... nada extraño es que se crea autorizado por esta doctrina a adorar sus invenciones, a consagrar sus errores, a aplicar a Dios todo lo que

él piensa. Por tanto, era lícito prever que, no teniendo ya freno la licencia, se multiplicarían las sectas indefinidamente, la terquedad sería invencible, y, mientras los unos cesarían de disputar, o tomarían sus ensueños por inspiraciones, los otros, fatigados de tantas y tan locas visiones, no pudiendo reconocer la majestad de la religión desgarrada por tantas sectas. irían a buscar reposo funesto y una independencia completa en la indiferencia religiosa y en el ateísmo." Lógicamente, señores, el principio del libre examen debía conducir a los últimos excesos de la licencia, y esto es lo que históricamente ocurrió.

Para terminar, echemos una ojeada a

III. Los resultados de las falsas Iglesias.

A la luz de la doctrina, las falsas Iglesias acaban en el racionalismo, en la indiferencia, en la negación más absoluta. Ya en el siglo XVIII, Juan Jacobo Rousseau, hablando de los protestantes, escribía: "Ya no saben lo que creen, ni lo que quieren, ni lo que dicen; se les pregunta si Jesucristo es Dios, y no se atreven a responder; no se sabe ni lo que creen, ni lo que no creen; no se sabe ni siquiera lo que parece que creen; la única manera de sentar su fe consiste en atacar la de los otros." Desde Juan Jacobo acá, el protestantismo no ha hecho más que disolverse y descomponerse. Hoy no existe más que en estado de negación. Todavía hay protestantes, pero ya no hay protestantismo.

Los resultados morales y sociales de la herejía son igualmente detestables. Ya en el origen de la Reforma, decía Erasmo: "Mostradme un solo hombre a quien ese nuevo Evangelio haya hecho más sobrio y más casto, y os mostraré cien a los cuales ha hecho

peores." El mismo Lutero creía lo mismo, pues se lamentaba de que sus partidarios fuesen más avaros, más voluptuosos, menos caritativos de lo que habían sido en el papismo. ¡Qué confesión en la boca del supuesto reformador! Y para llevar a cabo tan extraña reforma, ¡trastornó, ensangrentó el mundo y desoló el santuario! ¿Habrá que asombrarse de la falta de virtudes eminentes en el protestantismo? No. Suprimieron la mayor parte de las instituciones que conducen a la perfección: el ayuno y la abstinencia, la confesión y la comunión, el culto de los Santos y de la Santísima Virgen, las Ordenes religiosas con la obediencia, la pobreza y la castidad voluntarias. La virtud de los protestantes más estimable, no supera los límites de la simple honestidad natural. Durante tres siglos no se encuentra un solo santo entre ellos. En vano buscaríais la *Vida de los santos* en el protestantismo. Por otra parte, ¿quién vió jamás que un hombre, evidentemente sincero y convencido, se hiciera protestante para perfeccionarse y ser más religioso? No; un protestante, humillado de no ver hacerse protestante más que el desecho de los católicos, decía: "Quisiera que el Papa no arrojara a nuestro jardín las malas hierbas del suyo." Lo peor que puede imaginarse entre los católicos es un mal sacerdote; pues bien, siempre que un desgraciado de esta especie se ha hecho protestante, lo han rcibido con los brazos abiertos. Especialmente desde hace algunos años, acogen con entusiasmo a los tránsfugas, a los evadidos del sacerdocio. Esto no es una gloria ni para los unos, ni para los otros.

En resumen, la Iglesia católica, que tan hermosa es cuando la consideramos en sí misma, es más hermosa aún cuando la comparamos con las otras. Al lado de las figuras grotescas del cisma y de la herejía, la fisonomía

de la Iglesia romana brilla con esplendor más luminoso y radiante. Tributémosle nuestra fe y nuestro amor, nuestra admiración y nuestra gratitud, nuestra obediencia filial y nuestra invencible fidelidad.

Así sea.

CONFERENCIA DECIMA

La Iglesia de Francia

1.° Su preparación

Señores:

Tras la gran barca de Pedro, que se llama la Iglesia católica romana, evolucionan barcas particulares que forman con ella una sola y misma escuadra, y participan de su vida y de sus destinos: tales son las Iglesias nacionales, y, entre ellas, la Iglesia de Francia, cuya atractiva fisonomía vamos, con placer y provecho, a considerar.

La Iglesia de Francia nació de un acto de fe en el campo de batalla de Tolbiac, y, personificada en su fundador, Clodoveo, se dió a Jesucristo el 25 de Diciembre de 496 en el baptisterio de Reims (1). Pero mucho antes

(1) La Iglesia española nació del acto de fe de la conversión de Recaredo, y se dió a Jesucristo el 8 de Mayo de 689 en el Concilio III de Toledo. Cuanto se diga aquí de la Iglesia de Francia es aplicable a la de España. Puede consultarse nuestra obra *Recaredo y la unidad católica* —N. del T.

de esta fecha memorable, la tierra de Francia, estaba regada y fecundada por las aguas de la gracia. Antes de crear la Iglesia de Francia, empleó Dios varios siglos en prepararla, y en esos siglos ya lejanos, podemos discernir algunos rayos que iluminen gloriosamente el misterio de nuestros orígenes.

I. Id a visitar el espléndido edificio que se llama Nuestra Señora de Chartres,

Y en él encontraréis, en una cripta misteriosa, un **antiguo altar dedicado** "a la virgen que debe dar a luz"; *Virgini pariturœ.* ¿Qué significa esta cripta, este altar, esta inscripción? Helo aquí. Muchos siglos antes del nacimiento del Salvador, cuando Israel era el único que oía la gran voz de los profetas que anunciaban al Mesías, en las profundidades ignoradas del mundo bárbaro, vivía el pueblo galo, sencillo, bello, casto, temiendo a la divinidad, cuya voz creía reconocer en el **ruido de las olas, en el estruendo de la tempestad, en** el rumor de la selva agitada por el viento. Aquel pueblo respetaba la infancia, honraba la vejez, rendía a la virginidad culto especial, caracterizado por el poder sobrenatural que atribuía a sus sacerdotisas. En el más **vasto y sombrío de nuestros bosques sagrados,** confiado a la guarda de la población más brava y piadosa, la de los Carnutos o Chartreses, un rudo santuario, el único que poseía aquella tribu, se elevaba en honor de "la Virgen que debía dar a luz"; *Virgini pariturœ...* La voz de los profetas de Israel ¿había llegado por ventura al fondo de las selvas de la Galia? O bien, ¿únicamente los galos, entre todos los pueblos de la tierra, habían conservado, después de la dispersión de Babel, el recuerdo de las promesas hechas a Noé al salir del

arca? Sea de ello lo que fuere, precediendo a la aurora de nuestra vida nacional, la Virgen María brilla como estrella de la mañana en nuestra larga historia, a la que enteramente debe iluminar. En ella resplandece desde los tiempos más remotos, antes que el Sol de la Redención, mucho antes del nacimiento de Jesucristo, y su voz parece decir, en el murmullo de los grandes bosques druídicos, que un día formarán a Francia: "Fuí creada desde el principio, antes que los siglos. He echado raíces en el pueblo que el Señor honró." Cuando ahondamos en los fundamentos de la Iglesia de Francia, hallamos ya en ellos yo no sé qué presentimiento sublime de la devoción a María. Francia no existe aún, y ya la soberana frase de san Bernardo aparece escrita en su cuna: "*Regnum Galiœ, regnum Mariœ;* el reino de Francia es el reino de María."

II. Mas aparece el cristianismo... y los Apóstoles llegan a las Galias.

Llevan en todas las direcciones del mundo el inmortal Evangelio, y llegan primeramente a nuestra tierra, aun antes que Pedro sea instalado en Roma.

¿Qué barca es esa que, conducida por mensajeros invisibles, toca en las riberas de Provenza y entra en Marsella? Es la barca que lleva a Lázaro, a Marta, a Magdalena, los amigos del Salvador, expulsados y arrojados a las olas por los judíos deicidas. Jesucristo toma al punto posesión de nuestro suelo de Francia.

San Dionisio Areopagita, el ateniense convertido por San Pablo, atraviesa las Galias y llega a Lutecia, y allí, en la isla que forman los dos brazos del Sena, en aquel lugar que será como el corazón de París y de Francia, echa los fundamentos de una capilla, que será

más tarde Nuestra Señora de París. Muere, y la colina que recibe su sangre, se convierte en Montmartre, la montaña de los mártires: *Mons Martyrum.*

Hacia la misma época, Sabiniano, Potenciano y Altino fueron enviados por san Pedro a Sens, a Chartres. a Troyes, a Orleáns. Detuviéronse en Ferrières, en el Gatinais, en donde consagraron el pequeño santuario de Belén. Merced a ellos, la semilla del Evangelio se difundió por la región central de las Galias, y se elaboró la nación que había de ser en lo por venir la nación escogida, la hija primogénita de la Iglesia, la Iglesia de Francia.

III. El nacimiento de la Iglesia de Francia es una obra grande, por consiguiente, laboriosa y trágica. Necesitaba sangre.

Durante tres siglos, la Galia romana fué anegada en la sangre de los mártires. Casi no hay ciudad alguna en Francia que no tenga sus gloriosos confesores. Nada tan hermoso como nuestra patria en aquellos tiempos heroicos. Diríase que es un viña que pasa por el hierro del podador antes de cargarse de racimos. Particularmente en Lyón, el paganismo asesta golpes terribles. El obispo Potino, el sacerdote Ireneo, el diácono Santo, el neófito Maturo, la esclava Blandina fueron torturados de mil maneras. Esta última era jovencita y de complexión muy débil; se la atormentó desde el alba hasta la noche, y abofeteaba a sus jueces con estas palabras, que sin cesar volvían a sus labios: "¡Soy cristiana! ¡Entre nosotros no se hace mal alguno!" ¿Lo entendéis bien, jóvenes? Así es como debe cerrarse la boca a los impíos e imponerles el respeto a vuestra fe. Fué atada a un poste, para que la devoraran las

fieras, que no se atrevieron a tocarla. Entonces la encerraron en una prisión y la reservaron para el anfiteatro. Envuelta en una red, fué expuesta a una vaca salvaje y furiosa que la arrojó al aire y la magulló horriblemente. Por fin, fué decapitada. ¡Ah, cristianos tímidos y degenerados, acordémonos de la manera como fuimos engendrados a la vida católica! La cuna de nuestra nacionalidad nada en sangre. El cristianismo galo hace su aparición en la historia con los mártires de Lyón, con la radiante figura de la joven esclava Blandina... Pero no está dicho todo aún.

IV. Al período de sangre sucede el período de ruinas.

Nuestro territorio fué santificado en la noche de los tiempos por la virgen druida; fué visitado desde el principio de los enviados apostólicos; fué regado durante tres siglos en la sangre de los mártires. Preciso es que ahora sea trastornado como el suelo que va a recibir la semilla. Con Constantino cesa la persecución, y la espada de los emperadores paganos vuelve a la vaina. Pero de Constantino a Clodoveo median dos siglos, y durante estos doscientos años, las invasiones devastan la tierra de los galos. Llegan los bárbaros, no se sabe de dónde, y arrasan el viejo mundo galo-romano. ¿Cómo saldrá Francia de este caos? Jesucristo vela, y para engendrar a su pueblo escogido, al pueblo de Francia, suscita en nuestro suelo obispos, monjes, santos por millares. Los bárbaros remueven las Galias; los santos obispos y los santos monjes siembran en ella la semilla del Evangelio.

Primeramente *san Martín,* el gran misionero, el gran taumaturgo, que recorre los campos refractarios a la nueva ley. Multiplica los milagros, derriba los ídolos,

instala en todas partes el culto del verdadero Dios. Implanta en Marmoutiers, cerca de Tours, el primer foco de la vida monástica. Soldado y apóstol, simboliza la potencia caballeresca que fundó la patria; es la imagen profética de lo que será la Francia militante cristiana.

Luego *los obispos,* siempre dispuestos a remediar todas las necesidades. En su calidad de doctores, luchan por la ortodoxia, como San Hilario y tantos otros. Defensores de la ciudad, como san Germán, san Lupo, san Añán, toman atrevidamente en sus manos los poderes administrativos y municipales, que abandonan las manos débiles de las autoridades romanas degeneradas... Se hacen estrechamente solidarios los unos de los otros; se reúnen frecuentemente en concilio; sostienen una correspondencia no interrumpida. En una tierra en que todo está en ruinas, no están todavía sujetos a una jerarquía; pero ya se dibuja un principio de organización en torno de la metrópoli de Arles. Mas la empresa es tan vasta, que los obispos no pueden llevarla a cabo. Para lograr que los bárbaros doblen la rodilla ante Jesucristo, para infundir en el mundo romano la savia del Evangelio, para cultivar la tierra y las almas, llegan

Los monjes. A consecuencia de las guerras y de las invasiones, nuestros campos se han convertido en desiertos de abrojos y en los bosques de los antiguos días. Los monjes se difunden por todas partes, dando en todas ellas el ejemplo y la lección del trabajo y de la oración. Estamos en los siglos IV y V. Si un extranjero de paso en nuestro país se hubiera detenido por la noche en alguna cumbre, sorprendido del vago y melodioso murmullo que circulaba por los brezos o aleteaba bajo los cubiertos de madera, y se hubiera preguntado:

"¿Qué significa esa extraña armonía de cánticos que se eleva de todos los puntos del horizonte?", hubiera podido respondérsele: "¡Es el llamamiento de la civilización! ¡Es la Iglesia de Francia que pide el ser a Jesucristo sobre las ruinas de la Galia!" Apenas hay aldea, cabaña, fuente o valle en nuestra patria que no haya conservado, en medio de los trastornos de quince siglos, un recuerdo venerado, y con frecuencia el nombre de un santo ermitaño, llegado allá para cantar las alabanzas del verdadero Dios, y conquistar al desierto el territorio plantando en él la cruz.

Así se elaboró la Iglesia de Francia, en las lejanas preparaciones del culto druídico, en los trabajos de sus primeros apóstoles, en la sangre de sus numerosos mártires, en los esfuerzos de sus obispos y monjes, que hicieron a Francia como las abejas fabrican los panales. A esta tierra, en la que Jesucristo debía reinar, envió precursores.

V. Y los precursores cumplen su misión.

Estamos al final del siglo V. Va a nacer la Iglesia de Francia. Va a nacer en el corazón de un soldado, a la oración de una mujer, bajo la mano de un prelado. ¿Qué vemos en torno de la cuna de la Iglesia de Francia? Una mujer que ora, un soldado que combate, un sacerdote que bendice: Clotilde, Clodoveo, Remigio. Saludo con entusiasmo al pagano Clodoveo que invoca a Jesucristo en el campo de batalla de Tolbiac. Saludo con respeto al sacerdote Remigio que sumerge a la nación franca en el baptisterio de Reims. Pero me siento mucho más conmovido cuando contemplo en su oratorio de Soissóns a *Clotilde* arrancando al cielo con sus oraciones, sus mortificaciones y sus buenas obras

la conversión de su marido y de su pueblo. No lo dudéis: de la piedad de Clotilde especialmente, nació la Francia cristiana, la Iglesia de Francia.

Hija de Chilperico, educada en la corte de su tío Gondebaldo, rey de Borgoña, encuentra Clotilde en torno suyo la seducción de las grandezas y los peligros de la herejía arriana. En aquel medio doblemente tentador, se mantiene pura y piadosa. Es ferviente católica. Sus virtudes y su fe le labran una reputación que atrae las miradas del rey de los francos, Clodoveo, todavía pagano. Clodoveo era pagano, pero pagano sincero, que buscaba la verdad y protegía a los obispos. Cuando pide en matrimonio a la piadosa Clotilde, le promete que tendrá la libertad de profesar su religión. Casáronse en Soissóns, en 493. ¡Ah, qué lección para los padres! Educad a vuestras hijas en la inocencia y en la fe, y haced de suerte que sean buscadas a causa de sus virtudes, y no a causa de su dote. Si no podéis siempre hallarles maridos cristianos, por lo menos no las entreguéis jamás a esposos profundamente pervertidos. ¡Sean vestales antes que mártires!

Casada con Clodoveo, muéstrase Clotilde modelo de esposas cristianas. No falta jamás a ninguna de las conveniencias de su estado. Apacigua las violencias de Clodoveo, amoldándose a sus ideas en las cosas indiferentes que no comprometen la conciencia. Hace bautizar a sus hijos, que consagra a Nuestra Señora de Belén de Ferrières. Tan inteligente como piadosa, obra tanto sobre el espíritu como sobre el corazón de Clodoveo hablándole de la vanidad de los ídolos y de la excelencia de la religión cristiana. Ora sin cesar, y multiplica las buenas obras. Hace violencia al cielo y obtiene la victoria de Tolbiac, la conversión de Clodoveo y el nacimiento de la Francia cristiana. Sí, la Iglesia

de Francia nació en el corazón palpitante de Clodoveo. Nació bajo la mano bendecidora de Remigio. Nació especialmente de la oración todopoderosa de Clotilde.

¡Oh mujeres, oh hermanas, oh esposas, oh madres, por vosotras debe revivir la Iglesia de Francia! En vuestras débiles manos descansan los destinos de lo por venir. Dios, en su previsora sabiduría, quiso que lo que por el hombre perecía, fuese salvado por la mujer. El hombre es con demasiada frecuencia incrédulo o indiferente. ¡Mujeres, sed piadosas! Esfuerzos inauditos se han hecho para corromper la moral de la familia y de la sociedad. Se ha llegado hasta el hombre, y quisieran llegar hasta la mujer. ¡Mujeres, hermanas, esposas, madres, resistid! Aferraos a la religión, y en ese mundo que por todas partes vacila y cruje, permaneced de pie para realzarlo en medio de sus ruinas.

Así sea.

CONFERENCIA UNDECIMA

La Iglesia de Francia

2.° Su nacimiento

Señores:

Os he dicho cómo trabajó Dios, con tres siglos de sangre y dos de ruinas, en nuestros orígenes religiosos y patrióticos; cómo la Iglesia de Francia se elaboró en los preludios lejanos del culto druídico, en los trabajos y en la sangre de sus primeros apóstoles, de sus numerosos mártires, de sus obispos y de sus monjes, que fueron lo precursores de nuestro catolicismo.

Estudiemos hoy el nacimiento de la Iglesia de Francia. En él hallaremos algo que nos intruya y nos edifique.

I. La Iglesia de Francia nació en Tolbiac.

Nació de un acto de fe en el campo de batalla. Corría el año de 496. En aquellos momentos, el viejo mundo romano estaba en plena decandencia; del fondo de Asia y de Germania llegaban inmensas muchedumbres de bárbaros, que todo lo arrasaban a su paso, y amenazaban con destruir de un solo golpe la civilización y la fe, la fe naciente y la civilización pagana expirante. Pues bien, en medio de aquellos bárbaros, distinguíase una pequeña tribu por su valor y la habilidad de sus jefes. Llamábase la tribu franca. La mandaba Clodoveo, todavía pagano, pero ya inclinado hacia el cristianismo por la rectitud de su natural, y por la suave influencia de su mujer Clotilde, princesa de gran virtud y sólida piedad. ¡Ah, cuando la mujer cristiana sabe apreciar su misión, y tiene el valor de la fidelidad, la inteligencia de su deber y de su fe, la rectitud de espíritu y de corazón, cuánto bien puede hacer! Desde el fondo de su debilidad, y sepultada en la modestia de su papel, gobierna las almas, gobierna los Estados, gobierna al mundo.

Clodoveo, jefe de los francos, se mueve entre el Sena, el Escalda y el Mosa, y reivindica las orillas del Rhin, que ya son la frontera natural de su reino. Los alemanes se le oponen. Los encuentra en Tolbiac, cerca de Colonia, y al primer choque, su pequeño ejército, aplastado por el número, empieza a retroceder; la derrota es inminente. Invoca a sus dioses, y no le escuchan. Entonces Clodoveo el Cabelludo, erguido sobre su caballo, con la frámea ensangrentada dirigida al cielo, exclama: "¡Dios de Clotilde, dame la victoria, y me hago cristiano!" Dijo, y habiendo hecho un contrato con lo ideal, habiendo ofrecido a Dios su espada para obtener el dominio sobre los hombres, destroza a los alemanes, ávidos y perpetuos invasores de la Galia, y funda la patria.

Un gran destino comienza; un gran destino termina.
El Imperio va a caer, y Francia empieza su vida.

Franceses, no lo olvidemos. Somos los hijos del milagro. La cuna de nuestra nacionalidad reposa en las manos de Dios. La Iglesia de Francia nació en Tolbiac de un acto de fe en un campo de batalla. Veamos lo que a esto siguió: después del nacimiento, el bautismo.

II. La Iglesia de Francia fué bautizada en Reims.

¡Qué jornada la del bautismo de Francia! Era el día 25 de Diciembre de 496. La gran iglesia de Reims aparecía engalanada de ricas tapicerías, embalsamada de aromas, centelleante de millares de luces. La multitud corría de todas partes. Estaban presentes los obispos. El Rey, seguido de la Reina y del pueblo, conducido por san Remigio, aparece en el umbral del templo, y, deslumbrado por tanta magnificencia, exclama: "Obispo, ¿es ese el cielo que me habéis prometido?"—"¡No —responde Remigio;— es únicamente su vestíbulo!" Y conduciendo a Clodoveo hasta la fuente bautismal, pregunta al rey catecúmeno si cree en la Santísima Trinidad, en la divina plenitud de las enseñanzas de la Iglesia. Ante su respuesta afirmativa, le dice: "¡Baja tu cabeza, valeroso sicambro; adora lo que quemaste, y quema lo que adoraste!" Clodoveo fué bautizado, y Francia y la Iglesia de Francia quedaron fundadas. Clodoveo personifica todo el pueblo cuyo jefe es; los guerreros que le siguieron a la batalla, le siguen al bautismo; entre Jesucristo y los francos queda en cierto modo concertado un contrato, que se expresa por estas primeras palabras de la ley sálica: "¡Viva Jesucristo, que ama a los francos!" En la persona de Clodoveo y de

sus guerreros, acaba de ser bautizada oficialmente en Reims la nación francesa. La impresión que este hecho produjo fué inmensa. El papa Anastasio escribió a Clodoveo: "Hijo glorioso, consuela a tu madre la santa Iglesia; ella se apoya en ti como en una columna de hierro." Y el obispo de Vienne, san Avito, le escribe por su parte: "Vuestro bautismo es en verdad el nacimiento de Jesucristo en Occidente." La Iglesia de Francia queda bautizada. La Iglesia católica romana está llena de júbilo, y con razón.

El primer núcleo de la cristiandad está ya constituído. Con Francia, toda la cristiandad sale de la nada y de la inconsciencia. ¿Será, pues, Francia el centro de unidad del género humano cristiano? No. Roma es la cabeza de la cristiandad; pero Francia será su corazón. La Iglesia tenía necesidad de una nación que fuese el punto en que su corazón latiera plenamente, y cuando vió que Clodoveo y sus nobles se sumergían en la tina bautismal, y oyó resonar el clamor de los francos saludando al Rey Jesucristo, conmoviéronse sus entrañas y exclamó: "¡He ahí mi hija primogénita!" Roma es la cabeza de la cristiandad, pero Francia será su brazo. La Iglesia tenía necesidad de una nación que fuese suficientemente valerosa para defenderla con la palabra, con la pluma y con la espada, y cuando vió que Clodoveo y sus nobles salían del baptisterio de Reims para acreditar el reinado de Jesucristo desde las riberas del Norte a los Pirineos, y desde las orillas del Océano a los bosques de Germania, conmoviéronse sus entrañas y exclamó: "¡He ahí el soldado de Dios!" Francia, raza de palabra y de espada, raza de gran corazón y de brazo poderoso, Francia nació en Tolbiac, y fué bautizada en Reims. Pero no es esto todo, orleaneses; escuchad y mostraos orgullosos.

III. La Iglesia de Francia fué organizada en Orleáns.

Clodoveo y Orleáns, el rey de los francos y la ciudad fiel, son inseparables. Un grave historiador no vacila en designar a Orleáns como la probable cuna del fundador de la nación francesa. Fué un orleanés, Aureliano, el que vemos aparecer junto a Clodoveo en los preliminares de su matrimonio y en la obra de su conversión. Clodoveo asegura a San Euspicio y a San Mesmín la posesión del dominio fiscal de Micy, pidiéndoles rueguen por él y su amadísima esposa. Clodoveo reside en Orleáns; hace de ella, por decirlo así, su cuartel general. Tiene aquí su palacio, el palacio del Chatelet. Preside la elección de Eusebio, obispo de Orleáns, sucesor de San Añán. Finalmente, cuando el rey de los francos quiere organizar su pueblo y orientar su política hacia la unidad nacional; cuando llama en su auxilio a la Iglesia para infundir el espíritu del Evangelio en el brutal derecho salio, reúne en Orleáns a los obispos en concilio.

Por cinco veces, en menos de medio siglo, de 511 a 549, los obispos de la Galia se reúnen en nuestra ciudad. El primero de estos concilios, celebrado en 511, principio y modelo de los otros, puede considerarse como el verdadero punto de partida de nuestra vida nacional. Reunido a instancias de Clotilde, en presencia de Clodoveo, y compuesto por los numerosos obispos galo-romanos, que saludaron en el rey al restaurador y protector de la fe católica, inauguraba un mundo nuevo, y cimentaba por mutuas concesiones la íntima unión del clero católico y del rey de Francia. Clodoveo estableció la Iglesia sobre el sólido fundamento de la propiedad territorial, concediéndole inmensos dominios, y el Concilio, en el reparto de estos bienes y de sus rentas, fijó la parte del clero inferior, de las escuelas, de los pobres, de los enfermos. Aquel rey, aquella reina, aquellos obispos, eran ya la nación francesa. El Concilio de 511 fué el esbozo de la constitución política y religiosa que debía regirnos hasta 1789. Nacida en Tolbiac y bautizada en Reims, la Iglesia de Francia fué organizada en Orleáns.

Conclusión.

Toda esta historia es hermosísima, muy consoladora, muy gloriosa, y debe provocar nuestra admiración, nuestro orgullo, nuestra gratitud. Pero todos esos sentimientos serían vanos, si no fueran seguidos de conclusiones prácticas. Deber mío es señalaros e inculcaros esas conclusiones. Acabo de relataros el nacimiento de la Iglesia de Francia. Pues bien, en torno de la cuna de esta Iglesia, ¿quiénes son los personajes que veo aparecer?

1.° *Obispos y sacerdotes;* san Remigio, obispo de Reims, san Wasto, obispo de Arrás; san Soleíno, obispo de Chartres, san Avito, obispo de Vienne, Eusebio, obispo de Orleáns... y cien otros. Allá comparecieron para formar a Francia como las abejas fabrican el panal. Allá se reunieron para proteger a la patria naciente, con sus oraciones, su palabra, su majestad, sus virtudes. Hoy, después de catorce siglos transcurridos, ¿ocupa el clero su puesto, de pie, en torno de la vieja Francia, como antiguamente en la hora del bautismo de Reims? Sí. La Iglesia sobrevive a todo lo que pasa. Cargada de siglos, no es vieja de un año. Es más joven que nunca. Es, en nuestro decrépito mundo, la juventud misma. Mejor que lo pasado, es lo por venir,

es la esperanza. Sí, el clero está en su puesto, no sólo en la sacristía y en el templo, en donde vela por los cálices, sino también en todos los senderos del mundo moderno, en donde vela por las almas, por los niños, por los pecadores, por los enfermos, por los pobres, por los pequeños, por las necesidades materiales y espirituales del pueblo cristiano. La Iglesia de Francia no ha muerto. Tiene un clero que ora por ella, y que por ella daría toda su sangre. En torno de la cuna de la Iglesia de Francia, veo aparecer obispos y sacerdotes, y además,

2.º *Vírgenes y mujeres cristianas.* Genoveva, la libertadora de París, Clotilde, reina de los francos, quien, con sus virtudes y oraciones, obtuvo la conversión de su marido, Albofleda, que recibe el bautismo al mismo tiempo que su hermano Clodoveo. Allí están ellas, depositando en la patria naciente los gérmenes de la fe, y poniendo al servicio del Evangelio su influencia, discreta, potente, decisiva.

Hoy, después de transcurridos catorce siglos, la mujer cristiana ¿llena todavía su misión de los primeros días? Sí, por regla general. Tenemos en Francia 130.000 religiosas que instruyen la infancia y asisten a más de 500.000 desgraciados. Tenemos en Francia muchas esposas y madres que son Clotildes, que sacan de su fe la virilidad del alma y la santidad de la vida, y que, dejando a los hombres el oro, el poder, el agio, el sofisma, reservan para ellas el gobierno moral de los espíritus y la formación de las almas. ¡Oh mujeres, presidisteis la formación de la patria...: trabajad en su regeneración con vuestras lágrimas, con vuestras oraciones, con vuestras virtudes, con vuestra abnegación! ¿Qué veo en torno de la cuna de la Iglesia de Francia?

Obispos y sacerdotes, vírgenes y mujeres cristianas. Y también,

3.º *Hombres, jefes de pueblo, guerreros.* Clodoveo y sus nobles. Allá están preparándose al bautismo, lentamente, gravemente, no abrazando el Evangelio sino después de haberlo estudiado, jurando fidelidad a Jesucristo y a la Cátedra de Pedro, realizando el primer esbozo de un gran pueblo por la alianza del patriotismo y de la fe.

Hoy, después de transcurridos catorce siglos, la porción civil del país, ¿es aún servidora de Dios, de Jesucristo y de la Iglesia? ¿Está todavía en su puesto? Sí y no. Sí, tenemos hombres cristianos. No, no tenemos los suficientes. Pasaron los tiempos en que la conversión de un Clodoveo fijaba la conciencia sumisa de la nación, e impulsaba a la multitud hacia los altares. A la hora presente, la restauración de la fe debe obtenerse por la voluntad del pueblo y de cada hombre del pueblo. Señores, de vosotros emanan las grandes influencias, los ejemplos poderosos, las soberanas direcciones. Vosotros gobernáis la familia, el municipio, la ciudad, el Estado. Vosotros hacéis las leyes y modeláis lo por venir. Tenéis el monopolio de los derechos políticos; sois la clave de bóveda del edificio familiar; sobre vosotros casi únicamente reposa el vertiginoso movimiento comercial, industrial, intelectual de nuestros días. Las mujeres y los niños serán lo que seáis. Francia será lo que queráis que sea.

¡Ea, sacerdotes de Jesucristo, mujeres cristianas, hombres de la hora actual, resucitemos la fe de los Remigio, de las Clotilde, de los Clodoveo, y que, merced a nosotros, Francia vuelva a ser, y lo sea para siempre, la raza escogida, el brazo de Dios, el soldado

de Cristo, la hija amadísima de la Iglesia, el joyel de la catolicidad, el agente principal y primero de la civilización cristiana.

Así sea.

CONFERENCIA DUODECIMA

La Iglesia de Francia

3.° Su historia

Señores:

Hemos estudiado la Iglesia de Francia en su preparación y en su nacimiento. Nos resta seguirla en su historia, en su historia de ayer y en su historia de hoy. Este doble espectáculo no es únicamente interesante y subyugador, sino también apasionante e iluminador.

I. La Iglesia de Francia ayer.

Su historia es un verdadero drama. Los hombres se mueven y Dios los guía. Los acontecimientos se entrelazan en confusión aparente, pero en realidad todos los movimientos de la escena conducen al mismo desenlace, es decir, a la unión indisoluble de la fe y al patriotismo.

Clodoveo, Carlos Martel, Carlomagno, San Luis son los cuatro primeros anillos de la áurea cadena que une

al catolicismo con la patria francesa. Nos hallamos en la aurora del siglo VI. La hora es solemne. La Iglesia incierta busca un apoyo entre el paganismo todavía viviente y el arrianismo triunfante, entre el Imperio de Roma agotado y las nuevas monarquías corrompidas por la herejía. Aparece *Clodoveo.* Hace bendecir sus armas en la tumba de San Martín, marcha al encuentro de Alarico, rey de los visigodos, y derrota la herejía en Vouillé, como había derrotado al paganismo en Tolbiac. Tras los arrianos, los musulmanes. Asia, Africa, Europa, vense anegadas en sangre cristiana. Sicilia, y España caen bajo su yugo. Atraviesan los Pirineos, y el islamismo, remontando nuestros grandes ríos del Mediodía al Norte, corre con el Saona hasta la alta Borgoña, y con el Garona hasta el fondo de Aquitania. Sucumbe Burdeos. Vese amenazada Tours. ¿Perecerán la Galia y la cristiandad? No. *Carlos Martel* le sale al encuentro con sus francos en las llanuras de Poitiers. Coloca el carro de la Eucaristía en el centro de su inmenso ejército. Comulga piadosamente antes de la batalla, y los musulmanes son rechazados más allá de los montes. Pronto aparece Carlomagno. Conquistador intrépido, somete a los rapaces sajones, bárbaros y paganos. Civilizador poderoso, hace florecer en todas partes la instrucción y las antiguas letras. Hijo sumiso de la Santa Sede, protege al Papa contra los lombardos, y funda definitivamente el poder temporal del Pontificado. Sobre su cabeza descansa la corona de Constantino y Teodosio. Bajo su mano, queda constituída la cristiandad. Ya era hora, pues los turcos arrasan el Oriente y hay que correr a libertar los Santos Lugares. ¿Quién predica las Cruzadas? Un papa francés, Silvestre II, un peregrino francés, Pedro el Ermitaño, un apóstol francés, gloria de su nación y de toda la Iglesia, san

Bernardo. Godofredo de Bouillón las inaugura. *San Luis* las termina. Nacidas en Clermón, a la voz de un papa francés, las Cruzadas mueren en Túnez, con un rey de Francia. ¡Qué hombre, qué cristiano, qué rey Luis IX! Con él, la Francia cristiana llega a su apogeo, grande en lo interior, gloriosa en lo exterior; y su nombre, temible a los sectarios de Mahoma, logra en Oriente un prestigio que dura todavía. Pero muy pronto una nube oculta todos esos esplendores. La escena va a cambiar, aunque el plan de Dios es siempre el mismo.

Estamos en el siglo XV. Los legistas corrompen el poder real, y atacan a la vez la fe y la libertad, Jesucristo y el pueblo. Los Estados se dividen, los soberanos se combaten. Francia ve palidecer su estrella. La interminable guerra de Cien Años la aniquila, y bajo los pies de los ingleses va a morir, va a perder su nacionalidad. Pero no. Dios tiene necesidad de Francia para el servicio de su Iglesia, y en el seno de la más negra miseria, suscita, para salvarnos, una humilde hija de los campos, pura como un ángel, piadosa como una santa, valiente como un caballero. *Juana de Arco* se levanta en su virginidad, en su patriotismo, en su fe, y nos liberta, nos eleva, nos resucita. El inglés la quema, pero nosotros vivimos.

Francia, salvada por Juana de Arco en el siglo XV, salva al catolicismo en el siguiente siglo. La *herejía protestante* es dueña de todo. ¿Qué hará Francia en el seno de la Europa descompuesta? Sus reyes, los últimos Valois, Francisco I, Enrique II, Enrique III, son para la Iglesia defensores tan tibios como comprometedores, y la Iglesia, mal defendida por la realeza, no puede contar ni con sus propios jefes, ni con la nobleza, ni con la magistratura. Los humildes, los mon-

jes mendicantes, los artesanos agrupados en corporaciones, los cultivadores de los campos, se levantan y aseguran el triunfo de la ortodoxia. Si no fundan la Liga, le proporcionan reclutas y le comunican el fuego de su exaltación. La voluntad nacional se afirma. Impone a Enrique IV la obligación de ser católico para merecer el honor de ser su rey. Enrique IV se convierte, y la historia no registrará esta defección de Francia, que hubiera trastornado el mundo y desorganizado la Iglesia.

Francia vió recompensada su fidelidad *con los esplendores del siglo XVII.* Fué este el gran siglo. En la literatura, en las artes, en la elocuencia, en el arte militar, ¡cuántos nombres inmortales! Por la palabra, por la pluma, por la espada, somos los primeros, y con amor mezclado de temor, se nos llama la gran nación. Somos grandes en el siglo XVII, porque somos cristianos. Habréis oído alguna vez que la ciencia y la fe no pueden vivir juntas. Un Pascal, un Bossuet y tantos otros pensaban lo contrario y lo probaron, y ciertamente, tenían mucho más talento que todos nuestros librepensadores de hoy en día. ¿Por qué el siglo XVIII es tan mediocre después del siglo XVII? Porque es un siglo apóstata. El siglo XVIII ultrajó a Jesucristo, y se hundió en fango y sangre. Dios se vengó, o mejor dicho, Dios, que nos ama, purificó a Francia culpable en la hornada de la Revolución.

Tal es la historia de la Iglesia de Francia. Es espléndida, incomparable. Pero esta historia prosigue en la actualidad. Contemplemos ahora

II. La Iglesia de Francia en el día de hoy.

A primera vista, el espectáculo parece que se decolora y se aja. Me atrevo a decir que no hay nada de esto. Sin duda que entre la Iglesia y Francia puede haber, en la hora actual, algunas malas inteligencias, como las hay, de cuando en cuando, en los mejores hogares. Pero, aun a riesgo de equivocarme por mi patriotismo o por mi religión, sostengo que esas malas inteligencias no son más que superficiales y momentáneas, y aun que la unión, catorce veces secular, de la Iglesia romana y la Iglesia de Francia, no se romperá jamás.

1.° Pongo por testigo *la acción de Francia en lo exterior,* en el mundo entero. ¿Qué es lo que compruebo en el mundo contemporáneo? Compruebo en todas partes la identificación más visible que nunca de la Iglesia y de Francia, de los intereses católicos y de la gloria nacional. Contemplo el Asia, y compruebo que nuestros religiosos franceses, son los que hacen brillar al propio tiempo la patria y la religión en Levante, en la China, en el Japón; son los que hacen germinar a Francia en el extranjero, según la pintoresca frase de un representante del Sultán. Contemplo el Africa, y compruebo que Francia germina en Argelia y en Túnez con el cardenal Lavigerie; en Egipto con nuestras escuelas religiosas francesas; en Madagascar con los jesuitas, que sostienen el protectorado francés contra las pretensiones de Inglaterra; en el Dahomey con nuestras misiones; cerca de los grandes lagos ecuatoriales con nuestros Padres Blancos. Contemplo América, y compruebo que hay allá, en el Canadá, todo un pueblo que debe al clero el haber conservado la religión, las costumbres y la lengua de Francia. Contemplo la Oceanía, y compruebo que todavía son nuestros religiosos los

que hacen irradiar la influencia francesa en las islas del Pacífico. La Iglesia y Francia, es todo uno.

2.° Pongo por testigo *la vitalidad católica de Francia en lo interior.* Quizás nunca afirmó Francia más potentemente que hoy su vitalidad religiosa. Primeramente, a principios del siglo XIX, notóse en la literatura una vuelta al catolicismo, cuyo esplendor y fecundidad se reconocía. Luego, los católicos franceses entablaron luchas grandiosas por la libertad de enseñanza, por la difusión de la justicia y la caridad, por la conservación de la fe en el seno de la patria, por la propagación del Evangelio en los países de misión. La Francia del siglo XIX, cubre su suelo de Iglesias, hospitales, patronatos, escuelas cristianas. Hace salir de su seno, siempre fecundo, 40.000 sacerdotes, 30.000 religiosos, 130.000 religiosas. Nutre casi por sí sola el presupuesto de la Propagación de la fe, de la Santa Infancia, de las Escuelas de Oriente, del Dinero de San Pedro. Hace cincuenta y un años que Lacordaire pronunciaba en Nuestra Señora de París, su famoso discurso sobre la *vocación de la nación francesa*, y, después de evocar nuestras glorias patrióticas y religiosas de lo pasado, después de saludar las grandes obras de la Francia católica en lo presente, añadía: "No todos los obstáculos están vencidos. La burguesía no ha hecho aún acto de reconciliación plena y completa con Jesucristo y su Iglesia. Pero esto llegará. Oirá ella las lecciones repetidas de la experiencia, y comprenderá que es imposible gobernar a los hombres sin el cristianismo." Señores, la profecía de Lacordaire se ha realizado. La burguesía está casi reconciliada con Jesucristo, y hoy, es el pueblo el que debe conducirse al mismo resultado. Pondremos cincuenta años, cien, si conviene, pero lo conseguiremos. Los espíritus serios serán seguidos por la masa, y los espíritus serios evolucionan hacia la idea cristiana. Es un buen sistema. Los hombres que acuden a misa, son mucho más numerosos que hace cuarenta o cincuenta años. Los diplomáticos inteligentes, aun cuando en el fondo sean sectarios, se ven forzados a mantener en lo exterior la reputación católica de la nación francesa. Y el Papa, el gran papa León XIII, testigo de tanta vitalidad, después de tantas tormentas, se inclina con tenacidad y ternura del lado de la Francia católica para alentar sus esfuerzos, para bendecir sus destinos, para proteger su porvenir. No, la alianza entre la Iglesia y Francia jamás será quebrantada.

3.° Pongo por testigo *los lazos que han unido a Francia con el Pontificado* durante todo el siglo XIX. En la aurora de este siglo, conduce Dios, el uno al otro, a Pío VII y Napoleón, el genio de la paz y el genio de la guerra, y vuelve a los brazos de la Iglesia la Francia resucitada, llena de vida, de juventud y de esperanza. La unión que entre los dos parecía por siempre jamás rota, se reanuda bajo una forma nueva, la forma concordatoria.

Más tarde, si bien no pudimos mantener al Papa en el trono que Dios y los siglos le formaron, por lo menos supimos padecer y morir por él con Lamoricière, Pimodán, Charette y los zuavos pontificios.

En 1870, caímos por tierra vencidos y abandonados. Italia olvidó nuestros servicios, Austria se calló y se abstuvo, Inglaterra se complacía en nuestra humillación, y hallaba en nuestras desgracias la ocasión de fortalecer en el mundo su potencia marítima. ¿Quién pensó en nosotros? El Papa.

Desde el fondo del Vaticano, en donde acababa de

encerrarlo la política piamontesa, Pío IX escribió al rey Guillermo para pedirle un armisticio en favor del pueblo francés... y, hablando de esta magnanimidad, nuestro ministro de Estado, Julio Favre, escribía: "Cuando todos los soberanos de Europa se abstenían prudentemente, el Papa no temió ponerse al descubierto, y escribió espontáneamente al rey de Prusia. Su carta quedó sin respuesta; pero este fracaso hace más meritorio el arranque del corazón del Pontífice, sobre todo si lo comparamos con la fría indiferencia contra la cual se estrellaban nuestros esfuerzos incesantes para obtener de nuestros antiguos aliados una intervención que, a falta de simpatía, les recomendaba su interés personal." Mas tan pronto como se hubo firmado la paz, Pío IX envió 10.000 francos a los huérfanos de Alsacia, y aun tuvo el pensamiento de ordenar a los obispos y a los sacerdotes franceses que vendieran los vasos sagrados para pagar una parte de los cinco mil millones exigidos por Prusia. A este propósito, Julio Favre respondió a nuestro embajador cerca de la Santa Sede: "Al leer en vuestro despacho que se ha tratado de ordenar a los obispos que fundieran los vasos sagrados, he creído que habíamos vuelto a los siglos de la primitiva Iglesia, tan fecundos en actos de abnegación y de virtud."

León XIII continúa las tradiciones de Pío IX; reconoce la primacía de nuestra misión apostólica en el mundo, y nos reserva el protectorado de los cristianos de Levante y de China. Quiere a toda costa evitar la ruptura entre la Iglesia romana y Francia. Siempre tiene en sus labios palabras de paz; se muestra, y lo es, en efecto, nuestro amigo, nuestro padre amantísimo, y, no obstante nuestras rebeliones e ingratitudes, nos envía desde el Vaticano la cuádruple bendición de su avanzada edad, de su gran autoridad, de su preclara inteligencia y de su magnánimo corazón.

No. La alianza entre la Iglesia y Francia jamás será rota.

No puede serlo. El catolicismo es necesario a Francia, y no puede estar más distante el día en que las partes sanas de la nación se encuentren al pie de los mismos altares, en la adoración del mismo Dios y en la fraternidad de las mismas creencias y de los mismos hábitos religiosos. En esto está la salvación, porque en esto está la unidad. Hacia el año de 510, Clodoveo y su esposa estaban en Orleáns, y admitieron a su mesa, en el palacio del Chatelet, un santo abad de Poitiers, llamado Fridolín. Según una costumbre germánica, Clodoveo, al principiar la comida, ofreció a Fridolín su copa de cristal, con soporte de oro, incrustado de piedras preciosas, para que bebiese, y por descuido, la copa cayó a tierra y se hizo cuatro trozos. Clodoveo, visiblemente contrariado, recogió los pedazos y colocándolos sobre la mesa, dijo: "Dios, que ha creado todas las cosas, podría muy bien, si fuera de su agrado, reunir estos fragmentos y rehacer mi copa, tan hermosa como antes." El piadoso abad, lleno de su sencilla fe, se puso en oración, hizo el signo de la cruz sobre los trozos de la copa, y al punto quedaron unidos. Y Clodoveo quedó embelesado de recuperar su copa... Pues bien, la copa es Francia; está dividida por opiniones e intereses que se contradicen: en la mano de Jesucristo, a la sombra de la cruz, al pie de nuestros altares, bajo la mirada de Dios que nos ama, hallaremos la unión, la paz, la gloria. Hijos de la Iglesia, continuaremos siendo la raza escogida, y en el surco luminoso de los siglos venideros, trazaremos al mundo el camino de una fe rejuvenecida y de una civilización aumentada.

Así sea.

IV

LA PALABRA DE LA IGLESIA

CONFERENCIA PRIMERA

Las fuentes de la palabra de la Iglesia

SEÑORES:

Hemos estudiado el armazón y fisonomía de la Iglesia. Pero, conocer la estatura y el rostro de un hombre, ¿es conocerle todo entero? No. Hay que oirle hablar. La palabra es la revelación del ser humano. ¿Queremos conocer a la Iglesia? Escuchemos su palabra. Os abro aquí, señores, magníficos y nuevos horizontes. Entremos en ellos con alegría. Por hoy nos contentaremos con escrutar las fuentes de la palabra de la Iglesia.

I. La Iglesia habla.

Hay que comprobar primeramente este fenómeno, que no carece de importancia. Los cismáticos griegos son mudos. Los obispos anglicanos son grandes rentistas que se limitan a contar sus escudos; su puesto en la Cámara de los Lores se llama el banco de los mudos. Sin duda

que los filósofos hablan, y aun hacen mucho ruido, pero no se entienden, y podríamos apostar un millón contra cinco céntimos a que, transcurrirá el último minuto del mundo antes de que hayan redactado un símbolo y hecho marchar bajo su disciplina la más pequeña aldea. Los cultos antiguos no hablaban. Teniendo cuidadosamente encerrados en los muros impenetrables de los templos sus dogmas supersticiosos e ininteligibles, menos se ocupaban en llegar al corazón por la convicción que en imponerse por la fuerza de la espada, o mejor aún, por la sacrílega protección que concedían a las malas inclinaciones. No es este el método del catolicismo. Desde los primeros días, se dirige libremente a las almas libres, y les ofrece nobles verdades para creer, nobles preceptos para practicar. Se apodera, no de la espada, sino de la palabra, este glorioso instrumento del pensamiento. Ciegos impíos nos acusan de obscurantismo. Si solamente tuvieran en el alma un átomo de sinceridad, y en los ojos una centella de perspicacia, verían y confesarían que la Iglesia es una inmensa tribuna abierta a la elocuencia, y que jamás institución alguna habló, escribió, invitó a la reflexión y a la discusión, ni imprimió una actividad tan grande, tan universal, al pensamiento. Desde el Calvario, jamás su boca armoniosa se cerró, y cuando prestamos oídos a los ecos de los siglos ya pasados, creemos oir un vasto concierto, en el cual, los angélicos acentos de Gregorio Nacianceno desafían el dulce genio de Massillón, y san Bernardo y san Francisco de Sales cantan las maravillas del amor divino como las cantaron san Pablo y san Ireneo, y Lacordaire rivaliza en energía y sonoridad con san Hilario y san Cipriano. La Iglesia habla.

Pero aquí se impone una pregunta que exige una solución.

II. ¿En dónde busca la Iglesia su palabra?

¿En la razón? ¿en la naturaleza? ¿en la historia? ¿en la actualidad? Sí, ciertamente, como todo hombre aquí bajo, la Iglesia bebe en las fuentes naturales del conocimiento. Pero va más lejos y se eleva más alto, pues tiene la pretensión de aportarnos la palabra de Dios, y va a buscarla

1.° *En las Sagradas Escrituras,* en el Antiguo y en el Nuevo Testamento, en la Biblia.

¿Qué hay que sea más manifiestamente divino que la Biblia? Ese libro tan extenso puesto que abarca desde el principio al fin de los tiempos, y tan complejo, por cuanto se compone de más de 60 partes, diversas por el asunto y la forma, escritas por autores de época, natural y genio diferentes, ofrece, con todo, una maravillosa unidad: unidad de inspiración y unidad de plan. Todo en él procede de Dios, y todo en él conduce a Jesucristo. ¿Qué son los escritores de la Biblia y del Evangelio? ¿Son historiadores que llegaron, a fuerza de investigaciones, a la exactitud absoluta de la historia; pensadores que consiguieron, por la profundidad de sus afirmaciones, conocer los secretos de las almas; poetas sublimes en quienes reconocemos todas las intuiciones del genio con todas las conmociones del género humano? Sí, esto fueron, pero mucho más todavía. Fueron hombres inspirados, liras que vibran bajo la mano del gran artista y que sólo dicen lo que El quiere, y en la hora escogida por El. Todo es divino en ellos, todo les es dictado de lo alto. Su palabra es la pura palabra de Dios: *non verbum hominis, sed verbum Dei,* dice san Pablo, He ahí la fuente fecunda de donde brota la palabra de

la Iglesia. Un depósito de verdad, un foco de luz fué colocado por Dios en medio del mundo, y en ese depósito va a beber la Iglesia, y en ese foco va a iluminarse.

Pero ¿está contenido en la Biblia y en el Evangelio todo lo que Dios dijo? No, creer esto, sería un error profundo. San Juan, al final de su Evangelio, dice: "¡Cuántas cosas fueron hechas por Jesucristo, las cuales no podría contener el mundo, si estuvieran escritas en los libros!" Y al final de su segunda Epístola, dice también: "Muchas otras cosas podría escribiros, pero no he querido hacerlo en papel y con tinta, porque espero visitaros para comunicárosla de viva voz." Esto es evidente. Los Evangelios no lo consignaron todo, los Hechos no lo refirieron todo, las Epístolas no lo enseñaron todo. Son fragmentos divinos, pero no son más que fragmentos. Si, pues, la Iglesia no encuentra toda su palabra en las Escrituras, ¿en dónde buscarla? ¿en qué otra fuente?

2.° *En las confidencias de Jesucristo.* Notemos aquí, señores, tres puntos decisivos.

1. Jesucristo nada escribió. Hubiera podido hacerlo, hubiera podido escribir con su mano divina un libro hermosísimo. Pero un libro, por hermoso que sea, no es más que un sepulcro; la verdad se encuentra en él sellada, silenciosa, cautiva, no en modo alguno viviente y hablante. Por otra parte, un libro, por claro que sea, puede siempre ser discutido; se le ataca, se le tortura, se le desfigura, y no se defiende, ni puede defenderse; está mudo y desarmado, es impotente. Jesucristo no escribió, ni siquiera ordenó que se escribiera. No hizo como Mahoma; no se levantó en la serenidad de las noches orientales para consignar en blancos pergaminos

las sentencias armoniosas de su Evangelio. Hizo algo mejor.

2. Habló, sembró. Se compara al sembrador. Camina arrojando a manos llenas el buen grano de las verdades eternas en los surcos vivientes del género humano; y remontándose al cielo, no dice a sus Apóstoles: "Buscad, meditad, escribid," sino tan sólo: Hablad. Observad todo lo que habéis oído de mi boca; estoy con vosotros; no preparéis vuestros discursos; cuando llegue la hora, yo mismo abriré vuestros labios, y de ellos brotará un acento *cui non poterunt resistere,* al cual nadie podrá resistir." Jesucristo, pues, nada escribió. Solamente habló.

3. Y confió a la Iglesia su palabra. Ensemilló a su Iglesia como se ensemilla un campo. En un campo se lanza el grano; en la Iglesia arrojó Jesucristo su palabra. Sin duda que los Apóstoles, guiados por Dios, fijaron por medio de la Sagrada Escritura, una parte de las enseñanzas de Jesucristo, pero está fuera de duda que jamás quisieron consignar en ella toda la revelación cristiana en los breves y escasos escritos que han llegado hasta nosotros.

La Iglesia habla y va a buscar su palabra en las Sagradas Escrituras y en las confidencias de Jesucristo. Al punto podéis formaros una idea exacta de la palabra de la Iglesia.

III. La palabra de la Iglesia es reproducción de la palabra de Dios.

La Iglesia nada inventa. No hace más que repetir lo

que Dios dijo, y su misión consiste en conservar, explicar y difundir la palabra de Dios.

1.º *La Iglesia conserva la palabra de Dios.* El hombre es movible, cambiante; rompe hoy lo que ayer adoró, y aun sin romperlo, lo deja caer de sus manos, desilusionado. Además, tiene horror a todo lo que le molesta. Toda verdad práctica es, un día u otro, negada, menospreciada, y ninguna verdad se defiende por sí sola. Era preciso, pues, un centinela invencible encargado de guardar la verdad revelada; una autoridad vigilante, incorruptible. asistida de lo alto, que conservase fielmente, hasta el fin, la palabra de Dios, y no permitiese que nadie pusiese mano en ella. Tal es la Iglesia. Dios le dijo: "Te doy mi palabra; guárdala toda entera. Nadie le añada nada; nadie cercene nada de ella, nadie cambie nada en ella, ni aunque te lo pida un ángel del cielo. Guarda intacto el depósito. *Depositum custodi.*" Cierto día, durante las guerras de la Revolución, quiso Kleber salvar su ejército rodeado de fuerzas superiores. Llamó a un jefe de batallón, a quien quería mucho, y le dijo: "Ocupa el desfiladero que ves al extremo de esta llanura; detén allí al enemigo durante dos horas; hazte matar y salvarás al ejército."—"Sí, mi general"—dijo el comandante; y marchó al desfiladero, y se hizo matar, y salvó al ejército. He ahí la Iglesia. Guarda la palabra de Dios, y, siempre inmortal, muere sin cesar para salvar su divino depósito. Se hace matar antes que sacrificar una parcela de la verdad que le está confiada. Más todavía,

2.º *La Iglesia explica la palabra de Dios.* La palabra de Dios está allí, bajo la guarda de la Iglesia, y nosotros somos convidados a meditarla, a abrirla, como se abre una flor, para respirar su aroma oculto. ¿Podemos

hacerlo nosotros solos? No. ¿Qué pensaríais, señores, de un religioso que, queriendo promulgar un código de leyes, en vez de confiar su interpretación auténtica y su aplicación autorizada a una asamblea de magistrados investidos de un poder indiscutible, dijera a sus súbditos: "He ahí el código que va a regiros; leedlo, interpretadlo como bien os parezca; no os obligará más que en el sentido en que cada uno de vosotros lo entienda, y siempre os será permitido rechazar toda explicación, todo comentario que choque con vuestro propio sentido?" Diríais que ese legislador carecía de sentido común, y tendríais razón de sobra. Aplicad hoy tan peregrina teoría a nuestras leyes, y mañana caeremos en el estado salvaje. ¿Y querrían que Dios, soberano legislador, entregase la interpretación de su palabra a la razón individual, es decir, en definitiva, al orgullo, a las pasiones, al egoísmo de cada cual? Esto es imposible. La palabra de Dios será o no comprendida por la ignorancia, o maltratada y desfigurada por las pasiones, si carece, para su explicación, de una autoridad viviente, auténtica, oficial, divinamente asistida. Esta autoridad existe. Es la Iglesia. Ella conserva, y ella explica, la palabra de Dios.

3.º *La Iglesia difunde la palabra de Dios.* Dios habló. Habló para todos los lugares, para todos los tiempos, para todos los hombres. La doctrina de Jesucristo no es un festín reservado a un país, a una época, a una categoría. Es el patrimonio común del género humano todo entero. Jesucristo, que no hizo más que pasar por el mundo, tuvo necesariamente que dejar tras de El una representación pública, una organización visible, un testimonio fiel de su palabra. ¿Quién cumple esta misión en el mundo? ¿Quién continúa y prolonga a Jesucristo? ¿Quién difunde su divina palabra sobre todos los puntos

de la duración y del espacio? La Iglesia. En resumen, la Iglesia no toma en sí misma la palabra que anuncia, sino que va a buscarla en las Sagradas Escrituras y en las confidencias de Jesucristo. La recoge, la guarda, la explica, la difunde, y, por consiguiente, la palabra de la Iglesia es, en realidad, la repetición y reproducción de la palabra de Dios.

La palabra de Dios está primeramente en Dios. Dios la da a su Hijo, y su Hijo la da a la Iglesia, a la que dice: "Como mi Padre me envió, así yo os envío; quien os escucha, a mí me escucha, y quien os desprecia, a mí me desprecia." Esto basta. Al escuchar a la Iglesia, a Dios mismo escucho. Estoy en la luz, vivo en la paz y en la certeza.

Así sea.

CONFERENCIA SEGUNDA

Los órganos de la palabra de la Iglesia

SEÑORES:

La palabra de la Iglesia no es su palabra; es la palabra misma de Dios, que va a buscar en las Sagradas Escrituras y en las confidencias de Jesucristo. Pero esta palabra, sacada de tan nobles fuentes, ¿cómo desciende sobre el mundo? ¿por qué órganos? Los hay de tres especies. La palabra de la Iglesia se expresa oficialmente por el Papa y los Obispos, habitualmente por los Sacerdotes, y de cuando en cuando por los mismos seglares.

I. El Papa y los Obispos son los órganos oficiales de la palabra de la Iglesia.

La Iglesia habla oficialmente ora por boca de los Concilios ecuménicos compuestos de los Obispos sucesores de los Apóstoles y presididos por el Papa, en quien el Príncipe de los Apóstoles no cesa de revivir y de enseñar hace ya diecinueve siglos, ora, y esto es lo más co-

mún, por el Papa, sucesor de san Pedro y predicador infalible de la Iglesia universal en todas las materias referentes a la fe, a las costumbres y a la disciplina general. He ahí los labios benditos de donde brota la verdad. De esos labios la recoge el sacerdote para ofrecérsela a los fieles. Al escucharlo, oís a los Bossuet, a los Tomás de Aquino, a los Bernardo, que repetían ya a los Hilario, a los Atanasio, a los Crisóstomo, ecos prolongados de los Ireneo, de los Clemente, de los Cipriano, en quienes reviven por entero san Juan, san Pablo, san Pedro, iluminados e instruídos por Jesucristo mismo. Nada tan sencillo y auténtico. Si algún sacerdote se apartara de la verdadera doctrina, sería reprendido por su obispo, y el obispo no podría apartarse a su vez sin ser reprendido por el que fué encargado de confirmar a sus hermanos en la fe.

¡Cuán hermosa e imponente es la palabra oficial de la Iglesia! En la cumbre de la jerarquía, escucha el Papa la gran voz de Jesucristo, y hace resonar sus ecos hasta las extremidades del mundo; y, unidos al Papa, los Obispos repiten su palabra, y preparan, envían, vigilan, dirigen a los propagadores de la verdad. Los teólogos confían a sabios escritos los frutos de sus laboriosas meditaciones; los clérigos estudian durante largos años para convertirse un día en educadores del pueblo cristiano; los misioneros pasean de un lugar a otro su palabra ardiente, y corren a despertar, al eco de las verdades evangélicas, los pueblos dormidos en las sombras de la muerte; los sacerdotes se hacen todo para todos a fin de anunciar a todos la doctrina de Jesucristo; finalmente, para amplificar la acción de su divina jerarquía, para universalizar su palabra, llama la Iglesia en su auxilio, y consagra a Dios legiones de religiosos y de religiosas cuya misión no es otra que sembrar el Evan-

gelio por todos los puntos de la tierra. Y sobre todos esos obreros de la luz, las bulas, las encíclicas, los sagrados cánones, los mandamientos, las pastorales hacen llover estímulos, exhortaciones, consejos, advertencias y órdenes, señalando las necesidades, estimulando los esfuerzos, elogiando los éxitos, condenando los errores, y alimentando en todas partes una piadosa emulación del apostolado. ¿Qué más hermoso que un ejército? 500.000 hombres siguen una bandera; una razón representa 500.000 razones; una voluntad 500.000 voluntades; y esta razón, esta voluntad se llama el general en jefe. Tal es el ejército pacífico de los propagadores de la verdad. Su espada es la palabra; su jefe es el Papa, con los Obispos unidos al Papa. Y la cohesión es tan íntima de la cumbre a la base de la jerarquía, que cada parte obra con el poder del todo, y el más humilde sacerdote hace palpitar con su palabra toda la vitalidad de la palabra de la Iglesia. Vais a convenceros de ello.

II. Los sacerdotes son los órganos habituales de la palabra de la Iglesia.

¿De dónde proceden? De todas partes. La Iglesia va a buscar allá abajo, junto al arado de su padre, a ese humilde hijo del labrador; arranca al estrado ese joven abogado, aleja del yunque del herrero ese pobre niño cuyos ojos deben brillar un día con fulgores enteramente distintos de los de la hulla... y así, desde las predicaciones sin arte de los pescadores galileos en las sinagogas judías, hasta las célebres catequesis de Alejandría, en las que se inmortalizaron santamente los Orígenes y los Clemente; desde las homilías de los Crisóstomo, que provocaban en el siglo IV los aplausos de Constantinopla, hasta los sermones tan sabiamente didácticos de

Bourdaloue en la capilla de Versalles; desde las humildes enseñanzas del cura de Ars, hasta los gritos arrebatadores de esa águila que se llama Lacordaire... en el curso de todas las edades por virtud de todos los medios, la palabra de la Iglesia cae como el rocío, y resplandece como la luz. Saludad, señores, la obra del sacerdocio. Nuestra misión, por pequeñas que sean nuestras personas, es grande. Somos los órganos habituales, cotidianos, incansables de la palabra de la Iglesia.

La sembramos a todo viento, como el labrador siembra el trigo. Las tempestades se desatan sobre nuestra cabeza, soplan en nuestras ramas los vientos de la persecución, nos faltan todos los apoyos humanos, y todos los obstáculos se yerguen contra nosotros; a pesar de ello, sembramos la palabra, que es el camino, la verdad y la vida. El labrador no tiene necesidad de la política, de la fuerza, de la ciencia, de la filosofía, de la habilidad; tiene el trigo, la tierra y el cielo; abre la mano y lanza la vida. Y mientras que la política humana sigue su camino, y la fuerza bate la fuerza, y la ciencia gasta la ciencia, y la filosofía de hoy entierra la filosofía de ayer, y el hábil queda envuelto en sus propias redes, el trigo cae de la mano de Dios en la mano del hombre, y de la mano del hombre en el seno de la tierra, germina, crece, verdea, madura; se recoge, se come, y el hombre vive. Así es el sacerdote. Posee la verdad. Vive primeramente de ella, la siembra luego, y el mundo, que es el campo, vive de ella a su vez.

Repetimos que nuestra misión no es pequeña. El mundo vive del Evangelio, y nosotros sembramos el Evangelio. No somos nada; pero nuestra palabra lo es todo, porque es la palabra que moraliza, que civiliza y que también reconcilia. Siempre habrá dos campos aquí bajo: el campo de los ricos y el campo de los pobres, el campo de los satisfechos y el campo de los ambiciosos, el campo de los que están arriba y tienen demasiado, y el campo de los que no tienen bastante y están abajo. Y entre estos dos campos, aparece un hombre, con el ramo de olivo en la mano y palabras de paz en los labios. Este hombre es el sacerdote. Se interpone y reconcilia. En el siglo V, hordas de bárbaros, conducidos por capitanes formidables, se precipitan sobre el mundo romano y sobre la Galia conquistada. Al punto aparece un sacerdote entre los vencedores y los vencidos, y con la cruz en la mano y el Evangelio en la boca, pide a los unos moderación en el triunfo, y a los otros ánimo y dignidad en la obediencia. Segura hubiera sido la muerte de la cultura, si los Añán, los Germano, los Gregorio de Tours, los Pretextato, los Hilario, los Remigio, no hubiesen reconciliado al pie de los altares la Galia con sus feroces invasores. En el siglo XVIII, cuando los Estados Generales se reunieron en Versalles, cuando la nobleza y el tercer estado entraron en lucha, ¿quién los reconcilió? El clero. Y hoy, ¿qué hace el sacerdote? Trabaja en reconciliar la ciencia con la religión, el Estado con la Iglesia, la escuela con el templo, el rico con el pobre. ¿Lo conseguirá? No lo sé. Pero confesad, por lo menos, que es difícil intentar más noble empresa, confesad que es hermoso aportar al mundo una palabra de moralización, de cultura, de reconciliación. Tal es nuestra misión. Somos los órganos habituales de la palabra de la Iglesia. Seglares, ayudadnos en nuestra empresa. Podéis hacerlo.

III. Los seglares son los órganos auxiliares de la palabra de la Iglesia.

Esta proposición tiene necesidad de ser explicada.

Todos los seglares no están en condiciones de tomar en sus labios la palabra de la Iglesia y de sembrarla por medio de la prensa y el discurso en la multitud de los fieles. Del mismo modo que no podemos exigir de todos los hombres que sean artistas, escritores, pensadores y poetas, tampoco podemos exigirles que sean escritores y oradores religiosos. Pero en la minoría ilustrada que posee la dicha de tener talento, fortuna, tiempo y fe, hay un buen número de hombres que, con sólo quererlo, podrían poner su palabra y su pluma al servicio de la Iglesia. En nuestro siglo hemos visto seglares de esta especie hacer un bien inmenso a la religión y a las almas, presentándose valerosamente en la lucha para defender nuestras creencias desconocidas o atacadas, e infligir a la ignorancia y a la impiedad tremendas derrotas. Citemos algunos de los más notables: Chateaubriand, Maistre, Montalembert, Augusto Nicolás, cuyos libros han obrado conversiones numerosas, aun en América. Señores, la Iglesia, para popularizar su palabra, tiene un estado mayor, el clero; pero nosotros los sacerdotes, si Dios nos ha dado algún talento, ¿tenemos tiempo para cultivar ese don divino? No. Además, ¿somos bastantes? No. Ante las necesidades del siglo, comprobamos cada día nuestra insuficiencia numérica. Finalmente, hay ciertos medios en los cuales no podemos penetrar. ¿Quién llevará la palabra de la Iglesia a esos medios en los cuales no penetra el sacerdote? ¿Quién? Vosotros los seglares, por medio del libro, del folleto, del periódico, del discurso. Es un prejuicio funesto, sobre todo en Francia, la idea de que la religión no debe salir de los templos, y que los sacerdotes, cuidadosamente encerrados en las sacristías, están exclusivamente encargados de propagarla y defenderla. Esto es falso.

Siendo la religión la savia que debe vivificar todo el

árbol, no podría reducirse a las raíces. Preciso es que salga de la tierra y ascienda a las ramas. Como el alma que anima al cuerpo, preciso es que circule por todas partes, y que haga sentir su divina y necesaria influencia, no sólo en el individuo, sino en la familia y en la sociedad. No, la religión no es el asunto exclusivo y como el monopolio del clero. Cada seglar, según la medida del talento y del tiempo de que Dios le haya dotado, debe trabajar por su fe, defenderla y propagarla. Si tiene una pluma y sabe manejarla, escriba. Si recibió el don de la palabra, hable, porque la palabra es la dueña del mundo, y puesto que los católicos poseen la verdad, no tendrían perdón si la retuvieran cautiva en su corazón y la condenaran a un silencio deshonroso y estéril.

Todos los seglares, me diréis, no son capaces de elevarse a la altura de semejante misión. Lo sé muy bien. Pero todos pueden y deben, prudente y valerosamente, cuando la ocasión se presente, en las conversaciones, en los círculos, en los talleres, en la casa, en la calle, afirmar su fe y difundir la palabra de la Iglesia. ¿Se tergiversan ante vosotros nuestras creencias, nuestras prácticas, nuestros sacramentos, nuestros preceptos? Hablad.

¿Se desfigura la historia, se la tortura, se la convierte en arma desleal contra vuestras más caras convicciones? Hablad.

¿Se niega a Dios, se niega a Jesucristo, se arrojan a la faz del Dios crucificado ultrajes que espantan la conciencia y asombran al blasfemo? Hablad.

¿Poseéis la verdad? Confesadla con valor. ¿Tenéis el derecho? Reclamadlo con altivez. ¿Tenéis conciencia? Defendedla noblemente. Hablad. Ocultándoos y callándoos, no desarmaréis los odios del ateísmo.

Hablad, os digo, hablad.

Así sea.

CONFERENCIA TERCERA

La palabra de la Iglesia es una palabra razonable

SEÑORES:

Conocemos las fuentes y órganos de la palabra de la Iglesia. Réstanos todavía estudiar sus caracteres. Ahora bien, lo primero que tenemos el derecho de pedir a toda palabra, es que sea razonable. Vamos a ver hoy que la palabra de la Iglesia responde a esta primera y elemental exigencia. Es esencialmente razonable. Fácil será convenceros de ello con sólo considerar: 1.° Los que la creen y los que la predican; 2.° Los que la rechazan y los que la discuten.

I. La palabra de la Iglesia es razonable. Pongo por testigo de ello a los que la creen y a los que la predican.

1.° *Los que creen la palabra de la Iglesia* son el número, la inteligencia y la virtud. Pesad estas tres garantías.

Contad, en el espacio de diecinueve siglos, las generaciones que pasaron aquí bajo diciendo: Creo. Añadid a este importantísimo testimonio de los antiguos el testimonio de los contemporáneos que aceptan y repiten las antiguas fórmulas del *Credo*. Ante estas multitudes de creyentes, ¿qué son las negaciones aisladas? Es el caso de decir que hay alguien con más inteligencia que Voltaire, y este alguien es todo el mundo. En tiempos de sufragio universal, séame permitido hacer valer en favor de la palabra de la Iglesia el argumento de las mayorías. Me diréis que el número se engaña, que es brutal, que no cree, que no certifica ni la verdad, ni el derecho. Verdad es.

Pero la palabra de la Iglesia no tiene solamente la adhesión de la multitud, sino también la de la porción escogida. No es posible suprimir la historia. Ahora bien, la historia nos muestra a los hombres ilustres del catolicismo formando, hace ya diecinueve siglos, un ejército inmenso, compuesto de millares y millares de individuos que creyeron después de haber trabajado, de haber estudiado, de haber discutido. Por tanto, he aquí el dilema que os propongo: o bien la palabra de la Iglesia es razonable, o bien hay que admitir una monstruosidad, a saber, la perpetuidad de la ciencia asentada sobre la perpetuidad de una estupidez. Mi buen sentido rechaza esta monstruosidad. Y si, por acaso, me engaño, voy en buena compañía, en compañía de los hombres más graves, más estudiosos, más ilustrados, más inteligentes.

Y añado, más virtuosos. Esta última observación es importantísima. La palabra de la Iglesia no es una palabra cualquiera. Es una palabra que obliga. Que Ciro, Alejandro y César obtuviesen tales o cuales victorias; que Platón y Aristóteles escribiesen tales o cuales sentencias filosóficas; que Demóstenes y Cicerón pronunciasen

magníficos discursos... ¿qué me importa todo ello? ¿Qué influencia puede ejercer todo ello en mi vida? Pero si lo que dice la Iglesia es verdadero, a saber, que Jesucristo vivió y murió por mí, que habló por mí, que es mi Maestro, mi Juez, mi Dios... esto es grave, porque esto me obliga a creer su palabra, que humilla a mi razón, a aceptar sus preceptos, que crucifican mis pasiones. La palabra de la Iglesia es misteriosa y mortificante. El hombre tenía el mayor interés en demostrar que yerra, en convencerla de absurdo, para arrebatarle toda fuerza obligatoria. ¿Lo ha hecho así el hombre cristiano? No. El hombre concluyó contra sus propias pasiones, de suerte que puso en sus conclusiones el doble peso de su inteligencia y de su virtud. Los que creen la palabra de la Iglesia me prueban que es razonable.

2.° *Los que predican la palabra de la Iglesia* me dicen lo mismo, y con más autoridad.

Son competentes. Han estudiado y estudian cada día la ciencia sagrada. Durante los más hermosos años de su vida, el sacerdote, encerrado en un seminario, estudió la religión sin preocuparse de la fortuna, sin inquietudes de familia que pudieran distraerle, sujeto a una disciplina moral favorabilísima al trabajo de su inteligencia. Cuando al día siguiente de su ordenación, el joven sacerdote abre la boca para hablar de las verdades religiosas, es más competente que las noventa y cinco centésimas partes de su auditorio. Por otra parte, no cesa de estudiar la ciencia sagrada en medio de las labores de su ministerio. Se dice con acierto: cada cual a su oficio. Pues bien, en materia religiosa, un simple cura de aldea está generalmente mejor informado que un miembro del Instituto, y aunque su inteligencia sea mediana, sus afirmaciones no carecen de valor. En arquitectura, buscamos arquitectos; en las cuestiones de estrategia, generales; en los asuntos estéticos, artistas. ¿Por qué no han de decir la última palabra, en las cuestiones religiosas y teológicas, los teólogos y los sacerdotes? Si la competencia es necesaria, debe estar en los que tienen la misión oficial de predicar, explicar y propagar la palabra de la Iglesia.

¿Diréis que los sacerdotes no podrían ser jueces imparciales en materia religiosa, porque defienden su propia causa? La objeción es fútil. Los sacerdotes pueden ser desinteresados al propio tiempo que son competentes. Por otra parte, a su lado hay muchos seglares que hablan como ellos. ¿Por ventura no hay más que sacerdotes para aceptar y defender la palabra de la Iglesia? ¿Acaso Pascal no era seglar, no era hombre del mundo, no era un genio formidable? ¿Es que Descartes no era también un hombre del mundo, un profundo pensador, un filósofo que echó los fundamentos de la certeza? ¿No tenemos en nuestra época centenares de seglares, herederos y continuadores de la ciencia y de la fe de sus ilustres predecesores? Nuestro símbolo es el mismo que el de los hombres de talento y de genio que nos han precedido en la carrera, el mismo que el de los mártires y de los santos. No balbuceemos con timidez lo que otros más grandes que nosotros cantaron con arrobamiento. No es posible imaginar una fe más certificada y definida que la nuestra. La palabra de la Iglesia es razonable. Pongo por testigos de ello el número, la inteligencia y la virtud de los que la creyeron, la competencia y el desinterés de los que la predican.

II. La palabra de la Iglesia es razonable. Pongo por testigo a los que la discuten.

1.° Considerad *a los que la rechazan.* ¿Por qué se niegan a admitir la palabra de la Iglesia? ¿Acaso porque no es razonable? Generalmente no. En realidad, prácticamente, he aquí como las cosas suelen ocurrir.

No es a los cuarenta años, en la madurez de la edad, y después de haber estudiado, cuando uno decide que la religión es un error, no, sino en la flor de la edad, bajo la doble influencia de las pasiones y de los negocios.

He aquí un joven de quince años. Ha sido educado con toda la ternura de que una madre es capaz, y se le ha visto, a los doce años, entrar en la casa de Dios, y hacer solemnemente en ella su primer acto de religión pública. Luego, apenas la doble pubertad del hombre hizo conocer a sus sentidos y a su espíritu su vivo aguijón, sin dar tiempo a que madurase su poder, impaciente por conocer los misterios de Dios y los misterios de la naturaleza, convirtióse en presa de la vergüenza de creer, al propio tiempo que perdía esa otra vergüenza que es la divina guardiana de la inocencia. Incapaz de acto viril alguno, falló sobre el hombre y sobre Dios. Dudó, negó, apostató. Sí, tiene quince años, y lo niega todo. Lo que Bossuet, Pascal, Fenelón, Descartes, creyeron tras profundas meditaciones, lo ha despreciado. Mira a la Iglesia, la escucha, o mejor dicho, no se digna ni siquiera mirarla ni escucharla, pero la juzga y la rechaza. Esto sería un ridículo, si las lágrimas no subieran a los ojos.

Pero he aquí lo que, por otro concepto es muy lamentable. Esta apostasia, en la cual la razón no entra

absolutamente por nada, es el principio de una vida que durará veinte, treinta, cincuenta años. Ese joven crecerá, madurará, vivirá y morirá quizás al cabo de una larga vejez, sin conceder diez minutos de atención al acto incalificable que decidió de su vida toda entera. Eligió una carrera, preparó su porvenir, entró en él. Pasó del demonio de las pasiones al demonio de los negocios. No da a la religión ni una hora, ni una lectura, ni un deseo. Su resolución está hecha.

Señores, en semejante modo de obrar, os desafío a que halléis un átomo de razón. Masas de incrédulos e indiferentes, que sostienen que la palabra de la Iglesia no es razonable, se quedarían absolutamente mudas y desconcertadas, si se las dijera: "¡Probadlo; demostrad vuestra falta de fe; mostrad que para obedecer a vuestra razón, os negáis a aceptar la palabra de la Iglesia!" Generalmente, señores, la incredulidad no viene de la razón, sino de la ignorancia, del descuido, de la pasión, y nada prueba, absolutamente nada, contra la palabra de la Iglesia.

Acabaréis de convenceros si

2.° Escucháis *a los que discuten* la palabra de la Iglesia, y comprobáis el poco valor de sus argumentos, a los cuales llaman racionales.

Oponen *objeciones* a la palabra de la Iglesia. ¿Pero acaso prueba esto que la palabra de la Iglesia no sea razonable? En manera alguna. Cierto día se dijo a Copérnico: "Si el mundo estuviera ordenado como aseguráis, Venus tendría fases semejantes a las de la Luna. ¿Qué respondéis a esto?" Copérnico respondió: "Nada tengo que decir. Pero Dios hará la gracia de que se encuentre una solución a esta dificultad." Un siglo después inventó Galileo el telescopio, y con él se descu-

brieron las fases de Venus. Copérnico murió creyendo en el fenómeno sin haberlo visto. Pues bien, hay objeciones contra la palabra de la Iglesia. ¿Qué importa? Buscad, esperad, tened paciencia y acabaréis por hallar la solución. Y si esta solución no llega, o no os satisface, creed por lo menos, y no neguéis a Dios y a su Iglesia la confianza que concedéis a los sabios.

Pero los que discuten la palabra de la Iglesia insisten y alegan contra ella las obscuridades insondables, *los misterios* de que está llena. Se les oye exclamar: "El catolicismo es la religión del misterio. Quieren imponernos el misterio. ¡Esto es abominable, es horrible!" Señores, no os dejéis impresionar por tan terroríficas declaraciones, conservad toda vuestra sangre fría, y poned atención en las tres consideraciones siguientes:

1.ª Los misterios son superiores a la razón. ¿Son contrarios a la razón? No, mil veces no, y los que lo sostienen poseen una fuerte dosis de ignorancia o de mala fe.

2.ª No todo es misterio en la religión. La Iglesia nos propone cinco o seis verdades incomprensibles, impenetrables... esto es todo. Casi toda su doctrina se baña en plena luz, es accesible a todos los espíritus.

3.ª ¿Habremos de asombrarnos porque haya algunos misterios en la religión? No. Hay misterios en la naturaleza; sería extraño que no los hubiese en la religión. ¡Cosa curiosa! Los mismos hombres que se muestran arrogantes con los misterios de Dios, son supersticiosos con los misterios de la naturaleza. Decidles que, bajo las apariencias del pan eucarístico, Dios está presente todo entero—escribe el P. Causette,—

y sonreirán plácidamente, porque no lo han visto, tocado, analizado; pero decidles que Saturno y Júpiter pesan tantos kilógramos, y harán un acto de fe como si hubiesen sostenido la balanza. Quisieran que Dios dejase de ser infinito para reducirse a la medida de su espíritu, que es finito, y, como dice Bossuet, "para no tener que creer misterios incomprensibles, siguen, uno en pos de otro, incomprensibles errores." ¿Es esto razonable? ¿acusa buen sentido? No.

Cantad vuestro *Credo*, señores, cantadlo sin temor. Cantadlo con la boca y el corazón. Cantadlo con el doble acento de una razón convencida y de una fe invencible.

Así sea.

CONFERENCIA CUARTA

La palabra de la Iglesia es una palabra honrada

SEÑORES:

La palabra de la Iglesia es una palabra razonable. Añado que es también una palabra honrada. Hay de la parte del mundo palabras deshonrosas, palabras que engañan, palabras que corrompen. No es así la palabra de la Iglesia. Es sincera, es pura. Dice la verdad y predica la virtud.

I. La palabra de la Iglesia es honrada. Dice la verdad.

Señores, ¡cuántas palabras mentirosas resuenan en nuestro mundo contemporáneo! ¡Cuántas palabras deshonrosas llenan los oídos del pueblo, engañan su espíritu e inflaman su alma, prometiéndole una dicha inmediata, injusta y quimérica! Es fácil electrizar a las masas con el cebo del goce y la explotación criminal de las más bajas codicias. Es fácil especular con la co-

bardía de los que poseen y la avidez de los que nada tienen. Es fácil subir al estrado de una sala de conferencias o instalarse en las columnas de un periódico, y decir a la muchedumbre anhelante y doliente: "Hermanos míos, hay hombres que gozan de todo, y nosotros vivimos en la miseria; hay hombres que mandan, y nosotros estamos en la servidumbre; hay hombres que se divierten, y nosotros penamos. ¡Paso a la justicia del pueblo! En adelante, nosotros poseeremos, mandaremos y gozaremos. Nuestra será la tierra, nuestro el dinero, nuestro el poder." Con este lenguaje inflamado, fingen ilustrar al pueblo y consolarlo, pero en el fondo le engañan y le explotan. Semejante manera de hablar es quizás hábil, pero ciertamente deshonrosa, y prepara a la muchedumbre engañada decepciones peores que los males de que tratan de libertarla. A pretexto de consolar al obrero, se le engaña, se le agria, se le irrita, se le desmoraliza. No se disminuyen sus miserias físicas, y sus miserias morales aumentan en la medida en que, perdiendo la fe, pierde la moralidad, la resignación y la esperanza. Desde lo alto de esta cátedra, os denuncio y condeno las palabras deshonrosas que asaltan diariamente al pueblo y lo pervierten; las palabras deshonrosas que desilusionan la tierra al suprimir el cielo, que no remedian nada y acaban por perderlo todo.

Escuchad la palabra de la Iglesia. Es honrada porque es sincera, porque dice la verdad, toda la verdad. Sin duda que somos los amigos de los pequeños y de los humildes. Hemos defendido la causa del pueblo en todos los siglos y en todos los regímenes. Inocentes de sus padecimientos, no somos responsables más que de su liberación y de su grandeza. Y hoy más que nunca nos preocupamos de su suerte espiritual y material, y

quisiéramos mejorar, con la caridad, con la solidaridad cristiana, con instituciones económicas, los aspectos humillantes y lúgubres de su estado. Somos sus amigos y sus bienhechores, pero lo que no hemos hecho, ni haremos jamás, es engañarlo. No le hemos dicho, ni le diremos jamás, que su paraíso está en la tierra, que para él todo se reduce a amontonar y gozar, que todo patrono es su enemigo, que llegará un día en que el progreso le dispensará del trabajo y le libertará del dolor. No le decimos esto porque esto es falso, y porque hay algo peor que el dolor: la decepción. No, la Iglesia no es embustera, no compra la popularidad con mentiras, sino que se adelanta hacia el hombre que trabaja y padece, y le dice y le repite que el trabajo es la ley del género humano; que el trabajo de la inteligencia no es ni menos pesado, ni menos penoso que el trabajo manual; que la desigualdad de las condiciones es una ley providencial; que las superioridades sociales son merecedoras de respeto; que hay que aceptar sin rebelarse la parte que Dios nos hizo de los bienes de este mundo; que no está en la mano de nadie abolir el dolor; que la verdadera dicha del hombre no consiste en multiplicar sus goces con sus necesidades, sino en moderar sus deseos y en gobernar su voluntad siguiendo la ley divina; que no tenemos nuestro fin en nosotros mismos, sino en Dios, que nos espera al término de una vida de trabajo y de pruebas para coronarla de gloria y de inmortalidad. He ahí la palabra de la Iglesia. Es austera, pero es verdadera. Tiene el primer carácter de la honradez, que consiste en no mentir, aun cuando se tenga interés en mentir, y en decir la verdad, aun cuando la verdad disguste al que la oye y perjudique al que la anuncia. Vamos más allá: la Iglesia no sólo dice lo que es verdadero, sino también lo que es bueno.

II.° La palabra de la Iglesia es honrada. Predica la virtud.

"Cuando una lectura realza el espíritu—dice La Bruyère,—y os inspira sentimientos nobles y animados, no busquéis otra regla para juzgar de la obra; es buena y hecha de mano maestra." Escuchad la palabra de la Iglesia; se revela y se justifica por sólo su acento.

Predica la ley de Dios, la ley de la conciencia, la ley del Decálogo, la ley del Evangelio. Nos conserva su texto puro, determina su sentido. Precisa sus exigencias, hace sus aplicaciones. ¿Lisonjeó jamás la Iglesia el orgullo o las pasiones sensuales? No. Exalta la virtud, condena el vicio. Un simple pensamiento, una mirada reputados como criminales al igual del acto; una palabra de desprecio, un deseo de venganza juzgados dignos de castigo; un acto de complacencia sobre uno mismo que puede destruir toda una cosecha de sacrificios y de virtudes; he ahí la moral de Jesucristo. La Iglesia la predica en alta voz, cada día en todas sus cátedras. Se dejará matar, perderá pueblos enteros antes que sacrificar una sola sílaba de su doctrina moral... ¡He ahí la honradez! A su lado, habrá sectas u hombres que acomodarán su palabra a las exigencias de la situación, que inmolarán los derechos de la conciencia en el altar del interés, que harán a las más viles pasiones concesiones deshonrosas, que capitularán ante las reclamaciones de la iniquidad. ¡La Iglesia jamás! Predica la ley de Dios, la predica en las horas de turbación como en las horas de prosperidad; la predica a sus fieles, que la escuchan, y a sus enemigos, que la maldicen. Personas honradas, ¡saludad esta divina institución! Lleva en sus manos los principios de la vir-

tud, de la justicia, del derecho. ¿Son necesarios estos principios? Sí. ¿Puede uno vivir sin ellos? No. ¿Quién los posee, quién los enseña? La Iglesia.

Unicamente la Iglesia obra sobre los corazones y hace germinar en ellos la virtud. Los sabios antiguos y los modernos se lanzan con pasión a descubrir para la sociedad combinaciones más o menos ingeniosas que hagan felices a los hombres. Apelan para ello a la ciencia, a las instituciones políticas y económicas. Pero todas esas combinaciones, por hábiles que sean, no pueden tener eficacia alguna mientras el corazón no cambie. Lo que ante todas cosas hay que formar o reformar en la sociedad, es el hombre, y, en el hombre, el corazón, porque del corazón procede todo. He ahí el rasgo original de la Iglesia. Se dirige al hombre, y le hiere en el corazón. Toda su doctrina se reduce a la elevación progresiva del individuo por la pureza del corazón. Se nos habla mucho de la ciencia. Pero ¿es capaz la ciencia por sí misma de obrar sobre los corazones, de moralizarlos, de elevarlos, de transfigurarlos? No. Las matemáticas, la filosofía, la elocuencia, la poesía, la historia, no obran sobre los corazones, o no obran más que en la medida de su conexión con la ciencia religiosa. Ahora bien, la Iglesia, que distribuye la ciencia religiosa, es la Iglesia que pone en las almas la divina semilla del bien. Predica la virtud, la predica animosa y eficazmente. ¿Queréis una prueba sin réplica de la honradez de su palabra? Hela aquí.

Todas las malas pasiones maldicen la palabra de la Iglesia. A veces preguntáis, señores, por qué la Iglesia encuentra en su camino tantas persecuciones; por qué, intentando hacer el bien y haciéndolo sin cesar, oye sin cesar en torno de ella voces que desnaturalizan sus intenciones y calumnian sus actos. Permitidme que ponga

de relieve este misterio de ingratitud. La Iglesia es impopular... ¿por qué? Porque es honrada, porque predica la moral. La Iglesia, al condenar todas las pasiones, las amotina necesariamente contra ella. De pie en su cátedra, que se llama, y lo es en realidad, la cátedra de la verdad, hablando en nombre del cielo, dice la Iglesia: "¡Creo en Dios!" Pero hay hombres que dicen: "¡No hay Dios!" ¿Cómo queréis que la Iglesia se entienda con esos hombres?

La Iglesia dice: "Existe el infierno." Pero muchos, que están interesados en que no haya infierno, acogen estas palabras con estremecimientos de cólera. ¿Cómo queréis que la Iglesia se entienda con ellos?

La Iglesia dice: "¡Adorarás un solo Dios!" Pero hay muchos que adoran el dinero, otros su puchero, otros su colocación; y aun hay quien adora al sol, o se adora a sí mismo. Mas la Iglesia eleva su voz vengadora, y exclama: "¿Qué ha sido Dios hasta aquí en vuestra alma? Nada. ¿Qué debe ser? Todo. Tened cuidado. Dependéis de su poder, vivís de su providencia, hay que contar con su justicia." ¿Cómo queréis que se entienda con los que no quieren dar a Dios ni un pensamiento de su espíritu, ni un latido de su corazón, ni un minuto de su vida?

La Iglesia dice: "¡No jurarás el nombre de Dios en vano!" Pero hay muchos que no conocen el nombre de Dios más que para maldecirlo, o bien para pronunciarlo con lengua blasfematoria, o para profanarlo con falsos juramentos. ¿Cómo queréis que la Iglesia se entienda con ellos?

La Iglesia dice: "¡Guardarás el domingo!" Pero hay muchos a quienes este deber importuna; hay otros que prefieren embrutecerse el lunes a santificar el do-

mingo. ¿Cómo queréis que la Iglesia se entienda con ellos?

La Iglesia dice: "¡Honrarás a tu padre y a tu madre!" Pero hay hijos que esperan sus quince años, que se anticipan a veces, para sacudir el yugo del respeto y de la obediencia; y hay otros que permiten que a sus ancianos padres los consuman las privaciones y la miseria. ¿Cómo queréis que la Iglesia se entienda con esos hijos ingratos, indisciplinados, sin corazón y sin entrañas?

La Iglesia dice: "¡No matarás!" Pero hay muchos que viven sumergidos en el odio, la discordia, las querellas; que meditan cada día proyectos de venganza; que antes preferirían perder un miembro que perdonar una injuria. ¿Cómo queréis que la Iglesia se entienda con ellos?

La Iglesia dice: "¡No serás impúdico!" Pero hay muchos que siguen como dóciles esclavos su perversa naturaleza, que se permiten de la mañana a la noche placeres prohibidos, conversaciones culpables, imágenes peligrosas, lecturas emponzoñadas, compañías corrompidas. ¿Cómo queréis que la Iglesia se entienda con ellos?

La Iglesia dice: "¡No hurtarás!" Pero hay muchos para los cuales la riqueza lo es todo, que han dado con caminos cortos y cómodos para hacer llegar a sus manos el bien ajeno. ¿Cómo queréis que la Iglesia se entienda con ellos?

La palabra de la Iglesia, señores, es una palabra honrada. Pongo por testigo de ello los odios y las maldiciones de los impíos y de los libertinos. La Iglesia tiene el incomparable honor, el privilegio excepcional de excitar la cólera del ateo, del materialista, del pervertido, de todo hombre, en una palabra, que ultraja aquí

bajo, con su palabra, con su pluma, con sus obras, la virtud y la moral, es decir, a Dios mismo. La causa del bien está identificada en este mundo con la causa de la Iglesia.

Saludad, señores, la palabra sincera e incorruptible de la Iglesia. Ella dice la verdad. Ella predica la virtud. ¡Honor a ella!

Así sea.

CONFERENCIA QUINTA

La palabra de la Iglesia es una palabra importante

SEÑORES:

La palabra de la Iglesia es una palabra razonable y honrada. Esto ya es algo. Pero hay más todavía. Es una palabra importante, soberanamente importante. En efecto, resuelve los más grandes problemas del orden moral y religioso, del orden doméstico y social. Veámoslo.

I. La palabra de la Iglesia resuelve los más grandes problemas del orden moral y religioso.

El viajero que atraviesa el Océano, que va de un mundo a otro, llevado por débil esquife, no está obligado a conocer una por una todas las estrellas del firmamento; no puede hacerlo. Tampoco está obligado a conocer en todos sus detalles todos los abismos y todas las rocas que encubre la inmensidad de los mares; no

puede hacerlo. Pero, so pena de extraviarse y de estrellar su embarcación contra los escollos, está obligado a conocer por lo menos ciertas estrellas más resplandecientes, ciertas constelaciones que indican la recta ruta a través de las espesas brumas del océano; está obligado a conocer por lo menos tales o cuales corrientes, que debe seguir o evitar, tales o cuales rocas, en que puede desembarcar o hay que costear. Arrojados por la mano de Dios al vasto océano de la vida presente, no podemos saberlo todo. Esto no obstante, so pena de equivocar la ruta y perder nuestro destino, debemos poseer algunas verdades esenciales, primordiales, que son patrimonio necesario de todo ser racional. ¿Quién soy? ¿de dónde vengo?, ¿a dónde voy? ¿por qué camino? He ahí cuestiones que brotan espontáneamente del alma humana y esperan una respuesta.

Sobre esto nada puede decirnos el libre pensamiento; bien merece que le arrojemos al rostro los hermosos versos de Musset:

> ¡Ah, pobres insensatos, cerebros miserables,
> Que de tantas maneras lo habéis todo explicado
> Para escalar el cielo, os faltaban las alas!
> Teníais el deseo, más la fe os ha faltado.

Escuchad la palabra de la Iglesia. Ella responde a todas las cuestiones. Ella resuelve los más arduos problemas del orden moral y religioso.

¿Quién soy? Un ser compuesto de alma y cuerpo, un ser libre y responsable, un ser caído por la prevaricación del que llevaba en sus fértiles entrañas toda la raza humana, pero un ser divinamente restaurado por el nuevo Adán, cuya sangre preciosa expía todos los crímenes y vivifica a todos los hombres.

¿De dónde vengo? Vengo de Dios, el Ser de los seres,

la naturaleza infinita. Vengo de Dios creador y providencia, de Dios único en su esencia y triple en sus personas, de Dios que es mi principio y mi dueño, y será mi juez.

¿A dónde voy? Al cielo, a la patria de los elegidos, al seno de Dios, a los brazos de la perfecta Bondad. Mi vida pasajera es el noviciado de esta vida sin fin. La tierra, sombrío y triste valle, es el pórtico del templo que habitan la luz y la felicidad. El sepulcro mismo, el sepulcro en que se pudren nuestra carne y nuestros huesos humillados, es como la matriz de su gloria y su inmortalidad. Voy a la vida eterna.

¿Por qué camino? ¿Qué debo hacer para llegar a mi destino? ¿Qué debo hacer? La Iglesia me responde. Ella me traza la ley religiosa, la ley moral, la ley cristiana.

La Iglesia nos explica la ley religiosa. Nos dice: "Dios es espíritu, y los que le adoran deben hacerlo en espíritu y en verdad." En una palabra, nos revela la naturaleza de Dios y el culto que le es debido. Con una palabra disipa las nubes del ateísmo, del panteísmo, de la idolatría.

La Iglesia nos anuncia la ley moral. Pone ante nosotros este gran principio que supera a todo ideal humano: "Sed perfectos como mi Padre celestial es perfecto." No es posible asignar a nuestra actividad un término más elevado y más sublime. El progreso material no es nada sin el progreso moral, y el progreso moral no es más que una quimera fuera de Dios, único que ilumina y transfigura las almas. "Amad a Dios sobre todas las cosas, y al prójimo como a vosotros mismos." La Iglesia promulga la ley del amor de Dios y del prójimo; la explica, la desarrolla, la detalla en esos magníficos preceptos del Decálogo que son el código inmortal de la moralidad, y en los consejos evangélicos, que son como la floración radiante de la perfección.

Finalmente, la Iglesia me dice que, para llegar a mi destino, para cumplir la ley religiosa y la ley moral, debo acercarme a Jesucristo, que es el centro de mi vida, y sacar la luz, la fuerza, la virtud y el mérito de su divino contacto.

Así es como la palabra de la Iglesia resuelve los más grandes problemas del orden moral y religioso. Toda la filosofía antigua naufragaba miserablemente contra estos tres escollos: la multiplicidad de los dioses, la desigualdad creciente del género humano llevada hasta la esclavitud, y la obscuridad más profunda sobre los fines eternos del hombre. La Iglesia, abriendo y explicando el Evangelio, nos dice: "No hay más que un solo Dios. Es espíritu, y quiere adoradores que se le parezcan. Todos sois hermanos. Llegará un día en que se haga la partición de los buenos y los malos." En tres brochazos queda terminado el fresco; tenemos formado el cuadro completo, el ideal de nuestros orígenes y de nuestros destinos, de nuestros derechos y de nuestros deberes; sabemos lo que somos, de dónde venimos, a dónde vamos, y por qué camino.

La Iglesia, por otra parte, no se queda en esas alturas, sino que desciende a la realidad de nuestra vida cotidiana, y todavía allí tiene algo importantísimo que decirnos.

II. La palabra de la Iglesia resuelve los más grandes problemas del orden doméstico y social.

¿Cuáles son las condiciones de la felicidad, de la estabilidad para la familia? La palabra de la Iglesia es

todavía aquí magnífica en precisión y elevación. "No separe el hombre—dice—lo que Dios unió." Y pone en plena luz, y asienta sobre fundamentos inquebrantables los dos principios de la unidad e indisolubilidad conyugal. A las manos de la Iglesia fueron confiados los nudos sagrados del matrimonio, y ya sabéis con qué tenacidad guardó este depósito. La frívola Atenas, la impúdica Corinto, los últimos romanos y los primeros bárbaros, la licencia de los príncipes y del pueblo de la Edad Media, las supuestas reformas del protestantismo, la debilidad de los códigos intentaron aumentar, disminuir, corromper la palabra de la Iglesia. La Iglesia no cedió, y hoy como ayer, y mañana como hoy, predica la unidad e indisolubilidad del lazo conyugal.

Del mismo modo, para dirigir la marcha de la sociedad, anuncia principios que son como antorchas que guían nuestros inciertos pasos.

Promulga, en primer lugar, el principio *de la unidad,* diciendo: "Todo reino dividido perecerá." Recuerda que en la sociedad, el cuerpo y el alma, los intereses materiales y los espirituales deben marchar unidos, que es un crimen separarlos. Alejar la una de la otra, las fuentes vivas para hacer que corran en sentido inverso, como el Rhin y el Danubio, el uno al Norte, el otro al Mediodía. ¿Qué queréis que sea un pueblo dividido sino una arena sangrienta, y luego un desierto que hará decir un día a la posteridad: "Tenían todo lo necesario para vivir felices, poderosos, tributar gloria a Dios y ser ornamento del mundo. Cayeron... ¿Por qué? Porque estaban divididos, *omne regnum in se divisum desolabitur.*" Mas a este primer principio de unidad social,

La Iglesia añade otro, el principio *de autoridad.* Declara que la sociedad tiene necesidad de un poder, y que este poder debe ser un servicio público, y no la

satisfacción de una fortuna o de una ambición personal. Cuando leo ciertos historiadores, y les oigo declarar que los hombres de 1789 fueron los que por primera vez proclamaron que el gobierno es un servicio público, les digo: "Os engañáis en cuanto a la fecha. Hace ya mucho tiempo—diecinueve siglos—que la Iglesia, inspirándose en palabras y ejemplos de Jesucristo, enseñaba que gobernar es servir: *qui major est fiat sicut minor, et qui ministratur sicut qui ministrat.*"

La Iglesia promulga un tercer principio de vida social, el principio de la *obediencia.* Dice: "Dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios." Pone en la misma línea los derechos de la conciencia y los derechos del poder, y si hay conflicto, da a Dios la preferencia sobre César, porque vale más obedecer a Dios que a los hombres. Pero, aun en este caso extremo, admirad su sabiduría. Declara que hay que respetar el poder. Dad al César lo que es del César." La Iglesia decía esto cuando César no era un ser muy amable. César se llamaba Tiberio, Nerón, Diocleciano. Oprimida por tan crueles emperadores, la Iglesia condenaba sus actos perversos, pero respetaba sus personas revestidas de los atributos del poder. Dirigiéndose a los emperadores romanos, que ciertamente no eran suaves para ellos, pues con frecuencia terminaban el examen de de sus pacíficos alegatos enviándolos al anfiteatro, los Justino, los Cuadrato, los Tertuliano, no les hablaban más que con soberano respeto. ¿Por qué? 1.º Porque las violencias del lenguaje nunca conducen a nada y no pueden hacer más que retardar el triunfo de las mejores causas; 2.º Porque el poder, desde el momento en que es legítimo, debe ser respetado, aun cuando su legislación merezca ser discutida y combatida. Tal

es la doctrina de la Iglesia, manifiestamente repleta de justicia, de sabiduría y de moderación.

Pero no acaba todo aquí. Para iluminar el mundo tan agitado y tumultuoso de la sociedad, la Iglesia introduce un cuarto principio, ignorado o desconocido antes de ella, el principio de la *fraternidad* y de la solidaridad. Se eleva en medio de la esclavitud antigua, y, repitiendo las palabras de su Maestro, dice: "Todos sois hermanos. Lo que deseéis que os hagan los hombres, empezad por hacerlo con ellos. Lo que deis al más pequeño de los hombres, a Dios se lo dais. Un vaso de agua fría no quedará sin recompensa. Amaos los unos a los otros." Enumerad, señores, los beneficios producidos por estas palabras: "¡Todos sois hermanos!" Contad los hospitales abiertos, los pobres alimentados, los huerfanos recogidos y abrigados. Pensad en las cadenas rotas de los esclavos, en la rehabilitación de los débiles, en la dulcificación de las costumbres, y en la elevación progresiva de las clases populares, que es el fenómeno saliente de los últimos tiempos... Todo brotó de estas palabras tan sencillas lanzadas por la Iglesia a todos los ecos del mundo: "¡Todos sois hermanos!" Señalemos el último beneficio de la palabra de la Iglesia. Sabe que los hombres son hombres, y que, por lo tanto, el género humano estará siempre más o menos dividido por opiniones e intereses contrarios, y entonces, para impedir que los hombres se precipiten cruelmente los unos contra los otros,

Anuncia un quinto principio, muy importante por cierto, el principio de la *tolerancia*. Con su Maestro, prohibe arrancar violentamente la cizaña del campo del padre de familia, por miedo a que, arrancando la cizaña, se arranque también la buena planta. Quiere que una y otra crezcan hasta la cosecha. Nos muestra a Jesucristo rechazado injustamente de una ciudad y a los Apóstoles fogosos, indignados, que le dicen: "Maestro, permite que hagamos descender fuego del cielo sobre esta ciudad inhospitalaria." A lo que Jesús responde al punto: "No. No sabéis de qué espíritu estáis hechos. No he venido a perder, sino a salvar. ¡Fuera la violencia!" Así habla la Iglesia. Inflexible en los principios, está llena de condescendencia en el terreno de los hechos y con relación a los hombres. No permite que el error usurpe el nombre del derecho, pero no se niega a las tolerancias que la disposición de los espíritus y el estado particular de las sociedades pueden hacer necesarias o útiles.

En resumen, la Iglesia posee la ciencia de las grandes leyes y de los principios universales, y su palabra es como una fuente de luz que ilumina al mundo moral y religioso, al mundo doméstico y social. Su palabra es soberanamente importante; merece sin la menor reserva vuestra admiración, vuestra gratitud, vuestra docilidad.

Así sea.

CONFERENCIA SEXTA

La palabra de la Iglesia es una palabra sublime

SEÑORES:

La palabra de la Iglesia es una palabra razonable, honrada, soberanamente importante. Esto no es decirlo todo. Es un palabra sublime. Viene de más arriba y de más lejos que toda otra palabra. Posee la elevación y la extensión. Veámoslo.

I. La palabra de la Iglesia viene de más arriba que toda otra palabra.

Hay en el mundo grandes palabras: la palabra del sabio, del magistrado, del príncipe. El sabio habla en nombre de la razón. El magistrado en nombre de la ley. El príncipe en nombre de la patria. La razón, la ley, la patria, son nobles cosas, y el que hable en su nombre de un manera sincera, merece ser escuchado y

obedecido. Esto no obstante, todas esas palabras, tan grandes cuando las considero en sí mismas, no son nada cuando las comparo con la palabra de la Iglesia. La Iglesia no habla ni en nombre de la ciencia, cosa profana, ni en nombre de la ley, cosa movible, ni en nombre de la patria, cosa local, ni en nombre de la filosofía, cosa discutible, ni en nombre del afecto, cosa personal. Habla en nombre de Dios. "Quien os escucha, a mí me escucha—dice Jesucristo.—Como mi padre me envió, así yo os envío. Id, pues, y enseñad. *Euntes ergo docete!*" La velocidad y majestad de un río se miden por la altura de sus fuentes. Apreciad, pues, la sublimidad de la palabra de la Iglesia. Desciende del seno mismo de Dios, de las profundidades de la eternidad.

Conocéis por su fama, y algunos de vosotros han visto, al gran artista que hace poco atraía una muchedumbre inmensa a nuestra catedral, en la que él mismo dirigía su misa de Juana de Arco. Pues bien, hace pocos años, Gounod, ese artista eminente, que es al propio tiempo un humilde cristiano; cierto día ayudaba a misa como un simple niño de coro en una capilla particular, porque faltaba el monaguillo ordinario. A las palabras del primer salmo, *Confitebor tibi in cithara,* se estremece el artista, se conmueve su alma, parece que su espíritu se eleva sobre las realidades que le rodean para entrar en una especie de éxtasis. El venerable eclesiástico que celebraba la santa Misa comienza a temer alguna distracción embarazosa, pero la Misa continúa, y al llegar al Evangelio, el humilde servidor traslada el misal al otro extremo del altar. Luego fija sobre el sagrado texto ávida mirada y sigue religiosamente la lectura mientras que el sacerdote recita en voz alta el admirable evangelio de las ocho beatitudes. Terminada la lectura, Gounod deja escapar casi gritando,

esta exclamación: "¡Ah, qué hermoso es esto, señor cura! ¿Por qué no volvemos a empezar?"

¿Qué es, señores, la palabra de la Iglesia? Es la repetición de la palabra de Jesucristo; luego es la palabra sublime por excelencia. Los grandes pensamientos, las grandes máximas, las bellas expresiones, ¿en dónde las hallaremos más apremiantes que en el Libro tan admirablemente hermoso, que manifiestamente no es obra del hombre, esto es, el Evangelio? Pues bien, la palabra de la Iglesia, es el eco del Evangelio. En él va a buscar la Iglesia las verdades que anuncia. ¿Quién es Dios y cuál es su vida íntima? ¿Qué es el alma y cuál es su destino? ¿De dónde viene el hombre y cuáles son sus deberes? ¿Qué es la Providencia y cuál es su marcha en el gobierno de nuestra vida y en el gobierno del mundo? Vosotros, los que habéis encanecido sobre los libros, los que habéis conquistado el renombre de sabios, no lo sabéis o sólo lo sabéis a medias, lo ignoráis, vaciláis, balbucís. Pero la Iglesia lo sabe, lo predica, lo explica. Habla mejor que Platón, mejor que Aristóteles, mejor que Cicerón, mejor que todos los académicos, mejor que todos los oradores del Parlamento. Repite a Jesucristo, lo cual es decirlo todo. Viene de muy arriba, de más arriba que toda otra palabra. Esto os explica que es ella capaz de cautivar, por su grandeza, a las almas escogidas, ávidas de altas y profundas especulaciones, y que se acomoda, al propio tiempo, por su sencillez, a las inteligencias más humildes. Se parece al sol que vierte su luz y su calor lo mismo sobre la brizna de hierba que sobre la encina.

Tiene una elevación que pertenece a ella sola. Tiene también una extensión que en vano buscaríais en parte alguna.

II. La palabra de la Iglesia va más lejos que toda otra palabra.

Acabo de compararla con el sol, que tan alto está situado. Puedo compararla con el océano inmenso que bate con sus olas poderosas las riberas de dos mundos. Es grande como el océano. Va del cielo a la tierra, del tiempo a la eternidad, del hombre a Dios; explica la vida presente, descubre los secretos de la vida futura. Hay hombres que estudian a Dios, al género humano, a la naturaleza. La Iglesia los supera en cien codos.

El filósofo interroga a su razón sobre las altas y difíciles cuestiones de la divinidad, de la naturaleza del hombre, de su origen, de su destino, de sus deberes; explora con cuidado las producciones más ignoradas de la sabiduría antigua, y se considera dichoso si hace brotar con gran trabajo una chispa de verdad. La Iglesia va más lejos. Nos refiere la vida íntima de Dios, la dignidad infinita del alma humana, nuestro divino origen y el destino sobrenatural que nos espera en la otra vida.

El historiador compulsa los anales de los pueblos, estudia sus instituciones, sus leyes, sus costumbres, su sucesión en la tierra. La Iglesia va más lejos. Nos refiere la historia de la religión, es decir, las operaciones sobrenaturales de Dios aquí bajo, sus revelaciones sucesivas, el reino de su Hijo en las almas, la preparación, establecimiento, conservación, combates y triunfos de la sociedad religiosa cuyo jefe es Jesucristo, el advenimiento del Verbo encarnado, en torno del cual se agrupan todas las edades, y se mueven todos los hechos; en una palabra, la acción de la Providencia sobre.

el hombre, o la historia de los pueblos por su aspecto más impotente y sublime.

El sabio se lanza hacia los cielos, desciende hasta las entrañas de la tierra, explora el mundo sideral, el mundo mineral, el mundo vegetal, el mundo animal. La Iglesia va más lejos. Explora el mundo humano y el mundo divino. Nos refiere las relaciones secretas que unen a los mundos. Sobre esto, la ciencia nada tiene que decirnos. Sin duda que la Iglesia no nos dice cómo va el cielo, pero nos dice cómo se va al cielo: *non quomodo it cœlum, sed comodo itur ad cœlum!* Tiene palabras de vida eterna.

El político, si es honrado e inteligente, sabe que todo poder viene de Dios y que todo gobierno debe imitar aquí bajo la paternal providencia de Dios. La Iglesia va más lejos. Asigna a las naciones cristianas un fin digno de su vocación, y, salvaguardando la moralidad de las almas, asegura la felicidad de los pueblos. Si la palabra de la Iglesia desapareciera, llevándose consigo las verdades que anuncia, ¿en qué se convirtirían nuestras artes, nuestras letras, nuestras ciencias? Una cortesía sin costumbres, una civilización exterior, mil veces más funesta que la más estúpida ignorancia, brillantes inutilidades, o instrumentos de corrupción. El día en que la cátedra de la Iglesia fuera reemplazada por la tribuna del político, quedaría perdido el mundo.

El economista inventa combinaciones siempre nuevas para la difusión y equitativo reparto del bienestar; en cuanto es posible, hace de la tierra un paraíso. No va descaminado, pero a condición que respete las reglas del buen sentido y de la imparcial justicia. La Iglesia va más lejos que el economista. Se eleva por encima

de los fríos cálculos de la filantropía, y difunde por el mundo el calor de la divina caridad.

Hay, señores, entre la palabra de la Iglesia y las palabras puramente humanas, la misma distancia que hallamos entre los edificios religiosos y los profanos. El viajero que llega a Orleáns por la orilla izquierda del Loira tiene ante sus ojos un magnífico espectáculo. Nuestra ciudad se le aparece como un vasto bosque escalonado en una suave pendiente, y de este conjunto inextricable y confuso, emergen algunas cimas luminosas e imponentes que atraen sus miradas y provocan su admiración: son las torres de nuestra catedral y los campanarios de nuestras iglesias. Cierto que nuestros monumentos civiles son importantes, pero acusan su pequeñez en comparación de nuestros monumentos religiosos. Nosotros, hijos de la fe, hemos cogido una humilde piedra, la hemos arrojado al aire, a la cumbre de nuestros templos, y le hemos dicho: ¡Quédate ahí y ora! He ahí la imagen de la palabra.

Permitidme que indique aquí otro signo de su superioridad. Toda palabra humana puede engañarse, y cuando una palabra humana se engaña, ¿en dónde se encuentra aquí bajo la palabra divinamente competente y autorizada para reformarla y corregirla? La palabra de la Iglesia es la que endereza y ordena todas las palabras.

Con demasiada frecuencia se engaña la filosofía. Sería preciso más de un discurso para enumerar los descarríos y locuras de los antiguos filósofos. ¿Y la filosofía contemporánea? Por desgracia, agita más problemas que puede resolver. Sus ideas de hoy ya no son las que profesaba ayer, y en la hora actual no son raros los filósofos negadores que extirpan furiosamente hasta las últimas raíces de la razón.

Con demasiada frecuencia se engaña también la historia. Tortura los hechos para obligarlos a deponer en favor de un sistema. Interpreta los acontecimientos en detrimento del gobierno providencial y de su carácter sobrenatural.

Con demasiada frecuencia se engaña igualmente la ciencia. Con temerarias afirmaciones fundadas en una observación poco atenta e inacabada de los fenómenos, echa por tierra el orden de la creación.

Con demasiada frecuencia se engaña del mismo modo la política. La vemos aspirar a la dirección de las conciencias y absorber al sacerdocio en el imperio, el poder espiritual en el poder temporal.

Con demasiada frecuencia se engaña de igual suerte la ciencia económica. Unicamente preocupada de la materia, sustituye el bienestar del cuerpo a la felicidad del alma, suprime las compensaciones de la otra vida y coloca el cielo aquí bajo.

Felizmente, la palabra de la Iglesia está ahí para corregir los extravíos, para reformar los errores, para llenar las lagunas de la filosofía, de la historia, de la ciencia, de la política, de la economía social. La Iglesia no es enemiga de esas ciencias puramente humanas; es su hermana primogénita y su compañera fiel. Las supera al propio tiempo que las asiste. Las toma en sus robustos brazos, y las protege contra todo peligro de error. Va más lejos que ellas pueden ir, y, dejándoles la libertad de moverse en la esfera que les es propia, impide que se descarríen yendo a donde no deben ir. La palabra de la Iglesia es una palabra verdaderamente sublime. Viene de más arriba y va más lejos que toda otra palabra.

Señores, hay en la tierra una palabra más importante, más elevada, más extensa que la palabra de los filósofos, de los sabios, de los legisladores. Hay una palabra que nos revela, no el secreto de la naturaleza, sino los secretos de Dios, del alma y de la eternidad. Hay una palabra que encierra y expresa una metafísica impecable, una teodicea admirable, una moral perfecta. Es la palabra de la Iglesia. Quienquiera que seáis, ricos o pobres, sabios o ignorantes, tenéis necesidad de esta palabra. Ricos de la tierra, tenéis necesidad de ella para aprender a vivir bien y a morir bien. Y tú, pueblo, cuando abandonas el taller, la fábrica, el hogar doméstico, ven a oir la palabra de la santa Iglesia. La palabra de la Iglesia te ofrece la verdad enteramente hecha, la luz que muestra el camino, la fuerza que eleva, las esperanzas que consuelan, las divinas certezas que hacen olvidar las miserias de la vida presente y abren las puertas del cielo.

Así sea.

CONFERENCIA SEPTIMA

La palabra de la Iglesia es una palabra interesante

SEÑORES:

La palabra de la Iglesia es una palabra razonable, honrada, importante, sublime. Añado que es interesante. Posee la sencillez que atrae, la actualidad que cautiva, la variedad que complace.

I. La sencillez.

Tiene claridades que pueden deslumbrar a los espíritus más difíciles, y al propio tiempo, una luz que se armoniza con la mirada del niño y del pueblo. Ora se dirija a los grandes, ora a los pequeños, es siempre sencilla.

En primer lugar, sustituye, a las fórmulas abstractas de los filósofos, una enseñanza concreta y viviente. Sus doctrinas son muy elevadas, sublimes, pero sabe adaptarlas sin que nada pierdan de su elevación. La ley

moral es llamada por ella los mandamientos de Dios; a la inmortalidad sustituye el paraíso, a la moral social la caridad; al bien absoluto, nuestro Padre que está en los cielos; y de un solo rasgo, con una sola palabra dice más y mejor que largos tratados metafísicos.

La palabra de la Iglesia no se queda en las nubes; camina por la tierra, refiere una magnífica historia, esa historia que comienza en el primer hombre, que llega, por los Patriarcas y los Profetas, a Jesucristo, desde donde desciende, por los Apóstoles y los Mártires, los grandes Doctores y los grandes Papas, hasta León XIII.

Refiere los hechos de Moisés, que ciertamente es más interesante que Zoroastro y Confucio, y afirma que las diez palabras grabadas en la piedra de la cumbre del Sinaí son mucho más brillantes que las leyes de Solón y Numa. Refiere la juventud de Samuel, la abnegación de Tobías, y esa historia de José, que hacía llorar a Voltaire, y la de los Macabeos, que valen mucho más que Leónidas, y la de todos esos grandes personajes de la antigua Ley, cuya vida es una predicación, un llamamiento incesante a la pureza, al amor de Dios, al sacrificio, a todas las virtudes.

Refiere la espléndida historia de los primeros cristianos, que oran en las Catacumbas; la de los mártires, que sucumben bajo la espada de los procónsules; la de los obispos, de los doctores, de los papas, que aseguran el progreso pacífico del Evangelio.

Refiere especialmente la vida de Jesucristo, la cuna de Belén, la cruz, el Calvario, el tabernáculo y el altar. Señores, ¡qué historia tan sencilla y accesible, y al propio tiempo, tan luminosa e instructiva, es la historia de Jesucristo, con las gracias embelesadoras de su infancia y juventud, con las inefables condescendencias y prodigalidades misericordiosas de su vida apostólica,

con las angustias de su corazón en el jardín de la agonía, con los oprobios y torturas de su pasión! Un célebre impío de nuestro siglo, Saint-Beuve, escribe en una de sus obras: "Desde que Jesucristo vino al mundo, un nuevo ideal se ofrece a los hombres. A todos los que desconocen a Jesucristo, observadlos bien, en el espíritu y en el corazón, les falta algo." ¿Lo oís? A todos los que no conocen a Jesucristo les falta algo. Ahora bien, ¿quién nos refiere y nos da a conocer a Jesucristo sino la Iglesia, con su palabra que tiene todos los atractivos del divino personaje que con tanta solicitud expresa? La palabra de la Iglesia es sublime y sencilla como Jesucristo, que es al propio tiempo Dios y hombre, hijo de Dios e hijo de María, nuestro Dios y nuestro hermano.

Verdad es, me diréis, la historia de Jesucristo es interesante; pero, en este siglo de progresos y descubrimientos, ¡cuántas cuestiones se han suscitado que son más interesantes porque son de actualidad! La palabra de la Iglesia tenía antes el prestigio de la novedad; hoy es muy antigua, carece de atractivo. No lo creáis; yo reivindico para la Iglesia el privilegio que le discutís.

II. La actualidad.

¿Cuáles son los ídolos de este siglo? La libertad. Pues bien, la Iglesia habla de ella, y más alto que nadie; pero habla de ella el lenguaje del buen sentido y del Evangelio, y proscribe la licencia, que no es más que la esclavitud y la opresión del bien por el mal.

¿Cuáles son los ídolos de este siglo? la igualdad. Pues bien, la Iglesia habla de ella, y más alto que nadie. Cada día declara que todos los hombres son iguales

ante Dios, ante Jesucristo, ante la cruz, ante el deber, ante la justicia eterna.

¿Cuáles son los ídolos de este siglo? La fraternidad. La Iglesia habla de ella, y más alto que nadie. Jamás abre la boca ante sus oyentes sin darles el dulce nombre de hermanos.

Nuestro siglo exalta la naturaleza. Pero la Iglesia no cesa de invocar sus grandiosos y magníficos espectáculos, para recordarnos que la mano que los desenvuelve es sapientísima, como es incontestable el poder que los sustenta.

Nuestro siglo exalta la razón. Pero la Iglesia os dice que es un rayo procedente de Dios mismo; ella le somete las pruebas de la religión, y a cada verdad que anuncia, os hace notar las armonías de la razón y de la fe.

Nuestro siglo exalta la ciencia. Pero también la exalta la Iglesia; sólo que la querría más completa, porque sabe muy bien que si nuestro siglo tarda en aportar sus homenajes al altar, no es porque sea demasiado sabio, sino principalmente porque no lo es bastante.

¿Qué hace la palabra de la Iglesia? Canta la gloria de Dios, y, encontrando ante sí los ídolos de este siglo, los mira frente a frente y los asocia a su cántico: "¡Naturaleza, eres obra de las manos de Dios. ¡Razón, eres el soplo poderoso de su boca! ¡Industria, eres el espejo de sus perfecciones! ¡Ciencia, eres un rayo de su luz! ¡Libertad, Dios es tu autor! ¡Dios es tu virtud, oh igualdad! ¡Dios es tu centro, oh fraternidad! ¡Tu fuente única, tu regulador supremo, te ley eterna, oh progreso, es Dios!"

Decís que la palabra de la Iglesia resuelve a su manera los problemas que atormentan a este siglo; consiento en ello; pero me niego a admitir que los pase

en silencio. A cada instante vuelve sobre ellos, y la actualidad palpita en cada una de sus frases.

Por otra parte, señores, así como el mar oculta, bajo su móvil superficie y bajo el velo ondulante de sus olas, profundidades a las que no alcanza la tormenta, así también, prodúcense en el alma fenómenos semejantes; siempre y en todas partes experimenta las mismas aspiraciones, las mismas necesidades, las mismas inquietudes. En todos los siglos y en todos los lugares vese angustiada ella por estos tres problemas: el pecado, el dolor, la muerte. Pero la palabra de la Iglesia es siempre actual, pues siempre ella se dirige al alma por sus raíces, por su fondo inmutable y permanente, ya que, a sus necesidades siempre las mismas, da las mismas e inmortales respuestas.

¿Carece de actualidad la palabra de la Iglesia? Es muy extraño. ¿De qué se habla en los libros, en los periódicos, en los parlamentos, en las conferencias, en la casa, en la calle, en las plazas públicas, en Francia, en Europa, en ambos mundos? Se habla de religión. A cada instante se suscita la cuestión religiosa. Y lo que es más asombroso, los más indiferentes en apariencia, son a menudo los más dispuestos a poner los pies en ese candente terreno. A la hora actual, la cuestión religiosa, de tal modo ocupa el primer puesto, que parece eclipsar todas las demás cuestiones. Si, después de esto, decís que la palabra de la Iglesia carece de actualidad, confieso que no lo entiendo. La palabra de la Iglesia tiene la sencillez que atrae y la actualidad que cautiva.

Tiene

III. La variedad.

Sin duda que predicamos siempre las mismas verdades, siempre el mismo símbolo, los mismos mandamientos, los mismos sacramentos. A riesgo de pasar por fanáticos y atrasados, hablamos del cielo, del infierno, del pecado, de la Trinidad, de la Encarnación, de la Redención. Condenamos la impiedad, la blasfemia, el perjurio, el robo, la impureza. Decimos que es preciso orar para obtener la gracia, confesarse para lavar la conciencia, comulgar para alimentar el alma. Decimos esto, y ciertamente, no son novedades. ¿Qué queréis? El pan que aparece cada día en vuestra mesa tampoco es una novedad; esto no obstante, jamás os cansáis de él. Pues bien, el pan de la inteligencia, es el Evangelio: he aquí por qué la palabra de la Iglesia permanecerá siempre hasta el fin de los tiempos, hasta las últimas generaciones que habiten la tierra, hasta el último sacerdote que instruya y consuele al último hombre en el mundo derrumbado, con el mismo símbolo, el mismo decálogo, los mismos sacramentos.

Sí, la palabra de la Iglesia os aporta y os repite sin cesar las mismas verdades. Pero, si no hay ni puede haber novedades en el fondo, ¡cuánta variedad en la forma! En primer lugar, no es un solo y mismo predicador el que os anuncia el Evangelio. Por consiguiente, tantos predicadores, tantas maneras diferentes de presentaros la verdad. La verdad tiene aspectos diversos; cada cual la considera a su manera; cada cual le presta un vestido particular. En segundo lugar, si los predicadores se suceden y no se parecen, lo mismo ocurre con los asuntos que se exponen a vuestra conside-

ración. En la religión, como en una gran catedral, hay el conjunto y los detalles, y cada detalle es por sí mismo una obra maestra ante la cual nos detenemos arrobados. Si asistís a la plática del domingo, veréis desarrollarse ante vuestros ojos, en su orden racional y lógico, toda la doctrina cristiana. En cuaresma, meditaréis, al pie del púlpito, las verdades fundamentales que deciden las conversaciones, o bien seguiréis, no sin interés, conferencias de polémica. En reuniones más íntimas, el predicador os hará explorar el terreno extensísimo y riquísimo de la piedad católica. En ciertas fiestas más solemnes, oiréis discursos más pulidos, más pomposos, una palabra más brillante, más académica. En una palabra, la predicación se diversifica según el tiempo, el lugar, las circunstancias, el auditorio. La verdad no cambia en el fondo, pero se os presenta, ora bajo un vestido, ora bajo otro. La divina semilla, sin cesar renovada, se adapta por su variedad a las diferentes necesidades del pueblo cristiano. La palabra de la Iglesia tiene a la vez la sencillez que atrae, la actualidad que cautiva, la variedad que agrada. Es también interesante.

Venid, pues, a oir la palabra de la Iglesia. Es más importante y sublime que toda otra palabra, y su elevación no podría originar en ella una inferioridad. Es ciertamente tan interesante y elocuente como toda otra palabra, porque es tan ilustrada, tan convencida, tan cuidada como cualquier otra. Cometeríamos un error si la desdeñáramos, y nos ponemos en condiciones de ganarlo todo si la dejamos penetrar en nuestra inteligencia y en nuestro corazón.

Así sea.

CONFERENCIA OCTAVA

La palabra de la Iglesia es una palabra popular

SEÑORES:

No he terminado todavía de exponer los caracteres de la palabra de la Iglesia. Lleva en sí misma un signo que le es muy particular y merece toda nuestra atención. Es popular. Es accesible al pueblo y bienhechora para el pueblo.

I. La palabra de la Iglesia es accesible al pueblo.

Los filósofos, los intelectuales ni pueden ni quieren generalmente dirigirse al pueblo. No quieren. Uno de ellos, Renán, nos lo declara cínicamente al decirnos que los espíritus escogidos y los hombres de estudio que se aplican a la investigación de la verdad y se complacen en su posesión, forman una especie de aristocracia intelectual que desprecia al resto del linaje humano. Menos cínicos que Voltaire, que proclamaba

que "al pueblo, como a un buey, le basta un aguijón y un brazado de heno", nuestros modernos filósofos, se dan la mano con él en el desprecio transcendental de la masa. Su pretensión, ultrajante y bárbara, condena al ostracismo a la inmensa mayoría del género humano. Por otra parte, aun cuando los filósofos quisieran dirigirse al pueblo, no podrían hacerlo. Nada tienen para darle. Elaboran algunas bellas elucubraciones, pero carecen de símbolo, y sus incertidumbres, sus variaciones, sus disidencias sobre los puntos fundamentales, les prohiben casi siempre las generosas y delicadas funciones de doctores y directores del espíritu humano. ¿En dónde está, pues, la palabra destinada y accesible al pueblo, la palabra verdaderamente popular?

Abrid el Evangelio y leed a Jesucristo. Es popular sin perder nada de su sublimidad. Todo el mundo le entiende. Como el maná que caía en el desierto para el hebreo hambriento, su palabra tiene todos los sabores, alimenta a los más humildes espíritus y a las más robustas inteligencias. Si aportase a esta cátedra los *Diálogos* de Platón, la *Eneida* de Virgilio, o el *Telémaco* de Fenelón, apenas habría leído algunas páginas de estas tres grandes obras, cuando muchos de mis oyentes me pararían para pedirme algunas explicaciones. Jesucristo, en cambio, anuncia las verdades más capitales, y las hace transparentar en la forma más límpida. Para Jesucristo, no hay aristocracia, ni burguesía, ni democracia, ni clases elevadas, ni cultura intelectual, ni nada de lo que diferencia ordinariamente a los individuos. No hay más que el hombre, y en todas partes donde se halle un hombre, aun cuando sea el último aldeano, y no haya hecho otra cosa en toda su vida que empuñar en sus callosas manos el arado paterno, si se le abre el Evangelio y se le lee, palpitará su corazón y dirá su inteligencia: "¡Lo he entendido!"

Pero un libro no es suficiente para la masa del género humano. La inmensa mayoría de los hombres no se compone más que de artesanos ocupados en penosos y materiales trabajos. El tiempo, la fortuna, el recogimiento, el estudio, les falta para buscar la verdad en un libro, por hermoso y sencillo que sea. Sabéis lo que hizo Jesucristo: instituyó una Iglesia docente, escogió ciertos hombres, que son sus mandatarios y sus representantes, y les dijo: "¡Hablad, hablad al pueblo!" La palabra; he ahí el medio evangélico por excelencia, el medio popular escogido por Jesucristo. No dijo: "Escribid, fundad obras, formad asociaciones," sino sencillamente: "¡Hablad!" Todo lo demás llegará más tarde espontáneamente. En efecto, la Iglesia procuró la libertad del esclavo, creó la caridad para el pobre, el asilo para todas las miserias, la defensa para todas las opresiones; reveló en la mujer la dignidad de la madre y de la esposa; abolió los juegos de los gladiadores, etc. Y para ejecutar estos trabajos, ¿qué hizo? Habló, dijo la verdad, popularizó la doctrina de Jesucristo. Pródiga de sus claridades, como el astro que hace al día, no exceptúa ni olvida a nadie en sus larguezas. Cultos y bárbaros, ciudadanos y campesinos, ricos y pobres, grandes y pequeños, hombres y niños, todo el mundo le parece digno y capaz de llegar al conocimiento de la verdad.

Ella envía sus sacerdotes a las más humildes aldeas y les dice: "¡Hablad!"—"Dos tumbas hay—dice Lacordaire—entre las manos del sacerdote: el libro de las Escrituras y el Tabernáculo del altar; ambos contienen, bajo signos inanimados, la vida eternal; ambos esperan que los abramos y los arrojemos palpitantes a

la multitud hambrienta del pan de la palabra y del pan de la gracia. ¡Ah! ¿cómo el sacerdote, poseedor de estos dos tesoros y creyendo de corazón en ellos, podría dejar de ser elocuente? Todos los santos lo fueron, lo fueron sin ser genios, porque si el genio es necesario a la elocuencia humana, no lo es a la elocuencia divina. La fe y el amor no tienen necesidad de genio; hablan, y toda la tierra los reconoce." Esto es verdad, señores. Por la autoridad de que está investido y por las verdades que anuncia, el sacerdote es elocuentísimo, y el pueblo, cuando se le deja venir a nosotros, nos entiende siempre. "Al pie del ágora de Atenas, como al pie de la tribuna de Roma, escuchaba el pueblo la voz de sus oradores, y con sus aplausos y con su silencio testimoniaba el gusto que une a toda alma humana a la más sencilla como a la más profunda de las artes. ¡Cuánto más sensible ha de ser el pueblo, en verdades que tan de cerca le atañen, a una palabra que inspira la fe y anima la caridad!" También es esto verdad, señores, y de ello tenemos cada domingo, en esta iglesia, una prueba experimental. En esta asamblea, están representadas todas las clases sociales; y si la palabra que cae de esta cátedra, no deja insensibles los espíritus más ilustrados, ¿no veis que ilumina al propio tiempo e interesa a la porción popular del auditorio? Cada domingo, me presento a vosotros insuficientemente preparado, pero guiado por la fe y lleno del amor que siento por vuestras almas. Me presento a vosotros, no como un retórico, sino como un apóstol, y esto basta. Todos me entendéis, y me atrevo a decir que más de una vez he visto vuestras almas, todas vuestras almas estremecerse al unísono de la mía y responder a mi voz con profundo asentimiento; más de una vez he sacudido en vuestro corazón fibras mudas quizás desde

muy antiguo; y en nombre de una experiencia cien veces repetida, tengo el derecho de afirmar que la palabra de la Iglesia es una palabra esencialmente popular. Es accesible al pueblo.

II. La palabra de la Iglesia es bienhechora para el pueblo.

¿Podéis negar los beneficios de la palabra de la Iglesia con relación al pueblo? Ella lo ilustra; le aporta la verdad ya formada. Coloca entre sus ojos, en todo su armonioso conjunto y bajo las fórmulas más sencillas, los grandes principios que deben dominar y regular nuestra vida. Le enseña el derecho y el deber, el principio, el término y el camino, lo que es preciso creer y lo que es preciso practicar. Lo ilustra; lo moraliza, lo disciplina, le da la sabiduría en compañía de la ciencia, le inspira el amor al orden, le hace virtuoso. Sin esfuerzos de elocuencia, llega al triunfo de la elocuencia, que consiste en persuadir, en convencer, en mejorar a los oyentes. ¿Podéis negar los beneficios de la palabra de la Iglesia con relación al pueblo? Lo ilustra, lo moraliza y, finalmente, lo consuela. Imaginaos un pueblo que viene asiduamente a nuestros templos para escuchar en ellos la palabra que predica la esperanza, la palabra que explica el dolor, la palabra que ennoblece el trabajo, la palabra que realza las inferioridades sociales... Imaginaos un pueblo que cada domingo viene al pie del altar a embriagarse de luz, de música, de elocuencia y de incienso. ¿No creéis que será menos agrio, menos exasperado, menos desgraciado, que tornará a emprender, con más alegría y ánimo, su empresa laboriosa?

Por otra parte, ¿tenéis algo mejor que darle? ¿Qué

podéis ofrecerle en vez de la palabra de la Iglesia? ¿Qué? El pueblo tenía un Dios en el cielo, y de cuando en cuando, en medio de su trabajo y de sus sudores, se detenía, levantaba su cabeza, y decía: "¡Padre nuestro, dadnos nuestro pan!" El pueblo tenía un Dios hecho hombre, un Dios acostado en la paja, un Dios muerto en una cruz, y de cuando en cuando, se levantaba de su camastro para arrojarse palpitante en los brazos extendidos del divino Crucificado. El pueblo tenía un Dios viviente en la Eucaristía, y de cuando en cuando iba a vaciar su corazón en el corazón de aquel Dios infinitamente bueno. Se le ha robado todo esto, y se le ha dejado la duda, la negación y la nada. Esto es poco para un alma que tiene necesidad de luz, de fuerza y de consuelo. La incredulidad, habiendo, pues, arrasado el alma del pueblo, cambió de parecer, y se dijo: "Cuidémonos de su cuerpo. Curemos sus llagas. Disminuyamos la suma de sus fatigas y aumentemos la suma de sus goces." ¡Amarga irrisión! Todos los sueños de los economistas no han disminuído en un átomo los padecimientos del pueblo. ¿Qué digo? Aun desde el punto de vista puramente material, el pueblo es menos feliz que antes. Antes tenía su domingo, su hermoso domingo, día de descanso, día de fiesta, día de transfiguración. Hoy, o no lo posee, o ya no sabe usarlo. ¿Es más rico, más libre, más feliz? ¿Es mejor su salud? ¿tiene más llena su bolsa? ¿está más satisfecho su corazón? No, mil veces no. Me parece doblemente digno de lástima, por cuanto, de una parte, la carga de sus padecimientos no se ha aligerado, y, de otra, el tesoro de la fe ya no existe en su alma para llenar sus vacíos y satisfacer sus necesidades. Le falta la religión. Le falta la palabra de la Iglesia. Es una desgracia, una inmensa desgracia. Porque la religión es ne-

cesaria al pueblo, nada puede reemplazarla, y tampoco es posible que nada reemplace la palabra de la Iglesia, que es esencial y materialmente bienhechora para el pueblo.

Sé muy bien lo que me decís por lo bajo. Me decís: "Sí, la palabra de la Iglesia es un beneficio para el pueblo; pero esta palabra ya no es muy popular; el pueblo ha perdido el gusto y el hábito de oirla." Verdad es. La impiedad se ha apoderado de las clases populares, y parece que un abismo se ha abierto entre el pueblo y la religión, que el pueblo no quiere ya nada con Dios, ni con su Iglesia, ni con su palabra. Dispensadme. No sentenciéis tan pronto. El pueblo no ha pronunciado su última palabra. Escuchadme. Cuando un charlatán se presenta en la plaza pública—permitidme la trivialidad de la comparación; la trivialidad importa poco cuando la claridad es necesaria,—¿no se ve rodeado durante algunas horas de una popularidad que los médicos serios intentarían en vano disputarle? Dejadlo estar; eso pasa pronto. Su reputación acaba con el ruido de su gran caja, y mañana, cuando alguien caiga enfermo en la aldea, se irá a buscar al médico, y el charlatán quedará olvidado. Así también, cuando la impiedad se eleva en medio del pueblo, cuando infla la voz en las plazas públicas, la muchedumbre mal instruída y crédula se deja fácilmente adoctrinar. Esperad un poco. El vértigo no tardará en pasar. La religión, un momento eclipsada, recupera muy pronto sus derechos y recobra su popularidad. El pueblo vuelve a ella, y la Iglesia, consolada, estrecha de nuevo contra su corazón a su hijo pródigo y arrepentido. Sí, el pueblo volverá a su antiguo dueño, Jesucristo. Besará de nuevo su cruz mojada con las lágrimas de todos

los que padecen, y le dirá con amor más grande aún que en lo pasado: "¡Vuelvo a Vos, Señor, que jamás engañasteis al hijo del pobre!"

Así sea.

CONFERENCIA NOVENA

La palabra de la Iglesia es una palabra inmutable

SEÑORES:

Las obras de Dios tienen un doble carácter: son inmutables y progresivas. Ved una encina. No cambia ni de tronco ni de raíces, ni de savia; es inmutable. Pero se desarrolla sin cesar, y la vemos cubrirse de nuevas ramas y de nuevas hojas a cada estación. Ved el sol, como adherido hace ya muchos miles de años a la bóveda celeste; es inmutable. Pero ¿hay algo más movible que sus rayos, más variado que su aderezo, sea en la blancura de la mañana, sea en el esplendor del mediodía, sea en los moribundos resplandores de la tarde? Tal es la palabra de la Iglesia. Como las grandes obras de Dios, ofrece dos grandes caracteres: la inmutabilidad permanente y el progreso incesante. Estudiemos hoy su inmutabilidad.

I. La palabra de la Iglesia es inmutable en medio de la diversidad de pueblos.

Ilustre viajera, la palabra del Evangelio va por todas partes, en todas partes está como en su casa, en todas partes es la misma. Nace en Asia, viene al punto a Europa, en donde encuentra al griego sutil, al romano ebrio de su gloria, al germano altivo e independiente, al galo que sobresale en el bien hablar como en combatir bien, a los habitantes de la Gran Bretaña, últimos sostenedores de la libertad en el extremo del mundo. Estas razas son diversas, celosas y enemigas las unas de las otras. Lanzada a un caos semejante, ¿se disolverá y perderá su identidad la palabra de la Iglesia? No. Permanece intacta, y al propio tiempo, penetrante y operante. Arranca de los judíos los prejuicios de su secta, aparta de los griegos los sueños brillantes de su mitología, santifica la recta y firme razón de los romanos, solicita la atención de los druidas en sus bosques, la obediencia de los francos apoyados en sus armas, la admiración de los godos y de los vándalos cubiertos con sus pieles de bestias. Repite en Occidente lo que anuncia en Oriente. Da la vuelta al mundo con el mismo símbolo y une en la misma creencia a las naciones más distantes y más antagónicas.

II. La palabra de la Iglesia es inmutable en medio de la diversidad de los idiomas.

Ora esplandezca en los labios de Pedro, el pescador, y de Mateo, el publicano, o en los de Pablo, el fariseo, y de Juan, el contemplador; ora tome por intérprete a Atanasio, desterrado en Occidente por la fe de Nicea, y a Hilario, desterrado en Oriente por la misma causa, o bien a Orígenes, de genio tan oriental, y a Justino, formado en la escuela del divino Platón; ya descienda como un torrente de la pluma de san Jerónimo, o brille y truene como el rayo o el relámpago en la mano de san Agustín; ya tome la suavidad de san Ambrosio, la magnificencia de san Crisóstomo o la poesía de san Gregorio de Nacianzo; bien se desarrolle en el siriaco de san Efrén, en el griego de san Basilio, o en el latín de san León y san Gregorio el Grande; bien acomode su acento a la sutilidad de los griegos, a la erudición de los judíos, al estoicismo de los romanos, a la ignorancia de las razas bárbaras, o cambie de estilo a medida que cambia de lugar... poco importa. Es siempre en el fondo la misma palabra, cualquiera que sea la diversidad de los genios que la prediquen y de los pueblos que la escuchen. Los auditorios de toda lengua la comprenden en el mismo sentido, la acogen con el mismo respeto, la guardan con la misma exactitud. Todo se ha doblegado ante ella; ella no se ha doblegado ante nadie... ni ante nada.

III. La palabra de la Iglesia es inmutable en medio de la diversidad de los acontecimientos.

Mientras que todo cambia en torno de ella, ella no cambia, sino que permanece inquebrantable como el granito, invulnerable e impenetrable como el diamante. Ved la destrucción del Imperio romano y el advenimiento de los bárbaros. La palabra de la Iglesia permanece inmutable, predicando todas las virtudes y reprimiendo todas las codicias, no tocando ni una sílaba del símbolo, ni un precepto del decálogo.

Ved la Edad Media con sus transformaciones so-

ciales, con sus excesos y sus glorias. La palabra de la Iglesia permanece inmutable, salvando, como en los tiempos de Tiberio y de Carlomagno, el dogma, la moral y el culto, la obra entera de Jesucristo.

Ved el Renacimiento y la Reforma, con las artes que se despiertan, con la imprenta que comienza, con Lutero y Calvino que innovan. La palabra de la Iglesia permanece inmutable. Es tan firme en el concilio de Trento como en el de Nicea. Pasa a América sin deteriorarse, y conserva en el antiguo mundo todo su prestigio con los Bossuet, los Bourdaloue y los Massillón.

Ved la Revolución. Todo cambia; las ideas, los sentimientos, la lengua, las costumbres, las leyes, el código. Todo data de 1789... Sí, todo, excepto la palabra de la Iglesia, que permanece inmutable en los armoniosos labios de León XIII, como en los labios severos de los primeros papas. Cuando nada queda en pie de lo que fué, sólo la Iglesia sigue siendo lo que es. Ningún poder humano es capaz de doblegarla.

IV. La palabra de la Iglesia es inmutable a pesar de la oposición de las ideas.

Hace diecinueve siglos que las ideas salidas de la cabeza del hombre, y colocadas a veces en los labios de los más grandes genios, y manejadas con frecuencia por los más atrevidos potentados, se precipitan sobre la palabra de la Iglesia. ¿Qué es lo que no se ha negado? ¿De qué no se han reído? Todo se ha atacado, todos los dogmas, todos los preceptos. La Iglesia no ha sacrificado jamás una parcela de su doctrina. Dijo: "Perezca el mundo antes que la divinidad de Jesucristo. Perezca la Iglesia griega antes que la primacía de san

Pedro. Perezca Alemania antes que el dogma de las indulgencias. Perezca Inglaterra antes que la santidad del matrimonio." Excomulgó a los herejes antes que acceder a sus instancias sacrílegas. Renunció a la protección de los príncipes antes que ceder a sus exigencias heterodoxas. Sucumbió bajo la espada de los tiranos antes que aprobar sus errores doctrinales. Perdió reinos enteros antes de dejar disminuir el precioso depósito confiado a su guarda. Hace diecinueve siglos que las ideas del hombre se precipitan sobre la palabra de la Iglesia para hacerla cambiar. La palabra de la Iglesia permanece entera e invulnerable. Escuchad aquí una frase de Pascal: "No es extraño que uno se conserve plegándose; pero que la Iglesia se haya mantenido siempre, sin dejar de ser inflexible, esto es divino." Pero algo hay más formidable todavía que la oposición de las ideas.

V. La palabra de la Iglesia es inmutable a pesar de la violencia de las pasiones.

He ahí una Iglesia que desde su origen ha tenido millones de sacerdotes y obispos, y que, por esos millones de voces, no ha cesado de enseñar al hombre a odiar el mal y a practicar el bien; una Iglesia que, contemporánea de todas las razas, compañera de viaje de todos los pueblos, en todos los climas, ha sido llamada a resolver todas sus dificultades morales, sus dudas, sus escrúpulos, sus casos de conciencia; una Iglesia que, encontrando en su camino todas las pasiones, jamás abandonó un principio. Todos los filósofos se doblegaron en la antigüedad. Todos los fundadores de religión, todos los heresiarcas se doblegaron en los tiempos modernos. La Iglesia, jamás. Siempre se mantuvo

virgen de toda alteración moral; siempre mantuvo, en medio de los desórdenes del género humano degenerado, la integridad moral del Evangelio, como un lirio que florece entre ruinas, o entre espinas, o en un estercolero. Verdad es que no le faltaron ataques. Los paganos, los bárbaros, los musulmanes la golpearon sin piedad. Y aun más de una vez, los cristianos, furiosos de oirla repetir la misma doctrina, y desesperando de doblegarla a su voluntad, pusieron mano a la espada y le dijeron: "¡Hay que acabar con ella! ¡Hay que hacer callar a toda esa gente; hacerla callar o hacerla ceder!" Y cayeron sobre la Iglesia medidas restrictivas, persecuciones hipócritas, excepciones legales, cautividades, destierros, confiscaciones, expoliaciones llamadas legales. Nada bastó. La palabra de la Iglesia no cedió. Permaneció la misma, en todas partes la misma, siempre la misma, más sólida en su inmutabilidad que la encina cuyas raíces son inseparables del suelo en que está plantada, y que pierde a lo más algunas ramas por la violencia de la tempestad; más sólida que la montaña cuya cima puede ciertamente recibir los ataques del rayo, pero cuyos pies no tiemblan nunca. Finalmente,

VI. La palabra de la Iglesia es inmutable a pesar de la crítica científica.

El conde de Maistre dijo una hermosa frase, muy verdadera por cierto: "Ninguna religión, excepto una, puede sostener la prueba de la ciencia; la ciencia es como el ácido que disuelve todos los metales, excepto el oro." En efecto, de todos los extremos del mundo intelectual, literario y científico, los poetas, los literatos, los historiadores, los filósofos, los geómetras, los

físicos, los naturalistas, los astrónomos, los geólogos, corrieron a maldecir la palabra de la Iglesia, para hacerla caer en falta, para convencerla de error, de mentira, de impostura. ¿Y qué hemos visto? Hemos visto que la historia cada día derrama más luz sobre los orígenes cristianos; hemos visto la geología, la lingüística, la cronología, la fisiología, la etnografía confirmar el relato bíblico de la creación, de la unidad de nuestra raza y de la fraternidad de nuestra sangre. Hemos visto la física moderna refutar las bromas de Voltaire y demostrar, de conformidad con la Biblia, que la luz pudo y debió existir antes que el sol. Hemos visto a los Biot, a los Cuvier, a los Champollión, a los Flouréns, a los Quatrefages, a los Lapparent y a cien otros, reformar los errores de sus predecesores y rendir homenaje a la palabra de la Iglesia. No tengáis miedo, señores. Las ciencias, que ya han cambiado mucho, cambiarán más todavía, pero todo permanecerá, en la Escritura, en el Símbolo y en el Decálogo, intacto y divino; la palabra de la Iglesia no recibirá daño alguno; la palabra de la Iglesia es inmutable.

Para terminar, os ofrezco dos conclusiones:

1.ª *Admirad la inmutabilidad* de la Iglesia. Escuchad sobre este punto las hermosas palabras de Lacordaire: "Todos los siglos llegaron sucesivamente a la puerta del Vaticano; llamaron con el coturno o con la bota; salió la doctrina bajo la forma escuálida y consumida de un septuagenario, y dijo: "¿Qué queréis?—Que cambies—Yo no cambio.—Pues bien, todo cambia en el mundo. La astronomía ha cambiado, la química ha cambiado, la filosofía ha cambiado, el imperio ha cambiado. ¿Por qué eres siempre la misma?— Porque procedo de Dios, y Dios es siempre el

mismo.—Pero has de saber que nosotros somos los amos. Tenemos un millón de hombres sobre las armas; echaremos mano de la espada; la espada que echa por tierra los tronos, podrá cortar la cabeza de un anciano y desgarrar las hojas de un libro.— Hacedlo; la sangre es el aroma en que yo siempre me he rejuvenecido.—Pues bien, he ahí la mitad de mi púrpura; concede un sacrificio a la paz; y partamos.—Guarda tu púrpura ¡oh César!; mañana te enterrarán envuelto en ella, y nosotros te cantaremos el *Alleluia* y el *De profundis,* que no cambian nunca." Y hoy todavía, señores, prosigue el mismo diálogo. Se pide a la Iglesia que sacrifique algo; la eternidad de las penas, el sacramento de la Eucaristía, la divinidad de Jesucristo, o bien, el Pontificado, nada más que el Pontificado, y la Iglesia responde invariablemente: No. Yo no cambio. En este mundo, en que todo cambia, admirad la inmutabilidad de la Iglesia.

2.ª *Participad de la inmutabilidad* de la Iglesia. Sed como la Iglesia, señores, inmutables en la fe, inmutables en el deber, inmutables en la resistencia. Sois hijos de una Iglesia valiente e indomable. Como ella, resistid a pie firme, día por día, hora por hora, oponiendo por todas partes y ante todos el homenaje al insulto, el valor a la audacia, la fidelidad inquebrantable a la rebelión obstinada, la oración que atrae la misericordia a la blasfemia que provoca la justicia, la afirmación que nada cede a la negación que a todo amenaza. Sed discípulos y apóstoles infatigables de la verdad y el bien. Sólo a este precio, podemos salvar nuestra alma y nuestro siglo. ¿Qué vemos con frecuencia a la hora presente en torno nuestro? Vemos la desaparición de la verdad y el abandono del deber. En medio de los

desfallecimientos que nos rodean, mostrémonos firmes en la fe, firmes en el deber. Dios sabrá recompensarnos, y el mundo mismo acabará por hacernos justicia.

Así sea.

CONFERENCIA DECIMA

La palabra de la Iglesia es una palabra progresiva

SEÑORES:

La palabra de la Iglesia es inmutable. Pero la inmutabilidad no excluye el progreso. La palabra de la Iglesia, al propio tiempo que es inmutable, es progresiva: 1.º se desenvuelve progresivamente ante la inteligencia humana; 2.º se adapta progresivamente a la historia humana. Veamos algo más de cerca estos dos fenómenos.

I. La palabra de la Iglesia se desenvuelve progresivamente ante la inteligencia humana.

Poco a poco, a medida del tiempo y de las necesidades, la palabra de la Iglesia, aun permaneciendo substancialmente la misma, se hace más precisa en su expresión, se hace más fuerte a causa de las contradicciones que sus enemigos le suscitan, se hace más lu-

minosa por los desarrollos que adquiere merced a la pluma de sus apologistas, se hace más rica por las definiciones que transforman las creencias en dogmas, y manifiestan, bajo una forma nueva, pensamientos y sentimientos de los cuales tenía ya conciencia la antigüedad cristiana. En resumen, la palabra de la Iglesia tiene la inmutabilidad de la vida, pero no la inmutabilidad de la muerte. Me explicaré por medio de comparaciones.

La palabra de la Iglesia puede ser comparada a un *libro,* no a un libro cerrado, arcaico, arqueológico, que se coloca en un museo y al cual no se toca jamás; no a un libro mudo, sino a un libro viviente y parlante. La Iglesia guarda este libro, lo explica, lo comenta, lo desarrolla, hace brotar de él sin cesar nuevas y magníficas centellas. Como se expresa Lamartine:

> Vuestros siglos deletrean página por página el Evangelio.
> Vosotros no leéis más que una palabra, y leeréis mil.
> Vuestros hijos, más atrevidos, leerán más aún.

La palabra de la Iglesia puede ser comparada a un *árbol,* no a un árbol muerto que ya no tiene savia, ni da hojas ni frutos, sino a un árbol que vive, que eleva sus ramas por encima de todos los demás, y ofrece a los pájaros del cielo espléndido abrigo. Cuanto más combatida es la palabra de la Iglesia por los vientos del error, más sólida, majestuosa e inquebrantable se muestra. Para defenderse de los ataques que la asaltan, ¿qué es lo que no ha ofrecido, durante diecinueve siglos, en materia de genio, de erudición y de elocuencia? ¡Qué trabajos tan inmensos ha suscitado! Y en esa lucha sin cesar renovada, ha conseguido un acrecentamiento soberbio, un desarrollo magnífico. Azotada por la tempestad, la verdad revelada ha hundido sus

raíces más profundamente en las inteligencias y ha duplicado su vitalidad.

La palabra de la Iglesia puede ser comparable a un *germen.* Lo que Dios sembró en su Iglesia como en un campo, no fueron piedras inertes, especies de bloques arqueológicos, en torno de los cuales monta la Iglesia la guardia, como un gerdarme junto a un término. No, Dios sembró la verdad en su Iglesia como gérmenes vivientes que deben desarrollarse, como granos de una riqueza infinita, que poco a poco deben salir de la tierra, entreabrirse, desarrollar sus hojas, sus flores y sus frutos. Pero ¿quién es el llamado a ese magnífico trabajo de cultivar la verdad, de hacerla fructificar? El espíritu humano sin duda. Mas, por cuanto el espíritu humano puede engañarse, la Iglesia está a su lado para guiarlo, para sostenerlo, para impedirle caer, para evitar que se extravíe. La Iglesia está a su lado para velar por los gérmenes cuyo depósito recibió, para presidir el desenvolvimiento de la verdad, para estudiar los dogmas, para sentar los principios, para sacar las consecuencias y las consecuencias de las consecuencias, para hacer su aplicación en todos los órdenes posibles; en una palabra, para atraer del Evangelio todo lo que contiene de inefablemente hermoso, verdadero, útil y justo.

La palabra de la Iglesia puede también ser comparada a una *nebulosa,* a una vasta nebulosa, que Dios lanzó al mundo para iluminarlo, calentarlo y vivificarlo. Ahora bien, así como la luz de ciertos astros empleó más de tres mil años para llegar a la tierra, así también hay en las verdades reveladas consecuencias, rayos inéditos, que necitaron siglos para llegar a nosotros, y quedan otras consecuencias, otros rayos que se manifestarán en la sucesión de los tiempos. Hace ya diecinueve siglos que empezó esta emisión de luz, y no acabará nunca. Bajo su corteza inmutable, contiene el Evangelio abismos de luz, que agotarán los esfuerzos del espíritu humano, abismos de luz que la Iglesia tiene la misión de hacer llegar a nosotros. En ello trabaja desde el día en que Jesucristo la instituyó, y en ello trabajará hasta la consumación de los siglos. No os sorprenda nada de esto. No solamente son los dogmas los que tienen el carácter de ser abismos de luz; también lo tienen los principios más sencillos de la filosofía y de la moral. Meted un principio en la cabeza de un hombre de genio, y sacará de él millares de consecuencias, que quizás no habíais visto, pero que os arrobarán. Un principio toca en todo; irradia en todas direcciones. Tal es la palabra de la Iglesia. Se desarrolla progresivamente ante la inteligencia humana, como un libro que explicamos, como un árbol que crece en la tempestad, como un germen que nace, verdea y fructifica, como un astro cuya luz es inagotable. Pero la palabra de la Iglesia no es solamente progresiva en sí misma; es también progresiva en su realización en el seno del género humano.

II. La palabra de la Iglesia se adapta progresivamente a la historia humana.

Se realiza en la vida del género humano gradualmente, lentamente, seguramente. Dios es más conocido, su santo nombre es con frecuencia más bendecido, el descanso necesario al hombre es más severo y universalmente observado; la familia está más unida, los pueblos mejor gobernados, los príncipes más obedecidos, la domesticidad es más honrosa, la esclavitud más detestada y, finalmente, abolida; el duelo es reputado

como falsa cuestión de honor, y el suicidio como cobarde deserción; las injusticias son cada vez más raras, y los tribunales que las reparan están inspirados en un espíritu cada vez más equitativo y cristiano; la incontinencia se ve condenada en vez de honrada, y las costumbres públicas purificadas del resabio pagano de que estaban infectadas... ¡Cuántos progresos comenzados por todas partes, interrumpidos con frecuencia, vueltos a emprender sin desaliento, más sensibles sobre un punto o en un siglo, pero siempre soñados, proseguidos, obtenidos por la palabra de la Iglesia, palabra incansable en su acción sobre el mundo y en sus bienhechoras conquistas!... Se habla de la civilización cristiana con entusiasmo, y ciertamente no sin razón. La cultura cristiana es infinitamente superior a la pagana. La civilización cristiana es tan animosa, tan rica, tan variada, tan fecunda, con su sello de dignidad, de nobleza, de distinción, sin castas, sin esclavos, sin eunucos, sin ninguna de esas miserias que corroyeron y deshonraron a los pueblos antiguos. Pues bien, ¿qué es la civilización cristiana sino la realización progresiva en la vida del género humano de la palabra de la Iglesia? ¿Quién creó la civilización cristiana sino la palabra de la Iglesia, que, después de cambiar las ideas del mundo antiguo, acabó por encarnarse en las costumbres del mundo nuevo?

La palabra de la Iglesia es progresiva en el sentido de que se realizó gradualmente, lentamente, seguramente en la vida del género humano. Lo es también en otro sentido que importa mucho entender.

La palabra de la Iglesia *se armoniza* maravillosamente con la marcha del hombre, con las transformaciones y necesidades de los pueblos.

¿Hay algo más activo, más movible, más progresivo

que el alma humana? Historia, filosofía, ciencias, arte, política, todo lo explora ella, y de todo se apodera, procurando modificar su estado íntimo, del cual nunca está contenta, su estado público, por el que siempre padece. El mismo género humano jamás está estacionario. Cambia de aspecto, de forma, de ideas, de pasiones. Se cansa pronto. Va de un lugar a otro, de un espectáculo a otro espectáculo. Sueña y busca sin cesar otra cosa. Vivirá mucho tiempo, diez mil años, cien mil años quizás. Abrigará muchos otros sueños, muchos otros atrevimientos; soportará muchas transformaciones. Pues bien, en presencia de ese género humano que siempre está en marcha y en evolución, ¿es que la palabra de la Iglesia permanece inmóvil, indiferente u hostil? En manera alguna. La Iglesia marcha con el mundo. Si la Iglesia no marchara, llegaría un día en el cual, adelantándose las sociedades, veríase la Iglesia impotente para curarlas y salvarlas. "Se parecería—dice Mons. Bougaud—a una isla plantada sobre una roca, en el centro del Océano, en la cual se detienen un instante los grandes navíos, y descansan gozando de la frescura de sus fuentes y de la belleza de sus sombras, pero a las cuales en vano llaman en la hora del peligro, ni pueden auxiliarlos cuando se agotan sus provisiones y sus viajeros mueren de hambre y de sed. No es ciertamente así como Dios hizo a la madre del género humano. Marcha con las sociedades. Oculta en sus flancos una fuerza singular de desenvolvimiento y de adaptación a todos los movimientos del hombre." Esto es, señores, muy hermoso. La palabra de la Iglesia aprueba, alienta, bendice, suscita todo cuanto de bueno hay en las transformaciones sucesivas del género humano; y todo lo que puede mezclarse, como peligroso, malo, imprudente y nocivo,

en esas transformaciones, la palabra de la Iglesia se apresura a señalarlo, a proscribirlo, a eliminarlo. Ahí tenéis nuestras transformaciones *científicas*. ¿Habéis oído que la Iglesia las haya maldecido alguna vez? No en verdad. Tiene ella en sus rituales bendiciones para todos los inventos modernos, y temiendo verse desprovista para cualquier descubrimiento, posee una para toda especie de progreso: *pro cuaqumque re*. A sus ojos, todo verdadero progreso es una glorificación de Dios, que proporcionó la materia de él, que dió la inteligencia y la perseverancia para su ejecución. La Iglesia bendice todos los progresos científicos, coopera a ellos, y se alegra cuando sus hijos, y esto no es raro, hacen dar un paso hacia adelante al reino de la ciencia. Pero, si se abusa de esos progresos, si se convierten en ocasión de orgullo y de impiedad, o en instrumento de goce exagerado o de corrupción, la Iglesia interviene, condena el abuso, encarrila los extravíos, contiene los excesos. Tanto mejor. Nunca se lo agradeceremos como es debido. Su intervención es un beneficio. La palabra de la Iglesia es el aroma que impide que se corrompa la ciencia. Considerad ahora nuestras transformaciones *económicas,* sociales y políticas. ¿Habéis oído que la Iglesia las haya maldecido alguna vez? ¿Por ventura condena la elevación de las clases populares? ¿Condena acaso el movimiento democrático que arrastra al mundo actual? En manera alguna. Ved al gran papa León XIII. Se dirige directamente al pueblo en su magistral encíclica sobre *la condición de los obreros*. Recientemente hizo a la muchedumbre de los trabajadores una recepción triunfal y los honores reales del Vaticano, y tendiendo la mano a la democracia, le dijo: "¡Oh pueblo, heme aquí, a mí, que soy el sucesor de los Apóstoles, el representante vi-

viente de Aquel que bendijo a los pobres desde la cumbre de la montaña, que enseñó a los hombres la fraternidad y la igualdad de los hijos de Dios. Heme aquí. Nada me liga, nada me encadena; te tiendo los brazos, tal como tú eres, con tus debilidades, tus errores, tus descarríos. Ven. Sólo yo puedo darte lo que buscas, la justicia y la paz!" No, ciertamente, la palabra de la Iglesia no condena el movimiento democrático moderno; lo comprende, y al propio tiempo, lo modera, lo regula; y fuera de la dirección que ella le da, no veo, para la democracia, nada ni nadie capaz de conducirla sin peligro. La palabra de la Iglesia se armoniza maravillosamente con la marcha del género humano, con las transformaciones y necesidades, con los progresos de la verdadera civilización. Corrige todo lo que es peligroso, alienta todo lo que es legítimo, da vida a todas las novedades honestas que aceptan su dirección y su influencia. Es doblemente progresiva; se desarrolla progresivamente ante la inteligencia humana, y se adapta progresivamente a la historia humana. En resumen, progresa y hace progresar.

Así sea.

CONFERENCIA UNDECIMA

La palabra de la Iglesia es una palabra fecunda

SEÑORES:

La Iglesia habla, y su palabra es razonable y honrada, importante y sublime, interesante y popular, inmutable y progresiva. Es fecunda. Con su fuerza y suavidad ha revolucionado al mundo. Este espectáculo merece ser contemplado de cerca.

I. La palabra de la Iglesia ha revolucionado al mundo.

¡Hablad!... no os calléis; no os calléis ni ante la espada que os amenaza, ni ante la majestad que os mira, ni ante vuestra hermana que os conjura, ni ante vuestra madre que se arrodilla para suplicaros, ni ante los pueblos que os gritan: ¡silencio!, ni ante las olas marinas que se agitan para ahogar vuestra voz. ¡Hablad!... Tal fué la orden de Jesucristo a sus Apóstoles, y uno de ellos, san Pablo, escribía jovialmente:

"Trabajo por el Evangelio hasta llevar cadenas como un malhechor, pero la palabra de Dios no está encadenada, *verbum Dei non est alligatum.*" Todo, en efecto, importa poco a la Iglesia, con tal que hable, y hace ya diecinueve siglos que no ha cerrado la boca, y su palabra, ola divina descendida del cielo, ha cambiado la faz de la tierra.

En el orden intelectual, ¿qué es lo que no ha hecho la palabra de la Iglesia? Lanzó al mundo ideas que el mundo no conocía, o que había olvidado, y que ya no saldrán de él nunca jamás: la unidad de Dios, la creación, la caída, la redención, el origen y el fin del hombre, la paternidad de la raza humana. Estas ideas, y tantas otras, que son las riquezas, y como el patrimonio inalienable del género humano, ¿de dónde proceden sino de la palabra de la Iglesia? Y bajo la irradiación de esta palabra, hemos visto que la filosofía, las ciencias, las letras, las artes, cobraban nuevo vuelo, y todas las facultades del alma se desarrollaban por modo grandioso. Mirad, los pensadores de la antigüedad no son muy numerosos. En nombrar a Platón, Aristóteles, Sócrates, Cicerón, que le copia, y Séneca, ya sumergido a medias en la luz evangélica, queda dicho todo. ¡Cuántos desfallecimientos en estos hombres! Su superioridad desde el punto de vista de la forma, no sirve más que para hacer resaltar más y más su inferioridad en relación con la doctrina. Pero desde que, hace diecinueve siglos, arroja la Iglesia su palabra en medio del género humano, los filósofos, los teólogos, los contempladores, los pensadores, se suceden, se oprimen, forman su ejército inmenso... y ya no vemos debilidades, sino la paz y la solidez en la verdad... Además, no solamente las grandes inteligencias se benefician de la palabra de la Iglesia, sino que también el

niño que sabe el catecismo se eleva más que Platón y Aristóteles. La Iglesia ilumina al propio tiempo, así los valles más hondos como las cumbres más elevadas. Y, en relación con las ciencias, no hay tampoco comparación posible entre el genio de la antigüedad y el genio cristiano. ¿Qué es lo que la antigüedad descubrió en cuatro mil años en el dominio de la astronomía, de la física, de la química, de la geología? Casi todas las ciencias son posteriores al cristianismo, y sería fácil demostrar con hechos y cifras y nombres propios, que la Iglesia, maestra de la ciencia divina, dió un vigoroso impulso a la misma ciencia profana. La palabra de la Iglesia, realzó el nivel intelectual del género humano. Esto es innegable.

En el orden moral, su fecundidad es todavía más evidente y palpable. Ha producido las más hermosas almas. Del fondo tan corrompido del género humano, sacó santos y santas de maravillosa hermosura. Como esas vírgenes que alguien arrastraba a los lugares infames, atravesó la Iglesia las más nefastas épocas sin perder su virginidad; de ellas salió teniendo siempre en sus manos la copa sagrada de la humildad, de la castidad, de la abnegación, del amor sublime de Dios y de los hombres. Con su palabra, formó esos millones de mártires que enseñaban a los tiranos que la conciencia humana, no está sujeta a su poder, y que vale más morir que faltar al deber. Con su palabra, formó esos sublimes penitentes, que protestaban con la austeridad de su vida contra la corrupción infame en que agonizaba el mundo antiguo. Con su palabra, civilizó los bárbaros, domeñó su cólera, ilustró su ignorancia, suavizó su voluntad, transformó sus costumbres. Con su palabra, abolió la esclavitud, rehabilitó el trabajo manual, contuvo la ola de la barbarie musulmana, siempre dispuesta a invadir el Occidente. Con su palabra, instituyó esa muchedumbre de instituciones católicas que se sacrifican por la educación de la infancia y de la juventud, por el culto de los pobres, de los enfermos, de los convalecientes, de los incurables, de los huérfanos, de los ancianos, de los caídos, de todos los abandonados, hambrientos de pan, de cuidados, de consuelo, de afecto, de estimación, de rehabilitación. Con su palabra, envía diariamente a las naciones infieles animosos apóstoles, que se expatrían libremente, que extienden y sostienen, hasta las extremidades de la tierra, el prestigio y el honor de los pueblos europeos. Difícil es enumerar todas las creaciones de la palabra de la Iglesia en el orden moral, las virtudes que engendró, las instituciones que fundó, las empresas debidas a su iniciativa, las nobles almas brotadas a su fecundo soplo.

En el orden social, apenas apareció Jesucristo, apenas habló la Iglesia, cuando ya se fortalecieron las virtudes naturales, se suavizaron las costumbres, se transformaron las leyes, y en todas partes mostráronse los gérmenes de una regeneración lenta y pacífica, grande, universal y progresiva... Tal es el magnífico y laborioso alumbramiento de la civilización cristiana, la reconstrucción del mundo en la justicia y en la caridad.

El esclavo estaba sumergido en el fango, sin nombre, sin derechos, sin libertad, casi sin alma, por lo menos a sus ojos y a los de sus amos. Se apodera de él la Iglesia, hace de él un hombre, un cristiano; lo eleva poco a poco del estado de esclavitud al estado de servidumbre, y del estado de servidumbre al estado de hombre libre, de ciudadano de un municipio, y, finalmente, coronando el don de la libertad con el de la igualdad, le hace cada vez más apto para todas las funciones de la vida pública, el ciudadano de los tiem-

pos modernos. Entra la justicia en el orden social. No tengo necesidad de añadir que la Iglesia hace afluir a él la caridad. Esto es demasiado claro.

Notaré tan sólo, que la Iglesia, al propio tiempo que reconstruía el mundo en la justicia y en la caridad, reconstruía la familia en la unidad, en la indisolubilidad, en la santidad y en el honor. Crea la esposa y la madre cristiana, a la cual debe Europa sus hijos más bellos, más nobles, más puros, sus hijos más delicados, más animosos, más grandes que se vieron jamás en el mundo. Y esto sin perjuicio de la virginidad, que florece al lado de la maternidad como un campo de lirios, y que embalsama al mundo como una composición de aromas.

La palabra de la Iglesia es fecunda. Revolucionó el mundo intelectual, moral y social. Entendámonos bien; no es una revolución violenta la que obró la palabra de la Iglesia.

II. La palabra de la Iglesia obró con fuerza y suavidad.

Un río que se desborda no vale lo que una lluvia fina que cae. La lluvia que cae fertiliza los campos sin devastarlos. El río que se desborda fertiliza también las llanuras, pero todo lo arrasa, y las cosechas que prepara no compensan las ruinas que amontona a su paso. La palabra de la Iglesia tiene al propio tiempo la fuerza del río y la suavidad del rocío.

Es fuerte. Jamás sacrificó ningún principio esencial. Ved a san Pablo condenando los desórdenes de Corinto, a san Crisóstomo oponiéndose al fasto impío de la emperatriz Eudoxia y a los caprichos del favorito Eutropio, a san Ambrosio deteniendo en el umbral del templo a Teodosio, a Santo Tomás de Cantorbery resistiendo al rey de Inglaterra Enrique II y muriendo

al pie del altar por defender los derechos de su Iglesia, a Bossuet tronando contra el adulterio en presencia de Luis XIV y escribiendo al canciller de Francia: "Nada ama tanto Dios como la libertad de su Iglesia; en cuanto a mí, me jugaría por ella la cabeza", a Pío VII resistiendo a Napoleón, que hacía temblar al mundo, y que decía: "Tengo 600.000 hombres sobre las armas; en Wagram disparé 100.000 cañonazos." La palabra de la Iglesia es fuerte.

Pero al propio tiempo, ¡cuánta suavidad! ¡Cómo respeta la libertad humana! ¡Cómo contemporiza con prejuicios que no quieren ceder y no son intencionalmente malos! ¡Con cuánta delicadeza trata a las almas que se engañan de buena fe!

Fijaos en la manera como, lenta, pero irresistible y continuamente, se infiltró en el mundo pagano. No destruyó la esclavitud antigua con un decreto, con un acto autoritario, estableciendo que en tal día y a tal hora no habría ya un solo esclavo en el Imperio romano. Esto hubiera equivalido a un trastorno universal y a una revolución sin provecho. ¿Qué hizo? Obró lenta, pero seguramente, sobre las leyes, sobre las costumbres, sobre las ideas, sobre las inteligencias, sobre las familias, sobre el Estado. Nada brusco, nada violento; ninguna sacudida, ningún trastorno. Despiadada únicamente con el vicio y el error, la Iglesia trata con miramientos en la civilización romana todo lo que es legítimo, útil, o simplemente inocente. Nada de condenación en bloque, nada de excomunión en masa. Su mano delicada hace la parte del bien y del mal, con una paciencia, con una tolerancia maternal. Como todo llevaba en el mundo pagano el sello impuro del politeísmo y de la inmoralidad, muy fuerte debía ser la tentación de envolverlo todo en el mismo anatema, y, en vez de perder el tiempo en des-

enredar una madeja tan enredada, de arrojarlo todo muy lejos para trabajar sobre una nueva trama. La Iglesia, aconsejada por su caridad y guiada por su prudencia, resistió a esta tentación y se preservó de tal exceso. Lo purificó y lo rectificó todo, sin destruir nada. Ni siquiera rechazó el calendario pagano, y hoy todavía nosotros los cristianos, después de diecinueve siglos de cristianismo, nos servimos, para designar los días y los meses, de nombres que recuerdan las falsas divinidades del paganismo.

La suavidad de la Iglesia se manifiesta en lo presente no menos que en lo pasado. Hace dos años, se pidió al papa León XIII que condenara en bloque la gran corporación obrera de los Caballeros del Trabajo en los Estados Unidos. León XIII se negó a ello, y tratando con consideración al obrero, aun en sus errores, se contentó con dirigirle palabras de moderación y pacificación; y en estos mismos días, un gran obispo norteamericano, Mons. Ireland, obtenía de León XIII una solución muy amplia y liberal para la cuestión tan delicada de las escuelas mixtas en los Estados Unidos. Hoy como ayer, como siempre, procede la Iglesia por la fuerza y por la suavidad, y mucho más por la suavidad que por la fuerza. Ese es el secreto de su fecundidad y de sus victorias.

La palabra de la Iglesia es fecunda. ¿Por qué, pues, no obtiene entre nosotros el crédito que merece? Porque no es conocida. En las clases ilustradas, buen número de hombres desdeñan la palabra de la Iglesia. No quieren ni conocerla ni estudiarla, o bien se creen demasiado grandes para escuchar una palabra que arrebata a los más ilustres genios, o bien temen los deberes que impone, o a la galería que los viera entrar en nuestros templos. Por eso se abstienen. ¡Tanto peor para

ellos! Su ignorancia religiosa no tiene excusa. Por otra parte, ¿cómo no ven que, manteniéndose así a distancia de la palabra de la Iglesia, dan a la masa un deplorable ejemplo? Mas si me dirijo a las clases populares, compruebo que en ellas es aún más desconocida la palabra de la Iglesia. Por el hecho de nuestra organización social, casi la mitad de nuestros obreros carecen de la posibilidad de adquirir el domingo la ciencia religiosa, y por el hecho de la propaganda de la impiedad, la otra mitad de nuestros obreros está alejada sistemáticamente de nuestras cátedras cristianas. ¿Qué debéis hacer, señores, en presencia de semejante situación? Primeramente, mostraros más firmes que nunca en vuestras costumbres religiosas, y luego, conducir a vuestros templos, al pie de vuestros altares, a vuestros numerosos contemporáneos que viven en la noche del error, en el hielo de la indiferencia, los cuales ignoran que la Iglesia es la única que posee la palabra que salva al mundo. Con vuestro apostolado daréis a la palabra de la Iglesia amplia y poderosa fecundidad.

Así sea.

CONFERENCIA DUODECIMA

La palabra de la Iglesia es una palabra infalible

SEÑORES:

Estudiemos los caracteres de la palabra de la Iglesia. Es razonable, honrada, sublime, popular. Pero es todavía algo más y mejor: es infalible. Vamos a disipar un prejuicio, a sentar un hecho, a sacar una conclusión.

I. Disipemos un prejuicio,

precisando claramente el sentido de la palabra *infabilidad*. La palabra de la Iglesia es infalible. ¿Qué quiere decir esto?

¿Quiere esto decir que la Iglesia tiene la *ciencia universal*? No. Jesucristo dijo a sus Apóstoles: Id, y enseñad a los pueblos todo lo que yo os he enseñado: *quæcumque mandavi vobis.*" Ahora bien, Jesucristo no enseñó a los apóstoles ni la química, ni la zoología, ni la botánica, ni la medicina, ni los métodos contin-

gentes de la política y de la economía social. Enseñoles la religión, que es la regla de nuestras relaciones con Dios y con el prójimo, y comprende el dogma para el espíritu y la moral para el corazón. He ahí lo que es claro. La palabra de la Iglesia es infalible, no en todas las ciencias, sino tan sólo en la ciencia de la religión. Y todavía aquí hay que explicarse. La palabra de la Iglesia es infalible:

¿Quiere esto decir que puede a su antojo *crear o modificar los dogmas*? Evidentemente que no. La Iglesia no crea nada, no inventa nada, no cambia nada. Jesucristo dijo a sus Apóstoles todo lo que tenía que decir, y la Iglesia no tiene otra misión que la de conservar y enseñar su doctrina, sin añadirle nada, sin quitarle nada. Por otra parte, esta misión es muy noble. La palabra de la Iglesia es infalible:

Esto quiere decir que está *preservada de todo peligro de error* en la enseñanza de la religión. La infalibilidad comprende todo lo concerniente al depósito de la Revelación, todas las cosas de la fe y de las costumbres. Tal es el dominio propio. La infalibilidad de la Iglesia se extiende a lo que hay que creer, y a todo lo que hay que creer, es decir, a toda la doctrina dogmática, porque Jesucristo dijo a sus Apóstoles: "El Espíritu os enseñará toda verdad: *Docebit vos omnem veritatem.*" Se extiende también a lo que hay que hacer, y a todo lo que hay que hacer, es decir, a toda la doctrina moral, porque Jesucristo dijo también: "Enseñad a las naciones a guardar todos los preceptos que os he enseñado a observar: *quæcumque mandavi vobis.*" En la enseñanza dogmática, como en la enseñanza moral, el Espíritu divino no sugiere ni enseña más que lo que dijo Jesucristo, pero todo lo que El dijo: *Suggeret omnia quæcumque dixero vobis.* La fe y las costumbres,

el dogma y la moral; he ahí el objeto de la infalibilidad. Ni más, ni menos.

Pero la infalibilidad así definida y comprendida, ¿pertenece a la Iglesia? Después de disipar un prejuicio,

II. Establezcamos un hecho,

y mostremos que la Iglesia debe ser infalible, y que, en realidad, lo es.

1.º *La Iglesia debe ser infalible.* Para convencernos de ello, bastará examinar de cerca las exigencias de la Iglesia y nuestras propias necesidades.

1) *Las exigencias de la Iglesia suponen su infalibidad.* Hace diecinueve siglos que los cristianos de todo el mundo padecen, luchan, vierten su sangre, soportan el destierro y los tormentos antes que renegar de su fe, antes que abandonar una sola palabra de su credo. ¡Cuán hermosa y heroica es esta conducta! Sí, pero no es más que el cumplimiento de un deber. Cuando la Iglesia habla, cuando sobre un punto de moral o de dogma se pronuncia, exige la fe más completa, más entera, más absoluta. Si queremos ser hijos de la Iglesia, debemos creer sin restricción ni reservas, sin dudas ni vacilaciones, todo cuanto ella enseña. Debemos creer con tal firmeza, que ni el miedo de la muerte, ni la perspectiva de los más espantosos tormentos, sean capaces de doblegarnos. La Iglesia exige que sus discípulos acepten todas sus definiciones como la verdad misma, todas sus prescripciones como el código de la perfección absoluta. En estas condiciones, señores, si las exigencias de la Iglesia van tan lejos, ¿cómo admitir un instante que pueda equivocarse? ¿Cómo decir: "Creo", si hay la menor posibilidad de error? ¿Cómo imponer que uno sacrifique su cabeza por una palabra, si esta palabra puede enunciar un error? Esto no es posible. Esto sería tiranía e imbecilidad. Pero no, la Iglesia es una madre; sus exigencias, en vez de ser tiránicas, son saludables; el creyente es un sabio, y su fe, en vez de ser absurda, es racional. En efecto,

2) *Nuestras propias necesidades exigen también la infalibilidad de la Iglesia.* Dante, el gran poeta florentino, huía delante de un enemigo poderoso y cruel. Llama una noche a la puerta de un convento. "Qué queréis?"—le pregunta el Hermano portero—"¡Quiero la paz!"—responde el gran proscrito. Todos, señores, somos semejantes a Dante. En un momento de nuestra existencia, hemos oído, o bien oiremos, en el fondo de nuestra conciencia estas preguntas capitales: "¿De dónde vienes? ¿A dónde vas? ¿Por qué padeces? ¿En qué te convertirás?" Y mientras no obtengamos respuestas ciertas a estas terribles y angustiosas preguntas, no poseeremos la paz, viviremos en la inquietud, en la ansiedad. Mas ¿a quién pediremos esta certeza, que será al propio tiempo una satisfacción y un consuelo? ¿A quién la pedirá la masa que padece y trabaja? ¿A los libros de los sabios? Pero con frecuencia el hombre no tiene ni tiempo ni posibilidad de leerlos. Obrero del campo, desde el alba se entrega al arado, a la labor, a la siembra, y por la noche, cuando vuelve a su casa, rendido de fatiga, tiene otra cosa que hacer muy distinta de la de abrir libros: la de arrojarse sobre un jergón, para rehacer sus fuerzas, conciliando el sueño, a fin de poder reanudar mañana su trabajo. Obrero de la ciudad, hace lo mismo: el comerciante en su tienda, el empleado en su despacho, el tratante en su mostrador, vense absorbidos por las preocupaciones ma-

teriales. Pero ¿qué respuestas seguras hallarían en esos libros? Ninguna. Los unos dirían: "Nada sabemos." Los otros se contradirían, demostrando su común impotencia. Sin solución por parte de los hombres, ¿hacia quién volverían sus ojos? ¿Estarían condenados por siempre jamás, y sin esperanza, a buscar siempre, a dudar siempre, a vivir siempre en la ansiedad, en la incertidumbre, en la desdicha? Porque necesitan una respuesta, una solución, y una solución cierta, indudable—no aventura uno su vida a los quizás,—su espíritu tiene necesidad de una luz pura, su voluntad de un guía seguro, su corazón de una esperanza firme. No les queda, pues otro recurso que dirigirse a la Iglesia; es la única que puede satisfacerlos, es la única que tiene palabras de vida eterna; clara en sus afirmaciones, no varía jamás en su *Credo*.

2.° *La Iglesia es infalible.* El Evangelio lo afirma en términos indiscutibles. Jesucristo vino a la tierra para instruir a los hombres, para comunicarles las verdades que es preciso creer, para mostrarles el camino que hay que seguir. Iba a subir al cielo, cuando en la persona de sus Apóstoles asignó a su Iglesia esta misión: "Como mi Padre me envió , así yo os envío. Evangelizad a las naciones enseñándoles a guardar lo que yo os he confiado." Esto es claro. La Iglesia tiene igual misión que Jesucristo, es la representación de Jesucristo, su tornavoz, la continuadora de su obra; Jesucristo es infalible, luego la Iglesia también es infalible. ¿Queréis una prueba más convincente de esta infalibilidad? Escuchad estas palabras de Jesucristo: "He aquí que estoy con vosotros hasta la consumación de los siglos. Quien os escucha a mí me escucha, y quien os desprecia a mí me desprecia." Esto es claro.

Jesucristo y la Iglesia no hacen más que uno. Jesucristo tiene el derecho de ser escuchado, de ser obedecido, porque es el maestro que no se engaña ni puede engañarse. La Iglesia, según afirma Jesucristo, tiene los mismos derechos, esto es, que no se engañará, que no puede engañarse. Por otra parte, no tengamos miedo. Sin duda que la Iglesia está compuesta por hombres falibles; sí, pero cuando hablan en nombre de Jesucristo, esos hombres no están solos. Jesucristo lo afirma: "Yo rogaré a mi Padre, y os enviará el Espíritu Consolador, para que more con vosotros eternamente. Es el Espíritu de verdad; estará en vosotros y permanecerá en vosotros. Cuando venga, os enseñará toda verdad." Esto es claro. La Iglesia debía ser infalible: sus exigencias lo suponían; nuestras propias necesidades lo exigían. La Iglesia es infalible; tenemos la certeza de ello por la boca misma de Jesucristo. Y ahora,

III. Saquemos una conclusión.

La conclusión, señores, es un acto de confianza y un grito de agradecimiento.

1.° *Un acto de confianza.* "Piloto—decía César, durante la tempestad, en la frágil barca que le transporta a Farsalia;—piloto, nada temas, porque llevas a César y su fortuna." Señores, nada temáis. En torno de la barca de la Iglesia, los maestros de la opinión y de lo por venir, los letrados y los sabios levantan innumerables oleadas de afirmaciones impías y ateas. Pretenden convencer a la Iglesia de errores y mentiras, acusan de atrasada y retrógrada su enseñanza, y de estar en oposición con las nuevas adquisiciones y los

nuevos descubrimientos de la ciencia. Oímos rugir en torno de ella una tormenta de incredulidad. No os conmováis, no permitáis que se debilite vuestra fe. Hace ya diecinueve siglos que muchos hombres se levantaron y dijeron: "He aquí la verdadera luz, he aquí la verdadera doctrina, he aquí la única verdad." Y acumularon algunas nubes en torno de la doctrina de la Iglesia, hicieron más difíciles la marcha de los creyentes hacia la eterna patria, y elevaron muy alto la pálida antorcha de sus sistemas filosóficos, y de sus incoherentes elucubraciones. Pero cierto día los tocó el soplo de la muerte o de la impopularidad, y se hundieron para siempre jamás en el olvido, abandonando a la desesperación, a la incertidumbre y al despecho a los que habían creído en ellos. No tengamos miedo. Jamás nos faltará la Iglesia, jamás nos descarriará; es infalible e inmortal como Dios. "He ahí que yo estoy con vosotros hasta el fin de los siglos." Jesucristo mismo es el que entra en la barca de la Iglesia; la fortuna de Dios es la que lleva en sus flancos la navecilla de Pedro, y Dios ni se descarría, ni se engaña, ni muere. Tengamos confianza, permanezcamos invenciblemente unidos a la doctrina de la Iglesia, y en la paz que nos da esta certeza, hagamos subir hasta Dios.

2.º *Un grito de agradecimiento.* Las más grandes inteligencias de la antigüedad, viendo que con toda su ciencia y su filosofía no llegaban, en materia de creencias y de dogmas, más que al atolladero, al absurdo y al ridículo, y, en materia de moral, a la deificación del vicio, a la obscenidad y a la podredumbre, volviéndose a Dios, le suplicaban que llegara en su auxilio. Así, Pitágoras pide "que Dios o un espíritu venga a instruir a los hombres"; Platón dice: "No esperéis reformar las costumbres de los hombres, a menos que plazca a Dios enviarnos alguien que nos instruya de su parte;" Cirerón escribe: "El único medio de reconstituir la verdad religiosa consiste en recurrir a la enseñanza divina." Esta enseñanza divina, esta doctrina segura e infalible que reclamaban con angustia los más prudentes, los más sabios de los antiguos, nosotros los cristianos la poseemos, y la poseemos gracias a la Iglesia infalible. En nuestros corazones no tienen entrada esas dudas crueles, esas incertidumbres aplastantes, esas inquietudes aniquiladoras, sino la certeza absoluta, la entera confianza, la fe serena, la paz inquebrantable. Mientras que fuera de la Iglesia, se tantea en la obscuridad y en la noche, en el seno de la Iglesia todo es pleno día, luz resplandeciente, claridad inextinguible. Demos gracias a Dios, señores, de que, ofreciendo a su Iglesia la infalibilidad, y llamándonos a ser sus discípulos, nos ofreció, ya aquí bajo, la mejor parte, mientras esperamos la del cielo.

Así sea.

CONFERENCIA DECIMOTERCIA

La palabra de la Iglesia es una palabra divina

SEÑORES:

Corría el siglo XVI. El español Balboa emprende el descubrimiento de la América central y del Pacífico. El 1.º de Septiembre de 1513, parte a la cabeza de 200 castellanos y se mete en las montañas cubiertas de bosques tras las cuales se extiende el Océano misterioso. Pierde la mitad de sus hombres, y tras un mes de marchas penosas y luchas incesantes, llega con su pequeña tropa al pie de un pico, desde donde afirman los guías que se puede ver el mar. Hace alto Balboa, y sube solo la escarpada cima. Apenas llega a la cumbre cuando un espectácula mágico se ofrece a sus ojos: a sus pies se extiende un vasto caos de bosques y rocas, y en el lejano horizonte, las olas del Océano desconocido centellean a los rayos del sol. Ante semejante espectáculo, cae de rodillas... y llama a sus compañeros. "Amigos—les dice,—contemplad ese espectáculo glorio-

so que tanto habéis deseado ver. Roguemos a Dios que nos ayude en la conquista de este mar y de esta tierra que acabamos de descubrir, en donde jamás penetraron los cristianos, a donde jamás llevaron las santas doctrinas del Evangelio. A nosotros la gloria inmortal de conquistar y convertir a nuestra santa religión todas esas regiones inmensas." Conmovidos los españoles, abrazaron a su jefe y juraron seguirle hasta la muerte.

Señores, un espectáculo semejante al que tanto impresionó a Balboa y a sus compañeros, se ofrece hoy en día ante los predicadores del Evangelio. Descubrimos hoy en nuestra patria, en nuestras ciudades, en nuestros campos, regiones cerradas e inexploradas, en las que jamás penetra la religión de Jesucristo, masas copiosas que viven fuera de las creencias y hábitos religiosos. Diríase que constituyen un pueblo sin altares, un país por conquistar para Jesucristo. La fe procede de la audición de la palabra, y la palabra ya no resuena en los oídos de ese país y de ese pueblo. ¡Qué situación! ¿Nos sentimos desalentados por la inmensidad de la empresa? No ciertamente. Bendecimos a Dios que pone en nuestras manos una obra tan bella y tan grande, y, como Balboa, nos regocijamos de aportar a las masas descristianizadas las santas doctrinas del Evangelio. Somos los mandatarios de la palabra de la Iglesia, es decir, los mandatarios de la palabra misma de Dios. He procurado haceros apreciar la palabra de la Iglesia. Sólo me resta mostraros qué es divina en su origen y en su historia, y que, por consiguiente, merece, no sólo vuestra atención y vuestro respeto, sino vuestra confianza más completa y vuestra docilidad más absoluta.

I. La palabra de la Iglesia es divina en su origen.

¿De dónde procede? De Dios mismo. Dios la da a su Hijo, y su Hijo a los Apóstoles y a sus sucesores, es decir, a la Iglesia católica. He ahí su origen. Escuchad estos textos: "Todo poder me ha sido dado en el cielo y en la tierra. Como mi Padre me envió, así yo os envío. Id, y enseñad a todas las naciones. Yo estoy con vosotros hasta el fin de los siglos. Pedro, he rogado por ti, a fin de que tu fe no desfallezca. Confirma a tus hermanos en la fe. Quien os escucha, a mí me escucha, y quien os desprecia, a mí me desprecia." *Euntes docete.* Entendamos bien estas palabras, y procuremos medir su inmensa extensión. Jesucristo no es un accidente en el mundo. Es un principio que todo lo domina, un centro que todo lo mueve, un foco que irradia sobre todo, una vida que todo lo quiere conquistar y poseer. Pero Jesucristo, no habiendo vivido más que en un tiempo y en un lugar determinados, ¿cómo puede extender su imperio a todos los tiempos y a todos los lugares? Por su Iglesia. La Iglesia es la permanencia, la supervivencia, la irradiación, el desenvolvimiento de Jesucristo en el mundo. Pero aquí salta al punto otra cuestión. ¿Cómo la Iglesia podría tomar posesión del género humano? Por las palabras: *Euntes docete!* La palabra de la Iglesia está en Dios como en su fuente, como en su depósito. De las profundidades de la eternidad se derrama en Jesucristo, y Jesucristo la confía a su Iglesia, que la difunde por el mundo, por la sociedad, por las almas, para incorporarlas a Jesucristo.

Oid al ministro protestante. Su palabra es respetable sin duda. Pero ¿de dónde procede ese ministro, y de dónde procede su palabra? Ese ministro procede de otros ministros, que se han sucedido sin poder borrar la mancha de su origen, ni la fecha de su sacrílega usurpación. Su autor común, es Lutero; la fecha de su principio, el siglo XVI; y más allá de esta fecha famosa, nada de tradición, nada de genealogía, ni el menor fundamento en lo pasado, ni una sombra que puedan hacer salir de la tumba para tenderle la mano y unirse, por medio de ella, a los Apóstoles, a Jesucristo, a Dios. Por consiguiente, la palabra del ministro protestante ya no es apostólica ni divina. No es más que una palabra humana. El sacerdote católico, por lo contrario, tiene por pedestal la tradición de diecinueve siglos, y, por imperfecta que sea su palabra, posee una autoridad imponente, una autoridad divina, porque procede de Dios, de Jesucristo, por mediación de los Apóstoles y de sus sucesores. El sacerdote va a buscar la palabra que anuncia, no en sí mismo, sino en los labios de la Iglesia divinamente instituída y divinamente infalible, y si algún sacerdote se apartara de la verdadera doctrina, sería reprendido por su obispo, y el obispo no podría apartarse a su vez sin ser reprendido por aquel a quien se le encomendó confirmar a sus hermanos en la fe.

Admirad ese gran fenómeno de la palabra confiada por la Iglesia a sus sacerdotes. La Iglesia toma un niño, un joven, a veces en los más humildes valles de la sociedad; lo transforma, lo consagra, y le dice: "Habla ahora; tienes el derecho y el deber de hacerlo. La palabra, esa palabra inalienable, eternamente libre, divina, la palabra se te ha confiado, y yo te ordeno llevarla a todas partes, sin que nadie tenga jamás el derecho de sellar tus labios un solo día de tu vida. Ve y predica, *clama, ne cesses!*"—Pero, Señor, yo no soy elocuente, exclama el joven levita, espantado, como

Moisés, de la grandeza de su misión; mi lengua es vacilante, y mis labios están obstruídos; no, Señor, no me toméis por intérprete cerca de vuestro pueblo.—Lo quiero, responde el Señor Dios. Marcha, hijo mío. Pondré mi verdad en tu boca, y te enseñaré lo que debes decir: *perge igitur, et ego ero in ore tuo, doceboque te quid loquaris.*—Ved ahí ya, señores, un sacerdote, un hombre obscuro, un desconocido, un pobre, cuyo nombre no está inscrito en el frotispicio de ninguno de los templos de la ciencia... Es en la tierra depositario y órgano de la palabra divina. Brota de sus labios como de fuente inagotable. No habla en nombre propio; habla en nombre de Dios. La orden de Dios resuena en sus labios; la eternidad es la que se expresa por su boca. Sí, señores, somos pecadores como vosotros, pero, aunque pecadores, no dejamos de ser ministros legítimos de la palabra de Dios. No veáis nuestras personas; ved la Iglesia que nos envía y nos confía su palabra. Esta palabra de la Iglesia es divina en su origen.

II. La palabra de la Iglesia es divina en su historia.

Comprobad su extensión y su profundidad. Atraviesa los siglos, se apodera de las almas. Esto no es propio del hombre.

¡La extensión de la palabra de la Iglesia...! Hace diecinueve siglos que empezó a resonar al día siguiente de Pentecostés, y después, ¿qué no ha encontrado en su camino? Pasiones del corazón humano, ultrajes de los sabios, sentencias de muerte de los perseguidores, furores del populacho; todos los obstáculos se han erguido ante ella, para corromperla o cerrarle el paso. Viajera intrépida, venció toda oposición y visitó todos

los rincones del mundo. Como la brizna de hierba que invade el palacio de los reyes y la cabaña del campesino, sin que ninguna fuerza humana pueda detener su arranque ni ahogar su lujuriosa vegetación, la palabra de la Iglesia se ha difundido por todo el mundo, por las más altas cimas y por los más hondos valles, glorificando a su Autor, con su expresión maravillosa, con sus triunfos inesperados, con su inmutabilidad que nada ni nadie puede modificar. No tengo tiempo para referiros las vicisitudes y victorias de la palabra de la Iglesia. Os haré solamente notar que ella es hoy en día tan joven, tan viviente, tan inmortal, tan incorruptible en los labios de León XIII, como lo fué ayer en los labios de Pío IX, y en los de san Pedro al día siguiente de Pentecostés. Atravesó diecinueve siglos sin detenerse, sin doblegarse, sin alterarse, sin corromperse. Su origen es divino, y milagrosa su historia.

La profundidad de la palabra de la Iglesia no es menos notable que su extensión. Se apodera de las almas.

Ella obtiene la fe. Podemos sospechar de la afirmación de un sabio que pretende imponer la autoridad de su razón y de su experiencia; pero ¿cómo no creer en aquel que nos dice: "Un Dios me envía. Quien me escucha, le escucha; quien me desprecia, le desprecia. Mi doctrina no es mía, sino del Dios que me envía. No soy un heraldo de la ciencia humana, sino un eco de la ciencia divina. No soy el hombre de la naturaleza, sino el hombre de Dios." ¿Quién sino un hombre de Dios se atrevería a pedir la adhesión del espíritu humano a verdades que la razón humana no puede descubrir ni demostrar? ¿Por ventura no es un triunfo divino de la Iglesia sobre las almas obtener de ella la fe tranquila y sin reservas a lo incomprensible? Co-

nocéis la animosa palabra de Lacordaire. Reprochábanle un día que era ministro de un soberano extranjero. "No—replicó el ilustre dominico.—Soy ministro de uno que no es extranjero en ninguna parte; soy ministro de Dios." La palabra de la Iglesia es el eco, la vibración misma de la palabra de Dios. Por esto suscita ella en las almas tan sólidas y luminosas adhesiones, tan firmes como Dios, cuya fuente es. Engendra la fe, y no es este por cierto pequeño resultado en un mundo en que tan raras son las convicciones, en donde se agitan tantas doctrinas incoherentes, tantas opiniones ligeras, superficiales y perecederas.

La palabra de la Iglesia no sólo obtiene la fe, sino que va más lejos todavía. Convierte. Bourdaloue acababa de predicar uno de sus más virulentos sermones. Las voluptuosidades reales quedaban al descubierto, condenadas y vituperadas. Todos los cortesanos estaban indignados, y se oprimían en torno del Rey, pidiendo una represión. "Señores—les dijo Luis XIV:—el predicador ha cumplido su deber. Cumplamos nosotros el nuestro." ¡Cuántas almas, bajo la influencia de la palabra de la Iglesia apostólicamente anunciada, han sido y son cada día iluminadas, purificadas, abrasadas, convertidas! El sacerdote, de pie en la cátedra de la verdad, eleva la voz, explica el Evangelio, y de repente comprenden ellas la falsedad de los placeres terrenales, la inanidad de las riquezas, la ilusión de la gloria, la fealdad del pecado, la belleza de la virtud. Los velos se desgarran, la verdad se yergue ante ellas y las cautiva con sus vivas revelaciones. Entonces las invade la compunción; se vuelven hacia Dios, borran sus manchas con sus lágrimas generosas y benditas. Se convierten. Eran orgullosas, y se hacen humildes; eran altaneras, y se hacen modestas; eran impuras, y

se hacen castas; eran tibias, y se hacen fervientes. Pertenecían al pecado, a la mentira, a la vanidad, y se dan a la gracia, a la virtud, a la caridad, a Dios. Los prodigios de la palabra de la Iglesia son de todos los tiempos, de todos los lugares. Llevada por los Agustín a Inglaterra, por los Bonifacio a Alemania, por los Javier a las Indias, por los Domingo, los Vicente Ferrer, los Carlos Borromeo, los Francisco de Sales a diversas partes del mundo, por millares de párrocos a millares de parroquias católicas, ilumina en todas partes, purifica, abrasa los corazones con el sagrado fuego. Engendra la fe, y virtudes fructíferas en la fe. Pongo por testigo a vuestra experiencia, cristianos que me escucháis. ¿No os ha ocurrido nunca, siquiera una vez en la vida, sentiros al pie del púlpito súbitamente iluminados y divinamente trasformados? Una palabra, por lo regular muy sencilla, cayó sobre nuestra alma como una centella. Terminado el discurso, os prosternasteis ante Dios, y entregándoos a su divina gracia, dijisteis: "Señor, ¿qué queréis que haga?" Llegasteis fríos, inciertos, divididos, y os retirasteis ardientes, convertidos, vencidos por el ascendiente de la verdad escuchada y gustada. ¡Plegue a Dios que ese fenómeno se repita con frecuencia! ¡Plegue a Dios que la palabra de la Iglesia, divina en su origen, pueda demostrar todavía su divinidad con numerosas conquistas sobre las almas.

Así sea.

CONFERENCIA DECIMOCUARTA

La palabra de la Iglesia de Francia

SEÑORES:

He intentado haceros apreciar y amar la palabra de la Iglesia. Quisiera haceros discernir en esa noble palabra un acento particular, el acento nacional. Estudiad conmigo la palabra de la Iglesia de Francia. Se expresa ella por tres órganos que difieren entre sí, pero que se subordinan y se armonizan con la mayor exactitud. Recojamos la palabra de la Iglesia de Francia de los labios de los obispos, del clero parroquial y de nuestros grandes oradores católicos.

I. Los obispos de Francia

hablan, y su palabra reviste todas las formas capaces de instruirnos e impresionarnos. Son nuestros jefes, y nuestro deber consiste en escucharlos y seguirlos. Hubo un obispo llamado Basilio que vivía en el siglo IV.

Este Basilio tuvo diferencias con el emperador Valente. El Emperador le hizo amenazar por uno de sus ministros llamado Modesto. Este ministro, viendo que Basilio le respondía con firmeza y públicamente, exclamó: "Jamás me habló nadie con tanta arrogancia." Basilio le respondió: "Es que sin duda jamás encontrasteis un obispo: *nunquam in Episcopum incidisti!* Nosotros somos la gente del mundo más humilde, no solamente con el Emperador, sino con el último de los hombres. Pero cuando se trata de Dios, solamente le vemos a El." Este Basilio, señores, era un obispo de Francia, inflexible en los principios, misericordioso con los pecadores, benévolo con todos. El obispo de Francia tiene hoy una misión muy ruda que cumplir. Si alguna vez nos sentimos tentados de acusarlo de debilidad o de intolerancia, suspendamos nuestro juicio, hagamos callar nuestras recriminaciones, oremos por el que lleva la bandera en las grandes batallas de la fe; sigamos su báculo, espada pacífica que obtiene las victorias; obedezcamos su palabra. Nuestros enemigos quisieran separarnos de nuestros caudillos. No les demos ese gusto. Los tiempos son difíciles. La pasión antirreligiosa hace furor. Estamos en plena tempestad. Haríamos mal en descorazonarnos, y desunirnos sería una traición. Pasará la tormenta. Días mejores se elevarán sobre nuestras cabezas, y mañana, cuando termine nuestra época de transición, los obispos de Francia estarán en su puesto para inaugurar los tiempos nuevos, para presidir nuestra restauración religiosa, como en otros tiempos presidieron el renacimiento de la nación francesa en el siglo III, su apogeo en el siglo XVII y su resurrección en el XIX. Su palabra merece el respeto y la docilidad, aun cuando no se armonice enteramente con nuestras pequeñas ideas particulares. Son

la trompeta guerrera que se deja oir en la pelea y a la cual hay que seguir con intrepidez.

Luego, tras la gran voz del episcopado, ¿qué oigo? Cuarenta mil sacerdotes están de pie en la cátedra de su iglesia parroquial.

II. El clero parroquial

habla. No despreciéis, señores, la palabra sencilla del cura y del vicario francés. ¿Qué importa que esta palabra esté desprovista casi siempre de las pompas y arreos de la elocuencia? He ahí el crucifijo. A veces la divina imagen está finamente cincelada en marfil o en precioso metal, pero por lo general es groseramente tallada en madera, o modelada sin gran arte en una materia común. ¿Qué importa esto? Es siempre la imagen del divino Redentor, y no es raro que el informe crucifijo del aldeano oiga más oraciones y vea correr más lágrimas de amor que la incomparable obra maestra del artista renombrado. Pues bien, la palabra del clero parroquial no es el crucifijo de marfil, sino el crucifijo de madera. Bajo su vulgar corteza, ¿qué os ofrece? La verdad divina. Sabed reconocerla y nutrir de ella vuestras almas. Decidme, ¿es que la naturaleza no es igualmente bella y atractiva, ora nos convide a sus escenas más espléndidas en las majestuosas mesetas de los Alpes, o en los brillantes picos de los Pirineos, ora se nos ofrezca bajo la forma de un pequeño jardín, con algunas avenidas estrechas, bordeadas de boj, adornadas de claveles, olorosas de alhelíes o resedas, rumorosas de abejas? Ni siquiera sé si, bajo esta última forma, su lenguaje es más íntimo, más penetrante y más tierno. Pues bien, la palabra del clero parroquial no es la gran elocuencia

comparable a las cimas de los Alpes o de los Pirineos; es el pequeño jardín accesible a todos; en él entramos con verdadera complacencia, en él respiramos los aromas auténticos de la verdad y el bien. Llegaos a ese humilde sacerdote francés,

> Hombre obscuro y sin nombre, humilde vaso de arcilla,
> Pero lleno hasta los bordes de la sustancia del Evangelio,
> En donde la sabiduría humana y la divina, a oleadas,
> En pocas palabras llenan el corazón sediento;
> A donde el alma llega, se inclina y su sed apaga...

Hago un voto, señores. Deseo que el pueblo de Francia venga asiduamente, dócilmente, ávidamente, a oir la palabra de sus sacerdotes. Ya he perdido la costumbre de hacerlo. Esto es un mal, un mal inmenso. Los franceses no encontrarán nunca, en el periódico con el cual se desayunan cada mañana, la sustancia de verdad que desciende cada domingo de los labios de su clero. El clero parroquial habla, y yo pido para su palabra atención, respeto y docilidad.

Por otra parte, en ese gran concierto de la palabra sacerdotal francesa resuenan voces más elocuentes, que honran a la vez la religión y la patria.

III. Nuestros grandes oradores católicos

hablan. Se suceden en el púlpito de Nuestra Señora de París, y su elocuencia se impone a la admiración y a la gratitud de todos.

Tal es el divino privilegio del cristianismo, que inmóvil sobre su base, en medio de nuestra perpetua movilidad, empuña constantemente un arma dispuesta para todos los combates, y da una respuesta a los enigmas sucesivos que el hombre propone y Dios

resuelve; y a la feliz inspiración del orador corresponde saber escoger esta arma, acentuar esta respuesta y adaptar su palabra a las exigencias y necesidades del tiempo, de suerte que su lenguaje ofrezca a la vez el milésimo de la época y el sello de la eternidad. Pues bien, hace sesenta años que nuestros grandes oradores católicos responden maravillosamente a las variaciones y a la marcha caprichosa del espíritu moderno, sin sacrificar la menor parte de la verdad revelada. Ved cómo se siguen, se completan y se armonizan.

Empecemos por Lacordaire, el primero en el orden del tiempo y el primero como valor intelectual. Vivió en una época febril de libertad, agitada por generosos entusiasmos y peligrosos arrastramientos. Colócase él atrevidamente en medio, en el corazón de aquella generación, cuyos sueños comprendió y quizás compartió, y le dijo: "Tienes sed de lo sublime; la libertad te embriaga, te atrae y te atormenta lo infinito. Sígueme. Como tú, soy yo hijo de mi siglo. No condeno tus aspiraciones; las comprendo, y quiero enseñarte a dirigirlas hacia arriba y a satisfacerlas noblemente." Y aquella águila, tomando a su auditorio y a su siglo, los arrastraba consigo hacia las fuentes eternas de lo sublime, de la libertad, de lo infinito.

Transcurren algunos años; ¡cambia el aspecto de la sociedad. Un vago sentimiento de fatiga y de pesar se apodera de aquella generación soberbia, que la ciencia traicionaba y a la que la libertad iba a hacer traición. Para responder a este período de desencanto y de cansancio, a aquellos mañanas de embriaguez intelectual, a aquellas veleidades de retorno a un pasado calumniado y demolido, he ahí el P. Ravignán. Ante su auditorio escéptico, exclama con acento de piadosa certeza: "¡No, señores; creemos!" Y la unción majestuosa de su figura y de su palabra, la belleza de su lenguaje, el ardor de su fe, la santidad de su vida, su acción incesante sobre las almas, aclimataron de nuevo lo pasado en lo presente, y rindieron a la vieja religión cristiana un prestigio que ya no conocía. Lacordaire se había apoyado, para convertirlo, en los sueños y conquistas de su siglo; Ravignán en sus decepciones y caídas.

Pero el siglo dió un paso hacia adelante. Ya no se trata de entusiasmo, ni siquiera ¡ay! de pesar o de cansancio. La materia reina, y el hombre pide sus patentes de grandeza y omnipotencia al progreso de la industria, de la ciencia, del vapor, de la máquina, del bienestar. El P. Félix responde a esta fase. Durante veinte años preconiza el progreso moral y religioso sin el cual el progreso material no es más que un vasto desorden que conduce a la muerte después de envilecerlo.

Después sucumbe Francia en las humillaciones sin nombre de la guerra extranjera y de la guerra civil. ¿Qué le faltaba a esta vencida, a esta pecadora? Para curarla y mostrarle su camino, era preciso primeramente poner ante sus ojos la gran luz evángelica. Es lo que hizo el P. Monsabré. De 1870 a 1890, expuso magistralmente el dogma católico, y parecía decir a nuestra desventurada patria: "Cree, y serás salva, *qui crediderit salvus erit.*"

Pero en este fin de siglo, los espíritus, como agotados por mil vicisitudes y por esfuerzos repetidos que no han conseguido más que decepciones, carecen aun de fuerza para elevarse hasta la verdad revelada. Hay que hacerles tocar con el dedo el aspecto humano y el aspecto positivo del Evangelio. Hay que mostrarles la moral evángélica y obligarles a decir: "Eso es bue-

no; luego es verdadero." Ya hace dos años que Mons. de Hulst prosigue esta nueva apología que responde exactamente a las necesidades de nuestra época, y su palabra escultural está admirablemente hecha para ilustrar y convencer los espíritus sinceros que no rehusan la luz.

¡Ah, señores, no rehusar la luz, desear la verdad, pedirla, buscarla... todo está ahí...!

Ciertamente, no es la luz lo que nos falta. La Iglesia de Francia habla, habla por medio de sus obispos, por medio de su clero parroquial, por medio de sus grandes oradores. Habla en los libros, en las revistas, en los periódicos, en las conferencias, en la cátedra. Habla todos los días, especialmente cada domingo. Hay una gran efusión de luz que se produce incesantemente entre nosotros. ¿Por ventura, en esta ciudad de Orleáns, por ejemplo, no es anunciado el Evangelio? ¿Es que vuestros sacerdotes, a pesar de las ocupaciones que absorberían varias vidas humanas, no hacen cuanto pueden, y más de lo que pueden, para sembrar la verdad en las almas? No, no es la luz lo que nos falta.

Por desgracia, con gran frecuencia somos nosotros los que faltamos a la luz. ¡Cuántos hombres hay que desdeñan la verdad! ¡Como si no fuera el bien más precioso! ¡Como si Dios no mereciera que se le escuche cuando se digna hablarnos! ¡Cuántos hombres hay que tienen miedo de la verdad, y que, por tanto, evitan buscarla para no correr el riesgo de encontrarla, y no vienen a escucharnos porque sospechan que pronto quedarían dominados por el poder de la verdad y el bien! ¡Cuántos hombres hay que rechazan la verdad, porque los molesta, porque los compromete! Afectan querer encontrarla, y cuando se les presenta,

retroceden espantados: *quæsivit cælo lucem, ingemuitque reperta.* Señores, no seáis de esos hombres que huyen de la luz. La luz cae a torrentes sobre nuestra tierra de Francia. Aceptadla, y, no contentos con gozar de ella vosotros mismos, hacedla llegar a vuestros hermanos, a vuestros amigos, a vuestros vecinos, a vuestros contemporáneos. Viven en la obscuridad; haced que vean la hermosa luz del sol. Haced que la palabra de la Iglesia sea conocida, gustada, practicada. En ello consiste la salvación de las almas, la paz del mundo, la solución de los problemas que nos atormentan; ella es la antorcha de la vida, la llave de la eternidad.

Así sea.

V

LOS DERECHOS DE LA IGLESIA

CONFERENCIA PRIMERA

La Iglesia tiene el derecho de existir

SEÑORES:

Estudiamos la constitución de la Iglesia, y ya hemos considerado su armazón, su fisonomía y su palabra. La Iglesia es un cuerpo organizado. Tiene un rostro con rasgos particulares. Habla. ¿Es esto todo? No. Marcha en medio del mundo, y se nos aparece revestida y armada de ciertos derechos que aseguran su influencia y su perennidad. Los derechos de la Iglesia; tal es el cuarto y último capítulo que va a solicitar vuestra atención.

El primer derecho de la Iglesia, su derecho elemental y esencial, es el derecho a la existencia. La Iglesia se yergue, viviente y hablante, en el seno del género humano; ¿con qué derecho? Con el derecho de elección, con el derecho de conquista, con el derecho de nacimiento. He ahí el trípode sobre el cual descansa, y vais a ver que ese trípode es absolutamente sólido e inquebrantable.

I. La Iglesia existe por derecho de elección.

Los poderes humanos, hoy sobre todo, proceden de la elección, del libre sufragio de los pueblos. Son emanación y representanción de la voluntad nacional y es un gran honor ser elegido y colocado en la cumbre de la sociedad por diez, veinte, treinta millones de hombres, de los cuales es uno el mandatario responsable, y a los cuales tiene la misión de gobernar en la paz y en la guerra.

Pues bien, la Iglesia posee el libre sufragio del género humano; ingresa uno en ella, y la abandona cuando le place.

Notad bien esto, señores. La Iglesia no emplea la fuerza para hacerse con súbditos y discípulos. La Iglesia es un poder de persuasión. Respeta muchísimo la libertad de la conciencia humana. No se impone, se propone, y todos sus súbditos son voluntarios. Pongo por testigos a los Ignacio de Antioquia, a los Clemente, a los Tertuliano, a los Orígenes, a los Cipriano, a los Hilario, a los Gregorio, a los Crisóstomo, que, bajo una u otra forma, no cesaron de proclamar la libertad de la religión, y condenar el empleo de la fuerza para imponer la fe. Pongo por testigo el celo con que la Iglesia ha proclamado siempre los derechos que tienen los padres de educar a sus hijos en sus propias creencias, aunque sean erróneas, las innumerables precauciones de que rodea ella este derecho natural y primordial, y la severa prohibición que hace a los cristianos de bautizar un niño judío sin el consentimiento de sus padres, excepto en el caso de muerte inminente. Pongo por testigo vuestra experiencia personal y vuestra presencia al pie de esta cátedra.

Hacéis profesión de catolicismo y estáis aquí porque así lo queréis. Se viene a la Iglesia cuando se quiere. Y se sale de ella cuando se quiere. Actualmente cuenta la Iglesia con unos 250 millones de súbditos en la superficie del globo. Estos 250 millones de seres humanos ¿están ligados a la Iglesia por un lazo material, por un lazo de fuerza? En manera alguna. Aquí y allá se encuentran algunos que desfallecen en la fe, que apostatan, que se separan de los brazos maternales de la Iglesia. La Iglesia los llora, ruega por ellos; la Iglesia los advierte, los conjura, los amenaza, pero no los retiene; se vuelve a sus hijos fieles y les repite las palabras de Jesucristo: "¿Y vosotros también queréis dejarme?" Y de un extremo del mundo al otro responden los católicos: "¿Irnos nosotros? No. ¿A dónde iríamos? ¡Tú sola, oh madre nuestra, tienes palabras de vida eterna!" He ahí, señores, el espléndido panorama que dura hace ya diecinueve siglos, y que hoy se muestra más resplandeciente que nunca. La Iglesia se yergue en medio del género humano; posee el libre sufragio de sus 250 millones de fieles y de los veinte mil millones de los que la han precedido. Pero todavía hay algo más y mejor.

II. La Iglesia existe por derecho de conquista.

Los poderes humanos organizan ejércitos, salen a campaña, derraman la sangre, y con demasiada frecuencia su dominación descansa sobre ruinas. Se ha convenido en llamar esto gloria, y para la tranquilidad del mundo, estamos obligados a reconocer que sus conquistas, con tal que tengan cierta apariencia de justicia y la consagración del tiempo, les originan un derecho verdadero. Por ejemplo, nosotros conquista-

mos la Argelia con la punta de nuestra valiente espada, y muy mal recibido sería quien tratara de discutir derechos sobre esa tierra regada de sangre francesa.

También la Iglesia es una gloriosa conquistadora. Conquistó el mundo con la palabra de sus apóstoles, de sus doctores, de sus pontífices, con la sangre de sus mártires, con las virtudes de sus confesores y de sus vírgenes, con los beneficios de sus discípulos más ilustres. Conquistó el mundo evangelizándolo y civilizándolo.

Vedla en la obra. Durante tres siglos es pisoteada. Mas a pesar de Nerón, de Domiciano, crece, se difunde, invade el mundo romano, luego el mundo bárbaro, después el mundo medioeval, posteriormente el nuevo mundo, por el último, el mundo moderno.

Quiere conquistar al género humano; he ahí su ambición. Platón es inmortal, pero sólo es comprendido por un pequeño número de literatos. Mahoma entusiasmó al desierto, pero no salió de él. Buda no rebasó las fronteras de la India, ni Confucio las de la China. Después de Jesucristo, ha habído Iglesias anglicanas, rusas, griegas, acantonadas en su país. Sólo hay una iglesia que invadió todas las naciones, que no conoce fronteras, que no se detiene en parte alguna. Es la Iglesia católica. Su nombre mismo expresa la amplitud de su ambición ilimitada.

Y hace lo que se propone. Trabaja sin descanso en la conquista del género humano. Hace diecinueve siglos que se difunde por el mundo entero, que salva los desiertos, que atraviesa los ríos, que escala las montñas. Tiene alas para trasladarse a las poblaciones más lejanas, tiene fuerzas para soportar los ataques de las poblaciones más crueles, tiene talento para hacerse entender de las poblaciones más salvajes, tiene

corazón para amar las poblaciones más horriblemente feas.

Y lo que hizo en lo pasado continúa haciéndolo en lo presente. Véamosla proseguir y agrandar sus conquistas. Se sirve de los descubrimientos de la ciencia para llevar el Evangelio a los extremos del mundo. He ahí los caminos de hierro. Habéis cubierto de ellos el suelo de Europa y de América, y los construís en el Japón, en la China, en la India, en Australia. Se ha abierto el istmo de Suez y el de Panamá. Las líneas telegráficas unen todos los continentes y pasan por debajo de todos los mares. Los excursionistas, los aficionados dan como jugando, la vuelta a la tierra. A su lado, en el mismo tren o en el mismo vapor, reza el breviario un sacerdote y el rosario una Hermana de la caridad. Es la Iglesia católica que va a llevar el Evangelio y a sentar su jerarquía a los extremos del mundo.

La Iglesia se yergue en medio del género humano. Se yergue y marcha. No patina, sino que avanza siempre, no se detiene nunca. Se dirige a los pueblos, y los pueblos llegan a ella, de suerte que reina a la vez por derecho de conquista y por derecho de elección.

¿No podrían arrojarla del mundo? Obstruye su paso y le es molesta. ¿No podrían suprimirla? No. Ocupa su puesto en él en virtud de un derecho superior y anterior a todos los derechos puramente humanos.

III. La Iglesia existe por derecho de nacimiento.

Los poderes humanos, aun los más legítimos, no son eternos. El pueblo que los designa conserva el derecho de anularlos y cambiarlos. ¿Cuántas veces no

hemos visto esto en la historia? Es que los poderes humanos no tienen sus raíces en el cielo. Nacieron, no de Dios, sino del hombre, y la debilidad de su origen explica lo precario de su existencia.

Respecto de la Iglesia, todo es diferente. Tiene ella un derecho imprescriptible y divino a la existencia. Su Fundador le dijo: "Id, id a todos y contra todos. Id sin vacilación ni temor. Estad seguros de que ni reyes, ni emperadores, ni repúblicas podrán arrebataros el primer derecho y la primera libertad que os doy, que es el derecho y la libertad de existir y de marchar, el derecho y la libertad de ocupar nuestro puesto a la luz del día." Cierto que esto no es más que una palabra. La existencia de la Iglesia descansa en una palabra, sí, pero en una palabra divina, y Dios no tiene más que palabras para hacer todo lo que hace, *dixit et facta sunt, mandavit et creata sunt!* Los poderes de aquí bajo dependen de mil cosas exteriores, que se llaman murallas, espadas, oro, voluntades, pasiones humanas. La Iglesia, hunde sus raíces en Dios mismo, de suerte que, para desarraigarla, para exterminarla, para arrebatarle el ser y la vida, hay que habérselas con Dios mismo, hay que atacar a Dios mismo, pero no hay medio de llegar a El.

La Iglesia existe por derecho de nacimiento, por derecho divino. Poned atención en esto. No la comparéis a una simple asociación civil, cuya existencia normal depende del Estado, a la cual el Estado le concede cierto goce de la vida pública, cuyos derechos mide y determina el Estado, y a la cual puede decir cuando bien le parezca: "Haz esto o aquello. Habla o cállate. Quédate o sal de aquí." No, en manera alguna. Cuando Jesucristo vino al mundo, el puesto estaba ocupado. Jesucristo ocupó su puesto por su propia autoridad. No mendigó la libertad; la tomó y se la dió a su Iglesia: "Como mi Padre me envió, así yo os envío." La Iglesia es una creación, una institución positiva y soberana de Dios. Sin duda que puede hacer alianza con las sociedades puramente humanas. Solicita la inteligencia cordial con los poderes de este mundo. Pero, abandonada, protegida o perseguida por el Estado, no por ello es menos independiente del Estado.

Unas veces nos dijeron los poderes humanos: "Somos vuestros protectores y vuestros amigos. Sed nuestros servidores. Os colmaremos de favores, y arrojaremos sobre vosotros un reflejo de nuestro poder." La Iglesia les respondió: "¡Atrás! No aceptamos tan vil contrato. Procedo de Dios y sólo a El sirvo. Protegedme si el corazón os lo dice, pero no me esclavizaréis."

Otras veces los poderes humanos montaron en cólera y dijeron a la Iglesia: "Vamos a perseguirte. ¡Ponte en guardia! Tenemos ejércitos, leyes, multas, prisiones." Mas la Iglesia les respondió: "Vale más obedecer a Dios que a los hombres. Podéis perseguirme, pero no me mataréis. Viviré sin vosotros y a pesar de vosotros."

Otras veces los poderes humanos dijeron a la Iglesia: "Marcha por tu lado, que nosotros marcharemos por el nuestro. No te conocemos." Pero la Iglesia les respondió: "¡Ah! ¿conque no queréis tenderme la mano? ¿Conque no queréis, de acuerdo conmigo, realizar la gran obra de la civilización cristiana? ¡Bueno, tanto peor para vosotros! Trabajaré sin vosotros."

En resumen, la Iglesia existe por derecho de nacimiento. Es una sociead autónoma, una sociedad independiente del Estado, una sociedad completa por sí misma. Tiene un origen y una constitución divina. Existe porque los hombres se le adhieren libremente.

Existe porque conquistó honradamente su puesto a la luz del sol. Existe sobre todo, porque Dios lo quiere, porque Dios la fundó, porque Dios la guarda, porque Dios le prometió y le garantiza la inmortalidad.

Así sea.

CONFERENCIA SEGUNDA

La Iglesia tiene el derecho de enseñar

SEÑORES:

La Iglesia tiene el derecho de existir, derecho que procede de los pueblos, de ella misma y de Dios. No es posible suprimirla. Existe y reina por derecho de elección, por derecho de conquista, por derecho de nacimiento.

Pero la Iglesia no está en el mundo en estado de momia, como una estatua inerte y muda sobre un pedestal inmóvil. Tiene boca y habla. ¿Posee el derecho de enseñar? ¿Cuáles son los orígenes y fronteras de ese derecho esencial? Respondamos a estas preguntas.

I. La Iglesia tiene el derecho de enseñar ¿De dónde le viene este derecho?

Comprobemos primeramente un hecho. *Hace diecinueve siglos que la Iglesia enseña. Desde el origen,* se

apodera de la libertad de la palabra. No pide esta libertad; la toma, y cuando quieren cerrarle la boca, responde: *non possumus non loqui;* no podemos dejar de hablar. Y, en efecto, *habla a todos los pueblos*. En dos discursos convirtió san Pedro ocho mil personas. En Jerusalén, el número de los cristianos aumenta con rapidez maravillosa. Pero el Evangelio no sólo es para los judíos. San Pedro desgarra las estrechas envolturas del judaísmo, se liberta del espíritu de nacionalidad, y lleva a Roma su palabra universal, para que desde ella resuene en las ciudades más populosas y en las playas más lejanas. Tratan de ahogarla en su sangre. Durante tres siglos flota en un río de sangre. Lo atraviesa, emprende su vuelo, visita todo el universo entonces conocido. Para hacerse entender de los diferentes pueblos de la tierra, *se apodera de todas las lenguas*. Sin duda leisteis, cuando erais jóvenes, la historia de David saliendo al encuentro del gigante Goliat y tumbándolo de una sola pedrada disparada por su honda. Allí está el filisteo bañado en su sangre; David le quita su espada, y acaba de vencerlo cortándole la cabeza. David, pastorcillo, sólo contaba para luchar con el gigante con una piedrecilla balanceada por una pequeña honda. Esto era suficiente para vencer. Pero cuando le hubo quitado la espada al gigante, se hizo más fuerte. Así procede la Iglesia. Para vencer al mundo se apodera de todas las lenguas del mundo: de la lengua hebrea, y con ella se introduce en las sinagogas de Siria y de Asia Menor; de la lengua griega, y con ella se eleva a las más altas cumbres de la literatura y de la filosofía; de la lengua latina, y con ella entra en Roma, y desde Roma, en los desiertos de Germania y de Africa, más allá de las orillas del Rhin, del Danubio y de los candentes arenales de los mauritanos. Hoy la

Iglesia habla todas las lenguas, convertidas para ella en órganos, en instrumentos, en servidores del Evangelio. *En vano las pasiones* quisieron ahogar la palabra de la Iglesia, imponerle silencio, retirarle el derecho de enseñar la doctrina de Jesucristo. Los vengativos, los voluptuosos, los usureros, los mundanos, los escépticos, le dijeron aisladamente o todos a la vez: "¡Callate!" Pero ella gritó cien veces más fuerte. Los poderosos le pidieron miramientos, concesiones. Pero ella respondió: "Príncipe, si yo tuviera dos almas, con gusto te sacrificaría una para complacerte; mas solamente tengo una, y la guardo para mí." La Iglesia dijo la verdad a los reyes. Los pueblos, convertidos en reyes, tienen también aduladores que los pierden, farsantes que los engañan, corruptores que los depravan. La Iglesia defiende ante ellos, como ante los reyes, la verdad del Símbolo, la integridad del Decálogo, la causa eterna de la verdad y el bien, de Dios y de Jesucristo. No cesa de decirles: "La propiedad es sagrada; no la toquéis. El libertinaje os perderá; huid de él. El trabajo es una ley divina; no intentéis suprimirlo; resistid a la tentación de maldecirlo. La virtud es la salvación de las naciones; sed probos, honestos, castos..."

La Iglesia habla, la Iglesia enseña. Cuando se le piden mentiras y errores, cuando se le piden novedades, cuando se le piden reticencias, disminuciones del dogma o de la moral evangélica, responde deletreando los doce artículos del Símbolo y los diez mandamientos de la ley de Dios, sin suprimir una coma, ni una jota. Los tímidos quieren que se desgarre por lo menos la mitad del Evangelio, todo lo que es misterioso para la razón y crucificante para la naturaleza. Jamás lo hizo la Iglesia, ni lo hará jamás. Aun a riesgo de que la llamen temeraria, atrasada, fanática, aunque se dirijan

contra su cabeza todas las injurias del odio, y contra su pecho todas las espadas de la persecución, repetirá siempre el viejo texto inventado por un viejo papa llamado san Pedro: *non possumus non loqui.* "Tengo la misión de enseñar el Evangelio, nada más que el Evangelio, todo el Evangelio, y no puedo dejar de enseñarlo. ¡Perezca la amistad de los hombres antes que los derechos de la verdad y la libertad de la palabra santa!" He ahí el hecho. La Iglesia enseña.

¿Pero de dónde le viene a la Iglesia el derecho de enseñar que ejerce hace ya diecinueve siglos? *De su misma constitución.* ¿Para qué fué creada la Iglesia y puesta en el mundo sino para conducir a los hombres a su destino, y cómo podría conducirlos sin hablarles? Imaginad esta situación: el papa, los obispos y los sacerdotes investidos de la misión de conducir la sociedad cristiana, y privados del poder y del derecho elemental de enseñarle el camino de la verdad y el bien, el camino de la salvación. Según esto, la Iglesia estaría por debajo de la última de las sociedades, y Jesucristo, al instituirla, no hubiera creado más que una grandiosa inutilidad. Pero Jesucristo hizo una obra seria. Oidle dirigirse a sus Apóstoles y decirles: "Id y enseñad a todas las naciones. Enseñadles a guardar todo cuanto yo mismo os he enseñado." Esto es clarísimo. La Iglesia es libre en su enseñanza, y recibió esta libertad de su divino Fundador. Los poderes humanos no deben molestarla, ni ponerle trabas. Si lo hacen, cometen un sacrilegio, y redundará en detrimento de ellos y en su vergüenza; porque el Verbo divino no está encadenado, como dijo el Apóstol: *Verbum Dei non est alligatum!* Antes encadenarían, dice san Juan Crisóstomo, un rayo de sol. Preciso es que ilumine al mundo, a pesar de todos los obstáculos y de todas las cóleras. Y aquí salta otra

cuestión, cuya importancia vais a apreciar y cuya actualidad vais a adivinar.

II. La Iglesia tiene el derecho de enseñar. ¿Hasta donde se extiende este derecho?

La Iglesia tiene el derecho de enseñar, y el *Estado no tiene autoridad alguna para determinar este derecho.* A cada cual su misión. Al Estado corresponde la policía externa; a la Iglesia la direción de las conciencias. El Estado gobierna los cuerpos; la Iglesia gobierna las almas. El Estado administra los intereses temporales; la Iglesia administra los intereses eternos. Los derechos del Estado, en los asuntos exclusivamente civiles, son independientes de la Iglesia; los derechos de la Iglesia, en los asuntos exclusivamente religiosos, son independientes del Estado. Así, pues, cuando la Iglesia predica y enseña, no se le diga: "Corta esto, suaviza aquello; este dogma ha envejecido, este mandamiento no está de moda, ese Breve no ha recibido el *exequatur,* esa Encíclica no está autorizada más que en parte, a ese catecismo le falta el *placet.*" No. Si ese dogma ataca vuestros principios políticos, o las máximas de vuestra legislación, cambiad de principios y de máximas, porque el dogma no cambia. Si ese precepto se opone a vuestras codicias, privaos de vuestras codicias, porque el precepto no será abolido.

La libertad que reclama la Iglesia consiste en enseñar hoy lo que enseñaba ayer, en hablar en el siglo XIX como hablaba en tiempos de Nerón, de Carlomagno, de Luis XIV, en Francia como en China, en los pueblos cultos como en los salvajes, ante los súbditos como ante los reyes, porque ella debe a todos y siempre la verdad.

¿Se dirá que el Estado es capaz de determinar la verdad moral y religiosa? Hoy es menos capaz que nunca. En el antiguo régimen, el príncipe era como el obispo externo: aceptaba, propagaba, sancionaba la doctrina de la Iglesia. Si bien no era el órgano de la doctrina católica, era su protector oficial. Hoy ya no es posible esto. Por efecto de numerosas y diversas circunstancias, las cosas del pensamiento, de la conciencia, del alma, de Dios, quedan sustraídas al brazo secular. El Estado moderno se desinteresa de las verdades y de las cosas religiosas. Protege la seguridad pública, pero no tiene autoridad para juzgar del valor propio de las ideas. No entiende nada de eso. Es absolutamente incompetente. Ni siquiera conoce la filosofía. ¿Cómo podría tener una doctrina religiosa? Deje, pues, a la Iglesia libre en su esfera, libre en sus cadenas, libre en sus cátedras, libre en su enseñanza.

Pero diréis: ¿y si la Iglesia traspasara sus derechos? ¿y si usurpara el dominio de las cosas temporales que no corresponden a su magisterio? No tengáis miedo. El mismo Dios que creó la cuna en que dormita el océano y dijo a las olas: "Llegaréis hasta aquí, y no iréis más lejos," ese mismo Dios, al crear la Iglesia, le impuso fronteras que no traspasará jamás. Está con su Iglesia, y la preserva de los excesos que teméis. Dejadla moverse a su antojo. Dejadla en libertad.

La Iglesia tiene el derecho de enseñar, y *ella misma determina su derecho*. Determina el objeto y las formas de su enseñanza. Con sólo verla y oirla, quedamos impuestos sobre las cuestiones que dependen de su poder doctrinal y sobre las diversas manifestaciones que quiere dar a su pensamiento.

Hay *cuestiones referentes al dogma, a la moral y al culto*. Constituyen el fondo, la esencia, el corazón mismo del dominio confiado por Dios a su Iglesia. En estas cuestiones, la Iglesia es soberana. Esto se cae de su propio peso.

Hay *cuestiones mixtas;* por ejemplo, la filosofía, la economía social y política. Estas ciencias tienen un aspecto relativo, contingente, variable, que se deja a la razón y a la libertad humana, pero también entrañan principios de verdad, de justicia, de caridad, que son absolutos e inmutables, que dependen del dogma y de la moral católica. Los filósofos, los economistas, los políticos tienen evidentemente libertad para moverse en su dominio respectivo, y, con tal que respeten los principios evangélicos, la Iglesia los deja hacer, ir y venir y evolucionar a su arbitrio. Tan sólo interviene ella, y tiene el derecho de intervenir, cuando tal sistema filosófico, económico o político interesa a la fe y a las costumbres. Habla, advierte, condena, si lo juzga necesario. Protege de esta suerte la verdad, las almas y los pueblos. Cumple con su deber. Está en su derecho.

Hay *cuestiones de hecho* que dependen igualmente de su magisterio doctrinal. Por ejemplo: acaba de aparecer un libro. ¿Es peligroso para la fe y las costumbres? ¿Puede leerse? ¿Contiene herejías? Las conciencias se muestran perturbadas. Quién lo defiende, quién lo ataca. Las opiniones se muestran divididas. Interviene la Iglesia, pronuncia su sentencia. También cumple aquí con su deber. Está en su derecho.

Mas al mismo tiempo que la Iglesia determina el objeto de su enseñanza, precisa también *las formas*. Habla por medio del discurso, de las pastorales, de los ordenamientos, de los breves, de las encíclicas, del catecismo. Es su cometido. Elige su método, y sus medios, y ningún poder humano tiene el derecho de im-

miscuirse en sus funciones doctrinales y reformar las manifestaciones diversas de su enseñanza.

La Iglesia tiene el derecho de enseñar el Evangelio, nada más que el Evangelio, pero todo el Evangelio, y del modo que le parezca mejor. Dejadla hacer, señores. Sembrando el Evangelio, salva al mundo. Aceptad sus avances, señores. Dándoos el Evangelio, salva vuestras almas.

Así sea.

CONFERENCIA TERCERA

La Iglesia tiene el derecho de santificar

SEÑORES:

La Iglesia tiene el derecho de existir. La Iglesia tiene el derecho de enseñar. ¿Es esto todo? No. Hay que ir más allá y concederle algo más. La Iglesia tiene el derecho de santificar. Aquí nos encontramos con una tesis que sentar y un prejuicio que deshacer. Entremos sin más dilaciones en materia.

I. Siento una tesis. La Iglesia tiene el derecho de santificar las almas.

¿Para qué fué fundada? ¿Para hacer centinela junto a los tronos y formar a los reyes dóciles súbditos? ¿Para vigilar las cajas de caudales y las fresqueras de los burgueses ricos y calmar las impaciencias de los proletarios hambrientos? No; para esto no se encarnó el Verbo, ni Pedro de Galilea, ni Pablo de Tarso lle-

varon el Evangelio a las naciones, ni los papas y los obispos lucharon largos siglos con los antiguos y los modernos Césares. Sin duda que la Iglesia pacifica, moraliza y civiliza al mundo; pero esto sólo constituye la parte inferior de su misión. La Iglesia fué principalmente instituída para santificar las almas, para prepararlas a la gloria por la gracia. Difundir la gracia: he ahí su razón de ser, su misión, su deber esencial; por consiguiente, he ahí su derecho.

A la Iglesia pertenece la libertad plena y entera, el derecho absoluto de administrar los sacramentos y dirigir el culto público. Los sacramentos y el culto público son las fuentes de la gracia. El Estado no podrá abrirlas ni cerrarlas. Unicamente la Iglesia tiene la libre dispensación de ellas. Ella es la reina, y nadie comparte con ella la soberanía de las almas. Vióse antes, en tiempos del jansenismo, entrar ujieres en nuestros templos, en nombre del Parlamento, y pronunciar un embargo sobre la sagrada Hostia, y vióse también a gendarmes obligar al sacerdote a llevarla a un enfermo absuelto de herejía por la justicia humana. Vióse al josefismo en Austria reglamentar el culto y regir el santuario y la sacristía. Estas son usurpaciones tiránicas, sacrilegios y ridiculeces. Dejemos que estos abusos duerman el sueño de lo pasado y comprendamos las santas exigencias de la libertad de la Iglesia en relación con la oración pública y los sacramentos.

La Iglesia tiene el derecho de administrar los sacramentos a los que ella juzga dignos de recibirlos, y tiene el derecho de negárselos a los que ella juzga indignos o incapaces. He ahí un niño que se presenta a la primera comunión. La Iglesia lo rechaza. ¿Es que el Estado, es que la ley civil tiene misión y competencia para condenar la conducta de la Iglesia y obligarla a

dar la comunión? En manera alguna. La Iglesia está encargada de la dispensación de las cosas sagradas, y sólo depende de Dios en ese augusto ministerio. He ahí un impío obstinado, que hasta el último suspiro ha rechazado los auxilios de la religión. He ahí un francmasón que muere sin querer retractarse de su error. He ahí un divorciado que ha contraído un segundo matrimonio ilegítimo ante Dios y muere en ese estado. He ahí un suicida, o un duelista, que acaban su vida por un crimen. A todas estas personas les niega la Iglesia la sepultura eclesiástica. Está en su derecho, porque ella, y solo ella, recibió el poder de dar o de negar las cosas sagradas, y ella no depende mas que de Dios en su augusto ministerio.

Del mismo modo, en virtud del derecho que le asiste para santificar las almas, la Iglesia dirige según su juicio el culto público. Da a sus ministros un hábito particular que los señala a la atención y respeto del público cristiano. Erige templos para satisfacer las necesidades religiosas del género humano. Planta la cruz en la cima de los edificios sagrados, junto a los caminos, a la entrada de ciudades y aldeas, en los cementerios en que reposan los fieles difuntos, en las escuelas donde se educan las nuevas generaciones. Puebla de estatuas las fachadas y los peristilos de sus basílicas. Instituye fiestas, devociones, cofradías. Organiza peregrinaciones, procesiones. Todas estas manifestaciones del culto son externas. La Iglesia, que está encargada de ellas, se entiende, para organizarlas, con el poder civil, de manera que estas manifestaciones sirven para santificar las almas sin alterar el orden material de la sociedad. En todo lo referente a la policía del culto, la Iglesia trata con el Estado, pero no abdica jamás el derecho esencial, que le pertenece, de santificar las al-

mas por la libre difusión de la gracia, por la administración de los sacramentos, por la organización de la oración pública. Mandatario de la Iglesia, el sacerdote santifica. Entendámonos bien. Comprendamos el carácter y misión del sacerdote santificador.

II. Disipo un prejuicio. El sacerdote no es un funcionario del Estado.

Ser funcionario del Estado... no es ciertamente un título que pueda desdeñarse. Esto quiere decir que uno participa de una porción del poder público. En toda sociedad existe un poder central. Este poder central no puede, por sí solo, satisfacer todas las necesidades de la sociedad. ¿Qué hace entonces? Elige mandatarios, representantes que funcionan en su lugar, que administran, aplican la ley, mandan los ejércitos, cobran los impuestos, velan por el orden público. En las esferas judicial, administrativa, militar, económica, hay funcionarios que muestran en su persona un reflejo del poder público. Haríamos mal en desconocer, en despreciar la dignidad del funcionario.

Pero ahora os pregunto: el obispo, el sacerdote, el más humilde servidor, el más modesto vicario, ¿son funcionarios públicos? No. Son otra cosa, son algo más y mejor. ¿Detentan la menor parcela del poder civil? Evidentemente que no. Representan una porción del poder religioso. ¿Reciben del Estado la misión de enseñar el Evangelio; de administrar los sacramentos, de dirigir a los fieles, de santificar al pueblo cristiano? No, ciertamente. Solamente de la Iglesia reciben esta misión. Decid, si así lo queréis, que son funcionarios de la Iglesia, funcionarios de Jesucristo, en nombre del cual gobiernan las almas. ¿Pero funcionarios del Estado? No. El funcionario es el que ejerce una función por delegación de un poder superior. Pues bien, el sacerdote no es en manera alguna delegado del poder civil, sino del poder espiritual. Luego no es funcionario del Estado en el sentido ordinario de la palabra.

Pero, se dirá, el sacerdote es pagado por el Estado, y el sueldo que recibe le constituye en funcionario del Estado por el mismo título que todos los demás. No por cierto. Recordemos aquí un poco de historia, que ya sabéis, pero que muchos de vuestros contemporáneos ignoran, o hacen como que ignoran.

La dotación que recibe el clero no es en modo alguno comparable a la que reciben los funcionarios civiles. Es una indemnización, una mezquina compensación de los bienes que poseía legítimamente y que le fueron confiscados por la Revolución de 1789. Esta indemnización es una deuda auténticamente reconocida y solemnemente garantizada.

El 2 de Noviembre de 1789, la Asamblea Constituyente promulgó un decreto concebido en estos términos: "La Asamblea decide que todos los bienes eclesiásticos están a la disposición de la nación, pero con la carga de proveer de una manera conveniente a los gastos del culto, al mantenimiento de sus ministros y al consuelo de los pobres."

En 1791, la Asamblea Constituyente insertó el artículo siguiente en su Constitución: "Los fondos necesarios al pago de la deuda nacional no pueden ser rehusados ni suspendidos. El pago de los ministros del culto forma parte de la deuda nacional." Esto es muy claro. La nación francesa suscribió para con el clero una deuda de justicia rigurosa. El clero, violentamente desposeído en 1789, convirtióse en acreedor del Estado,

y recibió una renta que representa 50 céntimos por 100 de los bienes confiscados.

Esta deuda nacional fué reconocida por el Concordato de 1801 entre Pío VII y el Primer Cónsul.

"ARTÍCULO 13: Su Santidad, por el bien de la paz y el feliz restablecimiento de la religión católica, declara que ni él ni sus sucesores inquietarán en modo alguno a los adquirentes de los bienes eclesiásticos alienados, y que, en consecuencia, la propiedad de estos mismos bienes, los derechos y las rentas a ellos adheridos serán inconmutables entre sus manos o en las de sus causahabientes;

"ARTÍCULO 14: El gobierno asegurará una dotación conveniente a los obispos y a los curas cuyas diócesis y curatos estén comprendidos en la nueva circunscripción."

Ya veis, señores, lo que debemos pensar del presupuesto de cultos y de la dotación señalada al clero. Es el pago de una deuda rigurosa y sagrada; es el interés reducidísimo del capital enorme que la Revolución francesa confiscó en 1789. Soñar en la supresión de este presupuesto, es olvidar la historia, la justicia, el honor, la gratitud, y semejantes olvidos no traen la dicha a una nación. Soñar en la supresión del presupuesto de cultos, es olvidar que la Iglesia cedió de sus derechos para dar la paz de la conciencia a todo un pueblo enriquecido con la venta de los bienes eclesiásticos, y que la posesión de estos bienes sólo fué autorizada mediante una pensión consentida y prometida; es olvidar que Francia contrajo una deuda de honor mil veces más sagrada que las deudas incritas en el Gran Libro; es olvidar que una clase de ciudadanos aceptó, sobre la fe de ese tratado y en la esperanza de esa modesta

remuneración, la carga pastoral con todos los vejámenes que le son anexos.

La dotación del clero es una deuda, una restitución; luego, aunque pagada por el Estado, el sacerdote no es un funcionario del Estado. Su misión consiste en santificar las almas, y es evidente que semejante misión no depende más que de Dios y de la santa Iglesia.

Dejemos, señores, que cumpla esta hermosa misión y ejerza ese noble derecho, *el derecho y la misión de santificar al pueblo cristiano*. Santificar las almas; para ello abandonamos el mundo, y nos encerramos durante largos años en la soledad del seminario, en las labores de la oración y el estudio. Para ello nos acostamos como muertos sobre el pavimento del templo en el gran día de nuestra ordenación sacerdotal, y nos levantamos con el poder del Espíritu Santo para soportar las fatigas y sostener todos los combates del apostolado. Humildes obreros del padre de familia, ocultos en la obscuridad del ministerio parroquial, doctores obligados a subir a la brecha en defensa de la verdad desconocida y ultrajada, catequistas, limosneros, misioneros, todos, desde la cumbre a la base de la jerarquía, desde el Vicario de Jesucristo hasta el último cura de aldea, todos no tenemos más que una pasión: la salvación de las almas; por ellas, por vuestras almas, amados en Dios, vivimos y estamos dispuestos a morir.

Santificar las almas, es nuestro derecho, es nuestro deber, y también nuestro verdadero poder. Conocéis las palabras pronunciadas por Napoleón en su orgullo celoso de las grandezas del sacerdocio y del poder de Pío VII: "Yo reino sobre los cuerpos, pero él reina sobre las almas." Dejadnos, señores, ir a las almas. Nuestras ambiciones son puramente espirituales. Del mismo modo, nuestras armas son exclusivamente espiri-

tuales; obran, no como la espada que mata, sino a la manera del rocío que desciende del cielo y fecunda la tierra al penetrarla suavemente. Os aportamos con nuestras manos fraternales y consagradas... ¿cadenas? No. ¿Pues qué? La verdad, la gracia, la salvación, la paz de la conciencia, la amistad de Dios, la garantía de la dicha inmortal.

Así sea.

CONFERENCIA CUARTA

La Iglesia tiene el derecho de santificar

(Conclusión)

SEÑORES:

La Iglesia tiene el derecho de santificar al pueblo cristiano por la distribución de la gracia, por la administración de los sacramentos, por la organización y dirección del culto público. Pero en el pueblo cristiano se hallan almas escogidas que aspiran a la perfección. La Iglesia no podría mostrarse indiferente con esta porción escogida de la gran familia católica, por lo que reclama en favor de las almas escogidas la libertad de la virtud, la libertad del voto, la libertad de asociación. Tal es nuestro derecho.

I. La Iglesia protege las almas escogidas y reclama para ellas la libertad de la virtud.

La Iglesia muestra a ciertas almas privilegiadas las cimas radiantes y escarpadas de los consejos evangéli-

cos, y les dice: "Desplegad vuestras alas y subid. Queréis ser humildes hasta el rebajamiento, pobres hasta la privación, castos hasta la supresión perfecta. Pues bien, lo apruebo y tomo en mis manos vuestra causa. Os desnudáis de la púrpura por la estameña; vendéis vuestro patrimonio y lo dais a los pobres; renunciáis a las esperanzas de la paternidad de la carne para engendrar en Jesucristo, por una paternidad enteramente espiritual, almas que constituyan vuestra familia y os llamen con el nombre sagrado de Padre. ¡Respeto a vuestra vocación! La apruebo, la aliento, la bendigo, la protejo."

Señores, cuando se oyen en el mundo tantas voces que reclaman la libertad del vicio, ¿por qué no había de tener la Iglesia el derecho de reclamar la libertad de la virtud? ¿Puede haber derechos contra la virtud? Quiero ser humilde, suave, casto; ¿quién tiene derechos contra la humildad, la suavidad, la castidad? Quiero quitarme los vestidos del rico y ponerme los del pobre; ¿quién tiene derecho a impedírmelo? Quiero vender mi patrimonio y distribuirlo a los miembros que padecen en Jesucristo y en el género humano; ¿quién tiene el derecho de hablar contra la caridad y proscribirla? ¡Ah! si cuando por primera vez venimos a anunciar el Evangelio, alguien hubiera podido decirnos que éramos incendiarios, que perturbábamos el Imperio y queríamos derribarlo, el poder civil hubiera estado en su derecho de prevenirse contra nosotros. Pero "buscad en vuestros archivos — decía Tertuliano, — y ved si en ellos se encuentra un solo cristiano acusado de crimen. Los que en ellos encontraréis no son acusados más que de una cosa, de llevar el nombre de cristianos. ¿Y qué les pedís para ponerlos en libertad? Coger entre dos dedos un poco de incienso y arrojarlo

ante una estatua. Por consiguiente—concluía,—no los acusáis a causa de sus vicios, sino a causa de sus virtudes." Y hoy, señores, si todavía se persigue al sacerdote, al religioso, al Hermano de las Escuelas cristianas, a la Hija de la Caridad; si se los expulsa de la escuela y del hospital, si se los lapida a fuerza de denuncias y calumnias en una prensa groseramente impía, ¿es a causa de sus vicios y de sus iniquidades? En manera alguna. Unicamente han hecho bien, y no piensan más que en inmolarse por el hombre. Se persigue en esas almas ¿qué? La virtud, la virtud que molesta al impío, que le hace enrojecer, que le origina remordimientos, y que con gusto suprimiría para libertarse de un reproche viviente y mortificante. Pero esto no ocurrirá. La Iglesia existe, habla, santifica, y hasta el fin de los tiempos, desplegará su voz augusta y su brazo vengador para defender y aclimatar aquí bajo la libertad sagrada de la virtud.

Mas he aquí algo más fuerte todavía y más repelente para el mundo. He aquí almas de tal modo enamoradas de la virtud, de la perfección, que a ella se encadenan por el lazo del voto. ¿Qué hace la Iglesia con relación a ellas?

II. La Iglesia protege las almas escogidas y reclama para ellas la libertad del voto.

Ella les dice: "Desconfiáis de vuestra debilidad y teméis desmentir mañana vuestras actuales resoluciones. Para afirmaros y arraigaros en el bien, ligáis vuestra voluntad con promesas que os obligan ante Dios y serán en adelante irrompibles. Esto es grave. Reflexionad antes de comprometeros. Pero esto es hermoso, grande, heroico. Los votos son alas. Imponen una carga,

pero elevan hasta el cielo. Os apruebo, os admiro, os bendigo, os protejo."

Sí, señores, el voto es algo hermoso, grande, heroico. Es una reacción fuerte, poderosa, contra todo lo que rebaja y todo lo que enerva al hombre caído. Por el voto de pobreza, el alma reacciona contra la concupiscencia de los ojos. Por el voto de obediencia, el hombre se pone en guardia contra el orgullo del espíritu. Por el voto de castidad, la criatura carnal que hay en cada uno de nosotros se preserva de las manchas de la carne. Por el voto nos imponemos una disciplina que contiene y regula nuestras potencias rebeldes, y nos da un vigor extraordinario, que nos devuelve la actividad, la energía, la grandeza que el pecado de origen nos había quitado. Por el voto, el alma humana se recobra, se yergue, se reanima, se hace dueña de sí misma, se llena de calma y de valor ante los acontecimientos, de rectitud y elevación a los ojos de Dios, y, según la expresión de Pascal, se torna perfectamente heroica. Saludad, señores, a aquellos de vuestros semejantes que tienen suficiente corazón y suficiente buena voluntad para encadenarse con los lazos del voto, porque constituyen el honor más elevado del hombre.

Y no se diga que el voto es un atentado contra la libertad humana. Esta objeción no tiene sentido común. Por lo contrario, el voto es el ejercicio más intenso y noble de la libertad. Las almas que viven en los lazos del voto son libres, absolutamente libres. Si suben un sendero difícil que espanta y desespera a nuestra debilidad, es porque así lo quieren. Creíase antes que lo que protegía a los votos, eran las rejas, las leyes, los decretos del Parlamento. Las leyes han desaparecido, los Parlamentos se han destruído,

las rejas se abren cuando uno quiere, como uno lo quiere, fácilmente. Pero jamás la vida religiosa ha sido más bella, más pura, más odorífica, más universalmente abrazada, y jamás las almas consagradas fueron más numerosas que en nuestro siglo. Actualmente tenemos, solamente en Francia, más de 100,000 religiosos que hacen votos simples, casi siempre votos anuales. Cada año hay un día, el 21 de Noviembre, o el 8 de Diciembre, o el 2 de Febrero, en el que cerca de 100,000 religiosos son libres; sus votos han terminado; expiran a media noche. Son libres de volver al mundo, de casarse, de hacer lo que bien les parezca. Al día siguiente, a las siete, en la misa, todos vuelven, libre y generosamente, a tomar de nuevo sus cadenas, que por sí mismas habían caído, y que ni siquiera se habían tomado el trabajo de desatar. ¿Queréis mayor acto de libertad? Esto no obstante, hay hombres que hablan sin cesar de libertad, pero que quisieran proscribir este ejercicio elemental y sagrado de la libertad humana. La Iglesia no consentirá jamás en aprobarlos y en dejarlos obrar. Habla, obra, y con su palabra, con sus actos protege las almas escogidas y estipula en su favor la libertad del voto, lo mismo que la libertad de la virtud.

Sí, pero he ahí que esas almas quieren ir más allá. Para ser mejores, para hacerse más fuertes, para hacer más bien, desean asociarse en claustros, en Congregaciones, en Institutos religiosos. ¿Qué hará la Iglesia? Veamos cómo obra. Su conducta va a revelarnos su derecho.

III. La Iglesia protege las almas escogidas y reclama para ellas la libertad de asociación.

Ella les dice: "Todos cuantos estáis dominados por el anhelo de la perfección, queréis vivir en común y centuplicar así vuestras virtudes y vuestros sacrificios. Por medio de la asociación, queréis poneros en estado de ofrecer al mundo, de una manera más eficaz, el triple servicio del ejemplo, de la oración y del sacrificio. No me opongo; mas no solamente lo permito, sino que os animo, os bendigo y os protejo."

La libertad de asociación, señores, es una libertad de derecho natural, y siempre que una asociación nada tiene de contrario al orden social, el Estado no puede ponerle obstáculos. Los hombres se reúnen para fines científicos, comerciales, agrícolas, rentísticos, humanitarios, etc. Se reúnen para fines menores todavía, para hacer correr caballos, para organizar excursiones, para ejecutar conciertos, para procurarse en común legítimos placeres. ¿Y no tendrían el derecho de asociarse para orar juntos, para vivir juntos una vida de obediencia, de pobreza, de castidad voluntaria, para practicar juntos la verdad y la perfección?

¿Diréis que las Asociaciones conocidas con el nombre de Ordenes religiosas son contrarias al orden social? Veamos lo que hay de contrario al orden social en una reunión de varios centenares o de varios millares de hombres o de mujeres, que viven bajo una regla común, y cuya función más evidente consiste en sacrificarse por el bien de sus semejantes, sin que nada cueste a nadie. He ahí, por ejemplo, las Hermanitas de los Pobres. ¿Por ventura son un peligro para el orden social? ¿Quién sería tan necio para creerlo y

tan cínico para decirlo? Cumplen dulcemente, heroicamente su penosa misión; piden limosnas, edifican, multiplican sus casas, cubren con ellas nuestro suelo, que tiembla bajo sus pies. Preguntadles si nos gobierna la monarquía o la república. ¿Acaso lo saben? No saben más que una cosa, y es que, bajo la república o la monarquía, siempre habrá pobres que socorrer, y si alguna vez el ruido de nuestras catástrofes llega hasta ellas, si llegan a fijar su pura, su original mirada en nuestras tristes discusiones, es para aumentar su valor, para decir que cuantas más revoluciones haya, más llagas ¡ay! habrá que curar; y cuantos más naufragios, más náufragos que recoger. Decir que las Ordenes religiosas son un peligro para el orden social, es una estupidez, si no es una maldad. La Iglesia estipula en favor de las almas escogidas la libertad de asociación. La reclama en nombre del derecho natural y en nombre del derecho común. Podría ir más allá, y armarse de un derecho que le pertenece en absoluto, del derecho divino. La Iglesia existe por voluntad de Jesucristo; está constituída en sociedad universal, autónoma, independiente, por lo que, para ocupar su puesto a la luz del día, para organizar sus Ordenes religiosas, no está obligada a pedir permiso al poder civil, Jesucristo le dijo: "Hija de Dios, ve, habla, enseña, santifica. Difunde por el mundo la verdad y el bien; salva las almas, hazlas crecer en gracia y en perfección." Y ella, obediente a esta orden divina, movida por este impulso divino, universaliza y diversifica su acción. Crea Ordenes religiosas, instituye o sanciona sus reglas, las transforma o las suprime como bien le parece. Las Ordenes religiosas le pertenecen. Por derecho divino es dueña de ellas.

Dejad hacer, señores. Permitid que la Iglesia os

muestre sus almas consagradas que os enseñan que la victoria del espíritu sobre la carne es posible, y que triunfan y se hacen ayudar por la gracia divina. El mundo tiene necesidad de *abnegación*. Permitid que la Iglesia ponga a vuestro servicio almas escogidas que salgan al paso a todos los infortunios, y que al primer llamamiento de todas las grandes causas por las cuales es preciso sacrificarse, estén siempre dispuestas a decir: "¡Heme aquí!" El mundo tiene necesidad de *oraciones*. Por desgracia, cuántos hombres hay que ni oran, ni quieren orar, ni oran bien. Cuántos hombres que blasfeman y provocan la justa cólera de Dios, no solamente con indiferencia obstinada y perseverante, sino con impiedad abierta y querida. Permitid que la Iglesia coloque entre el cielo irritado y la tierra culpable esas almas santas, ocupadas en alabar a Dios, en amarle, desarmarle y glorificarle, ocupadas en ofrecer a Dios la caución de nuestras faltas y una compensación por nuestros olvidos. Permitid que la Iglesia salve al mundo santificando las almas. Tal es su derecho y tal es nuestro interés.

Así sea.

CONFERENCIA QUINTA

La Iglesia tiene el derecho de legislar

SEÑORES:

No os asombréis de que os hable tan amplia y minuciosamente de los derechos de la Iglesia. Estos derechos son desconocidos por muchos, e ignorados de casi todos. ¿Quién os hablará de ellos sino el sacerdote? Propio es de Turena escribir sobre el arte de la guerra, propio es de Aguesseau escribir sobre la magistratura, propio es de Massillón escribir sobre el sacerdocio. ¿Quién conoce mejor a la Iglesia que el sacerdote, cuyo ministro y representante es? Hablar de la Iglesia y de sus derechos, ¿no es, por otra parte, entrar en el corazón mismo de la cuestión contemporánea? ¿no es, responder a una de las necesidades más urgentes del pueblo cristiano? Se ataca a la Iglesia; podemos defenderla; podemos y debemos. El soldado no tiene el derecho de dejar insultar sus charreteras; el magistrado está obligado a hacer respetar su toga; es un

deber sagrado para el sacerdote defender el honor de su Iglesia. Sigamos adelante.

La Iglesia tiene el derecho de existir. Tiene el derecho de santificar. ¿Es esto todo? No. Para que una sociedad marche, preciso es que dicte leyes. La Iglesia, sociedad perfecta, tiene el derecho de hacer leyes, y nosotros el deber de obedecer estas leyes.

I. La Iglesia tiene el derecho de hacer leyes.

No hay necesidad de demostrar esta proposición con largos desenvolvimientos. La Iglesia tiene el derecho de hacer leyes. *Esto es de simple buen sentido.* ¿Cómo una sociedad podría vivir y aun cumplir su misión, si carecía de leyes para regular la vida de sus ciudadanos? Pues bien, la Iglesia es una sociedad. Si no tuviera el derecho de hacer leyes, en vez de vivir diecinueve siglos y difundirse por todas partes, hubiera perecido en el lugar mismo en que nació, hubiera durado una hora en medio de los ataques de sus enemigos, en medio de las perplejidades y obstáculos de sus propios hijos, en medio de las necesidades diversas que sucesivamente le impusieron las circunstancias, los tiempos y las personas. No podéis imaginaros razonablemente un pueblo en que el poder legislativo no exista. Pues conceded a la Iglesia lo que es indispensable a la más humilde de las sociedades, y reconoced que tiene el derecho de promulgar leyes. Tiene el poder de enseñar, o poder doctoral; está bien. Tiene el poder de santificar, es decir, de acercar más o menos las almas a Dios, o poder sacerdotal; mejor aún. Tiene, finalmente, el poder de mandar, o poder disciplinario y legislativo; esto es indispensable.

Abrid la historia. Desde el origen, ejerce la Iglesia este derecho. El Estado hace leyes; tiene sus parlamentos, sus magistrados, sus tribunales, su código. Hace diecinueve siglos que la Iglesia hace también leyes, ya en los concilios, ya por boca de sus soberanos pontífices, ora por sus tribunales eclesiásticos, ora por las Congregaciones romanas, que tienen para ello la autoridad de las más santas tradiciones, la ciencia de los más importantes negocios y el prestigio de las más santas virtudes. El poder legislativo de la Iglesia se despliega en el orden espiritual, y lo encontramos en el curso de nuestra historia dictando leyes orgánicas que regulan el culto divino, la oración, las fiestas, los ritos sagrados, la administración y recepción de los sacramentos, los actos penitenciarios de la comunidad cristiana, las elecciones canónicas, la celebración de asambleas religiosas, los votos y géneros de vida por los cuales las almas escogidas se encaminan a una gran perfección, etc. La Iglesia ejerció en todo tiempo su derecho de hacer leyes, derecho que en modo alguno es una usurpación.

Tiene su raíz en el Evangelio. Dios, legislador universal, envía su Hijo a la tierra, y le da en herencia todas las naciones. El Hijo de Dios, Jesucristo, envía a la Iglesia, a la que confiere sus propios poderes: "Como mi Padre me envió, así yo os envío."—"Todo lo que ligareis en la tierra, será ligado en el cielo"—"Quién os escucha, a mí me escucha, y quien os desprecia a mí me desprecia"—"Id, enseñad a todas las naciones. Enseñadles a observar todo lo que yo os he mandado." Esto es claro. La Iglesia tiene el poder de ligar las conciencias, y sus leyes están inscritas en el boletín celestial en que están inscritas las leyes mismas de Dios. Dios y Jesucristo son uno, y Jesucristo y su Iglesia son también uno. Si alguien no escucha a la Iglesia,

consideradle, no como un cristiano imperfecto, sino como un apóstata de mi religión, como un pagano que no la conoció jamás, como un publicano, como un pecador público que la deshonra. Si os desprecia, y no os escucha, su rebeldía y su desprecio, se elevan hasta mí, hasta mi Padre. Enseñad a todas las naciones, y gobernadlas, y quienquiera que, hombre o pueblo, rehuse creeros y obedeceros, yo lo condeno, seré su juez, y no su salvador. El poder legislativo de la Iglesia está manifiestamente arraigado en el Evangelio, en la palabra de Jesucristo. La Iglesia tiene el derecho de promulgar leyes.

II. Tenemos la obligación de obedecer las leyes de la Iglesia.

Son santas. No puede decirse lo mismo de las leyes civiles. Puede ocurrir muy bien que las leyes civiles autoricen u ordenen cosas contrarias a la conciencia, o que, por lo menos, sumerjan la conciencia en la turbación y la incertidumbre. Semejantes extremos no son de temer jamás para las leyes de la Iglesia. Unas no son más que la ley de Dios explicada, determinada con relación al tiempo y a la manera de cumplirla; otras son sostenidas por Jesucristo con su autoridad, el Espíritu Santo las dictó en su sabiduría, y únicamente por el mayor bien de nuestras almas han sido impuestas a la Iglesia. Son reglas, no yugos, beneficios, no cargas. Al observarlas, estamos seguros de que no nos engañamos. Cuando la Iglesia ordena o prohibe, no tenemos necesidad de formularnos estas preguntas enojosas: ¿Debo obedecer? ¿Es eso bueno? ¿Es malo? No. Quien escucha a la Iglesia, escucha a Jesucristo. Las leyes de la Iglesia son santas.

Son fáciles. La enseñanza de la fe es inmutable como la verdad; puede y debe ser creída siempre y en todas partes. El decálogo es igualmente inmutable, como la naturaleza en la cual está fundado; además, no reconoce dificultades que puedan dispensar, por ejemplo, de ser castos, justos, amorosamente respetuosos con Dios y los padres. No ocurre lo mismo con la legislación, con la disciplina de la Iglesia. Se acomoda a las diversas exigencias de los tiempos, de los lugares, de las personas. Endereza sin quebrar. Reprime las pasiones sin aplastar jamás la debilidad. Cesa de ser obligatoria en los casos en que sería demasiado onerosa. La Iglesia, madre indulgente y buena, diversifica su legislación y la proporciona a las fuerzas de sus hijos. Por ejemplo, ved como, en cuarenta o cincuenta años, ha temperado, aligerado, sauvizado, disminuído las leyes del ayuno y de la abstinencia. Se ha hecho cargo del empobrecimiento de la salud, de la intensidad febril del trabajo en todas las profesiones, de la impotencia de las voluntades para soportar pesadas cargas, y, llena de compasión con nuestra época, nos pide una mínima suma de penitencia corporal. Hay personas que se escandalizan de esas suavidades, y dicen: "¡La religión cambia!" Nosotros somos los que cambiamos, nosotros los que de día en día nos sentimos menos robustos de cuerpo y de alma. Y así como seríamos incapaces de llevar la armadura de un Carlomagno, o de un caballero de las Cruzadas, así también somos incapaces de imponernos las penitencias de los antiguos días. La Iglesia, sin cambiar la ley de la penitencia, ha modificado, pues, su aplicación, y en esto ha dado pruebas de prudencia y de bondad. Obedezcamos las leyes de la Iglesia. Son santas. Son fáciles.

Si no las respetamos, ¿qué respetaremos? Vivimos

en un mundo que cruje por todas partes y lamentamos la disminución visible de esa santa cosa que se llama el respeto. No se respeta nada ni a nadie. ¡Ah, si yo quisiera humillar a este siglo tan orgulloso, me limitaría a mostrarle, en el orden político, en el orden militar, en el orden económico, en el orden doméstico, las ruinas del respeto, y le diría: "¡Ponte en guardia! ¡Elogias tu progreso y tu civilización, y marchas a la barbarie y a la decadencia!"

Señores, no nos contentemos con comprobar el mal y deplorarlo. Las lágrimas vertidas sobre ruinas son impotentes para realzar estas ruinas. Ataquemos la causa y la raíz del mal. Ya no sabemos respetar como es debido a Dios y a la Iglesia, que habla en su nombre, y al cesar de respetar la autoridad divina, comenzamos en las alturas una ruina que, al caer de tan alto, debe necesariamente arrastrar muchas otras. Por cuanto el campanario está en medio de la aldea, si cae, aplasta las casas del contorno. Por cuanto Dios es la primera de las autoridades, si la destronamos, quebrantamos y destronamos con el mismo golpe todas las autoridades subalternas. Si ya no hay autoridad en el cielo, ¿cómo la habrá en la tierra? Si no respetamos las leyes de la Iglesia, que emanan directamente de Dios, ¿qué y a quién respetaremos aquí bajo? Os ruego, señores, que seamos prudentes, lógicos, y comprendamos que todos los respetos se encadenan, y que los que atacan o desprecian las santas leyes de la Iglesia, hacen una obra, no solamente impía, sino nefasta y antisocial.

Sin duda que, por lo regular, las leyes de la Iglesia *no tienen aquí bajo sanción inmediata y material*. No se dirigen más que a la conciencia, y no van seguidas de penalidades sensibles. A causa de esto, muchos hombres las tratan sin consideración alguna. Por ejemplo, se falta a misa el domingo, o se come carne el viernes, pecado que no se castiga aquí bajo. Las leyes de la Iglesia tienen su sanción en la eternidad. ¿Qué importa? No son menos obligatorias y sagradas. Aunque desarmadas, son muy respetables. Si una mujer no puede defenderse, ¿la respetaréis por ello menos? Al contrario. Pues así se nos aparece la Iglesia. Es una virgen inocente y pura, pero desarmada. Es la madre que manda, pero no puede sancionar sus órdenes más que con lágrimas y gemidos. ¿Qué importa? Os habla ella en nombre de Dios, y su debilidad aparente, no debe alterar en lo más mínimo ni la autoridad que le es propia ni el respeto que le debemos. La Iglesia tiene el derecho de hacer leyes, y nosotros tenemos el deber de obedecerlas.

Así sea.

CONFERENCIA SEXTA

La Iglesia tiene el derecho de castigar

SEÑORES:

Hay que atribuir a la Iglesia el derecho de existir, el derecho de enseñar, el derecho de santificar, el derecho de legislar... y añado, el derecho de castigar. Sé que aquí voy a encontrar en mi camino multitud de objeciones y repugnancias. No pudiendo decirlo todo, me contentaré con sembrar en vuestras inteligencias algunos ideas principales que bastarán para guiarnos en vuestras lecturas y conversaciones.

I. La Iglesia tiene el derecho de infligir penas.

¿No es evidente? Sin el derecho de castigar, la menor sociedad es imposible. He ahí una clase, un colegio, un internado; despojadlos del derecho de castigar, y se verán condenados a la ruina. He ahí un cuartel, un regimiento, un ejército. Desarmad al ge-

neral, despojadle del derecho de castigar, suprimid la sala de policía y el consejo de guerra, en veinticuatro horas se acabó la disciplina; todo el mundo manda; ya nadie es dueño; en lugar de ejército, no tenemos más que una baraúnda, un caos. He ahí una familia. Desarmad al padre y a la madre, despojadlos del derecho de castigar, romped en sus manos la vara de la corrección, no les dejéis más que el poder platónico de dar órdenes sin aplicar jamás sanción alguna; y el hogar doméstico se convertirá en presa del desorden y de la ruina. Muchos padres no lo comprenden; se privan espontánea y estúpidamente del derecho de castigar. ¡Tanto peor para ellos y tanto peor para su progenie! Ya no quieren, ya no saben usar del derecho de castigar; ni siquiera tienen ya conciencia de su derecho. ¿Qué importa? El derecho de castigar es inherente a la paternidad. He ahí un pueblo. Desarmad al príncipe, despojadle del derecho de castigar, despedid a los magistrados, suprimid los tribunales y los gendarmes, abrid escuelas y cerrad prisiones, permitid que se diga y se haga todo, y veréis cómo se acumulan las ruinas en torno vuestro, cómo el motín levanta la cabeza, cómo reina como dueña y señora la anarquía. ¡Desgraciados de los gobiernos que son indulgentes con el vicio, que no saben o no se atreven a reprimir la licencia, que no tienen más que ternuras y y perdones para el mal, en tanto que hostigan a la verdad y a la virtud. No, la sociedad no puede marchar, si le rehusáis el derecho de castigar el mal y a los malhechores. Finalmente, he ahí la Iglesia católica, sociedad divinamente instituída, sociedad perfecta, sociedad encargada de regir y santificar a los hombres de todos los tiempos y de todos los lugares. ¿Podréis razonablemente rehusarle el derecho de castigar, que reconocéis como necesario en

todos los órdenes, en el orden de la educación, en el orden militar, en el orden doméstico, en el orden civil? No. No hay gobierno alguno que no reivindique el derecho de hacer respetar sus leyes empleando contra los rebeldes una legítima represión. Luego no puede admitirse que la Iglesia, sociedad perfecta, sea privada de este derecho, que posee en virtud de su institución y de su existencia. Por otra parte, jamás dejó de ejercitarlo desde su origen hasta nuestros días. Mil y mil veces lo afirmó en sus concilios y por boca de sus doctores. La Iglesia posee el derecho incontestable de hacer respetar sus leyes con castigos, el derecho incontestable de infligir penas. Entremos en algunas explicaciones. ¿Qué penas puede imponer la Iglesia?

II. La Iglesia tiene el derecho de infligir penas espirituales.

Tiene varios grados, desde la penitencia impuesta por el confesor a su penitente hasta la excomunión, es decir, la privación de las oraciones públicas, de los sacramentos y de la sepultura eclesiástica. No hablemos más que de esta última pena, que es la más dura y terrible.

¿Podemos discutir a la Iglesia el poder de excomulgar, es decir, de rechazar al que, voluntariamente llegado a ella, no quiere obedecerle y se hace, por sus faltas, acreedor a que sea arrojado de sus seno? No podemos discutirle este derecho. El maestro de escuela pone a la puerta de su clase al niño indisciplinado e incorregible. El padre de familia prohibe su hogar y su mesa al hijo ingrato. La ciudad destierra al ciudadano traidor a la patria. Todo poder humano, que quiere vivir y hacerse respetar, empuña la espada de la

excomunión y pronuncia sentencias de supresión. ¿Y la Iglesia no tendría el derecho de arrojar de su seno al cristiano rebelde? ¿Y le negaríais el poder que concedéis a las ciudades antiguas y modernas, a Atenas, que alejó de sus muros al justo Arístides, a Roma, que no pudo soportar a Coriolano, a causa de sus virtudes, a Constantinopla, que desterró a los Atanasio, a los Crisóstomo, a los Belisario, a Inglaterra, que levantó el cadalso de Carlos I, a Francia, que guillotinó a Luis XVI? He ahí excomuniones injustas, impías, abominables. La Iglesia puede confesar sin enrojecerse el uso saludable que ha hecho de la espada formidable de la excomunión.

Con la excomunión salvó la verdadera fe, proscribiendo sin piedad el cisma y la herejía, que una tolerancia culpable hubiera hecho prevalecer. Con la excomunión salvó la moral, reprimió el divorcio, sujetó los reyes al freno sagrado del matrimonio, e impidió la vuelta a las costumbres y abominaciones del paganismo. Con la excomunión vengó la justicia y la libertad, obligó a los reyes a gobernar según Dios, o a descender del trono, a respetar la sangre de sus súbditos, la herencia de sus pupilos, la santidad de sus juramentos, los dominios de sus vecinos. Con la excomunión aniquiló la simonía, el incesto, el adulterio, todas las audacias del vicio triunfante. Con la excomunión salvó al mundo de la opresión, de la licencia, de la barbarie. Hay historiadores, o mejor, novelistas que encarecen horrorizados los estragos producidos por las excomuniones de la Iglesia en lo pasado. Hacen muy mal en escandalizarse. La Iglesia tiene el derecho de castigar. Tiene el derecho de infligir penas espirituales. Usó de su derecho lanzando excomuniones, e hizo bien, porque así protegió, no sólo la religión, sino también la

moral, la justicia, la libertad de los pueblos y la civilización europea. Bendigámosla.

Sí, pero la Iglesia, se dice, no se contentó con excomulgar, sino que hirió, aprisionó, encendió hogueras, erigió el Tribunal de la Inquisición. La cuestión es demasiado grave y compleja para que yo la trate hoy por entero. Volveré sobre ella. Pero debo deciros aquí brevemente la verdad, nada más que la verdad, toda la verdad.

III. La Iglesia tiene el derecho de infligir penas materiales.

Puede considerarse esta cuestión desde el triple punto de vista de los principios, de los hechos y de la actualidad.

1.º *Teóricamente* (1), y en principio, la Iglesia tiene el derecho de infligir penas materiales. Cuando Jesucristo dió a Pedro y a sus sucesores el poder de corregir y reprender, por consiguiente, de castigar, no limitó este poder. A la Iglesia corresponde discernir y determinar las penas convenientes según la ocasión o la necesidad. La Iglesia se ha atribuído siempre, y ha ejercido durante largos siglos, el derecho de infligir penas temporales. Testigos los cánones de la primitiva Iglesia, las penitencias públicas de los primeros siglos, las condenas a la pérdida de bienes y al destierro dictadas por concilios y sínodos. Testigo el Concilio de Trento, que *reconoció* expresamente a la Iglesia el poder de castigar materialmente. Testigo la condena-

(1) Léase al final de esta conferencia *una nota muy interesante.*

ción, el 8 de Noviembre de 1864, de la proposición 24.ª del *Sgllabus,* así concebida: "La Iglesia no tiene el derecho de emplear la fuerza; no tiene ningún poder temporal directo ni indirecto." Por consiguiente, es hereje el que niegue el poder coercitivo de la Iglesia.

En efecto, ¿hay algo más razonable que este poder? Es el derecho de toda sociedad de bastarse a sí misma y de proveer a su propia conservación, sin lo cual no podría subsistir. La Iglesia, en cuanto sociedad, posee, pues, el derecho de hacer leyes y el derecho de dar a sus leyes una sanción suficiente, con recompensas y castigos.

Se dice: "La Iglesia es una sociedad espiritual; luego no debe infligir penas temporales." Dispensadme. La Iglesia es una sociedad espiritual, pero es también una sociedad visible. Sube al cielo, pero camina con el tiempo; guía a las almas, pero almas unidas y sujetas al cuerpo; por tanto, en virtud de su doble naturaleza, posee dos espadas, la que se refiere al espíritu y la que toca al cuerpo. No hay nada que se oponga a la razón en la jurisdicción coercitiva atribuída a la Iglesia.

Por otra parte, es claro que ni los infieles, ni los judíos, ni los paganos están sometidos a ella. El poder coercitivo de la Iglesia no afecta más que a los hijos de la Iglesia, esto es, a los cristianos. Cuando estos hijos están descarriados, o son recalcitrantes y rebeldes, *devios contumacesque,* según la expresión de Benedicto XIV, la Iglesia tiene el derecho y el deber de corregirlos, como una madre tierna, pero exenta de debilidad en su amor. Teóricamente y en principio, la Iglesia tiene el derecho de infligir penas materiales.

2.º *Históricamente,* y de hecho, ¿qué hay que pensar de las penas materiales que la Iglesia infligió en el

curso de los siglos a sus hijos rebeldes? Dos cosas hay que considerar aquí:

El poder coercitivo de la Iglesia se ejerció, en general, de un modo preferentemente maternal. Impuso penitencias, ayunos, multas, y otras penas comparativamente muy suaves, en tiempos en que el código penal europeo no conocía más que penas atroces. ¿Qué es la prisión a pan y agua en comparación del descuartizamiento, de la rueda, del fuego, de la horca?

No hay que confundir el ejercicio del poder coercitivo de la Iglesia con las penas infligidas por la sociedad civil a los herejes. Son dos cuestiones muy distintas. ¿Quién no conoce el adagio: *Ecclesia abhorret a sanguine?* Pero la legislación secular, las constituciones imperiales habían hecho de la herejía un crimen de Estado. Una vez reconocido el crimen legal, lo demás se desarrollaba por sí mismo, y el brazo secular aprisionaba herejes como medida de seguridad pública, y los quemaba como culpables de atentado a la sociedad. La Iglesia no es responsable de los excesos del poder civil, del procedimiento inquisitorial, de la noche de San Bartolomé, de las tradiciones y hábitos de crueldad en la represión, que por mucho tiempo fueron más fuertes que ella, pues se necesitaron muchos siglos para desarraigarlos. Absteníase ella de derramar sangre, a despecho de la opinión, de las costumbres, de las leyes, de los ejemplos; sería injusto no saber apreciar todo esto. La Iglesia no tiene por qué avergonzarse de su pasado. Infligió penas materiales, pero las infligió moderadamente, y ella no se hace solidaria de los poderes civiles, que fueron demasiado lejos en la represión de la herejía.

3.° *Actualmente* no inflige ya penas materiales; hombres son de mala fe los que le imputan ideas de venganza, de crueldad, de intolerancia, que no están en su corazón. Júzguesela por su actitud y según su conducta. ¿Cómo procede ella? No reniega de su pasado; pero, como prudente que es, toma el mundo actual tal cual es, acomodando su disciplina a los nuevos tiempos, contentándose con hacer un llamamiento a la libertad y a la persuasión. Invocó la espada material en los días de la obediencia primitiva y de la ley dócil, y con razón. La mete hoy en la vaina, para no chocar con las nuevas costumbres, ni extinguir una fe que apenas humea, y con razón también. Sería error deducir de su condescendencia actual la condenación de lo pasado, porque sería olvidar que la educación de los pueblos y de los siglos tiene, como la de los niños, las fases más diversas, y que, aun permaneciendo el derecho siempre el mismo, hay horas de rigor y horas de perdón. Señores, dejemos obrar a la Iglesia, tengamos confianza en su prudencia. Ella sabe que hoy no es ayer. Condenar un hombre a muerte, o al tormento, o simplemente ponerlo en prisión por sus creencias, ya no es posible. Las cosas del pensamiento, de la conciencia, del alma, de Dios, se han sustraído al brazo secular.

No hay nadie que desee seriamente que vuelva el antiguo orden de cosas. La Iglesia lo desea menos que nadie. Ella no reclama más que la libertad. A ella tiene derecho. Concédasele, pues.

Así sea.

Nota importantísima.—La Iglesia tiene el derecho de infligir penas a sus hijos rebeldes. Esto es cierto, esto es de fe. Pero, acerca de la naturaleza de estas pe-

nas, no se ha pronunciado con claridad, y no faltan buenas inteligencias—hablo de sus doctores—que estiman que no puede infligir penas materiales. En la Cámara de los Diputados, el 28 de Enero de 1901, el abate Gayraud se expresaba así: "La Iglesia tiene el poder coercitivo. Pero lo que se discute entre los teólogos, lo que no está contenido en la proposición XXIV del *Syllabus*, es saber si este poder coercitivo se ejerce únicamente por penas espirituales, o además por penas temporales y corporales." El cardenal Soglia (*Institutiones iuris publici ecclesiastici*, 5.ª edición, p. 170) dice que la opinión que restringe a las penas espirituales el poder coercitivo de la Iglesia (*magis Ecclesiæ mansuetudini consentanea videtur*), "parece más conforme con el espíritu de mansedumbre de la Iglesia.")

CONFERENCIA SEPTIMA

La Iglesia tiene el derecho de poseer

SEÑORES:

Os he mostrado la Iglesia revestida de los derechos esenciales que su divino Fundador le dió: el derecho de existir, el derecho de enseñar, el derecho de santificar, el derecho de promulgar leyes y de aplicar penas. No lo he dicho todo aún. La Iglesia sube al cielo, pero vive en la tierra. Gobierna las almas, pero almas unidas y sujetas al cuerpo. No se pueden negar los medios de existencia humana. La Iglesia tiene el derecho de poseer, y expoliarla es un crimen.

I. La Iglesia tiene el derecho de poseer.

La necesidad de un ser origina su derecho. La Iglesia tiene el derecho de poseer, porque tiene necesidad de poseer.

La Iglesia tiene *un culto*. Tiene necesidad de él. Tie-

ne necesidad de templos, altares, vasos sagrados, ornamentos sacerdotales, luces, incienso, fiestas religiosas. Si fuéramos ángeles, podríamos prescindir de todo esto y sostener con Dios relaciones puramente espirituales. Pero somos hombres, tenemos un cuerpo, nos remontamos a Dios por la escala de las cosas sensibles; y así como la ciencia, cosa espiritual, tiene necesidad de laboratorios, así también, la religión, cosa espiritual, tiene necesidad de edificios, instrumentos y ceremonias del culto. Esto es la evidencia misma. Sé muy bien que hay espíritus fuertes que se contentan con el templo de la naturaleza, el cual no cuesta nada y está abierto a todos. Pero sé también que los espíritus fuertes no son más que espíritus falsos. El género humano, el pobre género humano, no se compone de espíritus fuertes, y, en su casi totalidad, reclama, y reclamará por largo tiempo, un culto exterior y sensible. Ahora bien, para darnos un culto, para asegurar la existencia y esplendor de él, la Iglesia tiene el derecho de poseer.

La Iglesia tiene *ministros,* los cuales necesitan, como todo el mundo, comer para vivir; necesitan vestirse, y alojarse; necesitan cuidados cuando están enfermos, y descansar un poco cuando no pueden más; necesitan libros para sus estudios, y un retiro para sus últimos días. ¿Es conveniente que su pobreza sea una carga perpetua que aplaste a los fieles? ¿Es conveniente que consagren el tiempo y arriesguen su independencia en una laboriosa y humillante mendicidad? No, en manera alguna. Preciso es que tengan seguro un pedazo de pan. Es preciso que, por lo menos parcialmente, se pongan al abrigo de las necesidades materiales que absorberían su actividad en detrimento de su ministerio espiritual. Dejad, pues, que la Iglesia posea, para que pueda satisfacer las necesidades de sus ministros.

La Iglesia tiene *obras* múltiples que entrañan gastos enormes. No está inactiva aquí bajo. Es la potencia más activa que pueda imaginarse. Recorre todas las regiones del globo para descubrir, llegar y salvar a todos los hijos de Adán. Abre en todas partes escuelas, colegios, universidades, y los más animosos caballeros de la ciencia tienen trabajo para seguirla en el vasto combate que libra, hace ya diecinueve siglos, contra la ignorancia. Espía todas las miserias del hombre, presta oído atento a todos los gemidos que emiten un sonido nuevo, multiplica los esfuerzos y crea instituciones para consolar todas las angustias del alma y del cuerpo, ¿Cómo queréis que haga tales cosas y cumpla tal misión si no puede poseer? La Iglesia tiene necesidad de poseer. Tiene el derecho de poseer.

La Iglesia afirma ese derecho, lo reivindica, lo ejerce en todas partes, y *hace siempre actos de propietaria.* Desde los primeros días del cristianismo, vemos que los fieles llevan sus bienes a los pies de los Apóstoles. Bajo el régimen violento y rapaz de los emperadores paganos, la Iglesia posee ya templos, casas, bienes, de los cuales se despojan voluntariamente en su favor los nobles patricios por ella convertidos. Después, las liberalidades de los cristianos ricos, inteligentes y abnegados, le procuran beneficios, los cuales tienen tres ventajas: 1.ª Asegurar a sus ministros una vida honrosa e independiente; 2.ª Permitirles desempeñar libremente sus sagradas funciones; 3.ª Ponerlos en condiciones de satisfacer ampliamente las obligaciones de la caridad. He ahí hechos históricos que nos muestran claramente en ejercicio el derecho de la Iglesia a la propiedad.

Ese derecho es, por otra parte, proclamado sin cesar por boca de los Padres y los Doctores, de los Obispos y los Papas, y podríamos contar, en Francia, Inglaterra,

España, Italia, Irlanda, Alemania, en Oriente y en Occidente, centenares y centenares de cánones promulgados de siglo en siglo, para reconocer los títulos de la propiedades eclesiásticas, reclamar sus rentas y castigar a los detentadores injustos. Los bienes de la Iglesia son sagrados. La Iglesia alaba a los que los aumentan, se queja de los que los envidian, condena a los que los atacan. Se dirige a los príncipes para recobrar el goce de ellos, manda a los obispos que reglamenten su uso, reconoce a los Papas el derecho de transferir la propiedad de ellos. Mil y mil veces le quitan sus bienes, y mil y mil veces comienza de nuevo a poseerlos. Es su derecho fundado en su necesidad. Es un derecho; luego

II. Hay que respetar la propiedad de la Iglesia.

La expoliación de la Iglesia tiene tres caracteres particularmente odiosos: es injusta en sí misma, perjudicial al bien público, y está destinada a no prevalecer jamás.

1.° Despojar a la Iglesia de su propiedad, *es una injusticia,* es un robo, y esto del pequeño al grande. Quitar al Papa su real patrimonio, es un robo. Suprimir el presupuesto de cultos francés, es un robo. Privar al cura de su dotación, es un robo.

Despojar a la Iglesia de su propiedad, es un robo complicado de sacrilegio. La circunstancia agravante de un crimén, no podría destruir el fondo del mismo. Despojar a la Iglesia, es un robo sacrílego, que no deja de ser un robo, sino que, por lo contrario, es un robo doblemente criminal.

¿Qué importa, por otra parte, que la propiedad de

la Iglesia no esté protegida ni por la ley, ni por los magistrados, ni por los gendarmes, y que, aun en ciertos días de extravío, los bienes de la Iglesia sean confiscados por la ley, por la magistratura, por los agentes de la fuerza pública? Aunque desarmado y violado, el derecho no es menos derecho. Porque diez ladrones me esperen en el fondo de un bosque y se aprovechen de mi impotencia para asaltarme y robarme, mi derecho no deja de ser derecho.

Se dice que los bienes de la Iglesia están fuera de la circulación, y que es conveniente ponerlos en venta ¡Vaya un razonamiento! ¿Es que toda propiedad no es por su naturaleza adquirida a perpetuidad por aquel que la posee? ¿Es lícito poner un término a su goce?

Se dice: "Los bienes de la Iglesia no circulan, por lo cual el Estado queda defraudado de los derechos de mutación y de sucesión que constituyen una parte de sus rentas." Hay algo de verdad en esto. Pero con los derechos de mano muerta, recobra el Estado la equivalencia, la compensación legítima que reclama.

Se dice que los bienes de la Iglesia pertenecen al Estado. Esto es cinismo puro. ¿Es que la Iglesia no es propietaria con el mismo derecho y el mismo título que el Estado, con el mismo derecho y el mismo título que cualquier otro particular?

Se dice: "Tomaremos los bienes de la Iglesia y nos encargaremos de proveer al servicio del altar y a las necesidades de los ministros sagrados." ¡Cómo si fuera lícito robar al prójimo prometiéndole alojarlo y alimentarlo hasta el fin de sus días! Semejante manera de obrar es un robo sacrílego, una injusticia, una irritante injusticia, y además, una injusticia perjudicial a todos.

2.º Despojar a la Iglesia de su propiedad *es un atentado contra el bien público.*

Esto no aprovecha a nadie. Los bienes mal adquiridos jamás aprovechan. Examinad la historia. El robo sacrílego perpetrado en 1790 no aprovechó ni a la monarquía, ni a la república, ni a la prosperidad material del país. El robo sacrílego perpetrado en 1790 no aprovechó ni a las letras, ni a las ciencias, ni a las artes; porque si se robó, se destruyó todavía más, y nuestro suelo fué materialmente cubierto de ruinas por un bandidaje sin freno y sin inteligencia. El robo sacrílego perpetrado en 1790 ni siquiera aprovechó a los que adquirieron bienes eclesiásticos. La historia de estos últimos justificaría ciertamente, si pudiéramos seguirla en detalle, el viejo proverbio dictado por la sabiduría de las naciones: el bien ajeno jamás aprovecha. ¿A dónde fueron a parar, por otra parte, los bienes eclesiásticos? A las manos de la burguesía, la cual, después de haber despojado a la Iglesia, se ve ella misma amenazada de expoliación por la democracia, a la que abrió el camino de la rapacidad y de la injusticia. Despojar a la Iglesia, no aprovecha a nadie.

Esto compromete la seguridad de todos. Los escándalos de arriba descienden y producen su efecto abajo. Los pequeños y los humildes, los desheredados y los hambrientos no ven que deban ser más inviolables para ellos las propiedades privadas y públicas, que no lo fueron, ni lo son todavía, para los gobernantes y poderosos, las propiedades de la Iglesia y de las sociedades instituídas por ella, que vivían a su sombra. Ellos dicen que, si es lícito quitar a muchos, a una corporación, a una sociedad religiosa, es igualmente permitido quitar a uno solo. Desde el momento en que se pone la mano en los bienes de la Iglesia, que son los más sagrados, se enseña a todo un pueblo a apoderarse sin pudor del bien ajeno y a conservarlo sin escrúpulo. Se conmueve el gran principio de la propiedad, y cuando este principio es conmovido, discutido, desmoronado, todo cruje en una nación. Hacéis poco caso de la Iglesia y de la religión, toleráis que se la despoje. Pero la propiedad os es cara, ponéis en ella todo vuestro afecto, por vosotros y por vuestros hijos. ¡Tened mucho cuidado! ¿Con qué derecho ataréis las manos del socialismo para que no toque vuestros bienes, si las habéis dirigido contra la Iglesia? Decís que los bienes de la Iglesia pertenecen al Estado. ¿Y los vuestros? ¿De quién son? Si queréis poseer, tolerad que la Iglesia posea a vuestro lado. Despojar a la Iglesia es un atentado contra el bien público. Pocas palabras más.

3.º Despojar a la Iglesia de su propiedad, *es una empresa ridícula,* que no puede prosperar, que carece de objeto y defrauda necesariamente las esperanzas de la impiedad.

El filósofo Naigeón dijo, en 1790, en una exposición a la Asamblea Nacional: "El interés general consiste en envilecer al sacerdote; para envilecer al sacerdote, es preciso empobrecerlo." Pero la iniquidad quedó engañada en sus cálculos, porque, una vez despojado el clero, en el momento de la Constitución civil, Mirabeau, hablando de los obispos y de los sacerdotes a uno de sus cómplices, dijo: "Les hemos quitado sus bienes, pero ellos han conservado su honor."

En efecto, la Iglesia no teme la pobreza; en ella nació; en ella se templa y se renueva. El clero despojado mendiga sin avergonzarse el pan de la caridad. Siempre encontrará almas que le den los medios de vivir, que le hagan algunas donaciones en buena forma, que empiecen de nuevo el patrimonio de la Iglesia. Aun-

que pobres, conservamos el derecho de adquirir y poseer, y pertenece a la justicia y a la libertad respetar ese derecho de todo el mundo. Dejad, señores, dejad que la Iglesia ejerza su derecho. Ese derecho es sagrado, es inviolable, es imposible de desarraigar.

Así sea.

CONFERENCIA OCTAVA

La Iglesia tiene el derecho de organizar su jerarquía

SEÑORES:

La Iglesia, sociedad divina en su origen y en su fin, y humana en los miembros que la componen, tiene el derecho de poseer. Continuemos y agotemos el capítulo de los derechos de la Iglesia. Tiene ella el derecho de organizar su jerarquía, es decir, de reclutar, de formar, de gobernar su clero.

I. La Iglesia tiene el derecho de reclutar su clero.

¿No es esto evidente? La Iglesia tiene la misión de difundir por el mundo la palabra divina y la gracia. ¿Quién hará esto? El clero. Luego la Iglesia, que recibió de Jesucristo el derecho y el deber de administrarse a sí misma, recibió, por esto mismo, el derecho y el deber de reclutar su clero, de levantar en cierto modo dos ejércitos: un ejército permanente, el clero secular, y un ejército móvil, el clero regular.

La Iglesia escoge sus ministros en todas las razas, en todas las familias, en todas las condiciones sociales. Llama a los hijos de los Césares y a los hijos de los esclavos, a los últimos representantes de las razas griega y latina, con su espíritu tan cultivado y el ascendiente de su palabra, y a los primeros bárbaros, apenas iniciados en nuestros misterios, pero ya tan ardientes en celo, para enseñarlos. Llama a los Javier, próximos a la majestad real, y a los Vicente de Paúl, que guardan rebaños. Está en su derecho. Ningún poder humano, ni siquiera el poder paterno ni el materno, tiene el derecho de proceder contra ese derecho. Cuando el soplo de la vocación sacerdotal pasa por una casa, y viene a arrebatar un alma escogida a los instintos terrenales y a los afectos mortales, el padre y la madre no tienen que hacer más que inclinarse y someterse. Harían mal en disputar a la Iglesia la parte que se hace en la familia. Nadie sabe cuánto pesa sobre un hogar una vocación eclesiástica contrariada y desconocida. Esa es la clave de muchos misterios, el secreto de muchas lágrimas, la explicación de muchas catástrofes. La Iglesia tiene el derecho de reclutar su sacerdocio.

Tiene también el derecho de reclutar sus Ordenes religiosas. Así como en un ejército, por hermoso, por disciplinado que sea, hay que formar de cuando en cuando batallones escogidos, tropas auxiliares, escuadrones volantes (ora es un reducto que hay que tomar, ora un paso peligroso que salvar, ora una carga imprevista a la cual hay que resistir... se llama a un puñado de bravos y se lanzan hacia adelante); así, en su marcha en el curso de los siglos, encuentra la Iglesia pasos peligrosos que hay que salvar, pasiones indomables que rechazar, errores que destruir, beneficios extraordinarios que hacer a una sociedad enferma; necesítanse entonces batallones escogidos, hay que reclutar tropas auxiliares, hay que apoyar y completar el ejército permanente con otro móvil; hay que añadir el clero regular al clero secular. Va para diecinueve siglos que la Iglesia hace esto; crea ella Ordenes religiosas, y las creará siempre, porque las Ordenes religiosas no mueren nunca, y, como le dijo con tanta arrogancia el P. Lacordaire a un incrédulo, el cual, al pasar cerca de él por el puente de Ginebra, había murmurado a su oído: "¿Es que esta raza es inmortal?"—"Sí, sí—contestóle sonriendo;—las encinas y los frailes son inmortales!" La Iglesia tiene el derecho de proveer a la perpetuidad de su jerarquía. Tiene el derecho de reclutar, no solamente su sacerdocio, sino también sus Ordenes religiosas contemplativas, hospitalarias, docentes, predicantes. Tiene el derecho de abrir claustros y de llamar a ellos las almas escogidas que en ellos vivirán bajo las santas libreas de la obediencia, de la pobreza y de la castidad. Tiene el derecho de constituir congregaciones y de reunir en ellas a aquellos y aquellas que serán maestros de la infancia, misioneros del Evangelio, bienhechores del pueblo cristiano, colaboradores y auxiliares del sacerdocio. En vano se asombra el siglo, y la prensa vomita torrentes de injurias, y amenazan los sofistas, y dictan los legisladores decretos de destierro y de expoliación. En vano se irritan las pasiones humanas. La Iglesia, noblemente desdeñosa, hace su obra y cosecha en todas partes vocaciones. Recluta su sacerdocio y sus Ordenes religiosas. Está en su derecho.

II. La Iglesia tiene el derecho de formar su clero.

La Iglesia toma del género humano la sangre pura y generosa que hubiera hecho, en medio del mundo,

al magistrado severo consigo mismo, al soldado sin miedo, al negociante sin tacha, al labrador y al sabio, aptos para soportar, el uno los calores del día, el otro las veladas estudiosas de la noche. Depura, educa y transfigura ella esa noble sangre mediante las pruebas del seminario; la fortalece en la penitencia, la espiritualiza por la castidad, la hace correr, ardiente y sumisa, bajo la disciplina del trabajo y de la oración. En la formación de su clero, la Iglesia es soberana. Fija el número de años que juzga necesarios para la formación de los clérigos; traza el programa de estudios y de ejercicios diarios al cual deberán someterse. Modela su espíritu y su corazón según el método que escogió en su sabiduría. No tolera, en este terreno, la intervención de ningún poder secular. Escucha todos los pareceres, pero queda única dueña de sus decisiones. Nadie tiene el derecho de estorbar o paralizar su acción.

Reclama para sus clérigos la inmunidad del servicio militar. *¿Hay algo más razonable?* El sacerdote, que es hombre de paz y de perdón, no puede decorosamente convertirse en hombre de guerra y de venganza. La ley misma parece haberlo comprendido parcialmente, porque, aun obligando a los clérigos a un año de cuartel, estipula que en tiempo de guerra, los sacerdotes incorporados al ejército, desempeñarán en él el cargo de capellanes, de angarilleros, de enfermeros de las ambulancias. Tan verdadero es que la inmunidad del servicio militar atribuída al clero está conforme con la simple razón. Pero, se dirá, *esta inmunidad es contraria a la igualdad*. La objeción es verdaderamente fútil. Hay en nuestro mundo contemporáneo un tajo de farsantes que hablan de igualdad sin comprenderla ni practicarla. Pongamos las cosas en su punto. Para que

haya en la sociedad una igualdad perfecta, no es necesario que los ciudadanos hagan todos la misma cosa y lleven todos el mismo fardo. Esto no es posible, esto sería monstruoso. En un pueblo, la diversidad de funciones se impone, y la igualdad consiste en que cada cual, conservando su puesto particular, concurra con su esfuerzo personal y sus servicios a la felicidad de la colectividad social; he ahí la igualdad. Pero esta carga no es la misma para todos; he ahí la diversidad. Pues bien, preguntoos ahora, señores, el clero dispensado del servicio militar, ¿no queda encargado de un fardo tan pesado, si no más pesado, que el que pesa sobre los demás ciudadanos? ¿Podréis decir que el clero goza de una situación privilegiada? No, no lo diréis, y si lo oís decir, sabréis responder a los que no nos conocen, ni quieren conocernos, que mienten, o se engañan groseramente. En tiempo de paz, servimos a nuestro país más laboriosamente que cualquier otro, porque nuestra vida entera, privada de las alegrías de la familia, está consagrada a la instrucción de los ignorantes, al consuelo de los afligidos, al remedio de todas las miserias humanas. En tiempo de guerra, somos los más ardientes en levantarnos, no para verter sangre, sino para cuidar los heridos en las ambulancias o en el campo de batalla, para dar a los moribundos los primeros auxilios que reclama su alma ansiosa. La inmunidad del servicio militar atribuída al clero, no es un privilegio contrario a la igualdad, ya que, en la paz o en la guerra, el clero rescata esta inmunidad con sacrificios y actos de abnegación equivalentes por lo menos. La Iglesia tiene el derecho de formar su clero; esta formación del clero es incompatible con el oficio de las armas; luego la Iglesia tiene el derecho de estipular en favor de sus clérigos la inmunidad del servicio militar. Algunas palabras más.

III. La Iglesia tiene el derecho de gobernar a su clero.

Contemplad la hermosa *ordenación* de la Iglesia católica, todo cuanto hay de sencillo y magnífico en su constitución. En el centro, el Papa, vicario de Jesucristo, cabeza suprema de los corderos y de las ovejas. En torno suyo, el cuerpo episcopal, el coro inmenso de los obispos, colocados por el Espíritu Santo para gobernar las diócesis. Alrededor de cada obispo, el coro obediente de los sacerdotes, encargados de difundir en las parroquias la luz y la vida. Y junto a cada sacerdote, la asamblea imponente de los fieles. ¡Qué orden, qué conjunto, qué movimiento! ¡Y qué espectáculo tan hermoso cuando todos los fieles obedecen al sacerdote y se dejan arrastrar por su gravitación, y cuando todos los sacerdotes obedecen a su obispo, y cuando todos los obispos no hacen más que uno con el Papa, y cuando el Papa, centro de este inmenso sistema, lo arrastra todo en su sublime movimiento hacia Dios! He ahí la Iglesia, He ahí su unidad, he ahí su universalidad, he ahí su eternidad. Jesucristo hizo esta maravilla, y ni la miseria de los tiempos, ni los asaltos de los enemigos, ni las faltas mismas de los cristianos, la destruirán jamás. Los hombres tampoco pueden desordenar la jerarquía católica, como no pueden entorpecer la gravitación de los astros. Son tan impotentes contra la astronomía de la Iglesia, como contra la del cielo. La santa jerarquía es a la vez monárquica por su cabeza, aristocrática por sus obispos, democrática por el reclutamiento de sus sacerdotes. Reúne con maravillosa facilidad los tres elementos de la vida social, la cabeza que manda, los miembros que ejecutan, la sangre que se renueva

incesantemente en la cabeza y en los miembros. La ordenación de la Iglesia es perfecta.

Su *autonomía* es completa. La Iglesia se gobierna a sí misma. No depende de nada ni de nadie. Toda tentativa para molestarla aquí, es un odioso atentado.

Ningún poder puede imponerle los súbditos que rechaza, ni destruir los súbditos que acredita cerca de los pueblos.

Ningún poder puede amplificar sin restringir las jurisdicciones que ella da.

Nombra, coloca, instituye los vicarios, los curas, los capellanes, los profesores, los canónigos, los obispos.

Gobierna al clero regular, lo mismo que al secular. Funda las Ordenes religiosas, las reforma, las suprime o las mantiene según su criterio.

Ningún poder puede tocar la organización del clero secular o regular, a menos de una previa inteligencia con los cabezas de la Iglesia.

La Iglesia tiene el derecho de organizar su jerarquía. Tiene el derecho de reclutar, de formar, de gobernar su clero. Es dueña y soberana de sí misma.

Dejadla obrar. Lo que reclama para sus sacerdotes no es el privilegio, sino la libertad del sacrificio. Sí, señores, tenemos la ambición, la única ambición de amar a nuestra patria, de amar las almas, de servirlas, de hacerles el bien que podamos. Por desgracia, la impiedad no quiere a menudo convencerse de ello, y se complace en negar o poner en duda nuestras rectas intenciones. Conocéis la historia de Cristóbal Colón al descubrir el Nuevo Mundo al precio de fatigas inauditas.

> Entrega a su rey esta tierra fecunda.
> Su rey va a pagarle los males soportados.
> ¿Tesoros, honores en cambio de un mundo?
> ¿Un trono? ¡Ah, era poco! ¿Qué recibe? Cadenas.

Tal es, poco más o menos, la suerte que nos reserva la impiedad. Para recompensarnos, sueña con esclavizarnos, con encadenarnos. ¿Qué importa? Las ingratitudes del mundo y las audacias de la impiedad no enfrían nuestro celo, ni extinguirán la llama que arde en nuestro corazón. Amamos a Dios, amamos a las almas, amamos a nuestra patria. ¡Viviremos y moriremos por estas nobles causas!

Así sea.

CONFERENCIA NOVENA

La Iglesia tiene el derecho de organizar sus obras

Señores:

Acabo la enumeración y exposición de los derechos de la Iglesia. Hemos dicho que la Iglesia tiene el derecho de organizar su jerarquía, esto es, de reclutar, formar y gobernar su clero. Pero ya comprenderéis que, si la Iglesia tiene jefes y soldados, es para servirse de ellos. Tiene, pues, el derecho de trabajar, de hacer algo en la tierra, de organizar sus obras. Potencia esencialmente activa, es preciso que marche, que sin cesar manifieste y ensanche su acción. A propósito de este importante asunto, vamos a comprobar un hecho y a responder a una objeción.

I. Compruebo un hecho. En todas partes y siempre, la Iglesia organiza sus obras.

Reclama y ejerce la libertad de obrar, al propio tiem-

po que la libertad de hablar, la libertad de hacer el bien, no menos que la libertad de decir la verdad.

Desde el origen, apoya el poder de su doctrina en el de sus obras. Lo que constituye el carácter primordial de la Iglesia primitiva, del período apostólico, es el desarrollo simultáneo de la doctrina y de la caridad cristiana. En la efusión de la caridad, como en la difusión de la doctrina, los Apóstoles sólo toman consejo de sí mismos, o mejor, del Espíritu Santo que los anima y dirige. Los veis presentarse ante el César, y decirle: Señor, ¿queréis permitirnos que asistamos a las viudas, a los huérfanos, a los pobres, y buscarles pan, vestidos, asilos, protectores? En manera alguna. No piden autorización a nadie, ni al sanhedrín, ni al gobernador romano. La libertad de la beneficencia es en el cristianismo una libertad santa. La caridad es tan independiente como el dogma que la inspira; sólo depende del cielo.

En efecto, *en el curso de los largos siglos de su historia,* la Iglesia hace resplandecer libremente las maravillas de su caridad. ¿Cómo decir cuanto hay sobre esto? Digamos tan sólo algunas palabras. Ved lo que la Iglesia ha hecho por las clases laboriosas, por el pueblo, por el obrero. Hace diecinueve siglos que la Iglesia encontró a ese hombre del trabajo y del dolor en las cadenas de la esclavitud pagana, rebajado al nivel del bruto, tratado al igual que la bestia de carga, condenado por los filósofos, puesto fuera de la ley por los legisladores. Así abandonado, vilipendiado, aplastado, pisoteado. tomóle la Iglesia en sus brazos, lo estrechó contra su pecho, proclamóle solemnemente, y a la faz del mundo entero, igual ante Dios y hermano en Jesucristo de todos los otros hombres. Encontróle sin derechos, sin fuerza, sin dignidad, y, no obstante la

opinión, a pesar de las costumbres y las leyes, lo elevó a la dignidad de hombre libre y de cristiano.

Para proteger su vida y su libertad en un tiempo en que no se respetaba ni la vida, ni la libertad, armáronse los pontífices de toda su autoridad, fulminaron anatemas los concilios, y los santos y los fundadores de Ordenes se interpusieron entre la fuerza omnipotente y la debilidad aplastada. Víctimas de la injusticia y de la violencia, el débil, el pequeño, hallaron un asilo inviolable en los monasterios y en los templos. Vendíamos aun los vasos sagrados para rescatarlos del cautiverio. Durante toda la Edad Media les constituímos, con nuestras doctrinas, con nuestras leyes, con nuestras vidas, un muro indestructible. Defendimos su causa bajo todos los regímenes, elevamos sus dolores ante todos los tronos; hicimos subir sus gritos de angustia a los oídos y al corazón de todos los poderosos. Inocentes de sus padecimientos, nos constituímos responsables de su grandeza, de su libertad y de su dicha. Y a las obras de caridad, de que está llena la historia de la Iglesia, habría que añadir sus obras de apostolado, sus obras de santificación y de piedad, sus obras de enseñanza y educación, sus obras científicas y agrícolas, sus obras civilizadoras, que revistieron las formas más diversas, más ingeniosas, más imprevistas. Todo lo pasado está lleno de su actividad incansable.

Vedla todavía *hoy* en la obra. Nada posee. Todo se lo han quitado. Ni siquiera es propietaria de sus templos. Todo lo que ahorró durante siglos para el bien común, ha pasado a manos del Estado, Sus libros, sus manuscritos enriquecen las bibliotecas nacionales. Sus colecciones ornamentan los museos de las grandes urbes. Sus colegios abrigan los maestros y los discípulos de la enseñanza oficial, y cuando se propone abrir de nuevo

a sus hijos las puertas de la ciencia, vese obligada a extender la mano y pedir a la limosna el medio de enseñar al lado de los que viven de sus despojos y de su herencia. ¿Qué digo? Se le ha llegado a quitar, y se le quita cada día, su libertad. ¿Pero cesa, a causa de esto, de obrar, de hacer el bien y de fundar obras? No. Con su mano siempre joven ha empuñado de nuevo la palanca de la beneficencia, y continúa con más empeño que nunca en levantar la carga de las miserias humanas. ¿Se le expulsa de las escuelas oficiales? Abre escuelas libres. ¿Se la destierra de los hospitales? Va a hacer el bien a otra parte. ¿Alejan a sus ministros de las oficinas de beneficencia? Recogen las libres generosidades de los fieles y multiplican sus obras de asistencia. ¿Se le prohibe adquirir? No pueden impedirle que reciba, y aunque pobre, da más ella que cuando era rica. ¿Se quiere „reglamentar, molestar, suprimir las efusiones de su caridad? Protesta, reivindica su derecho, y la extensión de sus beneficios no es superada más que por la ingratitud de los que la desconocen y calumnian. Vedla impulsar hacia los que padecen las milicias de la abnegación y del sacrificio, los millares de vírgenes cristianas que se consagran al consuelo del dolor, que instruyen al hijo del artesano, que velan junto a los enfermos, que sirven al pobre, durante toda su vida, y aun en sus viejos días. Vedla envolviendo al pueblo, al cual ama, en una red de obras e instituciones caritativas, poniendo a su servicio legiones de ángeles terrenales, suscitando para él todos los sacrificios, todos los heroísmos. ¡Paso, señores, paso a la Iglesia! Posee, reclama, ejerce el derecho de hacer el bien. Dejadle esta libertad sagrada.

¡No, no, alto!—exclama la ignorancia o la mala fe—

¡No, no; hay que detenerla! ¡Iría demasiado lejos! ¡Lo invadiría todo!

II. Respondo a una objeción: la Iglesia es invasora.

¡Oh, la quejumbrosa objeción! ¿Es invasora la Iglesia? Pero ¿de qué manera lo es? ¿A la manera de esos ríos que, desbordados, siembran la desolación por todo el país que cubren con sus aguas? En manera alguna. La Iglesia es invasora a la manera de esos grandes y hermosos ríos que fertilizan con sus aguas las llanuras por donde pasan? ¿Es esto un mal? ¿Es una desgracia que nuestro hermoso Loira bañe a Orleáns, Tours, Angers, Nantes, y lleve a sus riberas el frescor y la fecundidad? Pues así obra la Iglesia. Invade el mundo. Impulsa, en el curso de los siglos, el torrente de sus obras. ¡Tanto mejor para nosotros! ¡Tanto mejor para las almas y para los pueblos que gozan de su presencia y de su actividad!

En lo pasado, invadió, con la laya en la mano, las tierras incultas para cultivarlas, los bosques para roturarlos, los estanques para desecarlos, las faldas cubiertas de espinos para plantarlas de viñedos. Invadió la casa del rico para moderar el ardor de los placeres y despertar el sentimiento de la caridad. Invadió el reducto del pobre para calmar los dolores y abrir las fuentes fecundas de la resignación cristiana. Invadió las ruinas de la sociedad romana en decadencia para levantar con esas ruinas un edificio nuevo. Invadió el campo de los bárbaros para hacer germinar en ellos las primeras flores de la civilización. Invadió el dominio del espíritu para desarraigar todas las ignorancias, para hacer florecer todas las ramas del saber humano en sus monasterios, en sus escuelas, en sus universidades.

Y aun invadió las más altas cumbres del poder público, y ciertamente, no hemos de disimular que su papel fué grande en el orden político y nacional, que de su seno salieron los ministros que más ilustraron a nuestra patria. He ahí algunas de las invasiones de la Iglesia en lo pasado. Ellas constituyen su gloria y forman, en torno de su frente, la más bella, la más resplandeciente de todas las aureolas.

Hoy, desde el punto de vista humano, ya no es lo que fué antes. Antes, los pueblos, por gratitud o necesidad, le confiaban libremente la dirección de sus intereses temporales. Después, como estaba en su derecho, los pueblos tomaron por sí mismos la dirección de su vida civil y política. ¿Cesará por ello la Iglesia de hacerles bien? No. Las miserias humanas pertenecen a todos los tiempos y a todos los regímenes; he ahí un departamento que ella no abandonará jamás, el departamento de las miserias humanas. En él está ella como en su dominio, como en su elemento. En él muéstrase ella activa, industriosa, invasora como en lo pasado. Invade los hospitales, que construyó, y que se han convertido en establecimientos seculares, y, cuando es expulsada de estos lugares sagrados, intenta abrir otros nuevos. Invade las escuelas para mantener en ellas los tesoros de las letras, las tradiciones de la verdadera literatura, el ornamento de las artes y la iniciación en los secretos de las ciencias. Invade las ambulancias y los campos de batalla, para recibir en ellos, con las últimas lágrimas del herido, sus últimas confidencias y sus últimos suspiros. Invade el alma del niño, para depositar en ella la semilla de la verdad y la pureza de la moral. Invade la guardilla del pobre, para hacer germinar en ella la resignación, para llevar a ella un poco de bienestar con un poco de esperanza. Invade el taller del

obrero, para fijar en él la imagen de Jesucristo al lado de la herramienta, es decir, del instrumento de la santidad al lado del instrumento del trabajo. Invade la familia, para infundir la virtud en el corazón del hijo, la ternura en el corazón de la hija, la abnegación en el corazón de la madre, el sentimiento del deber y de la responsabilidad en el corazón del padre, el mutuo afecto en el corazón de todos. Invade la sociedad, no ciertamente para imponerle tal o cual forma de gobierno, cosa enteramente secundaria, y que en modo alguno le concierne, sino para infundirle la vida cristiana, cosa absolutamente necesaria, fin supremo de su actividad, objeto de su misión, razón de ser de su existencia aquí bajo. Si tales son las usurpaciones que se atribuyen a la Iglesia; si ese género de influencia es el que se le censura, es culpable, fuertemente culpable, con la circunstancia agravante que declara que no quiere corregirse. Ella posee, reclama, ejerce, y así lo hará hasta el fin de los tiempos, el derecho sagrado de hacer el bien, la libertad divina e imperecedera de organizar, de extender, de universalizar y diversificar hasta lo infinito su benéfica acción.

Señores, lo repito, dejad obrar a la Iglesia. Cuando se suscitan virtudes y se consuelan dolores; cuando se devuelve la paz a las conciencias, haciéndolas entrar de nuevo en la inocencia; cuando se abren inmortales esperanzas con las puertas del cielo; cuando se curan las heridas del corazón secando las lágrimas de los ojos, entonces se cumple una misión que ningún poder humano podría pretender ni desempeñar. Y mientras haya duelos y llantos, decepciones y arranques hacia el más allá, elevaciones y arrepentimientos, llamamientos a lo ideal, gritos hacia lo infinito, una bóveda celeste, en fin, por encima de nuestra cabeza, habrá que recurrir

a la Iglesia, a esta grande y divina institución que ofrece los consuelos del tiempo y los secretos de la eternidad. Dejadla, pues, ir a sus obras, y acercarse libremente a nuestras sociedades modernas, a nuestras agitadas democracias, que parecen solicitar un nuevo bautismo, y tanta necesidad tienen de una influencia espiritual y moral para no descarriarse y envilecerse. Dejadla obrar. Sitio hay en el mundo para su misión divina, y en vano buscaríais aquí bajo una institución humana cualquiera capaz de reemplazarla.

Así sea.

CONFERENCIA DECIMA

La Iglesia y el Estado

SEÑORES:

Acabo hoy nuestro amplio estudio sobre la constitución de la Iglesia hablándoos sucintamente de las relaciones de la Iglesia y del Estado. El asunto es muy variado y muy delicado. Me contentaré con deciros, con la mayor sencillez y sinceridad, los principios que iluminan y gobiernan esta importante materia.

I. La Iglesia y el Estado son dos soberanías perfectamente distintas.

Cada una tiene su fin especial y una esfera de acción en la que pueden moverse en mutua independencia.

Ya sabéis cuál es el fin de la Iglesia, cuál es su esfera de acción: conducir los individuos y los pueblos a la dicha eterna, y, para alcanzar este fin, administra el campo de la fe y de las costumbres, propaga el Evan-

gelio, y hace penetrar por todas partes la palabra y la vida de Jesucristo, su cabeza.

Por su parte, el Estado tiene un fin especial, la felicidad temporal de los individuos y de los pueblos, y mientras se limite a los intereses materiales que le están confiados sin usurpar el terreno de la fe y de las costumbres, la Iglesia no ha de intervenir. En la esfera de las cosas puramente temporales, el Estado está en su terreno, porque es soberano.

Esta distinción esencial entre las dos potencias fué reconocida, afirmada solemnemente y proclamada desde el origen por las leyes romanas, por los Padres de la Iglesia, por los Papas, por los Concilios, y jamás varió la doctrina católica, ni vaciló, ni se doblegó acerca de la cuestión fundamental de la independecia recíproca de la Iglesia y del Estado.

El emperador Justiniano dice en sus Novelas: "Dios confió a los hombres el sacerdocio y el imperio, el sacerdocio para administrar las cosas divinas, y el imperio para presidir las humanas; la una y la otra proceden del mismo principio."

El papa Gelasio, dirigiéndose al emperador Anastasio, protector declarado de la herejía de Eutiques, se expresa en estos términos: "El mundo, augusto Emperador, está gobernado por dos potencias, la de los pontífices y la de los reyes... Si, en todo lo que se refiere al orden público, los obispos, conociendo la autoridad que vos tenéis por disposición divina, obedecen a vuestras leyes, ¡con qué amor no debéis vos obedecerlos en todo lo concerniente a los misterios venerables cuyos dispensadores son!"

Cuantas veces los emperadores de Constantinopla quieren tocar el arca santa y usurpar el poder espiritual, hallan un brazo que los detiene y una voz que los re-

prende. El papa Símaco habla exactamente como el papa Gelasio. Osio de Córdoba, uno de los oradores del Concilio de Nicea, escribe al emperador Constancio, tan celoso del triunfo del arrianismo: "No nos es permitido, a nosotros los obispos, pretender el imperio de las cosas de la tierra, como no os es permitido a vos, Emperador, usurpar el incensario o el poder sobre las cosas sagradas."

El papa Inocencio III repite, piensa y acentúa la misma doctrina. Refuta la paradoja del emperador Alejo Commeno, que había puesto la corona por encima del sacerdocio: "Dios—dice—puso en el cielo dos grandes luminarias, es decir, dos grandes dignidades, la autoridad pontificia y el poder real. Pero la que preside al día, es decir, a las cosas espirituales, es mayor que la que preside a las cosas corpóreas, y la misma diferencia que hay entre el sol y la luna, media entre los pontífices y los reyes." Inocencio III afirma la distinción entre los dos poderes, y además, la superioridad del poder temporal. Esta superioridad es manifiesta, por cuanto es evidente que el alma es superior al cuerpo, el cielo a la tierra, la justicia de Dios a la de los hombres, las cosas de la eternidad a las cosas del tiempo. De las dos potencias, la más elevada es incontestablemente la potencia espiritual, que se dirige a la parte más noble del hombre, que toca a los intereses más graves, y le abre el cielo. Pero entendámoslo bien, la superioridad de la Iglesia no suprime la autonomía del Estado. La Iglesia y el Estado son dos soberanías perfectamente distintas. En el mundo pagano, no habría más que una potencia, César, el cual lo tenía todo en su mano: los cuerpos y las almas, la política y la religión. En el mundo cristiano, hay dos potencias, la Iglesia y el Estado, y estas dos potencias son absolutamente distintas. ¿Quiere esto decir que sean extrañas la una a la otra? En manera alguna.

II. La Iglesia y el Estado son dos soberanías que deben marchar unidas.

1.° ¿Por qué? La Iglesia y el Estado deben estar unidos. Dios lo quiere. Dios llama al hombre a un fin sobrenatural, y quiere que todos los actos del hombre, todos los movimientos, todos los intereses, aun los más profanos y menos elevados, concurran a este fin superior. En este sentido, Dios dió a Jesucristo y a la Iglesia en herencia todas las naciones. ¿Puede desinteresarse el Estado de esta voluntad positiva de Dios y decir que esto no le concierne? No. La Iglesia y el Estado deben marchar unidos para ejecutar juntos el orden formal de Dios creador, redentor y santificador.

La Iglesia y el Estado deben marchar unidos. Lo exige la naturaleza de las cosas. La Iglesia y el Estado son como el alma y el cuerpo. El alma da al cuerpo la vida, la belleza, la perfección, y por su parte, el cuerpo presta al alma los órganos sensibles de que tiene necesidad para obrar, expresarse y manifestarse. El alma y el cuerpo no sólo están yuxtapuestos, sino unidos y fundidos, aunque son distintos. La separación entrañaría el desorden, la muerte. Lo mismo ocurre con la Iglesia y el Estado. Deben ayudarse mutuamente, y completarse el uno al otro, tanto más cuanto, con mucha frecuencia, sin quererlo, veránse obligados a encontrarse y concertarse para tratar ciertas materias mixtas que dependen a la vez del dominio de la Iglesia y del Estado. En esta especie de asuntos, el acuerdo entre los dos poderes previene discusiones igualmente funestas al uno y al otro.

La Iglesia y el Estado deben marchar unidos. El interés común así lo reclama. Si no están unidos, se agotan y se debilitan en luchas estériles. Si el mismo hombre, que es a la vez cristiano y ciudadano, está obligado a obedecer a dos direcciones contrarias, veráse sujeto a la más cruel de las alternativas. Sometido a la Iglesia, desobedece al Estado, o bien, sometido al Estado, desobedece a la Iglesia. Suponed que en una gran compañía de caminos de hierro como la Compañía de Orleáns, hay desunión entre los dos servicios de tracción y movimiento; pronto veríais los graves peligros que se seguirían para el ejercicio de los empleados y para la seguridad de los viajeros. Así también, en el género humano, hay dos poderes, cada cual con sus atribuciones, y de su mutuo acuerdo resulta la seguridad de los individuos y de los pueblos. La Iglesia y el Estado deben marchar unidos.

2.° *¿Hasta dónde* debe llegar esta íntima unión? Porque hay varios grados. En principio, cuanto más íntima sea esta unión, mejor irá todo. Las desavenencias en un hogar, jamás conducen a nada. La unión hace la fuerza, y la unión labra la felicidad. Pero, de hecho, hay que distinguir. La unión de la Iglesia y del Estado depende de los tiempos, de los lugares, de las circunstancias, por lo que pueden imaginarse tres régimenes diferentes para las relaciones de la Iglesia y del Estado: el régimen del derecho común, el régimen de los concordatos y el régimen de la protección.

Bajo el régimen del derecho común, la Iglesia y el Estado están unidos por el mutuo respeto. Es lo menos que puede pedirse. Es el mínimum de alianza. Ved lo que ocurre en Inglaterra y en los Estados Unidos. Allí, la Iglesia y el Estado se respetan. El poder temporal, aunque heterodoxo, admite la Iglesia al beneficio de la libertad común, y le deja cumplir en paz su misión divina bajo la garantía de las instituciones civiles. El Es-

tado americano no protege ninguna confesión, pero las respeta todas. No es ateo, es cristiano. Más de un orador ha hecho en la tribuna o en la prensa el elogio en principio de la separación de la Iglesia y el Estado sin percatarse con exactitud de lo que esta palabra significa. En los Estados Unidos, que se citan con frecuencia, la Iglesia está mucho menos separada del Estado que entre nosotros. Vemos desarrollarse libremente allí las grandes virtudes y la abnegación heroica que constituyen el honor y la fuerza de la religión, y proveen a la educación de la juventud y a la asistencia de los pobres. Las fundaciones piadosas están exentas de impuestos. El descanso dominical está asegurado a los obreros. La enseñanza del Estado es cristiana. Los sacerdotes y las Iglesias vense rodeados del respeto universal. El clero está exento del servicio militar... Pero este régimen del derecho común y del respeto mutuo no es el ideal. Hay algo mejor.

Bajo el régimen de los concordatos, la Iglesia y el Estado están unidos por una inteligencia cordial, por recíprocas conveniencias. No se contentan con saludarse al encontrarse, sino que se acercan y tratan juntos ciertos puntos que interesan a la vez al cristiano y al ciudadano. Es el seguro grado de la alianza. Imaginad un pueblo, no hereje como Inglaterra, o mixto como los Estados Unidos, sino un pueblo como Francia, trastornado por las revoluciones, en el que la unidad religiosa fué desgraciadamnete quebrantada, en el que disidencias inveteradas están profundamente arraigadas en los hechos. ¿Cómo se comportarán la Iglesia y el Estado? En vez de declararse la guerra, deberán empezar por respetarse, y luego procurar entenderse. Harán juntos un acuerdo, una convención, un contrato, un concordato. Honroso fué para el Primer Cónsul tratar con la Iglesia desarmada como si tuviera ella un ejército de 200.000 hombres, y honroso fué para la Iglesia observar la ley jurada y no faltar jamás a sus compromisos. Bajo el régimen de los concordatos, la Iglesia y el Estado se hacen concesiones recíprocas. La Iglesia no sacrifica ningún principio, pero se muestra moderada en el ejercicio de sus derechos; el Estado no concede a la Iglesia una situación única y privilegiada, pero concede ciertos favores que son conciliables con la paz pública. Este régimen de los concordatos, cuando es sincero, puede producir buenos frutos. Pero no es la unión completa. Queda una manera ideal de regular las relaciones de la Iglesia y el Estado.

Bajo el régimen de la protección, la Iglesia y el Estado están unidos por una asistencia recíproca. La Iglesia se presenta como madre de la civilización, como instrumento del bien, como órgano de la verdad, como intérprete de la moral y guardiana del orden social. Por su parte, el Estado acepta las leyes de la Iglesia, las hace observar y castiga su violación. Los dos poderes no hacen más que uno. Es el máximum de la alianza. Se ha visto esto otras veces, y, bajo el régimen de la unión más íntima de los dos poderes, se ha visto la verdad penetrar las instituciones, el Evangelio presidir a la educación de los pueblos y al perfeccionamiento de las costumbres públicas; se han visto todas las fuerzas espirituales y civiles conspirar para la integridad de la fe y la dicha del género humano; se ha visto a la Iglesia protegida por el Estado, y al Estado consagrado y en cierto modo divinizado por la Iglesia. Este régimen no ha carecido de inconvenientes. Con frecuencia se ha hecho pagar muy cara a la Iglesia la protección de que gozaba, y su independencia de palabra y de acción se ha visto más de una vez paralizada. Pero, en conjunto,

supo guardar ella bajo la púrpura su divina libertad; usó de su poder y de su riqueza en favor de los pequeños y de los humildes; quitó la corona a los perjuros y a los tiranos para dársela a los valientes y a los santos; inspiró las leyes para el mayor bien del género humano; salvó del naufragio las ciencias y las letras; aseguró el triunfo de la civilización sobre la barbarie. En suma, no tenemos que avergonzarnos del pasado de nuestra Iglesia católica. En virtud del libre consentimiento y de la voluntad de los pueblos, los príncipes la protegieron, pero ella pagó con inmensos beneficios los servicios que recibió del poder civil. ¡Bendigámosla y seamos más que nunca sus fieles hijos y sus decididos defensores!

Así sea.

TABLA ALFABÉTICA

DE NOMBRES PROPIOS

A

B

C

CH

D

E

TABLA DE MATERIAS

I

CONFERENCIAS PRELIMINARES

Págs.

CONFERENCIA QUINTA

Los que no quisieron seguirnos

4.º Los TÍMIDOS

CONFERENCIA SEXTA

Los que no quisieron seguirnos

5.º Los DESALENTADOS

CONFERENCIA SEPTIMA

El programa de nuestro cuarto año

II

EL ARMAZON DE LA IGLESIA

CONFERENCIA PRIMERA

El Papa en el Evangelio

CONFERENCIA SEGUNDA

El Papa en la historia

CONFERENCIA TERCERA

El Papa en el día de hoy

CONFERENCIA CUARTA

El Papa en el día de mañana

CONFERENCIA QUINTA

Los obispos

Págs.

CONFERENCIA SEXTA

El clero católico

CONFERENCIA SEPTIMA

El clero francés

CONFERENCIA OCTAVA

Las Ordenes religiosas

CONFERENCIA NOVENA

Los católicos franceses

III

LA FISONOMIA DE LA IGLESIA

CONFERENCIA PRIMERA

La unidad de gobierno

CONFERENCIA SEGUNDA

La unidad de creencia

CONFERENCIA TERCERA

La unidad de la vida

CONFERENCIA CUARTA

La santidad de la Iglesia

1.º LAS FUENTES DE LA SANTIDAD DE LA IGLESIA

IV

LA PALABRA DE LA IGLESIA

V

LOS DERECHOS DE LA IGLESIA

PRACTICA DE LA ORACION MENTAL Y DE LA PERFECCION, según Santa Teresa y San Juan de la Cruz, por el RDO. P. ALFONSO DE LA MADRE DOLOROSA. Traducción del P. Romualdo de Santa Catalina, de la misma Orden.

"Le felicito con entusiasmo por la feliz idea que ha tenido de exponer metódicamente las enseñanzas de Santa Teresa y de San Juan de la Cruz sobre la oración. Alabo cordialmente su empresa y concibo esperanzas de que ayudará a la práctica de la oración mental y de la mortificación de los sentidos, sin los cuales no es posible ni vida sacerdotal ni apostolado fecundo".—*Cardenal Mercier.*

Un tomo en 8.° de 360 páginas, con un grabado

En rústica	Pts.	3.50	A plazos.	Pts.	4.—
En tela y rótulos dorados...	"	5.50	Id. id.	"	6.25

MISTICA CIUDAD DE DIOS, milagro de su omnipotencia y abismo de la gracia. Historia divina y vida de la Virgen Madre de Dios, medianera de la gracia, dictada y manifestada por la misma Señora, a su esclava SOR MARIA DE JESUS, abadesa del Convento de la Inmaculada Concepción de Agreda. Edición crítica, publicada bajo los auspicios del Sr. Obispo de Tarazona.

Las aprobaciones y elogios con que se ha distinguido a esta obra, los oficios que en su favor han hecho varios congresos ilustres, los tribunales de la fe, universidades célebres, sagradas religiones, teólogos y doctores, reyes, príncipes y personas nobles, ilustrísimos cardenales y sumos pontífices, *demuestran su grandeza y sublimidad.*

Confirman asimismo el aprecio y estimación con que fué acogida esta obra sin igual, las traducciones que de ella se han hecho en las lenguas *latina, francesa, portuguesa, alemana, flamenca, italiana, inglesa, griega,* y *árabe* y las más de *cincuenta ediciones* y *doce compendios* publicados.

¡Ojalá que nuestra edición crítica se difunda, y produzca su lectura todo el bien que la Venerable Agreda se propuso al escribirla!

Cinco abultados tomos en 8.° con 3.240 páginas

En rústica	Pts.	30.—	A plazos.	Pts.	34.50
En tela	"	40.—	Id. id.	"	46.—